

LIBRO #4 DE EL ANILLO DEL HECHICERO

UN
GRITO
DE
HONOR

MORGAN RICE



UN GRITO DE HONOR

(Libro #4 de El Anillo del Hechicero)

Morgan Rice

Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice es la escritora del bestseller #1: DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS), una saga que comprende once libros (y siguen llegando); la saga del bestseller #1: TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA (THE SURVIVAL TRILOGY), thriller pos apocalíptico que comprende dos libros (y siguen llegando); y la saga de fantasía épica, bestseller #1: EL ANILLO DEL HECHICERO, que comprende trece libros (y contando).

Los libros de Morgan están disponibles en audio y edición impresa, y la traducción de los libros está disponible en alemán, francés, italiano, español, portugués, japonés, chino, sueco, holandés, turco, húngaro, checo y eslovaco (próximamente en otros idiomas).

[TRANSFORMACIÓN](#) - (Libro #1 de Diario de un Vampiro) y [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) - (Libro #1 del Anillo del Hechicero) están disponibles para ser descargados en Amazon!

A Morgan le encantaría tener comunicación con usted, así que visite www.morganricebooks.com para unirse a la lista de correo electrónico, recibir un libro gratuito, recibir regalos gratuitos, descargar una aplicación gratuita, obtener las últimas noticias exclusivas, conectarse a Facebook y Twitter, y ¡mantenerse en contacto!

Algunas Opiniones Acerca de las Obras de Morgan Rice

“EL ANILLO DEL HECHICERO (THE SOURCERER’S RING) tiene todos los ingredientes para ser un éxito inmediato: tramas, tramas secundarias, misterio, caballeros aguerridos y relaciones que florecen, llenos de corazones heridos, decepciones y traiciones. Lo mantendrá entretenido durante horas y satisfará a las personas de cualquier edad. Recomendado para la biblioteca habitual de todos los lectores de fantasía”.

--*Books and Movie Reviews*, Roberto Mattos

“Rice hace un gran trabajo para captar su atención desde el principio, al utilizar una gran calidad descriptiva que va más allá de la simple descripción de la ambientación... Bien escrito y sumamente rápido de leer”.

--Black Lagoon Reviews (acerca de Turned)

“Es una historia ideal para lectores jóvenes. Morgan Rice hizo un buen trabajo dando un giro interesante... Innovador y singular. La saga se centra alrededor de una chica... ¡una chica extraordinaria! Es fácil de leer, pero con un ritmo sumamente rápido... Clasificación PG (Guía Paternal)”.

--The Romance Reviews (acerca de Turned)

“Me llamó la atención desde el principio y no dejé de leerlo... Esta historia es una aventura increíble, de ritmo rápido y llena de acción desde su inicio. No hay un momento aburrido”.

--Paranormal Romance Guild (con respecto a Turned)

“Lleno de acción, romance, aventura y suspenso. Ponga sus manos en él y vuelva a enamorarse”.

--vampirebooksite.com (con respecto a Turned)

“Tiene una trama estupenda y este libro en particular, le costará dejar de leer en la noche. El final en suspenso es tan espectacular, que inmediatamente querrá comprar el siguiente libro, solamente para ver qué sigue”.

--The Dallas Examiner (referente a Loved)

“Es un libro equiparable a TWILIGHT y DIARIO DE UN VAMPIRO (VAMPIRE DIARIES), y hará que quiera seguir leyendo ¡hasta la última página! Si le gusta la aventura, el amor y los vampiros, ¡este libro es para usted!”.

--Vampirebooksite.com (con respecto a Turned)

“Morgan Rice se demuestra a sí misma una vez más que es una narradora de gran talento... Esto atraerá a una gran audiencia, incluyendo a los aficionados más jóvenes, del género de los vampiros y de la fantasía. El final de suspenso inesperado lo dejará estupefacto”.

--Reseñas de The Romance Reviews (con respecto a Loved)

“Una fantasía animada que entreteje elementos de misterio e intriga en la historia. La Senda de los Héroes trata acerca del valor y sobre la realización de un propósito de vida que conduce al crecimiento, la madurez y la excelencia... Para los que buscan aventuras de ficción sustanciosa, los protagonistas, los mecanismos y la acción proporcionan un conjunto vigoroso de encuentros que se centran en la evolución

de Thor de ser un niño soñador a un adulto joven que enfrenta a situaciones imposibles para sobrevivir...
Es sólo el comienzo de lo que promete ser una saga épica para adultos jóvenes".
- Midwest Book Review (D. Donovan, eBook Reviewer)

Libros de Morgan Rice

EL ANILLO DEL HECHICERO (THE SORCERER'S RING)

- LA SENDA DE LOS HÉROES (A QUEST OF HEROES) - (Libro #1)
- LA MARCHA DE LOS REYES (A MARCH OF KINGS) - (Libro #2)
- EL DESTINO DE LOS DRAGONES (A FATE OF DRAGONS) (Libro #3)
- EL GRITO DE HONOR (A CRY OF HONOR) (Libro #4)
- UNA PROMESA DE GLORIA (A VOW OF GLORY) (Libro #5)
- UN DEBER DE VALOR (A CHARGE OF VALOR) (Libro #6)
- UN GRITO DE ESPADAS (A RITE OF SWORDS) (Libro #7)
- UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS (A GRANT OF ARMS) (Libro #8)
- UN CIELO DE HECHIZOS (A SKY OF SPELLS) (Libro #9)
- UN MAR DE ESCUDOS (A SEA OF SHIELDS) (Libro #10)
- UN REINADO DE HIERRO (A REIGN OF STEEL) (Libro #11)
- UNA TIERRA DE FUEGO (A LAND OF FIRE) - (Libro #12)
- EL DECRETO DE LAS REINAS (A RULE OF QUEENS) - (Libro #13)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA (THE SURVIVAL TRILOGY)

- ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (SLAVERSUNNERS) - (Libro #1)
- ARENA DOS (ARENA TWO) - (Libro #2)

DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS)

- TRANSFORMACIÓN (TURNED) (Libro #1)
- AMORES (LOVED) (Libro #2)
- TRAICIÓN (BETRAYED) - (Libro #3)
- DESTINADO (DESTINED) (Libro #4)
- DESEO (DESIRED) (Libro #5)
- PROMETIDO (BETROTHED) (Libro #6)
- PROMESA (VOWED) (Libro #7)
- ENCUENTRO (FOUND) (Libro #8)
- RESURRECCIÓN (RESURRECTED) (Libro #9)
- ANSIAS (CRAVED) (Libro #10)
- DESTINO (FATED) (Libro #11)

THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals





[Escuche](#) la saga de “EL ANILLO DEL HECHICERO) THE SORCERER’S RING en formato de
;audio libro!

Ya disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)

Derechos Reservados © 2013 por Morgan Rice

Todos los derechos reservados. A excepción de lo permitido por la Ley de Derechos de Autor de EE.UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma o medio alguno, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de información, sin la autorización previa de la autora.

Este libro electrónico está disponible solamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, tiene que adquirir un ejemplar adicional para cada beneficiario. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o no lo compró solamente para su uso, por favor devuélvalo y adquiera su propio ejemplar. Gracias por respetar el trabajo de esta escritora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes, son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es solo coincidencia.

Imagen de la cubierta Derechos Reservados, RazoomGame, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)
[CAPÍTULO DOS](#)
[CAPÍTULO TRES](#)
[CAPÍTULO CUATRO](#)
[CAPÍTULO CINCO](#)
[CAPÍTULO SEIS](#)
[CAPÍTULO SIETE](#)
[CAPÍTULO OCHO](#)
[CAPÍTULO NUEVE](#)
[CAPÍTULO DIEZ](#)
[CAPÍTULO ONCE](#)
[CAPÍTULO DOCE](#)
[CAPÍTULO TRECE](#)
[CAPÍTULO CATORCE](#)
[CAPÍTULO QUINCE](#)
[CAPÍTULO DIECISÉIS](#)
[CAPÍTULO DIECISIETE](#)
[CAPÍTULO DIECIOCHO](#)
[CAPÍTULO DIECINUEVE](#)
[CAPÍTULO VEINTE](#)
[CAPÍTULO VEINTIUNO](#)
[CAPÍTULO VEINTIDÓS](#)
[CAPÍTULO VEINTITRÉS](#)
[CAPÍTULO VEINTICUATRO](#)
[CAPÍTULO VEINTICINCO](#)
[CAPÍTULO VEINTISÉIS](#)
[CAPÍTULO VEINTISIETE](#)
[CAPÍTULO VEINTIOCHO](#)
[CAPÍTULO VEINTINUEVE](#)
[CAPÍTULO TREINTA](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y UNO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y DOS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y TRES](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y CINCO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SEIS](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y SIETE](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y OCHO](#)
[CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE](#)

"No temáis a la grandeza:
algunos nacen grandes,
algunos alcanzan la grandeza,
y a algunos les es impuesta la grandeza".

—William Shakespeare
Noche de Reyes

CAPÍTULO UNO

Luanda fue a la carga en el campo de batalla, evitando por poco a un caballo a galope, mientras se dirigía hacia la pequeña vivienda donde estaba el rey McCloud. Ella puso la fría lanza de hierro en su mano, temblando, mientras atravesaba las polvorientas tierras de esta ciudad que una vez conoció, esta ciudad de su gente. Todos estos meses ella había sido obligada a presenciar cómo eran masacrados — y ya había tenido suficiente. Algo en su interior la hizo reaccionar. Ya no le importaba si iba contra todo el ejército McCloud — haría todo lo que estuviera en sus manos para detenerlo.

Luanda sabía que lo que iba a hacer era una locura, que estaba tomando su vida en sus manos, y que era probable que McCloud la matara. Pero alejó esos pensamientos de su mente mientras corría. Había llegado el momento de hacer lo correcto, costara lo que costara.

En el campo de batalla lleno de gente, en medio de los soldados, ella vio a McCloud a lo lejos, llevando a esa pobre chica gritando hacia una vivienda abandonada—una pequeña casa de barro. Él cerró la puerta de golpe, detrás de ellos, levantando una nube de polvo.

"¡Luanda!", se escuchó un grito.

Ella se volvió y vio a Bronson, tal vez nueve metros detrás, persiguiéndola. Su avance fue interrumpido por la incesante oleada de caballos y soldados, que lo obligó a parar varias veces.

Ahora era su gran oportunidad. Si Bronson la alcanzaba, él podría impedirle avanzar.

Luanda duplicó su velocidad, empuñando la lanza y tratando de no pensar en la locura que era todo esto, en las pocas posibilidades que tenía. Si ejércitos completos no podían contra McCloud, si sus generales, su propio hijo, temblaban ante él, ¿qué oportunidad podría tener ella?

Por otra parte, Luanda nunca había matado a un hombre, mucho menos a un hombre de la estatura de McCloud. ¿Se paralizaría llegado el momento? ¿Podría realmente acecharlo? ¿Él era insensible, como le había advertido Bronson?

Luanda se sintió implícita en el derramamiento de sangre de este ejército, en la ruina de su propia tierra. En retrospectiva, lamentaba haber aceptado

casarse con McCloud, a pesar de su amor por Bronson. Ella había aprendido que los McCloud eran gente salvaje, imposible de corregir. Los MacGil habían sido afortunados al estar separados por las Tierras Altas, de eso se daba cuenta ella ahora, y de que ellos se habían quedado en su lado del Anillo. Ella había sido ingenua, había sido tan tonta en suponer que los McCloud no eran tan malos como le habían hecho creer. Ella pensó que podría cambiarlos, que al tener la oportunidad de ser una princesa McCloud—y algún día reina—valdría la pena, fuera cual fuera el riesgo.

Pero ahora sabía que estaba equivocada. Daría todo—renunciaría a su título, a sus riquezas, a su fama, todo ello — por no haber conocido nunca a los McCloud, por estar de vuelta en la seguridad, con su familia, en su lado del Anillo. Estaba enojada con su padre por haber arreglado ese matrimonio; ella era joven e ingenua, pero él debió haberlo sabido. ¿Era tan importante para él la política como para sacrificar a su propia hija? También estaba enojada con él, por morir, por haberla dejado sola con todo esto.

Luanda había aprendido a la mala, en estos últimos meses, a depender de sí misma, y ahora era su oportunidad de hacer las cosas bien.

Temblaba cuando llegó a la pequeña casa de barro, con su puerta oscura, de roble, que estaba bien cerrada. Giró y miró a ambos lados, esperando que los hombres de McCloud se le echaran encima, pero para su alivio, estaban todos muy preocupados con los estragos que estaban causando, para darse cuenta.

Levantó la estaca que tenía en la mano y sujetó el picaporte, girándolo con toda la delicadeza que pudo, rogando no alertar a McCloud.

Entró. Estaba oscuro, y sus ojos se ajustaron lentamente a la luz áspera del sol de la ciudad blanca; también estaba más fresco aquí, y cuando ella caminó a través del umbral de la pequeña casa, lo primero que escuchó fueron los gemidos y gritos de la chica. Mientras sus ojos se ajustaban, ella echó un vistazo a la pequeña casa y vio a McCloud, desnudo de la cintura para abajo, en el piso; la chica estaba desnuda, luchando debajo de él. La chica lloró y gritó, con los ojos hinchados, mientras McCloud estiraba la mano y tapaba su boca con la carnosa palma de su mano.

Luanda apenas podía creer que esto era real, que realmente estaba pasando por esto. Ella dio un paso vacilante hacia adelante, con las manos temblorosas, sus rodillas débiles y rezó para tener la fuerza para llevarlo a cabo. Ella agarró la lanza de hierro como si se tratara de su vida.

Por favor, Dios, déjame matar a este hombre.

Ella escuchó los gruñidos y gemidos de McCloud, como un animal salvaje, habiendo tenido suficiente. Fue implacable. Los gritos de la chica parecían amplificarse con cada uno de los movimientos de él.

Luanda dio un paso, luego otro, hasta quedar a pocos centímetros de distancia. Ella miró hacia abajo a McCloud, estudió su cuerpo, tratando de decidir el mejor lugar para atacar. Por suerte, se había quitado su cota de malla y llevaba sólo una camisa delgada, de paño, ahora empapada en sudor. Podía olerlo desde aquí, y ella retrocedió. Quitar su armadura fue un movimiento descuidado de su parte, y ése sería, Luanda decidió, su último error. Ella levantaría el pico por lo alto, con ambas manos y lo sumiría en su espalda expuesta.

Mientras los gemidos de McCloud alcanzaban su apogeo, Luanda levantó la lanza por lo alto. Pensaba en cómo cambiaría su vida después de este momento, cómo, en cuestión de segundos, nada volvería a ser igual. El reino de McCloud sería libre de su rey tirano; su gente se libraría de más destrucción. Su nuevo marido se levantaría y tomaría su lugar, y finalmente, todo estaría bien.

Luanda se quedó ahí paralizada, con miedo. Ella tembló. Si ella no actuaba ahora, nunca lo haría.

Contuvo la respiración, dio un último paso adelante, sostuvo el pico por lo alto con ambas manos y de repente cayó de rodillas, sumiéndolo con todas sus fuerzas, preparándose para hundirlo en su espalda.

Pero sucedió algo que ella no esperaba, y todo ocurrió de manera borrosa, demasiado rápido para que reaccionara: en el último segundo, McCloud se quitó del camino. Para un hombre de su corpulencia, él era mucho más rápido de lo que ella podía imaginar. Rodó hacia un lado, dejando expuesta a la chica que estaba debajo de él. Era demasiado tarde para que Luanda parara.

El pico de hierro continuó sumiéndose, para horror de Luanda, hasta el fondo — en el pecho de la chica.

La chica se sentó recta, chillando, y Luanda estaba mortificada al sentir el pico perforando su carne, profundamente, varios centímetros, en todo su corazón. Brotó sangre de su boca y miró a Luanda, aterrada, traicionada.

Finalmente, yacía boca abajo, muerta.

Luanda se arrodilló, entumecida, traumatizada, apenas entendiendo lo que había pasado. Antes de que ella pudiera procesar todo, antes de que ella pudiera darse cuenta de que McCloud estaba a salvo, sintió un golpe punzante

en un costado de su cara y sintió que caía al suelo.

Mientras se elevaba por el aire, estaba vagamente consciente de que McCloud acababa de golpearla, de darle un tremendo golpe que la había mandado a volar, había, sin duda, anticipado cada movimiento desde que ella había entrado en la habitación. Él había fingido ignorancia. Había esperado el momento indicado, el momento perfecto para no sólo esquivar el golpe de ella, sino para hacer que matara a esa pobre chica y al mismo tiempo, hacerla sentir culpable por ello.

Antes de que su mundo se desvaneciera, Luanda alcanzó a ver la cara de McCloud. Él estaba sonriendo, con la boca abierta, jadeando, como una bestia salvaje. Lo último que escuchó, antes de que su bota gigante se levantara y bajara hacia su cara, fue su voz gutural, desbordándose como un animal:

"Me hiciste un favor", dijo él. "Ya había terminado con ella, de todos modos".

CAPÍTULO DOS

Gwendolyn corría por las callejuelas retorcidas de la peor parte de la Corte del Rey, con lágrimas cayendo por sus mejillas, mientras huía del castillo, tratando de estar lo más lejos posible de Gareth. Su corazón todavía estaba acelerado desde su enfrentamiento, desde que vio a Firth colgando, desde que escuchó las amenazas de Gareth. Desesperadamente intentó extraer la verdad de sus mentiras. Pero en la mente enferma de Gareth, la verdad y las mentiras estaban mezcladas, y era difícil saber lo que era real. ¿Había estado tratando de asustarla? ¿O todo lo que había dicho era verdad?

Gwendolyn había visto colgando el cuerpo de Firth con sus propios ojos, y eso le decía que tal vez, ahora, todo eso era cierto. Tal vez Godfrey, en efecto, había sido envenenado; tal vez ella había sido vendida en matrimonio a los salvajes de los Nevaruns, y quizás Thor estaba ahora yendo a una emboscada. Pensar en eso la hacía estremecerse.

Se sentía impotente mientras corría. Tenía que hacer lo correcto. Ella no podía ir corriendo a alcanzar a Thor, pero sí podía correr hasta donde estaba Godfrey y ver si había sido envenenado, y si aún vivía.

Gwendolyn corrió hacia lo más profundo de la parte sórdida de la ciudad, sorprendida al encontrarse aquí otra vez, dos veces en la misma cantidad de días, en esta parte asquerosa de la Corte del Rey, a la que ella había prometido nunca regresar. Si realmente Godfrey había sido envenenado, sabía que eso habría sucedido en la taberna. ¿Dónde más? Ella estaba enojada con él por regresar, por bajar su guardia, por ser tan descuidado. Pero más que nada, ella temía por él. Se dio cuenta de cuánto había llegado a preocuparse por su hermano en estos últimos días, y la idea de perderlo a él también, especialmente después de quedarse sin su padre, le dejó un agujero en su corazón. También se sentía de algún modo responsable.

Gwen sintió un verdadero temor mientras corría por las calles y no por los borrachos y sinvergüenzas alrededor de ella; sino porque le temía a su hermano, Gareth. Se había visto demoníaco en su última reunión, y ella no conseguía olvidar la imagen de su rostro, de sus ojos, de su mente — tan negra, tan desalmada. Parecía poseído. Que él estuviera sentado en el trono de su padre, hacía la imagen más surrealista. Ella temía su venganza. Tal vez él,

de hecho, tramaba casarla, algo que ella nunca permitiría; o tal vez sólo quería hacerle bajar la guardia, y realmente estaba planeando asesinarla. Gwen miró a su alrededor, y mientras corría, cada rostro parecía hostil, forastero. Todos parecían ser una amenaza potencial, enviada por Gareth para acabar con ella. Se estaba volviendo paranoica.

Gwen dio vuelta a la esquina y chocó hombros con un viejo borracho — que la desequilibró — y ella saltó y gritó involuntariamente. Ella estaba nerviosa. Le tomó un momento darse cuenta de que era sólo un transeúnte, no uno de los secuaces de Gareth; ella se volvió y lo vio tropezar, sin voltear hacia atrás para disculparse. La indignidad de esta parte de la ciudad era más de lo que ella podía soportar. Si no fuera por Godfrey, nunca se habría acercado a ese lugar, y lo odiaba por hacerla llegar a esto. ¿Por qué simplemente no podía quedarse fuera de las tabernas?

Gwen dio vuelta a otra esquina y allí estaba: La taberna favorita de Godfrey, una porquería de establecimiento, sentado allí torcido, con la puerta abierta, con los borrachos saliendo de él, como hacían perpetuamente. Ella no perdió el tiempo y entró rápidamente por la puerta abierta.

Le tomó a sus ojos un momento ajustarse a la luz oscura; apestaba a cerveza rancia y olor corporal; mientras entraba, el lugar se quedó en silencio. La docena de hombres que había adentro se dio vuelta y la miraron, sorprendidos. Ahí estaba, un miembro de la familia real, vestida de gala, entrando en ese lugar, que probablemente no había sido limpiado en años.

Se acercó a un hombre alto, con una gran barriga, a quien reconoció como Akorth, uno de los compañeros de parranda de Godfrey.

"¿Dónde está mi hermano?", preguntó ella, demandante.

Akorth, generalmente de muy buen humor, generalmente listo para dar rienda suelta a una broma de mal gusto con la que él mismo estaba muy satisfecho, la sorprendió: simplemente negó con la cabeza.

"No está bien, mi lady", dijo, sombrío.

"¿Qué quieres decir?", insistió ella, con su corazón latiendo aceleradamente.

"Tomó una mala cerveza", dijo un hombre alto, delgado, a quien ella reconoció como Fulton, otro compañero de Godfrey. "Enfermó ayer por la noche. No se ha levantado".

"¿Está vivo?", le preguntó, frenética, agarrando la muñeca de Akorth.

"Escasamente", respondió, mirando hacia abajo. "La ha pasado mal. Dejó

de hablar hace una hora".

"¿Dónde está?", insistió ella.

"En la parte trasera, señora", dijo el tabernero, inclinándose sobre la barra, mientras limpiaba una jarra, con una mirada triste. "Y será mejor que tenga un plan para lidiar con él. No conservaré un cadáver en mi establecimiento".

Gwen, abrumada, se sorprendió al sacar una pequeña daga, inclinándose hacia adelante y manteniendo la punta en la garganta del tabernero.

Él tragó saliva, mirando hacia atrás, sorprendido, mientras el lugar quedaba totalmente en silencio.

"En primer lugar", dijo ella, "este lugar no es un *establecimiento* — es una porquería de abrevadero y lo haré derribar por la guardia real si me hablas de esa forma otra vez. Puedes comenzar por llamarme *mi lady*".

Gwen se sentía fuera de sí misma y le sorprendió la fuerza que la superaba; no tenía idea de dónde venía.

El tabernero tragó saliva.

"Mi lady", repitió.

Gwen mantuvo estable la daga.

"En segundo lugar, mi hermano no morirá — y ciertamente no en este lugar. Su cadáver haría que tu establecimiento tenga más honor que cualquier ser viviente que haya pasado por aquí. Y si muere, puedes estar seguro de que la culpa caerá sobre ti".

"¡Pero yo no hice nada malo, mi lady!", dijo defendiéndose. "¡Era la misma cerveza que le serví a todos los demás!".

"Alguien debe haberla envenenado", añadió Akorth.

"Pudo haber sido cualquiera", dijo Fulton.

Gwen bajó lentamente su daga.

"Llévenme con él. ¡Ahora!", ordenó.

El tabernero bajó la cabeza con humildad esta vez, se volvió y se apresuró a ir a la puerta lateral detrás de la barra. Gwen le siguió muy de cerca; Akorth y Fulton también se unieron.

Gwen entró en la pequeña habitación detrás de la taberna y escuchó un jadeo, mientras veía a su hermano, Godfrey, tirado en el piso, en posición supina. Estaba más pálido que nunca. Parecía estar a un paso de la muerte. Todo era verdad.

Gwen se apresuró a su lado, agarró su mano y sintió lo fría y húmeda que estaba. Él no respondió, su cabeza estaba en el suelo, sin afeitarse, con el

cabello grasoso, sujetando su frente. Pero ella sentía su pulso, y aunque estaba débil, estaba allí; también veía cómo se levantaba su pecho con cada respiración. Él estaba vivo.

Ella sintió una repentina furia dentro de ella.

"¿Cómo pudieron dejarlo aquí, así?", dijo ella a gritos, dirigiéndose al tabernero. "¿A mi hermano, miembro de la familia real, lo dejaron solo como un perro, en el suelo, mientras se está muriendo?"

El tabernero tragó saliva, se veía nervioso.

"¿Y qué iba a hacer, mi lady?", preguntó él, sonando inseguro. "Esto no es un hospital. Todos decían que básicamente estaba muerto y..."

"¡No está muerto!", gritó ella. "Y ustedes dos", dijo ella, volteando a ver a Akorth y Fulton, "¿qué clase de amigos son? ¿Él los habría dejado así?"

Akorth y Fulton intercambiaron una mirada sumisa.

"Perdóneme", dijo Akorth. "El doctor vino anoche y lo miró y dijo que se estaba muriendo, y que lo único que quedaba era esperar a que muriera con el tiempo. No creí que se podría hacer algo".

"Nos quedamos con él la mayor parte de la noche, mi lady", añadió Fulton, "estuvimos a su lado. Solo tomamos un breve descanso, bebimos un trago para superar nuestras penas, y luego usted entró y..."

Gwen levantó la mano y con rabia derribó sus jarras de cerveza de sus manos, lanzándolas al suelo, y el líquido se derramó por todas partes. Ambos la miraron, sorprendidos.

"Que cada uno de ustedes sujete un extremo de él", ordenó ella con frialdad, de pie, sintiendo que una nueva fuerza surgía dentro de ella. "Lo sacarán de este lugar. Me seguirán por la Corte del Rey hasta que llegemos con la curandera real. Mi hermano tendrá la oportunidad de una verdadera recuperación, y no morirá en base a la proclama de un doctor lerdo.

"Y tú", agregó, dirigiéndose otra vez al tabernero. Si mi hermano sobrevive, y si alguna vez regresa a este lugar y le sirves un trago, me ocuparé personalmente de que seas arrojado a la mazmorra y que nunca salgas".

El tabernero cambió de lugar y bajó la cabeza.

"¡Andando!", gritó ella.

Akorth y Fulton se estremecieron y entraron en acción. Gwen salió rápidamente del salón, con ellos dos justo detrás de ella, cargando a su hermano, siguiéndola fuera de la taberna hacia la luz del día.

Empezaron a bajar rápidamente por las atestadas calles de la parte

posterior de la Corte del Rey, hacia el curandero y Gwen sólo rezaba para que no fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO TRES

Thor galopaba por el terreno polvoriento de los confines de la Corte del Rey, con Reece, O'Connor, Elden y los gemelos junto a él; Krohn corriendo a su lado; Kendrick, Kolk, Brom y docenas de La Legión y de los Plateados montando a caballo con ellos; eran un gran ejército que iba a encontrarse con los McCloud. Cabalgaban al unísono, preparándose para liberar la ciudad, y el sonido de los cascos de los caballos era ensordecedor, retumbando como un trueno. Habían cabalgado todo el día, y el segundo sol ya estaba en el cielo desde hacía mucho tiempo. Thor apenas podía creer que estaba montado con estos grandes guerreros, en su primera misión militar real. Sentía que lo habían aceptado como uno de los suyos. De hecho, toda La Legión había sido llamada como reserva, y sus hermanos de armas montaban a su alrededor. Los miembros de La Legión fueron empequeñecidos por los miles de miembros del ejército del rey, y Thor, por primera vez en su vida, sentía que era parte de algo mayor que él.

Thor también sentía que tenía un propósito. Se sintió necesitado. Sus conciudadanos estaban sitiados por los McCloud, y su ejército debía liberarlos para salvar a su pueblo de un destino horrible. La importancia de lo que estaban haciendo pesaba sobre él como un ser viviente — eso lo hacía sentir vivo.

Thor se sentía seguro en presencia de todos estos hombres, pero también sentía preocupación: ese era un ejército de hombres de verdad, pero eso también significaba que estaban a punto de enfrentarse a un ejército real. Guerreros reales, sin sentimientos. Esta vez era cosa de vida o muerte y había mucho más en juego de lo que alguna vez había encontrado. Mientras cabalgaba, se inclinó instintivamente y se sintió tranquilizado por la presencia de su honda de confianza y su nueva espada. Se preguntaba si al final del día sería manchada con sangre. O si él mismo saldría herido.

Su ejército de repente lanzó un gran grito, más fuerte incluso que el ruido de los cascos de los caballos, al llegar a una curva y en el horizonte vieron por primera vez, la ciudad sitiada. El humo negro se elevaba en grandes nubes, y el ejército de MacGil pateaba sus caballos, ganando velocidad. Thor, también pateó su caballo con más fuerza, tratando de alcanzar a los demás,

mientras sacaban sus espadas, levantaban sus armas y se dirigían a la ciudad, con intenciones letales.

El enorme ejército se dividió en pequeños grupos y en el grupo de Thor había diez soldados, miembros de La Legión, sus amigos, y algunos otros que no conocía. A la cabeza iba uno de los comandantes de mayor rango del ejército del rey, un soldado a quienes los demás llamaban Forg; un hombre alto y delgado, enjuto, cacarizo, de cabello canoso al rape, y ojos oscuros, huecos. El ejército se dividió en pequeños grupos y bifurcaron en todas direcciones.

"Este grupo, ¡sígueme!", ordenó, gesticulando con su personal para que Thor y los otros se desviaran y lo siguieran.

El grupo de Thor siguió las órdenes y quedó detrás de Forg, desviándose lo más lejos del ejército principal. Thor miró hacia atrás y notó que su grupo se había separado más que la mayoría; el ejército estaba cada vez más distante, y cuando Thor se preguntaba a dónde estaban siendo llevados, Forg gritó:

"¡Nos posicionaremos en el flanco de McCloud!".

Thor y los otros intercambiaron una mirada nerviosa y emocionada mientras iban a la carga, desviándose hasta que el ejército principal ya no estaba a la vista.

Pronto estaban en un nuevo terreno, y la ciudad se perdió totalmente de vista. Thor estaba en guardia, pero no había rastro del ejército de McCloud por ningún lado.

Finalmente, Forg detuvo su caballo ante una pequeña colina, en una arboleda. Los otros se detuvieron detrás de él.

Thor y los demás miraron a Forg, preguntándose por qué se había detenido.

"Esa torre que ven, es nuestra misión", explicó Forg. "Ustedes todavía son jóvenes guerreros, así que queremos evitarles el fragor de la batalla. Mantendrán esta posición mientras nuestro ejército principal barre la ciudad y confronta al ejército de McCloud. Es improbable que algún soldado de McCloud venga aquí, y estarán más seguros. Tomen sus posiciones y permanezcan aquí hasta que les digamos lo contrario. ¡Andando!".

Forg pateó su caballo y se dirigió hacia la colina; Thor y los demás hicieron lo mismo, siguiéndolo. El pequeño grupo cabalgó por las llanuras polvorientas, levantando una nube, sin nadie a la vista, hasta donde Thor podía notar. Se sintió decepcionado al ser retirado de la acción principal; ¿por qué eran todos ellos tan protegidos?

Mientras más cabalgaban, Thor sentía cada vez más que algo que no iba bien. Él no sabía cómo, pero su sexto sentido le decía que algo andaba mal.

Mientras se acercaban a la colina, en cuya cima había una pequeña y antigua torre — alta y delgada que parecía abandonada — algo dentro de Thor le dijo que mirara detrás de él. Al hacerlo, vio a Forg. Thor se sorprendió al ver que Forg se había ido quedando detrás del grupo, ganando cada vez más y más distancia, y mientras Thor miraba, Forg se dio vuelta, pateó su caballo y sin previo aviso, galopó hacia el otro lado.

Thor no comprendía lo que estaba sucediendo. ¿Por qué Forg los había dejado de repente? Krohn, que estaba a su lado, se quejó.

Mientras Thor comenzaba a digerir lo que estaba pasando, llegaron a la cima de la colina, a la antigua torre, esperando no ver nada más que un páramo ante ellos.

Pero el pequeño grupo de miembros de La Legión hizo detener a sus caballos bruscamente. Se quedaron allí, todos ellos, congelados al ver lo que estaba frente a ellos.

Allí, frente a ellos, esperando, estaba todo el ejército de McCloud.

Habían sido llevados hacia una trampa.

CAPÍTULO CUATRO

Gwendolyn se apresuró a través de las callejuelas de la Corte del Rey; Akorth y Fulton llevaban cargando a Godfrey detrás de ella, abriéndose paso mientras cortaba camino entre la gente. Estaba decidida a llegar con la curandera tan pronto como fuera posible. Godfrey no podía morir, no después de todo lo que habían pasado y ciertamente no de esta manera. Casi podía ver la sonrisa autocomplaciente de Gareth al recibir la noticia de la muerte de Godfrey — y ella estaba decidida a cambiar el resultado. Ella sólo deseaba haberlo encontrado antes.

Cuando Gwen dio vuelta a la esquina y marchó hacia la plaza de la ciudad, la multitud se hizo particularmente más grande y ella vio a Firth, aun colgando de una viga, con el nudo apretado alrededor de su cuello, colgando para que todos pudieran verlo. Instintivamente alejó la mirada. Era un espectáculo horrible, un recordatorio de la maldad de su hermano. Ella sentía que no podía escapar de su alcance por donde volteara. Era extraño pensar que justo el día anterior, ella había estado hablando con Firth — y ahora estaba aquí colgado. Ella no pudo evitar sentir que la muerte la estaba acechando — y que también iba por ella.

Aunque Gwen quería alejarse, elegir otro camino, sabía que ir a través de la plaza era la manera más directa, y no se reduciría por sus miedos; se obligó a ella misma a pasar por la viga, donde estaba el cuerpo colgando. Al hacerlo, se sorprendió al ver al verdugo real, ataviado con túnicas negras, bloqueando su camino.

Al principio pensó que iba a matarla a ella también — hasta que él hizo una reverencia.

"Mi lady", dijo con humildad, bajando la cabeza en deferencia. "No nos han dado las órdenes reales sobre qué hacer con el cadáver. No he recibido instrucciones acerca de darle un entierro apropiado o tirarlo en el cementerio de los pobres".

Gwen se detuvo, molesta de que esto cayera sobre sus hombros; Akorth y Fulton se detuvieron a su lado. Miró hacia arriba, entrecerrado los ojos hacia el sol, mirando el cadáver colgando a pocos metros de ella, e iba a seguir adelante e ignorar al hombre, cuando algo se le ocurrió. Ella quería hacer

justicia para su padre.

"Métenlo en una fosa común", dijo. "Sin marcar. Que no tenga un entierro de ritos especiales. Quiero que su nombre sea olvidado de los anales de la historia".

Él inclinó su cabeza en aceptación, y ella sintió una pequeña sensación de justicia. Después de todo, este hombre era quien en realidad había matado a su padre. Aunque odiaba las manifestaciones de violencia, no derramó ni una lágrima por Firth. Ella podía sentir ahora el espíritu de su padre, más fuerte que nunca, y un sentido de paz viniendo de él.

"Y una cosa más", añadió, deteniendo al verdugo. "Baja el cadáver".

"¿Ahora, mi lady?", preguntó el verdugo. "Pero el rey dio órdenes de dejarlo colgando indefinidamente".

Gwen meneó la cabeza.

"Ahora", repitió. "Ésas son tus nuevas órdenes", mintió.

El verdugo se inclinó y se apresuró a bajar el cadáver.

Gwen tuvo otra pequeña sensación de justicia. Ella no tenía ninguna duda de que Gareth estaba verificando el cadáver de Firth desde su ventana durante todo el día — su retiro lo irritaría, serviría como un recordatorio de que las cosas no siempre irían como lo planeaba.

Gwen ya se iba a ir cuando oyó un chillido distintivo; se detuvo y se volvió y arriba, encaramado en la viga, vio al Halcón Estopheles. Ella levantó la mano a la altura de su ojo para protegerse del sol, tratando de asegurarse de que no estuviera viendo visiones. Estopheles hizo otro rechinado y abrió sus alas, luego las cerró.

Gwen pudo sentir que el ave llevaba el espíritu de su padre. Su alma, tan inquieta, estaba un paso más hacia la paz.

Gwen pronto tuvo una idea; silbó y tendió un brazo, y Estopheles voló hacia abajo y aterrizó en la muñeca de Gwen. El pájaro pesaba mucho, y sus garras se clavaron en la piel de Gwen.

"Ve con Thor", susurró al pájaro. "Encuéntrolo en el campo de batalla. Protégelo. ¡ANDA!", gritó, levantando su brazo.

Ella miró como Estopheles batió sus alas y se elevó, cada vez más y más alto en el cielo. Oraba para que eso funcionara. Había algo misterioso sobre ese pájaro, especialmente su conexión con Thor, y Gwen sabía que todo era posible.

Gwen siguió adelante, apresurándose a través de las calles serpenteantes

hacia la casa de la curandera. Pasaron a través de varias puertas arqueadas hacia afuera de la ciudad, y ella caminó lo más rápido que pudo, orando para que Godfrey aguantara el tiempo suficiente para obtener ayuda.

El segundo sol se sumergió más bajo en el cielo mientras ellos subían una pequeña colina en las afueras de la Corte del Rey y la casa de la curandera aparecía a la vista. Era una cabaña sencilla, de una habitación, con sus paredes blancas de barro, con una pequeña ventana a cada lado y una pequeña puerta con arco de roble en el frente. Colgando de su techo había plantas de todos colores y variedades, enmarcando la cabaña — que también estaba rodeada por un gran jardín de hierbas, flores de muchos colores y tamaños, haciendo que la cabaña pareciera como si hubiera sido puesta en medio de un invernadero.

Gwen corrió hacia la puerta y tocó la aldaba varias veces. La puerta se abrió y ante ella apareció el rostro asustado de la curandera.

Illepra. Ella había sido curandera de la familia real toda su vida, y había estado en la vida de Gwen desde que ella era niña y empezó a caminar. Sin embargo, Illepra se las arreglaba para verse joven — de hecho, apenas se veía mayor que Gwen. Su piel brillaba, radiante, enmarcando sus ojos verdes, de mirada amable, y la hacía parecer de no más de 18 años. Gwen sabía que ella era mucho mayor, sabía que su apariencia era engañosa, y también sabía que Illepra era una de las personas más inteligentes y más talentosas que había conocido en su vida.

Illepra cambió su mirada hacia Godfrey y se dio cuenta de la situación. Se dejó de cumplidos y sus ojos se abrieron de par en par con preocupación, dándose cuenta de la urgencia. Caminó más allá de Gwen y corrió al lado de Godfrey, colocando una palma en la frente de él. Ella frunció el ceño.

"Métenlo", ordenó a los dos hombres, apresuradamente y "que sea rápido".

Illepra volvió adentro, abriendo la puerta más ampliamente, y ellos la siguieron, entrando apresuradamente en la cabaña. Gwen también entró, agachándose en la entrada baja y cerró la puerta detrás de ellos.

Había poca luz, y le tomó a sus ojos un momento para adaptarse; cuando eso sucedió, ella vio la cabaña exactamente como la recordaba cuando era niña: pequeña, iluminada, limpia y desbordante de plantas, hierbas y pociones de todo tipo.

"Déjenlo allí", ordenó Illepra a los hombres, con tal seriedad que Gwen nunca le había escuchado. "En esa cama, en la esquina. Quítenle su camisa y

sus zapatos. Después, déjenos solos".

Akorth y Fulton hicieron lo que se les ordenó. Mientras salían apresuramiento por la puerta, Gwen agarró del brazo a Akorth.

"Hagan guardia afuera", le ordenó. "Quienquiera que haya ido tras Godfrey, podría intentarlo nuevamente. O venir tras de mí".

Akorth asintió con la cabeza y él y Fulton salieron, cerrando la puerta detrás de ellos.

"¿Cuánto tiempo lleva así?". Illepra preguntó con rapidez, sin mirar a Gwen, mientras se arrodillaba al lado de Godfrey y comenzaba a sentir su pulso, su estómago, su garganta.

"Desde anoche", respondió a Gwen.

"¡Anoche!", Illepra repitió, sacudiendo su cabeza con preocupación. Lo examinó por un largo tiempo en silencio; su expresión era sombría.

"No está bien", dijo ella, finalmente.

Colocó su mano sobre su frente otra vez y cerró los ojos, respirando durante mucho tiempo. Un gran silencio impregnó la sala, y Gwen estaba empezando a perder su sentido del tiempo.

"Es veneno", Illepra susurró finalmente, con los ojos todavía cerrados, como si leyera su condición por ósmosis.

Gwen siempre se sentía maravillada por la habilidad que tenía ella; nunca se había equivocado en toda su vida. Y ella había salvado más vidas que las que el ejército había tomado. Se preguntó si era una habilidad que había aprendido o heredado; la madre de Illepra había sido curandera y también su abuela. Sin embargo, al mismo tiempo, Illepra había pasado cada minuto de su vida haciendo pociones y en las artes curativas.

"Es un veneno muy potente", añadió Illepra, con más seguridad. "Es raro de encontrar. Es muy costoso. Quien estuviera tratando de matarlo, sabía lo que estaba haciendo. Es increíble que no haya muerto. Él debe ser más fuerte de lo que pensamos".

"Lo heredó de mi padre", dijo Gwen. "Tenía la complexión de un toro. Todos los reyes MacGil la tenían".

Illepra cruzó la sala y mezcló varias hierbas en un bloque de madera, picando y moliendo y añadiendo un líquido al mismo tiempo. El producto final era un bálsamo espeso, verde, y lo puso en su mano, se apresuró a ir al lado de Godfrey y se lo aplicó arriba y abajo de su garganta, debajo de sus brazos, en su frente. Cuando terminó, cruzó la habitación otra vez, tomó un vaso y agregó

varios líquidos, uno rojo, uno marrón y otro púrpura. Al mezclarse, la poción silbaba y hacía burbujas. Ella la movió con una cuchara larga de madera, y luego se apresuró a ir con Godfrey y lo puso en sus labios.

Godfrey no se movió; Illepra puso la mano detrás de su cabeza y lo levantó y lo obligó a beber el líquido que estaba en su boca. La mayor parte cayó al lado de sus mejillas, pero algo entró a su garganta.

Illepra secó el líquido de su boca y quijada, y finalmente se recostó y suspiró.

"¿Va a vivir?", Gwen preguntó, frenética.

"Es posible", dijo ella, sombría. "Le he dado todo lo que tengo, pero no será suficiente. Su vida está en manos del destino".

"¿Qué puedo hacer?", preguntó Gwen.

Ella se volvió y miró a Gwen.

"Reza por él. Sin duda, será una noche larga".

CAPÍTULO CINCO

Kendrick nunca había apreciado lo que significaba la libertad — la verdadera libertad — hasta este día. El tiempo que había pasado encerrado en el calabozo había cambiado su opinión sobre la vida. Ahora apreciaba cada pequeña cosa — sentir el sol, el viento en su cabello, el simple hecho de estar fuera. Cabalgar un caballo, sentir la tierra por debajo de él a toda velocidad, volver a ponerse la armadura, volver a tener su armamento y montar a caballo junto con sus hermanos de armas, lo hacía sentir como si le hubieran lanzado de un cañón, le hacía sentir una imprudencia que nunca había experimentado antes.

Kendrick galopó, agachándose ante el viento, con su gran amigo íntimo Atme a su lado, tan agradecido por la oportunidad de pelear con sus hermanos, por no perder esta batalla y con ganas de liberar a su ciudad de los McCloud — y a hacerles pagar por invadirlos. Cabalgaba con un deseo de que hubiera derramamiento de sangre, aunque mientras cabalgaba sabía que el verdadero objetivo de su ira no eran los McCloud, sino su hermano Gareth. Nunca le perdonaría haberlo encarcelado, haberlo acusado del asesinato de su padre, de habérselo llevado delante de sus hombres — y por intentar ejecutarlo. Kendrick quería vengarse de Gareth — pero puesto que no podía hacerlo, al menos hoy no, se desquitaría con los McCloud.

Sin embargo, cuando Kendrick regresara a la Corte del Rey, podría arreglar las cosas. Haría todo lo que estuviera en sus manos para derrocar a su hermano y poner a su hermana Gwendolyn como nueva gobernante.

Ellos se acercaban a la ciudad saqueada y enormes nubes negras ondeantes se acercaban hacia ellos, llenando las fosas nasales de Kendrick con humo acre. Le dolía ver una ciudad MacGil así. Si su padre siguiera vivo, esto nunca habría pasado; si Gareth no le hubiera precedido, esto tampoco habría ocurrido. Era una desgracia, una mancha en el honor de los MacGil y de Los Plateados. Kendrick oró para que no fuera demasiado tarde para rescatar a esas personas, para que los McCloud no hubieran estado aquí mucho tiempo, y para que no hubiera mucha gente herida o muerta.

Pateó su caballo con más fuerza, pasando por delante de los demás, mientras cabalgaban, como un enjambre de abejas, hacia la puerta de entrada

abierta a la ciudad. Irrumpieron en ella, Kendrick sacó su espada, preparándose para enfrentarse con una multitud de los McCloud, mientras entraban en la ciudad. Dejó salir un gran grito, igual que todos los hombres a su alrededor, preparándose para el impacto.

Pero cuando pasó por la puerta hacia la polvorienta plaza de la ciudad, estaba perplejo por lo que vio: nada. Todo a su alrededor tenía los indicios de una invasión — destrucción, incendios, casas saqueadas, cadáveres amontonados, mujeres arrastrándose. Había animales muertos, sangre en las paredes. Había sido una masacre. Los McCloud habían arrasado con esta gente inocente. La sola idea hizo que Kendrick sintiera náuseas. Eran unos cobardes.

Pero lo que impresionó a Kendrick mientras cabalgaba, era que los McCloud no estaban a la vista. No podía entenderlo. Fue como si todo el ejército se hubiera ido deliberadamente, como si hubiesen sabido que ellos iban a llegar. Todavía había incendios activos, y estaba claro que habían sido encendidos con un propósito.

Kendrick empezaba a entender que todo esto era un señuelo. Que los McCloud habían querido atraer el ejército MacGil a este lugar.

¿Pero por qué?

Kendrick repentinamente giró, miró a su alrededor, desesperado por ver si faltaba alguno de sus hombres, si algún contingente había sido atraído hacia otro lugar. Su mente estaba inundada con un nuevo sentimiento, con la sensación de que todo esto había sido arreglado para cercar a un grupo de sus hombres, para tenderles una emboscada. Buscó por todas partes, preguntándose quién faltaba.

Y entonces se dio cuenta. Faltaba una persona. Su escudero.

Thor.

CAPÍTULO SEIS

Thor montaba su caballo, en la cima de la colina, con el grupo de miembros de La Legión y Krohn junto a él y miró la sorprendente vista delante de él: hasta donde alcanzaba la vista, había tropas de los McCloud, sentados a caballo, era un ejército enorme y extenso, que les esperaba. Les habían tendido una trampa. Forg debe haberlos llevado ahí a propósito, debe haberlos traicionado. ¿Pero por qué?

Thor tragó saliva, mirando a lo que parecía ser una muerte segura.

Un gran grito de batalla se escuchó, mientras el ejército de los McCloud iba hacia ellos de repente. Estaban a unos cientos de metros de distancia y se acercaban rápidamente. Thor miró sobre su hombro, pero no había refuerzos hasta donde podía ver. Estaban completamente solos.

Thor sabía que no tenían otra opción sino dar la última batalla en esta pequeña colina, junto a esta torre abandonada. Las probabilidades eran imposibles, y no había manera de que pudieran ganar. Pero si iba a caer, lo haría con valentía y los enfrentaría como un hombre. La Legión le había enseñado eso. Huir no era una opción; Thor se preparó para enfrentar su muerte.

Thor se volvió y miró los rostros de sus amigos, y pudo notar también, que estaban pálidos de miedo; vio a la muerte en sus miradas. Pero a su favor, todos permanecieron valientes. Ninguno de ellos se estremeció, aunque sus caballos hicieron cabriolas, ni se movieron para girar y huir. Ahora, La Legión era una unidad. Eran más que amigos: Los Cien les habían forjado como un equipo de hermanos. Ninguno de ellos dejaría al otro. Todos habían hecho una promesa, y su honor estaba en juego. Y para La Legión, el honor era más sagrado que la sangre.

"Señores, creo que tenemos una lucha ante nosotros", anunció Reece lentamente, mientras estiraba la mano y sacaba su espada.

Thor se agachó y sacó su honda, queriendo tomar todo lo que pudiera, antes de que ellos llegaran. O'Connor sacó su lanza corta, mientras que Elden izaba su jabalina; Conval levantó un martillo para lanzar y Conven un pico para lanzar. Los otros chicos de La Legión que iban con ellos, los que Thor no conocía, sacaron sus espadas y sus escudos. Thor podía sentir el miedo en el

aire, y él también lo sintió a medida que crecía el estruendo de los caballos, mientras el sonido de los gritos de los McCloud llegaba a los cielos, sonando como el estallido de un trueno a punto de caerles encima. Thor sabía que ellos necesitaban una estrategia — pero no sabía cuál.

Al lado de Thor, Krohn gruñó. Thor se inspiró en la intrepidez de Krohn: nunca gimió ni miró hacia atrás. De hecho, los pelos se levantaron en su espalda y caminó lentamente hacia adelante, como si fuera a reunirse él solo, con el ejército. Thor sabía que en Krohn había encontrado a un verdadero compañero de batalla.

"¿Crees que los demás nos servirán de refuerzo?", preguntó O'Connor.

"No a tiempo", respondió Elden. "Forg nos tendió una trampa".

"¿Pero por qué?", preguntó Reece.

"No sé", contestó Thor, avanzando en su caballo, "pero tengo el presentimiento de que tiene algo que ver conmigo. Creo que alguien me quiere muerto".

Thor sintió que los demás se daban la vuelta para mirarlo.

"¿Por qué?", preguntó Reece.

Thor se encogió de hombros. No lo sabía, pero sospechaba que tenía que ver con todas las intrigas en la Corte del Rey, tenía que ver con el asesinato de MacGil. Lo más probable es que fuera Gareth. Tal vez él veía a Thor como una amenaza.

Thor se sentía muy mal por haber puesto en peligro a sus hermanos de armas, pero no había nada que pudiera hacer ahora. Todo lo que podía hacer era tratar de defenderlos.

Thor ya había tenido suficiente. Él gritó y pateó su caballo y salió galopando hacia el frente, cabalgando antes que los demás. No esperaría aquí para encontrarse con ese ejército, para encontrarse con su muerte. Él daría los primeros golpes, tal vez incluso desviaría a algunos de sus hermanos de armas y les daría la oportunidad de huir, si así lo decidieran. Si iba a encontrarse con la muerte, lo haría sin temor, con honor.

Temblando por dentro pero negándose a mostrarlo, Thor galopó más y más lejos de los demás, cabalgando por la colina hacia el ejército que venía avanzando. Junto a él, Krohn corrió, sin perder el ritmo.

Thor escuchó un grito, mientras que detrás de él, sus compañeros de La Legión corrían para alcanzarlo. Estaban apenas a dieciocho metros de distancia, y galopaban detrás de él, levantando un grito de guerra. Thor se

mantuvo al frente, sin embargo, se sentía bien poder contar con su apoyo detrás de él.

Ante Thor estalló un contingente de guerreros del ejército de McCloud, dirigiéndose hacia adelante para encontrarse con Thor, tal vez eran cincuenta hombres. Iban noventa metros adelante y acercándose rápidamente, y Thor sacó su honda, le puso una piedra, apuntó y la lanzó. Su objetivo principal era el guerrero líder, un hombre robusto, con un peto de plata, y su tino fue perfecto. Le pegó al hombre en la base de la garganta, entre las placas de la armadura, y el hombre cayó de su caballo, aterrizando en la tierra, antes que los demás.

Al caer, su caballo aterrizó junto con él, y la docena de caballos que iban detrás de ellos se amontonaron, lanzando a sus soldados al suelo, boca abajo.

Antes de que pudieran reaccionar, Thor colocó otra piedra, jaló la cuerda hacia atrás y la lanzó. Otra vez, su tino fue preciso, y golpeó a uno de los guerreros líderes en la sien, en el lugar expuesto de su carátula frontal levantada y lo tiró a un costado de su caballo, hacia otros guerreros, llevándolos hacia abajo como fichas de dominó.

Mientras Thor galopaba, una jabalina voló cerca de su cabeza, y luego una lanza, luego un martillo y un pico y él sabía que lo estaban apoyando sus hermanos de La Legión. Su puntería también era acertada, y sus armas derribaron a los soldados de McCloud con mortal precisión; varios de ellos cayeron de los caballos y chocaron contra otros que cayeron con ellos.

Thor estaba eufórico al ver que ellos ya habían logrado derribar a docenas de soldados McCloud, algunos de ellos con impactos directos, pero la mayoría había sido por la caída de los caballos. El contingente de avanzada de cincuenta hombres ahora estaba en el suelo, tirados en grandes montones de polvo.

Pero el ejército McCloud era fuerte, y ahora era su turno para contraatacar. Cuando Thor estuvo a veintisiete metros de ellos, varios le lanzaron armas. Un martillo fue hacia su rostro, y Thor se agachó en el último momento; el hierro zumbaba por su oreja, fallando por dos centímetros. Una lanza salió volando hacia él, tan rápidamente como se agachó al otro lado, mientras la punta rozaba la parte exterior de su armadura, afortunadamente, fallando. Un pico voló hacia su cara, y Thor levantó su escudo y lo bloqueó. Se quedó pegado a su escudo, y Thor estiró la mano, lo quitó y lo lanzó de regreso a su atacante. La puntería de Thor era buena, y se alojó en el pecho del hombre, perforando

su cota de malla; con un grito, el hombre se desplomó sobre su caballo, muerto.

Thor se mantuvo a la carga. Fue a atacar al grueso del ejército, en un mar de soldados, preparado para encontrar su muerte. Él gritó y levantó su espada, lanzando un gran grito de batalla; detrás de él, sus hermanos de armas también lo hicieron.

Con un gran choque de armas, hubo un impacto. Un enorme guerrero adulto fue a atacarlo, levantó un hacha con las dos manos y la dirigió hacia la cabeza de Thor. Thor se agachó, la cuchilla se balanceaba cerca de su cabeza y le cortó el estómago al soldado mientras él pasaba; el hombre gritó y se desplomó sobre su caballo. Al caer tiró su hacha de batalla, y salió volando hacia el caballo de McCloud, que relinchó e hizo cabriolas, lanzando a su jinete hacia varios otros.

Thor se mantuvo a la carga, entre el grueso de los guerreros de McCloud, cientos de ellos, abriéndose paso a través de ellos, mientras uno tras otro se balanceaba con sus espadas, hachas, mazas, y él los bloqueaba con su escudo o los esquivaba, cortando también, agachándose y zigzagueando, galopando. Él era muy rápido, muy ágil para ellos, y no se lo esperaban. Siendo un gran ejército, ellos no podrían maniobrar lo suficientemente rápido como para detenerlo.

Hubo un gran choque de metal alrededor de él, mientras los golpes le llegaban de todas direcciones. Bloqueó a uno tras otro con su escudo y espada. Pero no podía evitarlos todos. Un corte de espada rozó su hombro, y él gritó de dolor mientras salía sangre. Afortunadamente la herida fue superficial y no evitó que combatiera. Continuó contraatacando.

Thor, luchando con las dos manos, fue rodeado por guerreros McCloud, y pronto los golpes comenzaron, mientras los otros miembros de La Legión se unían a la manada. El sonido metálico fue mayor, mientras los hombres de McCloud luchaban contra los chicos de La Legión, las espadas golpeaban los escudos, las lanzas caían en los caballos, las jabalinas entraban en las armaduras, los hombres luchaban en todas direcciones. Se escucharon gritos de ambos lados.

La Legión tenía una ventaja al ser una fuerza armada pequeña y ágil, eran diez en medio de un ejército enorme y de lento movimiento. Había un cuello de botella, y no todos los guerreros McCloud podrían llegar a ellos a la vez; Thor se encontró peleando con dos o tres hombres a la vez, pero no más. Y sus

hermanos que iban atrás, impedían que fuera atacado por la espalda.

Un guerrero tomó a Thor desprevenido y lanzó su mayal hacia la cabeza de Thor; Krohn gruñó y se abalanzó. Krohn saltó alto en el aire y atenazó su muñeca; la arrancó, la sangre brotó por todos lados, obligando al soldado a cambiar de dirección antes de que el mayal se impactara en el cráneo de Thor.

Era algo nebuloso mientras Thor luchaba y atacaba y esquivaba en todas direcciones, utilizando hasta la última gota de su habilidad para defender, atacar y cuidar a sus hermanos y protegerse a sí mismo. Instintivamente convocó sus interminables días de entrenamiento, de ser atacado desde todos los lados, en todo tipo de situaciones. En algunas formas, parecía natural para él. Lo habían entrenado bien, y se sentía capaz de manejar esto. Su temor siempre estaba allí, pero se sentía capaz de controlarlo.

Mientras Thor luchaba y luchaba, sus brazos se hacían más pesados, sus hombros se cansaban, las palabras de Kolk sonaron en sus oídos:

Sus enemigos nunca lucharán según los términos de ustedes. Lucharán según los de ellos. La guerra para ustedes significa la guerra para otra persona.

Thor vio a un guerrero bajito, fornido, subir una cadena con pinchos con ambas manos y balancearla hacia la parte posterior de la cabeza de Reece. Reece no la vio venir; en un momento él estaría muerto.

Thor bajó de su caballo, saltando en el aire y derribó al guerrero antes de que lanzara la cadena. Los dos salieron volando de los caballos y aterrizaron con fuerza sobre el suelo en una nube de polvo; Thor rodó y rodó, sin aliento, mientras los caballos pateaban a su alrededor. Luchó con el guerrero en el suelo, y cuando el hombre levantó sus pulgares para arrancar los ojos de Thor, Thor de pronto oyó un chillido — y vio a Estopheles bajar en picada y agarró los ojos del hombre justo antes de que él pudiera lastimar a Thor. El hombre gritó, agarrando sus ojos, y Thor le dio un fuerte codazo y lo derribó.

Antes de que Thor tuviera la oportunidad de deleitarse con su victoria, sintió que lo pateaban con fuerza en el estómago, derribándole de espaldas. Miró hacia arriba para ver a un guerrero levantar un martillo de guerra con las dos manos y bajarlo hacia su pecho.

Thor rodó, y el martillo pasó zumbando cerca de él, hundiéndose en la tierra hasta la empuñadura. Se dio cuenta de que pudo haberlo aplastado hasta morir.

Krohn se abalanzó sobre el hombre, saltando hacia adelante y hundiendo

sus colmillos en el codo del hombre; el soldado estiró la mano y golpeó a Krohn, una y otra vez. Pero Krohn no lo soltaba, gruñía, hasta que finalmente le arrancó el brazo al hombre. El soldado gritó y cayó al suelo.

Un soldado se adelantó y bajó su espada hacia Krohn; pero Thor rodó con su escudo y bloqueó el golpe; todo su cuerpo temblaba con el sonido metálico, salvando la vida de Krohn. Pero cuando Thor se arrodilló allí, quedó expuesto, y otro guerrero se dirigió hacia él con su caballo, pisoteándolo, derribándole boca abajo; sintiendo que los cascos del caballo aplastaban todos los huesos de su cuerpo.

Varios soldados McCloud bajaron de un salto y rodearon a Thor, acercándose a él.

Thor se dio cuenta de que estaba en un mal lugar; daría cualquier cosa por estar de nuevo en su caballo. Yacía en el suelo, su cabeza sonaba de dolor, por el rabillo del ojo vio a los otros miembros de La Legión peleando y perdiendo terreno. Uno de los chicos de La Legión que no reconoció soltó un grito agudo, y Thor vio como una espada perforaba su pecho y se desplomaba, muerto.

Otro miembro de La Legión que Thor no conocía fue en su ayuda, matando a su atacante empujando su lanza — pero al mismo tiempo, un McCloud le atacó por detrás, metiendo una daga en su cuello. El chico gritó y cayó de su caballo, muerto.

Thor se volvió y vio a media docena de soldados echándosele encima. Uno levantó una espada y la bajó hacia su rostro, y Thor subió la mano y la bloqueó con su escudo, el sonido metálico resonó en sus oídos. Pero otro levantó su bota y quitó de una patada el escudo de Thor de su mano.

Un tercer atacante pisó la muñeca de Thor, fijándola en el suelo.

Un cuarto atacante se adelantó y levantó una lanza, preparándose para meterla en el pecho de Thor.

Thor escuchó un gran alarido y Krohn saltó sobre el soldado, haciéndolo retroceder y acorralándolo. Pero un soldado dio un paso adelante con un garrote, directo hacia Krohn, pegándole tan duro que Krohn tropezó, dando un aullido y aterrizó sobre su espalda, débil.

Otro soldado dio un paso adelante, parándose junto a Thor y levantó un tridente. Él frunció el ceño y esta vez no había nadie que lo detuviera. Se preparó para bajarlo hacia la cara de Thor, y mientras Thor permanecía ahí tirado, indefenso, no pudo evitar sentir que había llegado su fin.

CAPÍTULO SIETE

Gwen se arrodilló al lado de Godfrey en la cabaña claustrofóbica, Illepra a su lado y ya no podía soportarlo. Ella había estado escuchando los gemidos de su hermano durante horas, viendo que la cara de Illepra era cada vez más sombría, y parecía seguro que iba a morir. Se sentía tan impotente, sentada ahí. Sentía que tenía que hacer algo. Lo que fuera.

No sólo se sentía trasegada por la culpa y preocupación por Godfrey — sino que también por Thor. Ella no podría sacar de su mente la imagen de él yendo a la batalla, enviado por Gareth a una trampa, a punto de morir. Ella sentía que también debía ayudar a Thor, de alguna manera. Se estaba volviendo loca ahí sentada.

Gwen se levantó de repente y se apresuró a través de la cabaña.

"¿Adónde va?", preguntó Illepra, con la voz ronca de tanto cantar oraciones.

Gwen volteó a verla.

"Regresaré", dijo. "Hay algo que tengo que intentar".

Abrió la puerta y salió corriendo, hacia el aire del atardecer y parpadeó ante esa vista: el cielo estaba rayado con rojos y púrpuras; el segundo sol estaba como en una bola verde en el horizonte. Akorth y Fulton, a su favor, todavía estaban ahí parados, en guardia — se levantaron de un salto y la miraron con preocupación en sus rostros.

"¿Va a vivir?", preguntó Akorth.

"No sé", dijo Gwen. "Quédense aquí. Hagan guardia".

"¿Adónde va?", preguntó Fulton.

Se le había ocurrido una idea mientras veía el cielo rojo intenso; sintió algo místico en el aire. Había un hombre que podría ayudarla.

Argon.

Si había una persona en quien Gwen podía confiar, una persona que amaba a Thor y que había permanecido leal a su padre, una persona que tenía el poder de ayudarla de alguna manera, era él.

"Tengo que buscar a alguien especial", dijo ella.

Ella se volvió y se fue apresuradamente a través de las llanuras, trotando, corriendo, recorriendo el camino que la llevaría a la cabaña de Argon.

Ella no había estado ahí en años, desde que era una niña, pero recordó que vivió en las planicies desoladas, escarpadas. Ella corrió y corrió, apenas recuperando el aliento mientras el terreno se hacía más desolado, más ventoso, dando paso a los guijarros, luego a las rocas. El viento aullaba, y mientras se iba, el paisaje se volvió inquietante; sentía como si estuviera caminando sobre la superficie de una estrella.

Finalmente llegó a casa de Argon, sin aliento y tocó a la puerta. No había ningún picaporte que pudiera utilizar, pero ella sabía que éste era el lugar.

"¡Argon!", gritó ella. "¡Soy yo! ¡La hija de MacGil! ¡Déjame entrar! Te lo ordeno".

Ella tocaba y tocaba, pero la única respuesta que recibió fue el aullido del viento.

Finalmente, rompió en llanto, exhausta, sintiéndose más impotente que nunca. Se sintió hueca, como si ya no tuviera ningún lugar a dónde ir.

Mientras el sol se hundía más en el cielo, su color rojo intenso daba paso al crepúsculo, Gwen se dio vuelta y comenzó a caminar de regreso por la colina. Borró las lágrimas de su rostro mientras caminaba, desesperada por averiguar a dónde ir después.

"Por favor, padre", dijo en voz alta, cerrando los ojos. "Dame una señal. Dime a dónde ir. Dime qué hacer. Por favor, no permitas que tu hijo muera en este día. Y por favor, no permitas que Thor muera. Si me amas, respóndeme".

Gwen caminó en silencio, escuchando al viento, cuando de repente, tuvo un destello de inspiración.

El lago. El Lago de las Tristezas.

Claro. El lago era donde todo el mundo iba a orar por alguien que estaba mortalmente enfermo. Era un lago prístino, pequeño, a mitad del Bosque Rojo, rodeado de árboles imponentes que llegaban hasta el cielo. Era considerado un lugar sagrado.

Gracias padre, por contestarme, pensó Gwen.

Sintió que ahora él estaba con ella, más que nunca y corrió a toda velocidad hacia el Bosque Rojo, hacia el lago que escucharía sus penas.

*

Gwen se arrodilló en la orilla del Lago de las Tristezas, sus rodillas descansaban sobre el suave pino rojo que recubría el agua como un anillo, y miró al agua quieta, al agua más tranquila que había visto, que reflejaba la luna creciente. Había una luna llena, brillante, la más llena que jamás había

visto, y mientras aún se estaba poniendo el segundo sol, la luna estaba saliendo, fundiendo la puesta del sol y de la luna sobre el Anillo. El sol y la luna se reflejaban juntos, uno frente a la otra, en el lago, y sintió lo más sagrado de esta hora del día. Era la ventana entre el cierre de un día y el comienzo de otro, y en este momento sagrado y en este lugar sagrado, todo era posible.

Gwen se arrodilló allí, llorando y rezando con toda su alma. Los acontecimientos de los últimos días habían sido demasiado para ella, y se desahogó totalmente. Oraba por su hermano, pero más aún por Thor. Ella no podía soportar la idea de perderlos a ambos en esta noche, de no tener a nadie con ella sino a Gareth. No podía soportar la idea de ser enviada a desposarse con algún bárbaro. Sintió que su vida se derrumba a su alrededor, y necesitaba respuestas. Más aún, necesitaba esperanza.

Había mucha gente en su reino que oraba al Dios de los Lagos, o al Dios de los Bosques, o al Dios de las Montañas, o al Dios del Viento — pero Gwen nunca creyó en ninguno de ellos. Ella, como Thor, era una de las pocas personas que estaban contra el grano de fe en su reino y siguieron el camino radical de creer en un Dios, un ser que controla todo el universo. Era a este Dios al que rezaba.

Por favor Dios, oró. Devuélveme a Thor. Deja que esté a salvo en la batalla. Déjalo escapar de la emboscada. Por favor, deja que Godfrey viva. Y por favor, protégeme — no dejes que me lleven lejos de aquí, para casarme con ese salvaje. Haré lo que sea. Solo dame una señal. Muéstrame lo que quieres de mí.

Gwen se arrodilló allí por largo tiempo, sin escuchar nada más que el aullido del viento corriendo por los pinos infinitamente altos del Bosque Rojo; ella escuchaba cómo se agrietaban suavemente las ramas, mientras se mecían sobre su cabeza y sus agujas caían en el agua.

"Ten cuidado con lo que pides en oración", se escuchó una voz.

Ella giró, encogiéndose de dolor y se sorprendió al ver a alguien ahí parado, no lejos de ella. Ella habría tenido miedo, pero inmediatamente reconoció la voz — una voz antigua, mayor que los árboles, más vieja que la tierra misma y su corazón se emocionó al darse cuenta de quién era.

Ella se volvió y lo vio ahí parado, vestido con su manto blanco y capucha, con los ojos translúcidos, ardiendo a través de ella como si estuviera mirando su alma. Sostenía su vara, encendida en la puesta del sol y la luz de la luna.

Argon.

Ella se levantó y lo enfrentó.

"Te busqué", dijo ella. "Fui a tu casa de campo. ¿Me escuchaste tocar?".

"Escucho todo", respondió enigmáticamente.

Ella hizo una pausa, perpleja. Era inexpresivo.

"Dime lo que tengo que hacer", dijo ella. "Haré lo que sea. Por favor, no permitas que Thor muera. ¡No puedes dejarlo morir!".

Gwen dio un paso adelante y lo sujetó de la muñeca, suplicando. Pero cuando lo tocó, se quemó con un calor ardiente, viajando a través de su muñeca y sus manos, y se retiró, abrumada por la energía.

Argon suspiró, se alejó de ella y dio varios pasos hacia el lago. Él se quedó allí parado, mirando el agua; sus ojos se reflejaban en la luz.

Ella se acercó a él y se quedó allí en silencio, no supo cuánto tiempo, esperando a que estuviera listo para hablar.

"No es imposible cambiar el destino", dijo él. "Pero impone un precio muy alto al demandante. Quieres salvar una vida. Es una noble tarea. Pero no puedes salvar dos vidas. Tendrás que elegir".

Se volvió y la enfrentó.

"¿Dejarías vivo a Thor esta noche, o a tu hermano? Uno de ellos debe morir. Está escrito".

Gwen se horrorizó con la pregunta.

"¿Qué tipo de elección es esa?", preguntó ella. "Al salvar a uno, condeno al otro".

"No es así", respondió él. "Ambos deberían morir. Lo siento. Pero ese es su destino".

Gwen sentía como si una daga hubiera sido sumida en su estómago. ¿Los dos están destinados a morir? Era horrible imaginarlo. ¿El destino podría ser así de cruel?

"No puedo elegir a uno de los dos", dijo ella, finalmente, con la voz quebrada. "Mi amor por Thor es más fuerte, por supuesto. Pero Godfrey es de mi sangre. No puedo soportar la idea de que uno muera a expensas del otro. Y no creo que ninguno de los dos querría eso".

"Entonces morirán los dos", respondió Argon.

Gwen se sintió llena de pánico.

"¡Espera!", gritó ella, cuando él empezó a alejarse.

Él se volvió y la miró.

"¿Y qué hay de mí?", preguntó ella. "¿Y si debo morir en su lugar? ¿Es posible? ¿Pueden vivir los dos y que yo muera?"

Argon la miró fijamente durante mucho tiempo, como viendo su esencia.

"Tu corazón es puro", dijo él. "Tú eres la de corazón más puro de todos los MacGil. Tu padre eligió sabiamente. Sí, lo hizo..."

La voz de Argon se arrastraba, mientras continuaba mirándola a los ojos. Gwen se sentía incómoda, pero no se atrevía a desviar la mirada.

"Debido a tu elección, gracias a tu sacrificio de esta noche", dijo Argon, "el destino te ha escuchado. Thor sería salvado esta noche. Y también tu hermano. Tú también vivirás. Pero deben quitarte un pequeño trozo de tu vida. Recuerda, siempre hay un precio que pagar. Tendrás una muerte parcial a cambio de esas dos vidas".

"¿Qué significa eso?", preguntó ella, aterrada.

"Todo tiene un precio", respondió él. "Tienes una opción. ¿Prefieres no pagarlo?"

Gwen se preparó.

"Haré cualquier cosa por Thor", dijo ella. "Y por mi familia".

Argon la miró detenidamente.

"Thor tiene un destino muy grande", dijo Argon. "Pero el destino puede cambiar. Nuestro destino está en nuestras estrellas. Pero también es controlado por Dios. Dios puede cambiar el destino. Thor estaba destinado a morir esta noche. Él va a vivir solo por ti. Vas a pagar ese precio. Y el costo será alto".

Gwen quería saber más, y alargó la mano hacia Argon, pero al hacerlo, de repente, una luz brilló ante ella, y Argon desapareció.

Gwen se dio la vuelta, buscándolo en todas direcciones, pero no estaba en ninguna parte.

Finalmente se dio vuelta y miró al lago, tan sereno, como si nada hubiera pasado aquí esta noche. Ella vio su reflejo, y se veía tan lejos. Estaba llena de gratitud y, finalmente, con una sensación de paz. Pero no pudo evitar también tener un sentimiento de temor por su propio futuro. Aunque intentó sacarlo de su mente, no podía dejar de preguntarse: ¿qué precio tendría que pagar por la vida de Thor?

CAPÍTULO OCHO

Thor estaba en el suelo, en medio del campo de batalla, inmovilizado por los soldados de McCloud, indefenso, escuchando el ruido de la batalla, los gritos de los caballos, de hombres muriendo alrededor de él. La puesta de sol y la luna ascendente — una luna llena, como nunca la había visto — repentinamente fueron bloqueados por un soldado enorme, que dio un paso adelante, levantó su tridente y se preparó para bajarlo. Thor sabía que había llegado su momento.

Thor cerró los ojos, preparándose para la muerte. No sentía miedo. Sólo remordimiento. Quería más tiempo para estar vivo; quería descubrir quién era, cuál era su destino y sobre todo, quería más tiempo con Gwen.

Thor sintió que no era justo morir así. No aquí. No de esta manera. No en este día. Todavía no era su tiempo. Podía sentirlo. Todavía no estaba preparado.

Thor de repente sintió que algo se elevaba dentro de él: era una ferocidad, una fuerza como nunca había conocido. Todo su cuerpo se estremeció y se puso caliente cuando tuvo una nueva sensación, desde las plantas de sus pies, a través de sus piernas, por su torso, y a través de sus brazos, hasta que sus dedos ardían con una energía que apenas entendía. Thor se sorprendió al dejar salir un feroz rugido, como un dragón surgiendo de las profundidades de la tierra.

Thor sintió la fuerza de diez hombres a través de él cuando soltó la sujeción del soldado y se puso de pie de un salto. Antes de que el soldado pudiera tirar el tridente, Thor dio un paso adelante, lo agarró de su casco y le dio un cabezazo, rompiéndole la nariz en dos; luego lo pateó tan duro que lo hizo ir hacia atrás, como una bala de cañón, derribando a diez hombres.

Thor hizo un chillido con una rabia recién descubierta, mientras agarraba a un soldado, le levantó la cabeza y lo lanzó a la multitud, derribando una docena de soldados como bolos. Entonces Thor estiró la mano y arrebató un mayal con una cadena de tres metros de las manos de un soldado y la hizo girar por arriba de su cabeza, una y otra vez, hasta que los gritos se elevaron a su alrededor, derribando a todos los soldados dentro de un radio de tres metros; a docenas de ellos.

Thor sentía que su poder continuaba surgiendo, y lo dejó asumir el control. Mientras varios hombres más lo atacaban, él extendió una mano y se sorprendió al sentir un cosquilleo y luego vio una niebla fría emanar de él. Sus atacantes se detuvieron de repente, cubiertos por un manto de hielo. Se quedaron congelados en el lugar, como bloques de hielo.

Thor volteó las palmas de sus manos en cada dirección, y por todas partes los hombres quedaron congelados; parecía como si hubieran bajado bloques de hielo en todo el campo de batalla.

Thor se dirigió a sus hermanos de armas y vio a varios soldados a punto de lanzar golpes fatales sobre Reece, O'Connor, Elden y los gemelos. Levantó una mano en cada dirección y congeló a los atacantes, salvando a sus hermanos de una muerte instantánea. Se volvieron y lo miraron con alivio y gratitud en sus ojos.

El ejército de McCloud comenzó a notarlo y fue cauteloso al acercarse a Thor. Empezaron a crear un perímetro de seguridad alrededor de él, todos estos guerreros temerosos de llegar demasiado cerca ya que vieron docenas de sus camaradas congelados en su lugar en el campo de batalla.

Pero entonces hubo un rugido y un hombre se adelantó, cinco veces del tamaño de los demás. Debe haber medido cuatro metros de altura, y llevaba una espada tan grande como Thor jamás había visto. Thor levantó una mano para congelarlo — pero no funcionó contra este hombre. Él simplemente alejó la energía como si se tratara de un insecto molesto, y continuó yendo hacia Thor. Thor estaba empezando a darse cuenta de que su poder era imperfecto; estaba sorprendido y no entendía por qué no era lo suficientemente fuerte para detener a ese hombre.

El gigante llegó a Thor en tres pasos largos, sorprendiendo a Thor con su velocidad y entonces le dio un revés con la mano, enviándolo a volar.

Thor cayó con fuerza en el suelo y antes de que pudiera voltear, el gigante estaba sobre él, levantándolo por encima de su cabeza con las dos manos. Lo tiró, y el ejército McCloud gritó en señal de triunfo, mientras Thor se elevaba seis metros por el aire, antes de aterrizar en el suelo y caer con fuerza, rodando hasta detenerse. Thor sentía como si todas sus costillas se hubieran roto.

Thor miró hacia arriba y vio al gigante presionando hacia él, y esta vez, no quedaba nada que pudiera hacer. Todo el poder que hubiera tenido, se había agotado.

Cerró los ojos.

Por favor, Dios, ayúdame.

Mientras el gigante se acercaba de manera amenazante, Thor comenzó a oír un zumbido silenciado en su mente; creció y creció, y pronto se convirtió en un zumbido fuera de su mente, en el universo. Tuvo una extraña sensación que nunca había sentido antes; empezó a sentir al unísono con el mismo material y estructura del aire, el oscilar de los árboles, el movimiento de la brizna del césped. Sintió un gran zumbido en medio de todos ellos, y cuando subió una mano, sintió como si estuviera reuniendo ese zumbido, desde todos los rincones del universo, convocándolo a su voluntad.

Thor abrió los ojos para escuchar un zumbido tremendo encima de la cabeza y observó con sorpresa un gran enjambre de abejas que se materializó desde el cielo. Vinieron de todos los rincones, y cuando subió sus manos, sintió que las dirigía. No sabía cómo, pero sabía que lo hacía.

Thor movió sus manos en la dirección del gigante, y al hacerlo, vio cómo un enjambre de abejas oscureció el cielo, bajó en picada y cubrió completamente al gigante. El gigante levantó sus manos y las agitó, y después gritó, mientras iban hacia él, picándolo mil veces hasta que cayó de rodillas, luego boca abajo y murió. El suelo se estremeció con el impacto de su cuerpo.

Después Thor dirigió su mano hacia el ejército McCloud, que estaba sentado en sus caballos, mirándolo, contemplando la escena, escandalizados. Comenzaron a dar la vuelta para huir, pero no había tiempo para reaccionar. Thor giró la palma de su mano en dirección a ellos, y el enjambre de abejas dejó al gigante y empezó a atacar a los soldados.

El ejército de McCloud soltó un grito de miedo y al unísono, se volvieron y cabalgaron, siendo picados en innumerables ocasiones por el enjambre. Pronto el campo de batalla se vació y desaparecieron tan rápido como pudieron. Algunos de ellos no lograron alejarse a tiempo y un soldado tras otro cayó, llenando el campo con los cadáveres.

Mientras los supervivientes seguían galopando, el enjambre los persiguió al otro lado del campo, hacia el horizonte, el gran sonido del zumbido se mezclaba con el estruendo de los cascos de los caballos y de los gritos de miedo de los hombres.

Thor estaba asombrado: en pocos minutos, el campo de batalla estaba vacío y tranquilo. Todo lo que quedaba era el gemido de los McCloud heridos, tendidos por montones. Thor miró a su alrededor y vio a sus amigos, agotado y

respirando con dificultad; parecían estar gravemente heridos y cubiertos de heridas ligeras, pero en buen estado. Por supuesto, además de los tres miembros de La Legión que no conocía, que yacían ahí, muertos.

Hubo un gran estruendo en el horizonte, y Thor volteó hacia la otra dirección y vio al ejército del rey cabalgando sobre la colina, corriendo hacia ellos, con Kendrick a la cabeza. Iban galopando hacia ellos, y en pocos momentos se detuvieron ante Thor y sus amigos, los únicos sobrevivientes en ese campo sangriento.

Thor estaba parado allí, en estado de shock, mirándolos, mientras Kendrick, Kolk, Brom, y los demás desmontaban y caminaban lentamente hacia Thor. Iban acompañados por docenas de los Plateados, todos los grandes guerreros del ejército del rey. Vieron que Thor y los demás estaban ahí solos, victoriosos, en el campo de batalla sangriento, plagado de cadáveres de cientos de los McCloud. Podía ver sus miradas de asombro, de respeto, de admiración. Lo veía en sus ojos. Era lo que él había querido toda la vida.

Era un héroe.

CAPÍTULO NUEVE

Erec galopaba su caballo, corriendo por el carril del sur, cabalgando más rápido que nunca, haciendo su mejor esfuerzo para evitar los agujeros en el camino, en la oscuridad de la noche. No había dejado de montar desde que había recibido la noticia del secuestro de Alistair, de ser vendida como esclava y llevada a Baluster. No podía dejar de reprenderse a sí mismo. Había sido estúpido e ingenuo al confiar en el mesonero, al suponer que cumpliría con su palabra, que podría mantener su parte del trato y liberar a Alistair para él, después de que hubiera ganado el torneo. La palabra de Erec era su honor, y asumió que la otra palabra era sagrada, también. Fue un error tonto. Y Alistair había pagado el precio por ello.

El corazón de Erec se rompió al pensar en ella, y pateó su caballo con más fuerza. Una mujer tan hermosa y refinada, primero tuvo que sufrir la indignidad de trabajar para ese mesonero — y ahora, era vendida como esclava y para el comercio del sexo ni más ni menos. Pensar en ello lo enfureció, y no podía evitar sentir que de alguna manera era responsable: si nunca hubiera aparecido en su vida, si nunca le hubiera ofrecido llevarla lejos, quizás el mesonero nunca habría considerado esto.

Erec cabalgó toda la noche, con el sonido de los cascos de su caballo llenando sus oídos, junto con los sonidos de la respiración de su caballo. El caballo estaba más que agotado, y Erec temió que pudiera hacerlo caer. Erec había ido directamente con el mesonero después del torneo, no se había detenido a tomar un descanso y estaba tan exhausto, que sintió como si fuera a caer de su caballo. Pero obligó a sus ojos a permanecer abiertos, se obligó a sí mismo a permanecer despierto, mientras pasaba debajo de los últimos vestigios de la luna llena, dirigiéndose hacia el sur, hacia Baluster.

Erec había escuchado historias de Baluster a lo largo de su vida, aunque era un lugar en el que nunca había estado; por los rumores, se sabía que era un lugar de juegos de azar, de opio, de sexo, de todos los vicios imaginables en el Reino. Era donde iban los descontentos, de las cuatro esquinas del Anillo, para explotar toda clase de oscuras festividades conocidas por el hombre. El lugar era todo lo contrario a él. Nunca jugaba y raramente bebía, prefiriendo pasar su tiempo libre entrenando, afilando sus habilidades. No podía entender

al tipo de gente que le gustaba la pereza y el jolgorio, como los que frecuentaban Baluster. Venir aquí no auguraba nada bueno para él. Nada bueno podía salir de ahí. El pensar que ella estaba en ese lugar le hacía sentirse descorazonado. Sabía que debía rescatarla rápidamente y llevarla lejos de aquí, antes de que recibiera algún daño.

Mientras la luna caía en el cielo, mientras el camino se hacía más amplio y más transitado, Erec tuvo el primer atisbo de la ciudad: la infinidad de antorchas que iluminaban sus paredes hacían que la ciudad pareciera como una fogata en la noche. Erec no se sorprendió: se rumoraba que sus habitantes permanecían despiertos hasta altas horas de la noche.

Erec cabalgó con más fuerza y se acercó a la ciudad, y finalmente pasó un pequeño puente de madera, con antorchas en ambos lados; un centinela dormido en su base, se levantó de un salto cuando Erec entró. El guardia le dijo: "¡OIGA!".

Pero Erec ni siquiera disminuyó su paso. Si el hombre reunía la confianza para perseguir a Erec — que Erec dudaba mucho — entonces Erec se aseguraría de que fuera lo último que hiciera.

Erec cabalgó por la puerta grande y abierta a esta ciudad, que estaba en una plaza, rodeado por muros bajos de piedra antiguos. Al entrar, cabalgó por las calles estrechas, tan brillantes, todas llenas de antorchas. Los edificios fueron contruidos juntos, dando a la ciudad una sensación claustrofóbica, estrecha. Las calles estaban absolutamente llenas de gente, y casi todos ellos parecían estar borrachos, tropezando aquí y allá, gritando en voz alta, empujándose unos a otros. Era como una gran fiesta. Y muchos de los establecimientos eran tabernas o garitos.

Erec sabía que era el lugar correcto. Él podía sentir que Alistair estaba aquí, en algún lugar. Tragó saliva con dificultad, esperando que no fuera demasiado tarde.

Llegó a lo que parecía ser una taberna particularmente grande en el centro de la ciudad; una multitud de personas estaban afuera y pensó que sería un buen lugar para empezar.

Erec desmontó y corrió adentro, abriéndose camino a codazos entre la gente con bebidas y llegando hasta donde estaba el mesonero, parado en la parte posterior, en el centro de la habitación, anotando los nombres de las personas, mientras recibía sus monedas y los dirigía a las habitaciones. Era un tipo de aspecto baboso, que tenía una sonrisa falsa, sudaba y se frotaba las

manos, mientras contaba sus monedas. Miró a Erec, con una sonrisa falsa en su rostro.

"¿Un cuarto, señor?", preguntó. "¿O lo que quiere son mujeres?".

Erec sacudió su cabeza y se acercó al hombre, queriendo ser escuchado por encima del estruendo.

"Estoy buscando a un comerciante", dijo Erec. "Un comerciante de esclavos. Llegó aquí de Savaria hace un día, más o menos. Trajo una preciada carga. Carga humana".

El hombre lamió sus labios.

"Lo que busca es información muy valiosa", dijo el hombre. "Yo puedo dársela, con la misma facilidad que puedo darle una habitación".

El hombre frotó sus dedos juntos y tendió una mano. Miró a Erec y sonrió, con el sudor formándose en su labio superior.

A Erec le repugnaba ese hombre, pero quería información y no quería perder el tiempo, por lo que buscó en su bolsa y puso una gran moneda de oro en la mano del hombre.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par, mientras lo examinaba.

"Oro del rey", observó, impresionado.

Miró a Erec de arriba hacia abajo, con una mirada de respeto y perplejidad.

"¿Entonces ha cabalgado desde la Corte del Rey?", preguntó.

"Basta", dijo Erec. "Yo soy el que hace las preguntas. Te he pagado. Ahora dime: ¿Dónde está el tratante?".

El hombre lamió sus labios varias veces, y luego se inclinó acercándose.

"El hombre que busca es Erbot. Él viene una vez por semana con una nueva carga de prostitutas. Él las subasta al mejor postor. Es probable que lo encuentre en su guarida. Siga esta calle hasta el final y ahí está su establecimiento. Pero si la chica que busca es de valor, probablemente ya no está. Sus prostitutas no duran mucho".

Erec se dio la vuelta para irse, cuando sintió una mano cálida, húmeda y pegajosa que agarraba su muñeca. Se dio vuelta y se sorprendió al ver al mesonero agarrándolo.

"Si lo que busca son prostitutas, ¿por qué no probar una de las mías? Son tan buenas como las de él y cuestan la mitad del precio".

Erec desdeñó al hombre, sintiendo asco. Si tuviera más tiempo, probablemente lo mataría, sólo para librar al mundo de ese hombre. Pero hizo

una definición de él y decidió que no valía la pena el esfuerzo.

Erec quitó su mano, luego se acercó inclinándose.

"Si vuelves a poner tus manos sobre mí", le advirtió Erec, "desearás no haberlo hecho. Ahora, da dos pasos detrás de mí antes de que encuentre un buen lugar para este florete que tengo en mi mano".

El mesonero miró hacia abajo, con los ojos bien abiertos de miedo y dio varios pasos atrás.

Erec se dio vuelta y salió de la habitación, dando codazos y empujando a los clientes fuera de su camino mientras salía por las puertas dobles. Él nunca había sentido tanto asco por la humanidad.

Erec montó en su caballo, que estaba haciendo cabriolas y resoplando a algunos transeúntes borrachos que lo estaban mirando — sin duda, pensó Erec, para tratar de robarlo. Se preguntó si en realidad lo habrían intentado si no hubiera regresado, y se hizo una nota mental de atar a su caballo más firmemente en el siguiente lugar. Se escandalizó por el vicio de esta ciudad. Aun así, su caballo, Warkfin, era un caballo de batalla endurecido, y si alguien intentaba robarlo, les podría pisotear hasta morir.

Erec pateó a Warkfin, y se fueron cabalgando por la angosta calle; Erec hacía lo mejor que podía para evitar las multitudes. Ya era de noche, sin embargo, las calles parecían estar más y más llenas de personas, de gente de todas las razas, mezclándose unos con otros. Varios clientes borrachos le gritaban mientras pasaba entre ellos demasiado rápido, pero no le importaba. Podía sentir a Alistair a su alcance y no se detendría ante nada hasta que la recuperara.

La calle terminaba en una pared de piedra, y el último edificio a la derecha era una taberna inclinada, con paredes de arcilla blanca y un techo de paja, que parecía como si hubiera visto días mejores. De las miradas de la gente entrando y saliendo, Erec percibió que éste era el lugar correcto.

Erec bajó del caballo, lo ató con firmeza a un poste y atravesó las puertas. Al hacerlo, se detuvo, sorprendido.

El lugar estaba débilmente iluminado, era una gran habitación con antorchas que parpadeaban en las paredes y una fogata apagándose en la chimenea en la esquina lejana. Había alfombras esparcidas por todas partes, en las cuales estaban acostadas docenas de mujeres, escasamente vestidas, atadas con cuerdas gruesas, unas con otras y en las paredes. Todas parecían estar drogadas — Erec podía oler el opio en el aire y que pasaban una pipa

alrededor. Unos hombres bien vestidos atravesaron la sala, pateando y empujando los pies de las mujeres aquí y allá, como si probaran la mercancía y decidieran qué comprar.

En el rincón de la sala estaba sentado un solo hombre en una pequeña silla de terciopelo rojo, vistiendo una bata de seda, y había mujeres encadenadas a ambos lados de él. De pie, detrás de él, estaban unos hombres enormes, musculosos; sus rostros estaban llenos de cicatrices; eran más altos y más fornidos que Erec, mirando como si les emocionara matar a alguien.

Erec vio la escena y se dio cuenta exactamente de lo que estaba pasando: esto era una guarida de sexo, esas mujeres eran de alquiler y ese hombre en la esquina era el jefe, el hombre que se había robado a Alistair — y probablemente se había robado a todas estas mujeres, también. Erec se dio cuenta de que Alistair podría incluso estar ahora en esta habitación.

Entró en acción, corriendo frenéticamente entre los pasillos de mujeres y buscándola entre todas esas caras. Había varias docenas de mujeres en esta sala, algunas desmayadas, y la habitación estaba tan oscura que era difícil darse cuenta de inmediato. Buscó en cada cara, caminando a través de las filas, cuando de repente una gran mano le golpeó en el pecho.

"¿Ya pagó?", dijo una voz áspera.

Erec levantó la vista y vio a un hombre enorme parado cerca de él, con el ceño fruncido.

"Si quiere mirar a las mujeres, tiene que pagar", dijo el hombre con su voz baja. "Esas son las reglas".

Erec desdeñó al hombre, sintiendo un odio creciendo dentro de él, y entonces antes de que el hombre pudiera parpadear, subió la mano y lo golpeó justo en su esófago.

El hombre abrió la boca, con los ojos abiertos de par en par, luego cayó de rodillas, agarrando su garganta. Erec se acercó y le dio un codazo en la sien, y el hombre cayó de bruces.

Erec caminó rápidamente a través de las filas, buscando desesperadamente a Alistair entre los rostros, pero ella no estaba a la vista. Ella no estaba aquí.

El corazón de Erec latía aceleradamente mientras se apresuraba a ir al extremo lejano de la habitación, hacia el viejo sentado en la esquina, mirando todo.

"¿Has encontrado algo que te guste?", preguntó el hombre. "¿Algo por lo que quieras ofertar?".

"Estoy buscando a una mujer", comenzó a decir Erec, con su voz de acero, tratando de mantener la calma, "y sólo voy a decirlo una vez. Es alta, con largos cabellos rubios y ojos azul-verdoso. Su nombre es Alistair. Fue sacada de Savaria hace apenas uno o dos días. Me dijeron que la trajeron aquí. ¿Es cierto?".

El hombre sacudió lentamente la cabeza, sonriendo.

"Me temo que la propiedad que buscas ya ha sido vendida", dijo el hombre. "Pero era un buen ejemplar. Tienes buen gusto. Elige otra, y te daré un descuento".

Erec lanzó una mirada iracunda, sintiendo una rabia dentro de él, como nunca había sentido.

"¿Quién se la llevó?". Erec gruñó.

El hombre sonrió.

"Vaya, parece que tienes una fijación con esta esclava en particular".

"Ella no es una esclava", gruñó Erec. "Ella es mi *esposa*".

El hombre lo miró, sorprendido — después, de repente echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

"¡Tu *esposa*! Ésa es buena. Ya no lo es, amigo. Ahora es el juguete de otro". Entonces la cara del mesonero se hizo sombría, se convirtió en un ceño fruncido diabólico, mientras hacía un gesto a sus secuaces y agregó: "Ahora desháganse de este pedazo de basura".

Los dos hombres musculosos se acercaron, y con una velocidad que sorprendió a Erec, ambos arremetieron contra él a la vez, estirando la mano para sujetarlo del pecho.

Pero no se dieron cuenta de a quién estaban atacando. Erec era más rápido que los dos juntos, eludiéndolos, agarrando la muñeca de uno de ellos y doblándola hasta que el hombre cayó de espaldas y luego le dio un codazo al otro en la garganta, al mismo tiempo. Erec dio un paso adelante y machacó la tráquea del hombre en el suelo, noqueándolo, luego se inclinó hacia adelante y le dio un cabezazo al otro, que estaba agarrando su garganta, noqueándolo también.

Los dos hombres yacían inconscientes, y Erec caminó sobre sus cuerpos hacia el mesonero, que ahora estaba sacudiendo su silla, con los ojos muy abiertos de miedo.

Erec estiró la mano hacia adelante, agarró al hombre de los cabellos, tiró hacia atrás su cabeza y puso un puñal en su garganta.

"Dime dónde está, y tal vez podría dejarte vivir", gruñó Erec.

El hombre tartamudeó.

"Te lo diré, pero estás perdiendo tu tiempo", respondió. "La he vendido a un lord. Tiene su propio ejército de caballeros y vive en su propio castillo. Es un hombre muy poderoso. Su castillo nunca ha sido traspasado. Y además de eso, tiene todo un ejército de reserva. Es un hombre muy rico — tiene un ejército de mercenarios dispuestos a hacer su oferta en cualquier momento. Cualquiera que compra, se queda con ella. No hay manera que puedas liberarla. Así que regresa por donde viniste. Ella ya no está".

Erec sostuvo la daga más cerca de la garganta del hombre hasta que empezó a brotar la sangre, y el hombre gritó.

"¿Dónde está ese lord?". Erec gruñó, perdiendo la paciencia.

"Su castillo está al oeste de la ciudad. Sigue la entrada oeste de la ciudad y hasta topar con pared. Verás su castillo. Pero es una pérdida de tiempo. Pagó buen dinero por ella — más de lo que valía".

Thor ya había tenido suficiente. Sin demora, rebanó la garganta de ese comerciante de sexo, matándolo. La sangre se derramaba por todas partes, mientras se desplomaba en su asiento, muerto.

Erec miró hacia abajo al cadáver, a los secuaces inconscientes y sintió asco por todo ese lugar. No podía creer que existiera.

Erec atravesó la habitación y comenzó a cortar las cuerdas que ataban a todas las mujeres, cortando la gruesa, liberándolas una a la vez. Varias de ellas se levantaron de un salto y corrieron hacia la puerta. Pronto toda la habitación estaba libre y corrieron atropelladamente hacia la puerta. Algunas estaban demasiado drogadas para moverse, y otras les ayudaban.

"Quienquiera que sea usted", dijo una mujer a Erec, deteniéndose en la puerta, "bendito sea. Y dondequiera que vaya, que Dios lo ayude".

Erec apreció el agradecimiento y la bendición; y presintió que, a donde quiera que él fuera, iba a necesitarlos.

CAPÍTULO DIEZ

Rayaba el alba, entrando a través de las pequeñas ventanas de la cabaña de Illepra, cayendo sobre los ojos cerrados de Gwendolyn y despertándola lentamente. El primer sol, un naranja tenue, la acariciaba, despertándola en el silencio del cercano amanecer. Ella parpadeó varias veces, al principio estaba desorientada, preguntándose dónde estaba. Y entonces se dio cuenta:

Godfrey.

Gwen se había quedado dormida en el piso de la cabaña, acostada en una cama de paja, cerca de la cama de él. Illepra durmió junto a Godfrey, y había sido una noche larga para los tres. Godfrey había estado gimiendo durante toda la noche, dando vueltas, e Illepra lo había cuidado sin cesar. Gwen había estado ahí para ayudar de cualquier forma que pudiera, para traer trapos húmedos, exprimiéndolos, colocándolos en la frente de Godfrey y entregando a Illepra las hierbas y ungüentos que continuamente solicitaba. La noche parecía interminable; muchas veces Godfrey había gritado, y ella estaba segura de que se estaba muriendo. Más de una vez él había llamado a su padre, y eso le había dado a Gwen un escalofrío. Ella sintió la presencia de su padre, merodeando entre ellos fuertemente. Ella no sabía si su padre querría que su hijo viviera o muriera — su relación siempre había estado cargada de tensión.

Gwen también había dormido en la cabaña, porque ella no sabía a dónde ir. Se sentía insegura de regresar al castillo, de estar bajo el mismo techo que su hermano; se sentía segura aquí, al cuidado de Illepra, con Akorth y Fulton haciendo guardia en la puerta. Ella creía que nadie sabía dónde estaba, y quería que así siguiera siendo. Además, se había encariñado con Godfrey en estos últimos pocos días, había descubierto al hermano que nunca había conocido, y le dolía pensar que estaba muriendo.

Gwen se puso de pie, apresurándose a ir al lado de Godfrey; su corazón latía con fuerza, preguntándose si estaba vivo todavía. Una parte de ella sentía que si él despertaba por la mañana, viviría, y que si no lo hacía, todo habría terminado. Illepra despertó y también se apresuró a ir con él. Se debe haber quedado dormida en algún momento de la noche; Gwen difícilmente podría culparla.

Las dos se arrodillaron allí, al lado de Godfrey, mientras que la pequeña

cabaña se llenaba de luz. Gwen puso una mano en la muñeca de él y lo sacudió, mientras Illepra se acercaba y colocaba una mano sobre su frente. Ella cerró los ojos y respiró — y de repente los ojos de Godfrey se abrieron de par en par. Illepra retiró su mano, sorprendida.

Gwen, también estaba sorprendida. Ella no esperaba ver a Godfrey abrir los ojos. Él se volvió y la miró.

"¿Godfrey?", preguntó ella.

Él entrecerró los ojos, los cerró y los abrió otra vez; entonces, para sorpresa de ella, él mismo se incorporó sobre un codo y las miró.

"¿Qué hora es?" preguntó él. "¿Dónde estoy?"

Su voz sonaba alerta, saludable, y Gwen nunca se había sentido tan aliviada. Ella esbozó una enorme sonrisa, junto con Illepra.

Gwen se inclinó hacia adelante y lo abrazó, dándole un fuerte abrazo, luego se retiró.

"¡Estás vivo!", exclamó ella.

"Por supuesto que lo estoy", dijo él. "¿Por qué no habría de estarlo? ¿Quién es ella?", preguntó, girando hacia Illepra.

"La mujer que te salvó la vida", respondió Gwen.

"¿Que me salvó la vida?"

Illepra miró hacia el piso.

"Yo sólo ayudé un poco", dijo con humildad.

"¿Qué me pasó?", le preguntó a Gwen, frenético. "Lo último que recuerdo es que estaba bebiendo en la taberna y luego..."

"Fuiste envenenado", dijo Illepra. "Con un veneno muy raro y fuerte. No lo había visto en años. Tienes suerte de estar vivo. De hecho, tú eres el único al que he visto sobrevivir. Alguien debe haberte estado cuidando".

Con las palabras de ella, Gwen sabía que tenía razón, e inmediatamente pensó en su padre. El sol iluminó las ventanas, con más fuerza, y ella sintió la presencia de su padre con ellos. Él habría querido que Godfrey viviera.

"Te lo mereces", le dijo Gwen con una sonrisa. "Habrías prometido abandonar la bebida. Ahora mira lo que pasó".

Él se volvió y le sonrió; ella vio cómo le volvía la vida a sus mejillas y se sintió llena de alivio. Godfrey estaba de regreso.

"Me salvaste la vida", le dijo, con seriedad.

Se dirigió a Illepra.

"Las dos me salvaron", añadió. "No sé cómo podré pagarles".

Al mirar a Illepra, Gwen notó algo — había algo en su mirada, algo más que gratitud. Ella se volvió y miró a Illepra y notó que se ruborizaba, mirando al suelo — y Gwen se dio cuenta de que se gustaban mutuamente.

Illepra se dio vuelta rápidamente y cruzó la habitación, dándoles la espalda, ocupándose de una poción.

Godfrey miró a Gwen.

"¿Gareth?", preguntó él, poniéndose solemne de repente.

Gwen asintió con la cabeza, comprendiendo lo que preguntaba.

"Tienes suerte de no estar muerto", dijo ella. "Firth lo está".

"¿Firth?" La voz de Godfrey se elevó, de sorpresa. "¿Muerto? ¿Pero cómo?".

"Lo mandó a la horca", dijo ella. "Se suponía que tú serías el próximo".

"¿Y tú?", preguntó Godfrey.

Gwen se encogió de hombros.

"Él tiene planes para que me case. Me vendió a los Nevaruns. Al parecer, ya vienen para llevarme".

Godfrey se sentó, indignado.

"¡Nunca lo permitiré!", exclamó él.

"Tampoco yo", respondió ella. "Encontraré alguna forma".

"Pero sin Firth, no tenemos ninguna evidencia", dijo él. "No tenemos manera de acabar con él. Gareth será libre".

"Encontraremos el modo", respondió ella. "Vamos a encontrar..."

De repente, la cabaña se llenó de luz cuando la puerta se abrió y entraron Akorth y Fulton.

"Mi lady—", comenzó a decir Akorth, luego se volvió al ver a Godfrey.

"¡Desgraciado!", Akorth gritó de alegría dirigiéndose a Godfrey. "¡Lo sabía! Engañaste a casi todo en la vida — ¡sabía que también engañarías a la muerte!".

"¡Sabía que ninguna jarra de cerveza te llevaría a la tumba!", añadió Fulton.

Akorth y Fulton corrieron, mientras Godfrey saltaba de la cama y todos se abrazaron.

Akorth se dirigió entonces a Gwen, con seriedad.

"Mi lady, lamento molestarla, pero vimos a un contingente de soldados en el horizonte. Vienen apresuradamente hacia nosotros en este momento".

Gwen lo miró alarmada y luego corrió afuera, y todos ellos tras sus talones, agachando su cabeza y entrecerrando los ojos ante la fuerte luz del sol.

El grupo estaba parado afuera, y Gwen miraba hacia el horizonte y vio un pequeño grupo de Los Plateados corriendo hacia la cabaña. Media docena de hombres cabalgaban a toda velocidad, y no había ninguna duda de que corrían hacia ellos.

Godfrey estiró la mano para desenvainar su espada, pero Gwen puso una mano reconfortante en su muñeca.

"Estos no son hombres de Gareth — son de Kendrick. Estoy segura de que vienen en son de paz".

Los soldados se acercaron y sin pausas, desmontaron de sus caballos y se arrodillaron ante Gwendolyn.

"Mi lady", dijo el soldado líder. "Le traemos buenas noticias. ¡Hemos hecho retroceder a los McCloud! Su hermano Kendrick está a salvo, y me ha pedido que le envíe un mensaje: Thor está bien".

Gwen se puso a llorar ante la noticia, abrumada de agradecimiento y alivio, dando un paso adelante y abrazando a Godfrey, quien también la abrazó. Sintió como si su vida hubiera sido restaurada dentro de ella.

"Van a regresar hoy", continuó diciendo el mensajero, "¡y habrá una gran celebración en la Corte del Rey!".

"¡Sin duda son buenas noticias!", exclamó Gwen.

"Mi lady", dijo otra voz ronca y Gwen vio a un lord, a un famoso guerrero, Srog, vestido con el rojo distintivo del oeste, un hombre a quien ella había conocido desde la juventud. Él había estado cerca del padre de ella. Se arrodilló ante ella, y ella se sintió avergonzada.

"Por favor, señor", dijo ella, "no se arrodille ante mí".

Era un hombre famoso, un poderoso lord que tenía miles de soldados respondiendo ante él, y quien gobernaba su propia ciudad, Silesia, la fortaleza del oeste, una ciudad inusual, construida en un acantilado al borde del Cañón. Era casi impenetrable. Era uno de los pocos en quien su padre confiaba.

"He venido aquí, con estos hombres porque he oído que ha habido grandes cambios en la Corte del Rey", dijo intencionadamente. "El trono es inestable. Un nuevo gobernante — un gobernante firme, un verdadero gobernante — debe ser puesto en su lugar. Me han hecho saber que el deseo de su padre era que usted reinara. Su padre fue como un hermano para mí, y su palabra es mi compromiso. Si ése era su deseo, entonces también es el mío. He venido para hacerte saber que, si usted debe gobernar, entonces mis hombres le jurarán lealtad a usted. Le insto a actuar pronto. Los eventos de hoy han demostrado

que la Corte del Rey necesita un nuevo gobernante".

Gwen se quedó ahí parada, desconcertada, sin saber cómo responder. Sentía una profunda modestia y un sentimiento de orgullo, pero también se sentía abrumada, era más de lo que podía soportar.

"Gracias, señor", dijo ella. "Le agradezco sus palabras y su ofrecimiento. Debo reflexionarlo muy bien. Por ahora, sólo deseo darle la bienvenida a mi hermano — y a Thor".

Srog inclinó la cabeza, y una trompeta sonó en el horizonte. Gwen miró hacia arriba y ya podía ver la nube de polvo: iba apareciendo un gran ejército. Ella subió una mano para bloquear el sol, y su corazón se aceleró. Incluso desde aquí, ella podía sentir quién era. Eran Los Plateados, los hombres del rey.

Y cabalgando al frente iba Thor.

CAPÍTULO ONCE

Thor cabalgó con el ejército, miles de soldados yendo como si fueran uno, de vuelta hacia la Corte del Rey, y se sentía triunfante. Él apenas podía procesar lo que había sucedido. Estaba orgulloso de lo que había hecho, orgulloso de que cuando las cosas parecían estar en su punto más bajo en la batalla, él no se había rendido a su temor, sino que se quedó y enfrentó a esos guerreros. Y estaba sorprendido de haber sobrevivido, de algún modo.

La batalla entera había parecido surrealista, y estaba tan agradecido de haber sido capaz de invocar sus poderes — aunque también estaba confundido, ya que sus poderes no siempre funcionaban. No los entendía, y peor aún, no sabía de dónde venían o cómo reunirlos. Le hizo darse cuenta más que nunca tenía que aprender a confiar en sus habilidades humanas, también — en ser el mejor luchador, el mejor guerrero que podía ser. Estaba empezando a darse cuenta de que para ser el mejor guerrero que podía ser, necesitaba ambas partes de sí mismo — al combatiente y al hechicero — si es que eso es lo que era.

Viajaron toda la noche para volver a la Corte del Rey, y Thor estaba ahora más que agotado, pero también entusiasmado. El primer sol estaba saliendo en el horizonte, la vasta extensión de cielo se abría ante él en tonos amarillos y rosas, y se sentía como si estuviera viendo el mundo por primera vez. Nunca se había sentido tan vivo. Estaba rodeado de sus amigos, Reece, O'Connor, Elden y los gemelos; de Kendrick, Kolk y Brom; y por cientos de miembros de La Legión, Los Plateados y el ejército del rey. Pero en lugar de estar en las afueras de él, ahora él iba al centro, acogido por todos. Sin duda, todos ellos lo miraban diferente desde la batalla. Ahora, él notaba la admiración en sus ojos, no sólo sus compañeros miembros de La Legión, sino también en los ojos de los guerreros reales, adultos. Se había enfrentado al ejército entero de los McCloud él solo y cambió la marea de la guerra.

Thor estaba feliz de no haber decepcionado a ninguno de sus hermanos de La Legión. Estaba contento de que sus amigos hubieran salido ilesos en su mayoría, y sintió remordimiento por aquellos que murieron en la batalla. No los conocía, pero deseaba haber podido salvarlos también. Había sido una batalla sangrienta y feroz, e incluso ahora, mientras Thor cabalgaba, cada vez

que pestañeaba, tenía imágenes en su mente de la lucha, de las diferentes armas y guerreros que se le habían acercado. Los McCloud eran feroces, y había sido afortunado; quién sabe si volvería a tener suerte si se enfrentaran otra vez. ¿Quién sabía si él sería capaz de invocar sus poderes otra vez. No sabía si alguna vez volverían. Necesitaba respuestas. Y necesitaba encontrar a su madre. Necesitaba saber quién era realmente. Necesitaba buscar a Argon.

Krohn gimió detrás de él, y Thor se inclinó y acarició su cabeza, mientras Krohn lamía su mano. Thor se sentía aliviado de que Krohn estuviera bien. Thor lo había sacado adelante en el campo de batalla y lo había colgado sobre el lomo de su caballo detrás de él; Krohn parecía capaz de caminar, pero Thor quería que él descansara y se recuperara del largo viaje de regreso. El golpe que Krohn recibió fue poderoso, y Thor creía que se había roto una costilla. Thor apenas podía expresar su gratitud a Krohn, que parecía ser más como un hermano para él que un animal, y que había salvado su vida más de una vez.

Cuando subieron a la cima de una colina y la vista del reino se extendía ante ellos, apareció la extensa y gloriosa ciudad de la Corte del Rey, con decenas de torres y agujas, con sus antiguas paredes de piedra y su enorme puente levadizo, con sus puertas arqueadas, con sus cientos de soldados haciendo guardia en los parapetos y en el camino, con sus onduladas tierras de labranza revistiéndola y por supuesto, el Castillo del Rey al centro. Thor pensó inmediatamente en Gwen. Ella lo había sostenido en la batalla; ella le había dado una razón y propósito para vivir. Sabiendo que le habían tendido una trampa, que había sido emboscado, Thor temió de repente por su destino, también. Él esperaba que ella estuviera bien, que cualesquiera que fueran las fuerzas que habían puesto en juego su traición, la hubieran dejado intacta.

Thor escuchó una ovación distante, vio algo brillando en la luz, y cuando entrecerró los ojos en la colina, se dio cuenta de que se estaba formando una gran multitud en el horizonte, ante la Corte del Rey, en el camino, agitando banderas. La gente salía vigorosa para darles la bienvenida.

Alguien hizo sonar un cuerno, y Thor se dio cuenta de que estaban dándoles la bienvenida a casa. Por primera vez en su vida, él no se sentía como un intruso.

"Esos cuernos suenan para ti", dijo Reece, montando a caballo junto a él, mientras le daba unas palmadas en la espalda, mirándolo con un nuevo respeto. "Tú eres el campeón de esta batalla. Ahora eres el héroe de la gente".

"Imagínate, uno de nosotros, un miembro de La Legión, haciendo retroceder

a todo el ejército de McCloud", añadió O'Connor con orgullo.

"Eres la honra de La Legión entera", dijo Elden. "Ahora tendrán que tomarnos a todos, mucho más en serio".

"Sin mencionar que salvaste nuestras vidas", añadió Conval.

Thor se encogió de hombros, lleno de orgullo, pero también negándose a permitir que nada de esto se le subiera a la cabeza. Él sabía que era humano, frágil y vulnerable, como cualquiera de ellos. Y que el curso de la guerra pudo haber sido al revés.

"Sólo hice lo que me enseñaron en el entrenamiento", respondió Thor. "Lo que todos fuimos entrenados a hacer. No soy mejor que nadie. Solamente tuve suerte este día".

"Yo diría que fue más que suerte", respondió Reece.

Todos siguieron con un trote lento, por la calle principal que conduce a la Corte del Rey, y al hacerlo, el camino se empezó a llenar de gente, saliendo del campo, vitoreando, ondeando banderas con el azul y amarillo de los MacGil. Thor se dio cuenta de que esto se estaba convirtiendo en un desfile completo. Toda la Corte había salido para festejarlos y pudo ver el alivio y la alegría en sus rostros. Él podía entender el porqué: Si el ejército de los McCloud hubiera llegado más cerca, podrían haber destruido todo esto.

Thor cabalgó con los demás a través de las multitudes de personas sobre el puente levadizo de madera, los cascos de sus caballos pisando fuerte. Pasaron por la puerta de piedra arqueada, a través del paso subterráneo; el cielo estaba oscureciendo, luego por el otro lado, hacia la Corte del Rey — donde fueron recibidos por las masas que los vitoreaban. Agitaban banderas y lanzaban dulces, y una banda de música empezó a tocar, sonaban los címbalos, golpeaban los tambores, mientras que la gente empezó a bailar en las calles.

Thor bajó de su caballo con los demás ya que se hizo demasiado difícil cabalgar, y él subió la mano y ayudó a Krohn a bajar del caballo. Observaba atentamente mientras Krohn cojeaba, luego caminó; parecía estar bien para caminar ahora, y Thor se sintió aliviado. Krohn se dio vuelta y lamió su mano varias veces.

El grupo caminó por la Plaza del Rey, mientras Thor era abrazado por todas partes, personas que ni siquiera conocía.

"¡Usted nos ha salvado!", gritó un hombre mayor. "¡Ha liberado a nuestro reino!".

Thor quiso responder, pero no pudo, su voz se perdió por el estruendo de

cientos de personas gritando y vitoreando alrededor de ellos, la música era cada vez más fuerte. Pronto, los barriles de cerveza rodaban en el campo, y la gente empezó a beber, a cantar y a reír.

Pero Thor tenía una sola cosa en mente: Gwendolyn. Tenía que verla. Analizó todos los rostros, desesperado por encontrarla, seguro de que estaría aquí — pero se sintió decepcionado al no poder hallarla.

Luego sintió un golpecito en el hombro.

"Creo que la mujer que estás buscando está por allá", dijo Reece, girándolo y señalando hacia el otro lado.

Thor se dio vuelta y sus ojos se iluminaron. Allí, caminando rápidamente hacia él, con una enorme sonrisa de alivio y con apariencia de no haber dormido en toda la noche, estaba Gwendolyn.

Se veía más hermosa que nunca, y ella corrió hacia él y se apresuró hacia los brazos de Thor. Dio un salto y lo abrazó y él también la abrazó, firmemente, girándola en la multitud. Ella se aferró a él y no lo soltaba, y él podía sentir sus lágrimas corriendo por su cuello. Pudo sentir el amor de ella y lo sintió enseguida.

"Gracias a Dios que estás vivo", dijo ella, muy contenta.

"No pensé en nada más que en ti", dijo Thor, sujetándola firmemente. Mientras la sostenía en sus brazos, todo se sentía bien en el mundo, una vez más.

Lentamente, la soltó y ella lo miró y se inclinaron y se besaron. Se besaron durante mucho tiempo; la multitud giraba a su alrededor.

"¡Gwendolyn!", gritó Reece complacido.

Ella se volvió y lo abrazó y luego Godfrey se acercó y abrazó a Thor, luego a su hermano Reece. Fue una gran reunión familiar, y Thor sintió de alguna manera, como si fuera parte de ella, como si ya fueran su familia. Todos estaban unidos por su amor por MacGil — y por su odio a Gareth.

Krohn dio un paso adelante y saltó encima de Gwendolyn, y ella se reclinó con una carcajada y lo abrazó mientras él le lamía la cara.

"¡Creces cada vez más, cada día que pasa!", exclamó ella. "¿Cómo puedo darte las gracias por mantener a Thor a salvo?".

Krohn saltó sobre ella una y otra vez, hasta que finalmente, riendo, ella tuvo que bajarlo.

"Vámonos de aquí", dijo Gwen a Thor, siendo presionados de cada lado por la multitud. Ella extendió la mano y tomó la de él.

Thor estiró la mano y tomó la de ella y estaba a punto de seguir — cuando de repente, varios guerreros de Los Plateados llegaron detrás de Thor y lo levantaron en el aire, por encima de sus cabezas, colocándolo sobre sus hombros. Cuando Thor estaba en el aire, se escuchó un gran grito de la multitud.

"¡THORGRIN!", la multitud vitoreó.

Le dieron vueltas y vueltas a Thor, mientras le empujaban una jarra de cerveza en su mano. Él se reclinó y bebió, y la multitud aplaudió como salvaje.

Bajaron a Thor con rudeza y tropezó, riendo, mientras la multitud lo abrazaba.

"Ahora nos dirigiremos a la fiesta del vencedor", dijo un guerrero que Thor no conocía, un miembro de Los Plateados, que le dio unas palmadas en la espalda con una mano carnosa. "Es una fiesta solo para los guerreros. Para los hombres. Vendrás con nosotros. Habrá un lugar reservado para ti en la mesa. Y tú y tú", dijo él, dirigiéndose a Reece, O'Connor y a los amigos de Thor. "Ya son hombres. Y se unirán a nosotros".

Se escuchó una ovación cuando todos fueron sujetados por miembros de Los Plateados y llevados arrastrando; Thor se soltó en el último segundo y se dirigió hacia Gwen, sintiéndose culpable y no queriendo defraudarla.

"Ve con ellos", dijo ella, abnegadamente. "Es importante que lo hagas. Festeja con tus hermanos. Celebra con ellos. Es una tradición entre Los Plateados. No puedes perdértelo. Más tarde nos veremos en la puerta trasera del Salón de Armas. Luego volveremos a estar juntos".

Thor se inclinó y la besó una última vez, durando lo más que pudo, hasta que sus compañeros soldados tiraron de él.

"Te amo", le dijo ella a él.

"Yo también te amo", dijo él, diciéndolo con la mayor seriedad de lo que ella podría imaginar.

Todo lo que se le ocurrió, mientras era llevado arrastrando, mientras veía esos hermosos ojos, tan llenos de amor por él, era que él quería, más que nada, ofrecerle matrimonio, hacerla suya para siempre. Ahora no era el momento oportuno, pero pronto, se dijo a sí mismo.

Tal vez incluso esta noche.

CAPÍTULO DOCE

Gareth estaba parado en su habitación, mirando por la ventana a la luz del amanecer, mientras se elevaba sobre la Corte del Rey, observando a la multitud que se reunía abajo — y sintió náuseas. En el horizonte estaba su peor temor, la imagen de lo que más temía: el ejército del rey regresando, victorioso, triunfante, de su enfrentamiento con los McCloud. Kendrick y Thor iban a la cabeza, libres, vivos — como héroes. Sus espías ya le habían informado de todo lo que había ocurrido, que Thor había sobrevivido a la emboscada, que estaba vivo y bien. Ahora todos esos hombres estaban envalentonados, regresado a la Corte del Rey como una fuerza solidificada. Todos sus planes habían salido terriblemente mal y le dejó un agujero en el estómago. Sintió que el reino lo arrinconaba.

Gareth escuchó un chirrido en su habitación y giró y cerró sus ojos rápidamente al ver lo que había delante de él, lleno de miedo.

"¡Abre los ojos, hijo!", dijo la voz retumbante.

Temblando, Gareth abrió sus ojos, y estaba horrorizado al ver a su padre ahí parado, un cadáver en descomposición, con una corona oxidada en su cabeza, un cetro oxidado en su mano. Lo miraba reprendiéndolo, como lo hacía en vida.

"La sangre llama a la sangre", proclamó su padre.

"¡Te odio!", gritó Gareth. "¡TE ODIÓ!", repitió y sacó el puñal de su cinturón y se dirigió hacia su padre.

Cuando lo alcanzó, empuñó su daga — y no le dio a nada más que al aire — y tropezó por la habitación.

Gareth giró, pero la aparición había desaparecido. Estaba solo en la habitación. Él había estado solo todo el tiempo. ¿Se estaba volviendo loco?

Gareth corrió hacia la esquina lejana de la habitación, buscó en el gabinete de su tocador y extrajo su pipa de opio con las manos temblorosas; rápidamente la encendió e inhaló profundamente, una y otra vez. Sintió el golpe de las drogas en su sistema, se sintió perdido temporalmente por el consumo de la droga. Había estado consumiendo opio cada vez más y más en los últimos días — parecía que era la última cosa que le servía para ahuyentar la imagen de su padre. Gareth se sentía atormentado por estar ahí, y empezaba

a preguntarse si el fantasma de su padre estaba atrapado en esas paredes y si debía mudar su corte a otro lado. De todos modos, le gustaría derribar ese edificio — este lugar que guardaba cada recuerdo de su niñez, que él odiaba.

Gareth regresó a la ventana cubierto de un sudor frío, y secó su frente con la palma de su mano. Observó. El ejército se acercaba y Thor podía ser visto, incluso desde ahí; la tonta multitud se acercaba a él como si fuera un héroe. Hizo que Gareth se pusiera lívido, lo hizo arder de envidia. Cada plan que había puesto en marcha, se había derrumbado: Kendrick fue liberado; Thor estaba vivo; incluso Godfrey había logrado, de alguna manera, escapar al veneno — y era veneno suficiente para matar a un caballo.

Pero por otra parte, sus otros planes habían funcionado. Al menos, Firth estaba muerto, y no quedaba testigo vivo para demostrar que él había matado a su padre. Gareth respiró profundamente, aliviado, dándose cuenta de que las cosas no estaban tan mal como parecían. Después de todo, el convoy de los Nevaruns seguía en camino para llevarse a Gwendolyn; para llevarla a algún rincón horrible del Anillo y casarla. Sonrió ante la idea, empezando a sentirse mejor. Sí, al menos ella se iría lejos, muy pronto.

Gareth tenía tiempo. Él encontraría otras maneras de lidiar con Kendrick y Thor y Godfrey — tenía innumerables planes para matarlos. Y tenía todo el tiempo y todo el poder en el mundo para que esto ocurriera. Sí, habían ganado esta ronda, pero no ganarían la siguiente.

Gareth oyó otro gemido, giró y no vio nada en esa habitación. Tenía que salir de aquí — ya no lo soportaba.

Se volvió y salió furioso de la habitación, la puerta se abrió antes de que llegara a ella; sus sirvientes estaban atentos a anticiparse a cualquiera de sus movimientos.

Gareth tiró el manto y la corona de su padre y recogió su cetro, mientras caminaba por el pasillo. Caminó por los pasillos hasta que llegó a su comedor privado, una habitación de piedra, muy elaborada, con altos techos arqueados y vitrales, iluminada por la luz temprana de la mañana. Dos asistentes estaban esperando en la puerta abierta, y otro estaba parado esperando detrás de la cabecera de la mesa. Era una mesa larga de banquetes, como de quince metros, con docenas de sillas alineadas a ambos lados de la misma; el asistente jaló la de Gareth para él cuando se acercó; era una silla antigua, de roble, en la que su padre se había sentado en incontables ocasiones.

Gareth se sentó y se dio cuenta de lo mucho que odiaba esta habitación.

Recordó que se veía obligado a sentarse aquí cuando era niño; su familia se sentaba alrededor de ella, y era reprendido por su padre y su madre. Ahora la habitación estaba completamente sola. No había nadie más que él — ni sus hermanos ni sus hermanas o padres o amigos. Ni siquiera sus asesores. En los últimos días, había logrado aislar a todo el mundo, y ahora él cenaba solo. Prefería que fuera de ese modo, de cualquier manera — hubo demasiadas veces en que había visto al fantasma de su padre aquí con él, y se había sentido avergonzado de llorar delante de los demás.

Gareth tomó un sorbo de su sopa matutina; y después, repentinamente, golpeó su cuchara de plata en el plato.

"¡La sopa no está lo suficientemente caliente!", exclamó.

Estaba caliente, pero no lo suficientemente caliente como le gustaba, y Gareth no toleraría un error más cerca de él. Un ayudante se acercó corriendo.

"Lo siento, mi señor", dijo el asistente, inclinando la cabeza mientras corría para quitarla. Pero Gareth tomó el plato y arrojó el líquido caliente en la cara del asistente.

El asistente puso las manos en sus ojos, gritando, ya que fue quemado por el líquido. Gareth tomó entonces el plato, lo levantó por encima de su cabeza y lo rompió en la cabeza del asistente.

El ayudante gritó, agarrando su cuero cabelludo que sangraba.

"¡Llévenselo!", gritó Gareth a los otros asistentes.

Se miraron mutuamente con recelo, después, obedecieron a regañadientes.

"¡Envíenlo al calabozo!", dijo Gareth.

Mientras Gareth volvía a sentarse, temblando, la habitación estaba vacía, salvo por un asistente, quien se acercó a Gareth sumisamente.

"Mi señor", dijo, nervioso.

Gareth lo miró con rabia. Mientras miraba, Gareth podía ver a su padre, sentado erguido en la mesa, a unas sillas de distancia, viéndolo y sonriendo de manera malvada. Gareth trató de apartar la mirada.

"El lord que usted llamó ha llegado para verlo", dijo el asistente. "Es Lord Kultin, de la provincia de Essen. Está esperando afuera".

Gareth parpadeó varias veces, cuando comenzó a digerir lo que decía su asistente. Lord Kultin. Sí, ahora recordaba.

"Que pase de inmediato", ordenó Gareth.

El asistente se inclinó y salió corriendo de la habitación y cuando abrió la puerta, entró un enorme y feroz guerrero, con largo cabello negro, ojos negros,

y una barba larga y negra. Llevaba armadura y un manto, dos espadas largas, una a cada lado de su cinturón, y mantuvo sus manos descansando sobre las dos, como si estuviera dispuesto a defender — o a atacar — en cualquier momento. Parecía como si también estuviera furioso, pero Gareth sabía que no era así — Lord Kultin siempre se veía así, desde la época de su padre.

Kultin se acercó a Gareth, se quedó parado junto a él, y Gareth agitó su mano hacia un asiento vacío.

“Siéntate”, dijo Gareth.

"Me quedaré de pie", dijo Kultin secamente.

Kultin frunció el ceño a Gareth, y Gareth podía oír la fuerza en su voz y sabía que este lord era diferente a los demás. Era feroz, lleno de sed de sangre, listo para matar a cualquiera y a todo a la menor provocación. Era exactamente el tipo de hombre que Gareth quería a su alrededor.

Gareth sonrió, satisfecho por primera vez en este día.

"¿Sabes por qué te llamé?", preguntó Gareth.

"Puedo adivinar", respondió Kultin, bruscamente.

“He decidido promoverte”, dijo Gareth. "Serás promovido más allá incluso de los Hombres del Rey, más allá de Los Plateados. De ahora en adelante, serás mi guardia personal. La Élite del Rey. Tú y tus quinientos guerreros recibirán carnes selectas, el mejor alojamiento y el venerable Salón de Los Plateados. Lo mejor de todo".

Kultin frotó su barba.

"¿Y qué pasa si no quiero servirle?", respondió frunciendo el ceño, retándolo, apretando su espada.

"Atendiste a mi padre".

"Usted no es su padre", respondió.

“Es cierto”, dijo Gareth. "Pero soy mucho más rico que él, y te pagaré más generosamente. Diez veces lo que te pagaba. Tú y tus hombres vivirán en la Corte del Rey. Me responderás a mí personalmente, no habrá nadie por encima de ti. Llevarás riquezas a tu provincia, más allá de lo que te imaginas".

Kultin se quedó ahí parado, frotando su barba y finalmente se agachó y golpeó la mesa con su puño.

"Veinte veces", contestó él. "Y mataremos a quien nos ordene. Lo protegeremos con nuestras vidas, ya sea que se lo merezca o no. Y vamos a matar a cualquiera que se le acerque".

"A quien sea", insistió Gareth. "Sean soldados del rey o no. Sean de Los

Plateados o no. Si te digo que los mates, lo harás".

Por primera vez, Kultin sonrió.

"No me importa a quién mate. Siempre y cuando el precio sea lo suficientemente elevado".

CAPÍTULO TRECE

Thor se sentó en la larga mesa en el Salón de Armas, rodeado de sus hermanos de La Legión, de sus amigos más cercanos, de Los Plateados, Kendrick frente a él, Kolk y Brom cerca, y se sintió más en casa de lo que había estado en su vida. El día había sido un torbellino. Antes de hoy, ellos todavía lo veían como un forastero, o a lo sumo, como otro miembro de La Legión. Pero después de hoy, pudo ver en cada una de sus miradas, por la manera en que se dirigían a él, que lo consideraban como uno de los suyos. Como a un igual. Estos hombres, a quienes siempre había admirado, le daban el respeto por el que había luchado toda su vida. No había nada que él hubiera querido más, que estar aquí, con estos hombres, para luchar a su lado y para ser aceptado por ellos.

Thor se sentía más cansado que nunca, había estado despierto durante casi dos días seguidos, su cuerpo estaba cubierto de moretones y cortadas y raspaduras; no había parado desde no sabía cuánto tiempo; físicamente, una parte de él sólo quería derrumbarse, ir a dormir y no despertar durante una semana. Pero tomó un segundo aire y estos hombres y chicos fueron tan festivos como nunca había visto. Se había roto una gran tensión, y el alivio llenó la habitación. Era más que alivio: era alegría. La alegría de la victoria. La alegría de salvar a su patria. Y todo tenía que ver con Thor.

Uno tras otro, los miembros de Los Plateados se acercaron, pusieron un brazo alrededor de Thor, le dieron una palmada en la espalda, lo sacudieron con fuerza, se estrecharon los antebrazos y lo llamaron "Thorgrinson". Era un título de respeto, generalmente reservado para los adultos, lo que implicaba que Thor era un guerrero de élite. Si alguna vez los chicos de La Legión habían utilizado ese título entre ellos, había sido en broma; pero ahora estos hombres lo usaban con Thor con seriedad.

Mientras ponían otro tarro de cerveza espumosa en las manos de Thor, tomó un largo trago, sintiendo que se le subía a la cabeza; luego estiró la mano y tomó un gran pedazo del venado que estaba frente a él. Él moría de hambre, pero primero se inclinó y le entregó ese pedazo a Krohn, quien felizmente se lo arrebató de la mano. Thor tomó otro pedazo para sí mismo, y lo masticó y masticó, hambriento. La comida era deliciosa.

Las chicas que servían, con poca ropa, pasaron entre las filas de hombres, a

volver a llenar sus jarras de cerveza y copas de vino, y cuando una de ellas se acercó, un guerrero la agarró y la jaló para sentarla sobre su regazo. Ella dejó escapar una risita. Otra sirvienta se acercó a Thor, y un guerrero la agarró y trató de empujarla hacia el regazo de Thor — pero Thor levantó sus manos y suavemente la alejó.

"¿No te gustan las mujeres?", preguntó el guerrero a Thor.

"Sí me gustan", dijo Thor. "Pero hay una en particular para la que me estoy reservando".

"¿Solo una?", dijo el guerrero, presionando, decepcionado. "Toma dos o tres. No te quedes solamente con una. Eres demasiado joven. Toma todas las que puedas agarrar con tus manos", dijo él, y con eso, sujetó él mismo a la chica, quien gritaba con deleite, y la cargó sobre su hombro, hacia la esquina del otro extremo de la habitación, a un montón de alfombras suaves.

"No lo escuches", dijo una voz.

Thor miró y vio a Reece sentado junto a él; subió la mano y la colocó sobre su hombro.

"Gwen estaría orgullosa", dijo Reece. "Me siento orgulloso. Esa fue exactamente el tipo de respuesta que querría de un cuñado".

Thor sonrió ante ese pensamiento.

"Si yo fuera a proponerle matrimonio, ¿realmente me aceptarías en tu familia?", preguntó él.

"¿Qué tipo de pregunta es esa?", preguntó Reece. "Ya eres mi hermano. En todos los sentidos de la palabra. Mi verdadero hermano".

Thor se sintió honrado. También sentía de la misma manera por Reece.

"Sé bueno con ella", agregó Reece. "Eso es todo lo que pido. Ella es dura, pero sensible. No tengas una segunda esposa. Y no mires a otra parte".

Reece continuó bebiendo, y antes de que Thor pudiera responder, Kolk se paró de repente, frente a Thor y golpeó su jarra sobre la mesa de madera varias veces, hasta que finalmente la habitación quedó en silencio. Todo lo que se podía escuchar era el chisporroteo del fuego, rugiendo en el otro extremo del salón y los gruñidos de los perros que luchaban entre ellos por un lugar al lado de las llamas.

"¡Hombres de La Legión!", gritó con su voz estridente. "Hombres de Los Plateados. ¡Soldados del rey! ¡Hoy fue un día de gloria para los MacGil! Y seríamos negligentes si no reconocemos las hazañas de un guerrero: ¡Thorgrinson!", gritó él, levantando su tarro por Thor.

Toda la habitación de repente estaba de pie, levantando sus tarros.

"¡Thorgrinson!", gritaron, irrumpiendo en una ovación.

Thor estaba parado y sintió manos que le daban palmadas en la espalda, tirando de él con fuerza. Se sentía avergonzado, pero eufórico a la vez. No sabía qué pensar de todo esto. Kolk. El guerrero que siempre le había reprendido. No esperaba esto.

Kolk golpeó su tarro otra vez, y todos volvieron a sentarse y el salón quedó en silencio.

"El valor de Thor simboliza todo lo que queremos en un miembro de La Legión, todo lo que queremos en un miembro de Los Plateados. El honor debe ser recompensado, cueste lo que cueste. Así que desde este día, Thorgrin, ha sido ascendido a Capitán de La Legión. Sólo vas a responderme a mí, y el resto de La Legión te responderá a ti. Ahora tienes bajo tu mando a cientos de los mejores jóvenes guerreros que nuestro reino tiene para ofrecer. ¡Por Thorgrinson!", gritó otra vez.

"¡Por Thorgrinson!", gritaron todos en la habitación.

Mientras todos ellos se sentaban atrás, Thor se sentó allí, sorprendido, apenas podía respirar, sin saber qué hacer con todo esto. Él, el más joven de los miembros de La Legión, ascendido a Capitán de todos ellos. Una parte de él sentía que realmente no lo merecía. Solamente había hecho lo que había aprendido a hacer en el entrenamiento.

El salón volvió a sus festividades, y Thor escuchó un lloriqueo junto a él. Miró hacia abajo y vio a Krohn, descansando su cabeza en su regazo y se dio cuenta de que sentía excluido — y hambriento. Thor extendió la mano y tomó otro trozo de carne de venado, aún más grande, una pierna entera, con el hueso, y Krohn lo arrebató de sus manos y felizmente se la llevó por toda la habitación. Krohn encontró un lugar junto al fuego, caminando audazmente entre la manada de perros lobos. Aunque todos eran mayores que él, mientras Krohn caminaba hacia el centro, todos se apartaban, ninguno de ellos osaba desafiarlo. Krohn emanaba una energía diferente a cualquier otro animal. Thor podía verlo crecer más grande y más fuerte cada día, más poderoso, más misterioso.

"Es un honor bien merecido", dijo Reece, de pie y abrazando a Thor. Thor se detuvo y también lo abrazó y recibió los abrazos de Elden, O'Connor y los gemelos. Uno tras otro, los miembros de La Legión estrecharon su mano y entrelazaron su antebrazo, todos mostrando respeto hacia él, visiblemente encantados de tenerlo como su capitán.

"Fue una batalla ganada solamente por brujería y trucos", dijo una voz

sombría.

Thor volteó para ver a sus tres verdaderos hermanos de pie detrás de él: Drake, Dross y Durs. Su corazón dio un salto cuando los vio, parados a unos pocos metros de distancia, mirándolo con frialdad, con la cara seria. No los había visto en años y casi se había olvidado de ellos. Podía ver en sus ojos que aún lo odiaban, y eso le trajo recuerdos frescos de su infancia, de cómo se sentía indigno, pequeño al lado de ellos.

"No luchaste como un guerrero", dijo Drake, el mayor. "No luchaste como uno de nosotros. Si lo hubieras hecho, nunca habrías ganado".

"No eres merecedor de los honores que te dan", añadió Dross.

"Pese a lo que estos hombres crean, sabemos la verdad acerca de ti. Sigues siendo nuestro hermano menor", dijo Durs. "Sólo un pobre pastor. El más pequeño y menos merecedor de todos nosotros. Hiciste trampa para entrar en La Legión, e hiciste trampa para ganar los honores que estás recibiendo hoy".

"¿Y qué saben todos ustedes de hacer trampa?", dijo O'Connor, interviniendo y defendiendo a Thor.

"¿Y qué los hace a todos ustedes tan superiores?", añadió Elden, que estaba a su lado. "¿Sólo porque son mayores?".

"Así es", dijo Drake. "Somos mayores. Y más grandes. Y más fuertes. Los derrotaríamos a todos, uno a uno, el día que quieran".

"¿Por qué no lo hacen?", argumentó Reece. "Organicemos un combate uno contra uno, a ver quién gana".

Dross reía burlescamente.

"No necesito escucharlos", dijo. "Son demasiado jóvenes e ignorantes para siquiera hablar conmigo. Soy un guerrero mucho mejor de lo que ustedes serán".

"No, pero no necesitas escuchar a Thor", dijo Reece. "Ahora es su capitán. ¿No escucharon a Kolk? Tendrán que escuchar cada palabra que diga Thor, a partir de ahora. ¿Cómo se sienten con eso?", sonrió Reece.

Los tres hermanos fruncieron el ceño.

"Nunca te escucharemos", dijo Drake a Thor. "Nunca aceptaremos una orden tuya. Jamás. Mientras estemos vivos".

Thor se sorprendió por el odio que sentían por él.

"¿Por qué me odian?", preguntó Thor. "Siempre lo han hecho, desde que recuerdo".

"Porque no vales nada", se mofó Durs.

Con eso, los tres se dieron vuelta y caminaron hacia la multitud,

desapareciendo. Thor sintió que su corazón latía fuertemente, y un hoyo en el estómago.

Reece se acercó y le puso una mano sobre su hombro.

"No te preocupes. No valen la tierra que pisas".

O'Connor se volvió hacia él.

"Algunas personas odian sin razón alguna", añadió. "Así son ellos".

"Otros sólo están llenos de envidia, por todos y por todo", añadió Elden.

"Ellos necesitan a alguien o a algo a quien culpar, entonces deciden que tú eres la razón por la que no tienen lo que quieren en la vida, y te odian por sus propias vidas fallidas. Es el camino más fácil para ellos — culparte en vez de ser honestos y culparse a ellos mismos. Simplemente es acoso — en otra forma".

Thor entendió. Pero aun así, le dolió hasta la médula. No sabía lo que había hecho para merecer tal resentimiento de su propia familia. No sólo ahora, sino toda su vida. ¿Por qué tuvo que haber nacido en esa familia? ¿Por qué habían tenido que estar ahí, siempre, en cada momento, para arruinar las cosas para él en sus momentos más felices?

"Amigo mío", dijo Reece.

Thor miró hacia arriba.

"Hay algo en la habitación que te podría alegrar", puso una mano sobre el hombro de Thor y lo hizo girar hacia el lado opuesto de la habitación.

Allí, parada en la puerta, sonriendo a través de la habitación, estaba Gwendolyn. El corazón de Thor se aceleró.

"Parece que te está esperando", dijo Reece, sonriendo.

Thor lo había olvidado por completo. Con toda la emoción, se había olvidado de encontrarse con ella en la puerta de atrás.

Thor cruzó rápidamente el pasillo, silbando a Krohn, que corrió para alcanzarlo. Él vio a Gwen con una amplia sonrisa, y salió por la puerta trasera, y el corazón de Thor se aceleró al darse cuenta de que finalmente, después de todo, podrían tener tiempo para estar juntos.

CAPÍTULO CATORCE

Thor tomó la mano de Gwen con emoción, mientras ella lo llevaba a través de la luna llena de la noche, por los caminos serpenteantes hacia las colinas fuera de la Corte del Rey. Krohn caminaba a su lado, y cuando casi llegaban a la cima de la colina, Gwen se colocó detrás de Thor, y sonriente, puso sus manos sobre los ojos y le hizo detenerse.

"No mires", dijo ella, llevándolo hacia adelante, dando un paso a la vez.

Thor sonrió, tendiendo sus manos delante de él.

"¿Adónde vamos?", preguntó él.

"Quiero que veas algo", dijo ella. "Pero espera hasta llegar a la cima de la colina. Solo da unos pasos más. No abras los ojos hasta que te diga. ¿Lo prometes?".

Thor sonrió ampliamente. Le encantaban lo juguetona que era Gwen; siempre le había gustado.

"Lo prometo", dijo él.

Lentamente, Gwen retiró sus manos. Thor esperó, hasta que finalmente dijo: "De acuerdo".

Thor abrió los ojos y quedó sin aliento ante el panorama: se extendían delante de él, hasta donde alcanzaba la vista, las praderas, llenas de las flores más exóticas y bellas que jamás había visto. Ni siquiera sabía que existieran flores como esas. Bajo la luz de la luna, esas flores estaban vivas, floreciendo, y más aún, eran realmente brillantes, iluminando la noche. Había campos enteros de brillantes amarillos y violetas y blancos, meciéndose en la brisa nocturna, haciendo que los campos parecieran vivos, como si sostuvieran miles de velas balanceándose. Era la cosa más impresionante que había visto.

"Son flores de resplandor", dijo ella, acercándose a su lado. "¿No son hermosas?".

Ella tomó su mano, mientras miraban los campos y él se inclinó y la besó.

El beso duró mucho tiempo antes de que finalmente se tomaran de la mano y continuaran su camino a través del campo de flores brillantes, uno junto al otro; Krohn saltaba entre las flores, al lado de ellos.

Ellos habían estado caminando por lo que parecía una eternidad, cuando Thor preguntó, con una sonrisa: "¿Adónde vamos?".

Ella sonrió de nuevo.

"A un lugar muy especial para mí", respondió ella. "Es un lugar muy querido para mí, un lugar que pocas personas conocen".

Caminaron un rato en silencio, sin ruido alguno que el silbido del viento y el canto ocasional de un ave nocturna, junto con la respiración de Krohn que iba al lado de ellos, mientras caminaban. De vez en cuando, Krohn se dirigía a las flores, abalanzándose sobre algún animal que ellos no podían ver, y saliendo victorioso de regreso hacia el camino, trotando al lado de ellos.

"Oré por ti", dijo Gwen, suavemente. "Gracias a Dios que regresaste a salvo a mi lado. La idea de que te hubieras ido, era demasiado para mí".

"Lamento haberte dejado", dijo Thor. "Ojalá que no tuviera que haberlo hecho".

"Es curioso", dijo Gwen, "pero desde que te conocí, me resulta difícil pensar en cualquier otra cosa. No sé cómo, pero te metes en mis venas. Es difícil concentrarse cuando te has ido. Pero es difícil concentrarse cuando estás cerca de mí".

Thor apretó la mano de ella con más fuerza, lleno de amor, sorprendido al escuchar que sentía lo mismo por él. Estaba ardiendo de ganas de pedirle que se casara con él. Él estaba empezando a preguntarse si ahora era el momento y lugar adecuados. Él estaba a punto de hacerlo y aclaró su garganta, pero luego se sintió nervioso, temeroso de que ella pudiera decir que no.

Él se preparó. Abrió la boca para hablar y estaba a punto de preguntarle.

Pero de repente llegaron a una curva y se detuvieron en una estructura pequeña, pero magnífica, construida en forma de un castillo en miniatura, íntimo y pintoresco. Estaba ubicado en las colinas, en lo alto, con una imponente vista de las praderas, rodeados por miles de flores brillantes de la noche.

"Es la casa de mi madre", dijo Gwen.

"¿De tu madre?", preguntó Thor.

"Ella y mi padre tenían problemas para llevarse bien cuando envejecieron. Ella construyó este lugar para ella, principalmente para alejarse de él. De todos nosotros. Le gustaba estar sola. Ahora ya no. Ahora, irónicamente, ella está confinada al castillo — al menos hasta que esté mejor. Así que este lugar se encuentra vacío. Pocas personas la conocen. A veces yo venía aquí, cuando era más joven, para alejarme de todo, cuando ella no estaba aquí. Quise compartirlo contigo", dijo ella, apretando la mano de él.

Thor estaba sorprendido de que este lugar existiera. El paisaje le quitaba el aliento, era tan pintoresco, la piedra antigua enclavado en las colinas, su

fachada estaba recubierta de flores brillantes. Parecía mágico.

Gwendolyn le condujo a través de la pradera, hasta la estructura y a través de su pequeña puerta arqueada. Ella encendió una antorcha cuando entraron y encendió otras, iluminando una habitación tras otra conforme iban avanzando. El lugar era acogedor, las habitaciones de piedra no eran demasiado grandes. Gwen prendió fuego en la chimenea, puso la antorcha en la pared y ella y Thor se acostaron en el montón de pieles cerca de las llamas. Krohn se acercó y se sentó a pocos metros de distancia, cerca del fuego. Se puso frente a la puerta, en guardia, protegiéndolos.

Mientras Thor y Gwen se sentaban uno al lado de otro, Gwen estiró la mano, entrelazó sus dedos entre los de él, y se inclinaron y se besaron. Thor sintió la mano de ella temblorosa, y se sintió nervioso. Acariciaba su mejilla, y mantuvieron el beso durante mucho tiempo.

Mientras Thor estaba ahí con ella, se sintió lleno de amor; había tantas cosas que quería decir. Sobre todo, había algo que quería preguntarle. Algo que *necesitaba* preguntarle. Quería estar con ella para siempre, y quería que ella lo supiera.

"Hay algo que necesito preguntarte", dijo, finalmente, con su corazón palpitando aceleradamente.

Pero Gwen subió la mano, colocó un solo dedo en sus labios y lo hizo callar. Ella se inclinó y lo besó.

"Ahora no es el momento de hablar", dijo suavemente, sonriendo.

Thor no se resistió cuando ella lo besó una y otra vez. Pronto estaban en los brazos uno del otro, rodando en las pieles, al lado del chisporroteo del fuego. Ya había sido un día más allá de sus sueños y estar aquí, en los brazos de Gwen, era como la cereza del pastel. No había otro lugar en el mundo donde querría estar en ese momento. Sólo rezaba para que esta noche nunca terminara.

*

Gwen nadaba en el Lago de las Tristezas. Era un hermoso día soleado, y el agua estaba más clara de lo que ella había visto en su vida. Mientras nadaba, miró hacia abajo y pasaban cardúmenes de peces, con los colores más brillantes que había visto — azul brillante y rosa y amarillo, nadando a su alrededor. Nadaron más allá, y miró hacia el fondo y notó que las arenas por debajo estaban cubiertas con oro. Había oro por todas partes, cubriendo el suelo del lago, y brillaba conforme ella iba pasando, enviando un millón de reflejos de luz a través del agua.

Gwen decidió sumergirse, más y más profundo, para tomar un poco, para llevárselo. Pero mientras más profundo iba, más se alejaba el fondo. Pronto, desapareció completamente.

Gwen parpadeó, y cuando abrió los ojos, se encontraba parada en la cima de una colina. Estaba en un paisaje desolado que reconoció inmediatamente: la tierra de Argon. Pero al mirar, su cabaña no estaba a la vista; de hecho, no había nada hasta donde alcanzaba la vista. Estaba solamente el aullido del viento sobre las rocas.

De repente sintió movimiento dentro de su estómago, y miró hacia abajo y se sorprendió al ver que su vientre estaba hinchado, crecido totalmente. Ella estaba embarazada.

Bajó las manos y tocó su estómago con ambas manos. Al hacerlo, se sorprendió al sentir una patada.

De repente oyó la voz de Argon:

"Llevas dentro de ti a un gran ser", dijo él.

Gwendolyn miró hacia abajo y de sus ojos brotaron lágrimas, sabiendo que lo que decía era verdad. Con ambas manos acariciaba su estómago, queriendo enviarle amor, sintiendo el poder irradiando desde dentro de ella. Volvió a patear.

Gwen abrió los ojos y miró a todos alrededor, respirando con dificultad, preguntándose dónde estaba. Cuando sus ojos se adaptaron lentamente, vio que estaba en los brazos de Thor, en el montón de pieles, en el castillo de su madre, junto a las brasas del fuego agonizantes. Ella se volvió y vio la primera luz del amanecer a través de la ventana, vio a Krohn acostado, durmiendo, muy cerca, y se dio cuenta de que todo había sido solo un sueño.

Gwen se levantó, zafándose suavemente de Thor, que estaba bien dormido y caminó hasta la ventana abierta. Al hacerlo, ella miró hacia abajo y frotó su estómago con una sola mano. Nada había cambiado.

Sin embargo, de alguna manera, se sintió diferente por dentro. Ella sentía una energía circulando a través de ella. No podía explicarlo, pero de alguna manera se sintió como si hubiera cambiado para siempre.

Y en ese momento ella sabía, simplemente sabía, que estaba embarazada de Thor.

CAPÍTULO QUINCE

El rey McCloud enfureció mientras marchaba por la plaza ante su castillo, plagado de soldados heridos y derrotados. Sus hombres estaban por todos lados, gimiendo, sangrando; aquellos que no estaban heridos, estaban sentados en el suelo, abatidos. Fue suficiente para hacerle sentir náuseas. No importaba que acabaran de haber tenido cien días de victorias sin precedentes, de despojos, de haber logrado entrar en una parte de las tierras de los MacGil, más allá que cualquiera de sus antepasados. Ahora todo lo que estos hombres recordarían sería su derrota, la pérdida de su botín, de sus esclavos, sus heridas, sus compañeros perdidos. Y todo a manos del muchacho.

Era una desgracia.

McCloud frunció el ceño, mientras caminaba, pateando al azar a los soldados sentados en el suelo, empujando a otros, abofeteando a los heridos, seguido por su pequeño séquito de asesores, ninguno de los cuales se atrevió a hablar con él. Sabiamente sabían que eso sería un error.

McCloud repitió una y otra vez en su mente la causa de su derrota, ¿qué había salido mal? ¿Qué podría haber hecho diferente? Tal vez debería haberse detenido antes de la última ciudad; tal vez no debió haber incursionado tan lejos. Si él se hubiera vuelto antes, podría haber regresado al lado del altiplano McCloud en sus propios términos, como un héroe conquistador, como el mejor rey que todos los McCloud antes que él.

Pero había presionado, había tomado demasiadas ciudades, había arriesgado una batalla más. Él había fallado en calcular las defensas de los MacGil. Estaba seguro de que el nuevo hijo de MacGil, Gareth, era un débil, incapaz de reunir una defensa. Tal vez las tropas habían luchado a pesar de Gareth. No lo entendía.

Sobre todo, no entendía a ese chico, Thor. Nunca había encontrado a alguien en una batalla como él, a alguien tan poderoso. Simplemente no había forma de defenderse de él.

Mientras McCloud recorría el campamento de los hombres, sabía que la revuelta sería inevitable. Tarde o temprano, sus propios hombres, que una vez lo habían elogiado tanto, se concentrarían y se levantarían contra él, tratarían de expulsarlo. En lugar de ser conocido como el mejor rey de los McCloud, pasaría a la historia como el rey McCloud fallido. Y eso era algo que no podía

permitir.

McCloud debió anticiparlo. Sería más rudo, más cruel con sus hombres, tan cruel que no se atreverían a amotinarse. Luego haría otro plan y atacaría a los MacGil otra vez, incluso con más rudeza que antes.

Pero mirando el estado lamentable de su ejército, no sabía si eso era posible. Sintió una rabia hacia ellos. Le habían defraudado — y nadie iba a decepcionarlo.

McCloud dio la vuelta a la esquina y pasó por otra fila de soldados abatidos y vio delante de él a la esposa de su hijo Bronson, la hija de MacGil, Luanda, atada con cordeles, en el suelo con los otros esclavos. En ella, encontró finalmente un objeto de su odio.

Todo regresaba a él. McCloud había estado disfrutando inmensamente a esa chica cuando Luanda le había interrumpido; había entrado a escondidas de él — y ahora era tiempo de desquitar su mal humor con ella. Él vio en ella el mismo emblema de la desobediencia de sus propios hombres. La esposa de su propio hijo, tratando de matarlo y en medio de su mayor victoria. Era demasiado para soportarlo. El comportamiento de ella envalentonaría a los otros hombres, y ahora más que nunca, tenía que enviarles un mensaje a todos ellos.

McCloud se dirigió furioso hacia Luanda, quien estaba acostada sobre su espalda, con los ojos abiertos de par en par de miedo, con los pies y manos atados, y se acercó con su puñal. Ella se estremeció cuando él se acercó, pensando que la apuñalaría — pero él tenía otros planes. Él se agachó y cortó las cuerdas que le ataban. Ella estaba sorprendida al ser liberada y parecía confundida — pero él no le dio tiempo para pensar en ello.

McCloud tiró de ella de sus pies y de su pecho, luego la agarró por la camisa y la levantó del suelo, con el ceño fruncido hacia ella. Ella también frunció el ceño, y entonces para sorpresa de él, ella le escupió la cara.

Su audacia y valor le sorprendió. Sin pensarlo, se acercó y le dio una bofetada lo suficientemente fuerte para hacer que todos los hombres a su alrededor giraran y vieran lo que estaba pasando. Se formó una multitud creciente de soldados, mientras ella cesó de luchar en los brazos de él, recibiendo el mensaje; su rostro ya estaba morado desde el momento en que él la golpeó. Él la mantuvo por encima de su cabeza y le dio vuelta poco a poco, frente a la multitud de soldados en la plaza polvorienta.

"¡Que esto sea un mensaje para todos aquellos que se atreven a desafiar mis órdenes!", dijo. "Esta mujer se atrevió a levantar la mano contra su rey. Ahora

ella conocerá la ira completa de mi justicia!".

Se escuchó una ovación y McCloud la llevó cargando al otro lado de la plaza, la inclinó sobre un tronco de madera grande, sujetó sus muñecas y ató cada una en el leño. Ella se quedó allí, doblada sobre el tronco, indefensa. Ella gritó y luchó, pero fue inútil.

McCloud se dio vuelta y enfrentó a la gran multitud de soldados.

"Luanda se atrevió a desafiarme. Será un mensaje para todas las mujeres que se atrevan a desafiar a sus hombres y para todos los que se atrevan a desafiar a su rey. ¡La condeno al ataque público! ¡Cualquier hombre que lo desee, dé un paso adelante y hágala suya!".

Se oyó una gran ovación entre los soldados, mientras varios de ellos daban un paso al frente, corriendo hacia ella, para ver quién sería el primero.

"¡NO!", gritó Luanda, mientras luchaba contra las cuerdas, moviéndose como loca, tratando de liberarse.

Pero era inútil. Él la había atado firmemente.

Tres soldados aparecieron detrás de ella, dándose codazos mutuamente para llegar primero; el más cercano a ella se bajó los pantalones y dio un paso adelante para atraparla.

De repente, se oyó a alguien corriendo a través de la multitud, y un momento después, para disgusto de McCloud, apareció su hijo, Bronson, aún con su armadura, blandiendo una espada. Corrió entre la multitud, con la espada a lo alto y bajó su espada en la muñeca del primer atacante cuando la extendió para tocarla.

El hombre gritó cuando Bronson le cortó la muñeca, y salió sangre desde el muñón.

Bronson enfrentó a los otros dos hombres a punto de atacar a Luanda y giró y cortó una de sus cabezas con su espada, y luego se lanzó hacia adelante y hundió su espada en el pecho del tercero.

Los tres soldados yacían en el suelo, muertos, y Bronson no perdió tiempo para girar su espada y liberar a Luanda. Ella se encogió detrás de él, aferrándose a su espalda, mientras la multitud se acercaba a ellos.

"Si alguno de ustedes se acerca", gritó Bronson, "¡morirá! "Ella es mi esposa". Ella no será castigada ni torturada por nadie. Primero tendrán que pasar sobre mi cadáver".

La ira de McCloud fue mayor, nunca había sentido tanta ira. Aquí estaba su propio hijo, desafiándolo frente a todos los hombres — y todo por una mujer. Tendría que darle una lección delante de todos.

McCloud sacó su espada él mismo con un gran sonido metálico y corrió hacia adelante con un grito, empujando bruscamente a sus hombres a un lado, y enfrentándose a su hijo. Se fue contra su hijo.

"¡Es hora de que te enseñe a respetar!", McCloud gritó.

Él fue al ataque y bajó su espada hacia la cara de Bronson, esperando cortarlo por la mitad y a su esposa con él.

Pero el muchacho era rápido. Él le había entrenado muy bien. Bronson bloqueó el golpe con su escudo, y luego lo detuvo con su espada. McCloud lo bloqueó y los dos siguieron, hacia atrás y hacia adelante, intercambiando golpe por golpe. McCloud padre era más grande y más fuerte y lentamente logró hacer retroceder a su hijo, cada vez más y más, mientras se escuchaba el gran sonido metálico de las espadas y los escudos.

El mayor de los McCloud dio un gran golpe, con el objetivo de cortar la cabeza de su hijo — pero él lo sobrestimó. La espada salió volando sobre su cabeza, y Bronson se reclinó y pateó con fuerza a su padre en el intestino, enviándolo hacia el suelo. El golpe sorprendió a McCloud, su orgullo estaba herido mientras caía al suelo.

Miró hacia arriba para ver a su hijo junto a él, con su espada apuntando hacia abajo en su garganta. Su hijo podría haberlo matado cuando falló ese golpe, pero en cambio, lo pateó. Si los papeles se hubieran invertido, no le habría dado la oportunidad a su hijo. Estaba decepcionado de él. Él debería haber sido más cruel.

"No quiero hacerte daño", Bronson dijo a su padre. "Sólo quiero que dejes ir a Luanda. Ordena a tus hombres que nadie la toque, y los dos nos iremos de este campamento y no volveremos a este reino. No te haré daño. Ni a ninguno más de tus hombres".

Hubo un gran y tenso silencio, mientras una multitud creciente, cientos de soldados, se acercaban y escuchaban cada palabra, mientras padre e hijo se enfrentaban.

La mente del mayor de los McCloud corrió, humillado, furioso de rabia y decidido a poner fin a su hijo de una vez por todas. Se le ocurrió un plan.

"¡ME RINDO!", gritó.

Un grito de asombro se propagó a través de la multitud.

"¡LA CHICA NO SERÁ TOCADA!", gritó otra vez.

Hubo otro grito de asombro, y mientras McCloud miraba, pudo ver, poco a poco, que los hombros de Bronson se relajaban, que dejó caer un poco su espada.

El McCloud mayor se forzó a sí mismo a sonreír, con una sonrisa ancha, dejó su espada en el suelo y subió la mano con la palma abierta, como si fuera a pedirle a su hijo que le ayudara a levantarse.

Bronson dudó por un momento; parecía como si él estuviera debatiendo acerca de si confiar o no en su padre. Pero Bronson siempre había sido demasiado ingenuo, demasiado confiado. Ésa sería su perdición.

Bronson cedió. Bajó la mano con la palma abierta, cambiando manos con la espada, para ayudar a subir a su padre.

McCloud vio su oportunidad. Agarró un puñado de tierra y giró y lo lanzó en los ojos de su hijo.

Bronson gritó, levantando ambas manos a los ojos, dando tumbos, McCloud se levantó de un saltó, pateó a su hijo con fuerza en el pecho, dejándolo en el suelo y saltando sobre él.

"¡Soldados!", gritó.

En un momento, varios de sus fieles soldados aparecieron, saltando sobre Bronson, reteniendo a Luanda, quien intentó acudir a su rescate.

"¡Llévenlo a la base militar!", ordenó McCloud.

Arrastraron a Bronson, luchando, teniendo todavía arena en sus ojos, hacia un poste de madera enorme, y ató uno de sus brazos a él. Después, McCloud sujetó el brazo libre de su hijo y lo ató a una viga de madera, que estaba ante él.

Bronson miró a su padre, impotente, con miedo en sus ojos.

"¡Señores, reúnanse!", gritó McCloud.

La gran multitud de soldados se reunieron a unos metros de ellos, y McCloud tomó su espada y la levantó por lo alto de su cabeza.

"¡No, padre, no lo hagas!", gritó Bronson.

Pero McCloud hizo una mueca, subió su espada con las dos manos por encima de su cabeza y la bajó con toda la fuerza en su cuerpo.

Bronson gritó, mientras la espada le cortaba la carne de su muñeca. Brotó la sangre a chorros por todos lados, mientras su mano caía al suelo.

Luanda, quien estaba detrás de él, gritó y gritó. Ella se soltó de sus atacantes y se abalanzó sobre McCloud, agarrando su cabello. Él se volvió y le dio un fuerte codazo a ella, justo en la nariz, rompiéndola y derribándola en el piso, inconsciente.

"¡EL HIERRO!", gritó él.

En pocos momentos, pusieron en manos de McCloud un atizador de hierro caliente, y lo clavó en el muñón de su hijo.

Bronson gritó aún más fuerte, más fuerte de lo que nunca pensó posible, mientras que el olor a carne quemada llenaba sus fosas nasales. McCloud sostuvo el atizador contra el muñón, hasta que el sangrado se detuvo. No quería que su hijo muriera. Lo quería vivo. Lo quería mutilado. Quería que él sufriera y recordara este evento. Él quería que todos sus hombres recordaran eso. Y que le temieran.

"Te prometí que la chica no iba a ser tocada", dijo a su hijo, quien estaba ahí parado, encorvado, respirando con dificultad. "Y cumpliré mi palabra. Ella no será tocada — ¡ella morirá!".

McCloud se reclinó y rió a carcajadas, apenas capaz de recuperar el aliento. Este día no era tan malo como parecía. No. No era tan malo en absoluto.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Thor paseó con Gwen de la mano por los prados en la luz temprana de la mañana; Krohn a su lado, de regreso al castillo de su madre. Había sido una noche mágica, más allá de sus sueños más salvajes. Él nunca había despertado sintiéndose tan tranquilo, tan contento, tan en paz con el mundo. Sentía como si hubiera encontrado su lugar en el mundo, al lado de Gwen, y nunca quiso estar en otra parte. No le importaba a donde la llevara ella, a dónde podrían ir, siempre y cuando estuvieran juntos.

Thor también se sintió inmensamente relajado después de finalmente haber tenido una buena noche de descanso. Había pasado muchos días de pie, de batalla, de montar a caballo, y sintió como si fuera la primera vez que había dormido en un mes. Tuvo sueños extraños durante toda la noche, de batalla, de soldados, de espadas y escudos — e incluso de tener un hijo. Si Krohn no lo hubiera despertado, lamiendo su rostro en la mañana, sintió que podría haber dormido todo el día.

Mientras paseaban, Thor se preguntaba cómo podría ser el futuro con Gwen. Tenía que cumplir con sus obligaciones para La Legión, pero también quería pasar tiempo con ella. Se preguntó cómo podrían construir su vida juntos. Él sabía que quería estar aquí, en la Corte del Rey, pero en su mente, él sabía que mientras Gareth fuera el rey, eso no era posible. Había mucho peligro aquí para ambos.

Mientras paseaban de la mano, había una agradable brisa de otoño, el mundo estaba vivo con cada sombra de las flores de otoño, Gwen sonreía al lado de él y Krohn pisándoles los talones; Thor quería más que nunca hacerle la pregunta a Gwen. ¿Ella se casaría con él? Pero una vez más, vaciló. El momento no parecía ser el adecuado. Estaba esperando un momento mágico, perfecto, y por alguna razón, simplemente no estaba seguro acerca de si éste era el momento. También se ponía muy nervioso, su corazón se aceleraba y su garganta se secaba, cada vez que pensaba en preguntarle. Tenía demasiado miedo de ser rechazado, y una parte de él no sabía si podría reunir el valor para hacerlo. ¿Y si ella le dijera que no? ¿Qué pasaría si la pregunta arruinaba su relación para siempre? Una parte de él no quería arriesgarse.

Cuando llegaron a la última colina, caminando en silencio, apareció la vista de la Corte del Rey a lo lejos, y ambos se detuvieron. Algo estaba mal.

Thor pudo ver desde aquí que muchos miembros de Los Plateados, de La Legión y el ejército del rey se movilizaban de manera agitada. Todos ellos estaban afuera del Salón de Armas, y Thor podía sentir que algo se estaba tramando. No entendía lo que estaba pasando: cuando se había ido ayer por la noche, ellos habían estado en medio de la fiesta y habían estado alegres. Él esperaba regresar esta mañana y verlos a todos durmiendo, recuperándose. Pero todos estaban despiertos, de pie, alertas, la mayoría de ellos estaban armados y apresurados con ansiedad, adentro.

"Algo está mal", observó Thor.

"Sí, así es", dijo ella. "Vamos a apresurarnos".

Los dos se fueron trotando, Krohn corriendo junto a ellos, a través de las llanuras, a través de la puerta arqueada de piedra y hacia la Corte del Rey. Pasaron por la plaza polvorienta y llegaron a donde estaba la multitud de hombres, mezclándose entre ellos, mientras entraban en el Salón de Armas.

Cuando entraron, Thor se sorprendió al encontrar el salón repleto de soldados. Vio a todos sus amigos de La Legión y a docenas de Los Plateados. Vio a Kendrick, a Kolk, a Brom, a Atme y a docenas de famosos guerreros. El ambiente adentro era agitado. Muchos guerreros se sentaron a la mesa, con la cabeza en sus manos, como si tuvieran resaca, mientras que otros caminaban por la habitación, discutiendo con los demás. Había una energía tensa en el aire, un murmullo, como si todos hubieran estado en medio de un acalorado debate.

"¡Pero no es justo!", gritó un soldado al otro. "¡Nunca en la historia de los MacGil había habido algo así!".

Thor caminó con Gwen y cortó camino a través del centro de la habitación hacia Reece y Godfrey y Kendrick, quienes estaban sentados todos juntos, con varios de los miembros de Los Plateados agrupadas en torno a ellos. Se dieron vuelta y miraron a su hermana, haciendo lugar.

"¿Qué ha pasado aquí?", preguntó ella a Kendrick.

Thor tenía un mal presentimiento de que fuera lo que fuera, no era bueno. Él no podía creer cómo el estado de ánimo había cambiado desde que él se había ido del Salón, apenas horas atrás.

"Es nuestro querido hermano, Gareth", dijo Kendrick, malhumorado. "Ha desplazado a Los Plateados del Salón de los Plateados".

"¿Qué?", Thor gritó, incrédulo.

"Es cierto", dijo Kendrick. "Los Plateados han vivido en ese salón desde hace mil años, para todos los reyes MacGil. Ahora ellos están siendo

relegados a los cuarteles del ejército menor".

"¡Es un insulto que no se tolerará!", añadió un soldado.

"¿Pero por qué?", preguntó Thor. "¿Por qué Gareth haría esto? ¿Cómo puede salirse con la suya?".

"No lo hará", respondió Brom severamente, golpeando la mesa con un puño.

"Parece que ha traído a otro grupo de guerreros", dijo Kendrick. "Es el Lord Kultin, de la provincia de Essen. Los ha contratado como guardias privados del rey, su propia fuerza de combate personal. Él les está dando lo mejor de todo, incluyendo el Salón de Los Plateados. Es una bofetada en la cara. Para todos nosotros.

"¿Pero puede hacer tal cosa?", preguntó Thor.

"Es el rey", respondió Reece. "Él puede hacer lo que quiera".

Thor meneó la cabeza, sorprendido, mientras los otros caían en un silencio perturbador, murmurando a su alrededor. Apenas podía creer que Gareth tendría la audacia para hacer tal cosa. Se preguntó qué significaba para todos ellos. ¿Habría una guerra civil? Obviamente, se había cruzado una línea.

"Bueno, al menos Los Plateados finalmente verán lo que hemos sabido durante mucho tiempo", dijo Gwendolyn. "Que no se puede confiar en nuestro hermano. Que se esfuerza por causar división entre nuestro reino. Que hizo que Kendrick fuera encarcelado injustamente. Y que él fue el responsable de la muerte de nuestro padre".

En el salón hubo un silencio en cuanto Gwendolyn dijo las palabras finales, mientras todos los guerreros se volvieron y la miraron.

"¿La muerte de su padre?", preguntó uno de los soldados.

"Son acusaciones graves, mi lady", dijo Brom. "¿Tiene alguna prueba?".

"Hemos tenido pruebas Godfrey y yo", respondió. "Teníamos a un testigo del crimen. El hombre que empuñó la daga, y asesor de Gareth, Firth. Pero ahora está colgado de la horca. Gareth se aseguró de ello".

"Entonces no tiene pruebas", dijo Kolk.

"Ahora ya no. Gareth ha logrado deshacerse de cualquier prueba que encontramos. Pero él no habría intentado envenenar a Godfrey, y él no habría intentado matarme, si no se hubiera enterado de que estábamos a punto de descubrirlo".

"Aun así, sigue siendo circunstancial", dijo Brom. "El Consejo es muy estricto. Nosotros no podemos expulsar a un rey sin pruebas de algún delito — nos considerarían traidores al Anillo. Por desgracia, nuestra ley no deja lugar

para hacer concesiones. Se necesita una prueba, pese a lo injusto que pueda actuar un rey".

"Pero hay más que el hecho de que haya asesinado a nuestro padre", intervino Kendrick. "Él también nos está poniendo en peligro a nosotros, a nuestros hombres, al Anillo, dejándonos abiertos al ataque. Es por eso que los McCloud traspasaron el Altiplano: sintieron nuestra vulnerabilidad. Se puede argumentar que tenemos un derecho, una responsabilidad a la rebelión y a instituir un nuevo gobierno, en nombre de los mejores intereses del Anillo".

"Eso puede ser verdad", argumentó Kolk, "pero aun así, no podemos tomar ninguna acción mientras que él sea el rey legítimo. Necesitamos pruebas de su intento de asesinato. Entonces nosotros le podemos expulsar".

"Creo que puedo encontrar pruebas", dijo Godfrey.

Todos en el salón se volvieron y le miraron.

"Si puedo probar quién me envenenó la otra noche en la taberna", continuó diciendo él, "entonces eso podría llevarnos hacia Gareth. Seguramente, un intento de asesinato de su propio hermano, miembro de la familia real, sería motivo para expulsarle como rey".

"Sí lo es", respondió Brom. "Pero necesitamos pruebas. Y un testigo".

"Puedo encontrarlo", dijo Godfrey. "Estoy seguro de que puedo".

"Entonces encuéntralo y rápido. ""Y mientras tanto, haremos lo que podamos para ayudar a reconstruir y reforzar nuestro frágil estado", agregó Kendrick. "Estamos debilitados desde el ataque de los McCloud. Llevaré a un grupo con nuestras defensas del oriente y ayudaremos a fortalecerlas, en el caso de otro ataque. Han sido gravemente dañados en el ataque y vamos a necesitar un contingente de hombres para fortalecer nuestras ciudades y para prevenir otro ataque de los McCloud".

"Los ayudaré mediante el envío de los miembros de La Legión", intervino Kolk. "Ellos pueden ayudar a reconstruir los pueblos destruidos por los McCloud".

"Entretanto, encontraremos una prueba y encontraremos una manera legal para expulsar a Gareth", dijo Gwen.

"Más vale que se dé prisa", dijo Brom. "Porque mis hombres no aguantarán a Kultin y a sus salvajes en el Salón de Los Plateados por mucho tiempo. Me temo que si no encontramos pronto una manera de expulsar legalmente a Gareth, tendremos una guerra civil en nuestras manos".

Todos en el salón murmuraron, en aprobación.

"Hablando de traidores", añadió Kendrick, "primero debemos eliminar a

los traidores dentro de nuestras propias filas".

Kendrick se volvió hacia la puerta y asintió con la cabeza a Atme, quien de repente cerró de golpe la enorme puerta del Salón de Armas. Resonó con un golpe hueco y la bloqueó, no permitiendo que ningún soldado saliera. El salón quedó en silencio, con una gran tensión.

"¡Forg!", gritó Kendrick. "¡Acércate! El tiempo ha llegado para que des cuenta de tus acciones en el campo de batalla el día de ayer".

Se escuchó un grito, mientras varios miembros de Los Plateados sujetaban a Forg y lo arrastraban hacia adelante, abriéndose paso entre la multitud, hacia el centro. Cuatro caballeros lo inmovilizaron, mientras luchaba por liberarse.

"¿Por qué hacen esto?", gritó Forg, indignado. "Soy un miembro leal del ejército del rey. ¡Yo no hice nada malo!".

"¿No?", preguntó Kendrick. "Thor y varios de sus amigos de La Legión fueron llevados a una emboscada por los McCloud. Les pusiste una trampa para que los mataran".

Kendrick dio un paso adelante, sacó un puñal de su cinturón y lo sostuvo en la garganta de Forg, mientras el salón estaba en silencio.

"Sólo voy a preguntártelo una vez. Responde con la verdad, y puede que te perdone la vida. ¿Fue Gareth quien te ordenó hacerlo?".

Hubo un gran silencio en el salón, mientras Forg tragaba saliva, sudando. Finalmente, él asintió y bajó la cabeza.

"Fue él", reconoció.

Un grito de asombro e indignación estalló en el salón.

"¡Está confesando su traición!", gritaron varios caballeros.

"Perdóneme mi lord", suplicó Forg, con desesperación en sus ojos. "Fue una orden del rey. Y fui muy débil para no hacer caso".

"Pero era un mandato para matar a uno de los nuestros", dijo Kolk, avanzando. "Para poner una trampa a los nobles miembros de La Legión, para morir en manos del enemigo. Era una orden de perfidia y traición. Y la ejecutaste. ¿Sabes cuál es el castigo por la traición de un miembro de La Legión".

Forg tragó saliva.

"¡Por favor, señores míos, apiádense de mí!".

"Thor", dijo Kendrick, volviéndose hacia él. "Recae sobre ti pronunciar la sentencia de muerte de Forg. Es a ti a quien traicionó".

La sala entera guardó silencio, mientras todo el mundo se volvía hacia Thor.

El corazón de Thor se aceleró cuando vio al hombre ante él, esperando ser asesinado. Sintió una gran furia al pensar cómo ese hombre había puesto en peligro a sus hermanos de La Legión.

Sin embargo, al mismo tiempo, para sorpresa de Thor, también sentía compasión por él. Después de todo, parecía que Forg había sido un buen caballero; simplemente fue incapaz de enfrentarse a la tiranía, de hacer lo correcto cuando llegó el momento, en el calor del momento. Thor odiaba la idea de que fuera ejecutado — y especialmente por órdenes de él mismo.

Thor dio un paso adelante y aclaró su garganta.

"Es cierto", gritó Thor, "Forg merece la muerte por lo que hizo. Pero voy a pedirles que tengan misericordia de él".

Se propagó un grito de asombro entre la multitud.

"¿Misericordia?", preguntó Kolk. "¿Por qué?".

"Él puede ser merecedor de la muerte", dijo Thor. "Pero eso no significa que debemos dársela. Gareth es el malvado detrás de todo esto. Preferiría no tener la sangre derramada de este caballero, por órdenes mías. Cometió un error. Y sobrevivimos, después de todo. Al menos la mayoría de nosotros".

"Thorgrinson", dijo Kendrick, "nuestra ley nos prohíbe permitir que un traidor permanezca dentro de nuestras filas. Algo debe hacerse con él".

"Entonces destiérrenlo", dijo Thor. "Envíenlo lejos de su Salón. Que se una a los hombres de Gareth, o que abandone el Anillo. Pero no lo maten".

Kendrick miró a Thor durante mucho tiempo y con dureza, y finalmente asintió con la cabeza.

"Veo que tienes mucha sabiduría, pese a tu corta edad".

Kendrick se dirigió a Forg, lo agarró por el pecho y frunció el ceño al mirarlo.

"Eres muy afortunado en este día", dijo Kendrick. "Si vuelvo a ver tu cara delante de mí otra vez, te mataré yo mismo".

Kendrick estiró la mano, rasgó la insignia del ejército del chaleco de Forg, lo hizo girar y le dio una fuerte patada, haciendo que diera tumbos por el vestíbulo. Forg caminó rápidamente por el salón y Atme abrió la puerta, lo dejó salir y cerró la puerta de un portazo, detrás de él.

Lentamente, el salón volvió a tener vida, y al hacerlo, Brom dio un paso adelante.

"Todavía no hemos abordado la cuestión más importante de hoy", dijo él. La sala quedó en silencio mientras todos se volvieron para mirarlo.

"Que los dioses estén dispuestos, algún día, tarde o temprano, para que

Gareth será derrocado. Cuando ese día llegue, nos quedaremos sin gobernante en el Anillo. ¿Qué MacGil debe sucederle? Kendrick, eres el primogénito, legítimo o no. Los hombres te admiran. ¿Es un puesto que vas a aceptar?"

Kendrick meneó la cabeza rotundamente.

"El último deseo de mi padre era que Gwendolyn debía gobernar. Todos fuimos testigos de ello".

Un grito de asombro se propagó a través del salón.

"¿Una mujer?", gritó uno de los caballeros.

"¡Es cierto!", dijo Reece.

"¡Lo es!", dijo Godfrey, también. "Todos estuvimos en esa reunión. Fue el deseo de nuestro padre. Nos saltó a todos y la eligió a ella. Como sus hermanos, lo aceptaremos. De hecho, todos aprobamos la elección".

"Si todos honran a MacGil", dijo Kendrick, "entonces ustedes aceptarán su último deseo. Ustedes establecerán y defenderán a Gwen como gobernante de este reino".

Todos los soldados en la sala se volvieron y miraron a Gwen, y un pesado silencio llenó la sala.

Thor la miró y la vio bajar la cabeza con humildad.

"Si era lo suficientemente buena para MacGil, entonces es suficiente para mí", dijo Brom, rompiendo el helado silencio.

"¡Y para mí!", añadió Kolk.

"¡Y para mí!", repitieron todos los soldados en la habitación.

"Pero Gwendolyn, ¿aceptarías?", le preguntó Kendrick a ella.

Siguió un silencio expectante, mientras ella bajaba su cabeza. Siguieron varios momentos de silencio.

"Sé que serías una gobernante justa y prudente", añadió Kendrick. "Mucho mejor que Gareth".

"Eres lo que quería nuestro padre", agregó Godfrey, "y eres lo que necesita el Anillo".

Finalmente, Gwen aclaró su garganta.

"No es algo que deseo, ni algo que busco, señores", dijo ella. "Es verdad, cuando mi padre me presionó, acordé con él que lo aceptaría. Pero lo hice a regañadientes. Preferiría que uno de ustedes gobernara en mi lugar".

Kendrick meneó la cabeza.

"No siempre obtenemos lo que deseamos", dijo él. "A veces uno tiene que hacer lo que es mejor para el reino. Y con cada gramo de quién soy, sé que eres tú quien debe gobernar."

"¡Sí!", gritaron varios soldados, estando de acuerdo.

El salón estaba en silencio, mientras esperaban la respuesta de Gwen.

"Gwen, di que sí", instó Godfrey, mientras ella dudaba. "La gente necesita a alguien que los incentive. Los nobles, los lores, todo el mundo en todas las provincias — necesitan saber que alguien está en su lugar, alguien que puedan respaldar, cuando caiga Gareth. Por el bien del reino, sí".

Gwen miró hacia el suelo, sintiendo fuertemente el espíritu de su padre con ella, y después volvió a mirar hacia arriba.

"Estoy de acuerdo", dijo finalmente.

El salón estalló en una ovación, y Thor podía oír lo feliz y aliviado que estaban todos de tener un suplente de Gareth. Él se sintió eufórico y más que orgulloso de ella.

Antes de que terminara la ovación, antes de que hubiera tenido la oportunidad de felicitarla, de repente, la puerta del salón se abrió otra vez y entró corriendo un mensajero, frenético.

"¡Mi lord!", dijo, haciendo una reverencia ante Kendrick. "Afuera del salón está esperando un contingente de hombres — un centenar de hombres fuertes, guerreros feroces todos ellos. ¡Nevaruns! ¡Dicen que han venido a llevarse a su novia!".

"¿Novia?", gritó Kendrick.

"¡Dicen que han venido a reclamar a Gwendolyn!", dijo el mensajero.

La sala estalló en un grito de asombro indignado.

"Gwendolyn, ¿es cierto?", le preguntó Kendrick a ella.

Ella frunció el ceño.

"No es sino otra trama tortuosa hecha por nuestro hermano. Él no tuvo éxito para asesinarme, así que ahora él piensa que puede casarme para sacarme de su camino. No tiene ningún derecho. No es mi padre".

Thor de repente sacó su espada y comenzó a salir del salón.

"Tenga un derecho legal o no, no me importa", dijo Thor. "Solamente hay un derecho al que le haré caso, y es el derecho de las espadas. Si estos hombres quieren llevarse a Gwendolyn, ¡tendrán que pasar sobre mí!".

"¡Y sobre mí!", gritó Reece, sacando su espada.

Se escuchó el sonido de cientos de espadas siendo sacadas en el salón, mientras los soldados se posicionaban detrás de Thor.

Thor iba al mando por el salón y salió por la puerta abierta; cientos de soldados le siguieron, mientras salían a recibir al contingente.

Delante de ellos, esperando, estaba un centenar de feroces guerreros,

montados a caballo, su líder en el suelo, de pie delante de su caballo. Era dos veces más alto y más fornido que un hombre normal. Tenía la piel roja brillante y el ceño fruncido, con dos largos dientes que sobresalían de su boca, como colmillos, y varias filas de dientes afilados, podridos. La piel de su cara estaba roja, sus ojos eran apenas más grandes que unas rajadas, amarillo oscuro y su cabeza calva tenía la forma de un punto. Él y sus hombres llevaban armadura amarilla y verde.

"He venido a reclamar a mi novia", dijo gruñendo hacia Thor. Sonaba como el gruñido de un animal.

Krohn, parado al lado de Thor, gruñó, el pelo en la espalda se erizó, listo para atacar al hombre.

"Se equivoca", respondió Thor, valientemente, tratando de hacer una voz más segura. "No hay ninguna novia para usted, aquí. Gwendolyn no quiere irse y no abandonará este reino sin la sangre derramada de nuestros hombres".

El hombre frunció el ceño hacia Thor, apretando el puño sobre la empuñadura de su espada; su rostro se puso incluso más rojo.

"¡Su rey me prometió a una novia!", el hombre gruñó, agarrando y soltando la empuñadura de su espada, mientras sus soldados hacían cabriolas ansiosamente detrás de él.

"Ha prometido algo que no puede tener", respondió Thor. "Su lucha es con nuestro rey, no con nosotros. Y no con Gwendolyn".

"¡Mi lucha no es con nadie!", gritó. "Porque esa novia es mía. ¡Y me la voy a llevar! Ahora, ¡fuera de mi camino, pequeño!".

El Nevarun dio varios pasos hacia Thor, levantó su espada por lo alto, y al hacerlo, Thor sintió un estallido de furia a través de él, como jamás había sentido. Cuando el hombre se acercó, Thor levantó su mano izquierda y lo empujó hacia él y vio como una bola de energía amarilla salía volando de su mano, golpeado al hombre en el pecho y lo envió volando de regreso, a docenas de metros, aterrizando duro sobre el suelo.

La multitud se congeló, observando.

Lentamente, el Nevarun sacudió la cabeza y volvió a levantarse. Se dio vuelta y miró a Thor, con sorpresa. Y con odio. Pero esta vez, no se atrevió a acercarse.

"¡Eres un demonio!", dijo el Nevarun.

"Llámame como quieras", dijo Thor, sin sentir ya vergüenza de quién o qué era. Él estaba empezando a sentirse más cómodo consigo mismo. "No tocarás a Gwendolyn".

El Nevarun se quedó ahí parado, inseguro, agarrando y soltando su espada, mientras gruñía con cada respiración.

Después de lo que pareció una eternidad, finalmente, se dirigió a sus hombres, murmuró algo en un idioma que Thor no entendía, y luego subió de un salto a su caballo.

"Ha insultado el honor de los Nevaruns. Nosotros no perdonamos. Un día, usted pagará — todos pagarán — con sangre. Y cuando nos llevemos a su novia — y lo haremos — ¡la devolveremos como un cadáver!".

Dijo el Nevarun, luego él y su contingente se volvieron y se marcharon, regresando rápidamente hacia la calle principal de la Corte del Rey.

Thor bajó lentamente su espada, temblando por dentro, pero sin querer demostrarlo. Reece se acercó y le dio una palmada en el hombro, como varios otros lo hicieron.

Gwen se acercó a su lado. Ella le puso una mano en la mejilla, se inclinó y lo besó. Y con ese beso, todo se sentía bien otra vez, en el mundo. Nunca la dejaría irse. Nunca.

CAPÍTULO DIECISIETE

Erec galopaba sobre Warkfin, pateándolo con todas sus fuerzas, corriendo contrarreloj, mientras las imágenes de Alistair pasaban por su mente. Galopaba en Baluster hasta bien entrada la noche, andando en las afueras de la ciudad, hacia el oeste, hasta que finalmente el primer sol comenzó a salir en el cielo y a lo lejos vio la silueta de un castillo pequeño, a lo alto de una colina, rodeado de un formidable foso, un puente levadizo, paredes de piedra y custodiado por docenas de soldados. Llevaban una armadura distintiva, diferente a la armadura del norte — una armadura brillante, verde, cubierta de escamas y cascos con puntas que llegaban hasta cierto punto. Había probablemente dos docenas de caballeros custodiando la entrada, poco usual para un lord. Erec se dio cuenta de que el comerciante de esclavos le había estado diciendo la verdad: éste era un hombre poderoso, sin duda.

Erec corrió por el camino en la temprana mañana, hacia el puente levadizo, y mientras se acercaba, la reja levadiza bajó poco a poco, mientras varios caballeros se adelantaban, sosteniendo sus jabalinas por lo alto, desconfiando de Erec que se acercaba. Erec pudo ver que estaba superado en número por mucho, sin embargo, todavía sentía confianza de que podría encontrar una forma de entrar, si fuera necesario. Pero no quería comenzar con una confrontación. Todavía tenía fe en el prójimo, y siendo el hombre un noble como era, quería darle a ese lord el beneficio de la duda y creer que había cometido un verdadero error; quizá, cuando había comprado a Alistair, no se había dado cuenta de que había sido robada de él. Quería darle una oportunidad de enmendar los errores antes de que recurriera a un enfrentamiento armado.

Cuando Erec se acercó al puente, varios soldados bloquearon su camino. Podría haber matado a cada uno de ellos con las cuatro armas que tenía en su cinturón; pero en cambio, se detuvo delante de ellos, tratando de mantener su paciencia.

"¡Diga su nombre!", gritó uno de los soldados.

"Soy Erec, hijo de Arosen, campeón del rey MacGil del Reino Occidental del Anillo", anunció Erec, sentado erguido, con su voz autoritaria. "Exijo una audiencia con tu señor".

"¿Y quién es el que quiere hablar conmigo?", se escuchó una voz

estruendosa.

Erec miró hacia arriba, y sobre el puente levadizo, en la torre superior del castillo, parado sobre un pequeño balcón, vio al señor del castillo, un hombre vestido de seda roja y blanca y con altas botas verdes, que se extendían hasta sus rodillas, usando una capa y una pequeña corona. Era evidente, por su apariencia, que este hombre pensaba que era más de lo que era. Parecía que se imaginaba a sí mismo como rey; sin embargo, era un lord de menor categoría, uno de los miles que respondían al rey MacGil y el ejército del rey. Por su comportamiento, no parecía darse cuenta de ello.

"Tal vez me conozca como la mano derecha del rey y como campeón de Los Plateados", anunció Erec. "Mis hermanos en armas son miles y ante mi llamado, vendrán de todas las esquinas del Anillo a tomar mi causa. Nunca los he convocado, porque trato de resolver mis diferencias yo solo. Le digo esto no como amenaza, sino simplemente para que entienda que sería mejor resolver nuestras diferencias sin una confrontación".

"¿Y qué diferencias tendría con usted?", dijo el lord. "Sé quién es. Y su armadura lo desmiente".

Erec aclaró su garganta, animado. Tal vez se pueda razonar con este lord, después de todo.

"Hay una mujer que usted compró a un traficante de esclavos, hace un día", dijo Erec; con las palabras casi atoradas en la garganta al pensar en Alistair. "No tengo ninguna duda de que usted no sabía a quién estaba comprando. Pero ella es una mujer muy especial. Fue secuestrada, llevada contra su voluntad, de Savaria y traída aquí ilegalmente".

"¿Y cómo sabe todo eso?", preguntó el lord.

"Porque ella es mi esposa", respondió Erec.

Hubo un jadeo de sorpresa entre sus hombres, mientras el lord miraba hacia abajo en silencio.

"Le daré el beneficio de la duda", continuó diciendo Erec, "y supondré que no sabía esto cuando la compró. Ahora que lo sabe, le pido que la libere, para que me la pueda llevar de aquí, y podamos evitar una confrontación. Cualquier dinero que haya pagado a comerciante de esclavos, se lo devolveré, al doble.

"¿Sí?", dijo el lord. "¿Y si me niego?".

A Erec le sorprendió su respuesta; no la esperaba. Él lo miró amenazadoramente; su corazón se llenó de ira.

"¿Por qué se negaría?", preguntó Erec, sorprendido.

"Me negaré", gritó el lord, "porque quiero. Porque nadie me dice qué hacer.

Tal vez su esposa fue tomada ilegalmente. Pero de nuevo, tal vez debería haber sido más cuidadoso, siendo su marido. No habla bien del mejor caballero del rey que no pueda evitar que su propia esposa sea robada ante sus ojos".

El lord rió, y sus hombres rieron con él, y Erec comenzó a sentir una descarga de ira que subía por su cuerpo.

"Aunque MacGil pueda tener miles de guerreros — yo también los tengo", dijo el lord. "No hay ningún lord que se compare conmigo en la riqueza, y lo he aprovechado sabiamente. He pagado guerreros de todas las provincias vecinas desde aquí hasta el Cañón. Y les he pagado generosamente. Quien se enfrente a mí, enfrentará a un ejército como ningún otro que hayan conocido. Incluso un luchador como usted, sería aplastado en un instante.

"Así que espero que esto le sirva de lección", continuó diciendo el lord. "La próxima vez, sea más cuidadoso con la gente que quiere. Es un caballero patético al venir aquí y esperar que yo arregle sus errores. Tal vez la compré ilegalmente, pero ahora ella es mía. Y *nunca* la dejaré salir por esas puertas. Ni porque usted lo pida, ni porque el mismo rey lo pida. Ella es ahora de mi propiedad, para hacer lo que yo quiera. Así que ya sabe, vino en un momento oportuno; las sirvientas la están limpiando en este momento, y será llevada a mi alcoba por primera vez, en un momento. Sabiendo quién es usted, y sabiendo quién es ella, ahora la espero con más ganas".

El lord se reclinó y sonrió, cruzando sus brazos triunfalmente, mirando con desprecio a Erec.

Erec estaba lleno de rabia, como nunca lo había estado. Ese hombre representaba para él toda la maldad de la humanidad, todo lo contrario a la caballería, todo lo se había esforzado por ser.

Más rápido que lo que cualquiera de sus hombres pudiera reaccionar, Erec sacó una lanza de su silla de montar, una belleza, con una empuñadura de caoba bien pulida y una punta de plata, estiró la mano hacia atrás y la lanzó con todas sus fuerzas hacia el lord.

La lanza voló por el aire, más rápido que una flecha, y antes de que el lord pudiera moverse, la lanza le atravesó la garganta, hasta salir por el otro lado, alojándose en la pared de madera que estaba detrás de él.

El lord se quedó ahí por un segundo, con un gran agujero en la garganta, la sangre brotando y levantó sus manos hacia su garganta, con los ojos abiertos de par en par, de asombro y dolor. Se quedó allí durante unos segundos, mirando a Erec, con incredulidad y luego se desplomó, por el balcón, y su cuerpo cayó al suelo, dando tumbos, hasta que cayó de bruces con un ¡plaf!

Se quedó allí tirado, a la entrada de su propio castillo, muerto.

En el silencio de asombro, ninguno de sus soldados se movió, todos ellos quedaron congelados, en estado de shock, apenas concibiendo lo que había pasado tan rápido.

Erec no esperó a que reaccionaran. Ya había entrado en acción, mientras el cadáver del señor se desplomaba en el aire. Se hizo cargo de toda la situación de seguridad de inmediato, y decidió que no perdería su tiempo o energía con los soldados que estaban afuera de la puerta. Su objetivo principal era Alistair y salir de allí, y su primera tarea era ir más allá de la alta puerta con picos. Él galopaba hacia adelante, puso la mano en su alforja, agarró una larga cadena con una bola con pinchos en su extremo, y la hizo girar por encima de su cabeza y la lanzó. Se movió en arco sobre la puerta y cayó en un poste, con la pelota con pinchos alrededor de él. Erec la agarró, saltó de su caballo y se columpió sobre la cadena, como un péndulo. Salió volando, varios metros por encima de las cabezas de los soldados y hacia el espacio libre por encima de la reja metálica.

Voló a través del estrecho espacio entre la parte superior de la puerta y la piedra arqueada y aterrizó a salvo en el otro lado de los barrotes, dentro del patio. Los soldados que estaban afuera fueron tras él, pero estaban atorados, no podían pasar.

Erec voló por el aire y aterrizó en un giro, poniéndose de pie sin inconvenientes, inmediatamente dispuesto a atacar a los soldados que estaban en el patio.

El primero de varios caballeros verdes atacó y Erec se arrodilló y hundió su espada en el estómago del hombre, encontrando un punto débil donde la armadura estaba cerca de su cintura — y el hombre se desplomó, dejando caer un mayal claveteado, y murió.

Erec bajó la mano, agarró el mayal del hombre, se puso de pie y lo giró, golpeando la pelota con tachas en la cara del otro atacante, tirándolo de espaldas. Erec pateó en el pecho al tercer atacante, enviándolo hacia atrás antes de que él pudiera bajar su hacha. Luego tomó una lanza corta de su cinturón y la lanzó a otro atacante, perforándolo en el punto débil de su armadura, entre la rodilla y el muslo. Luego agarró un hacha pequeña de su cinturón, la giró en sentido contrario y golpeó al último atacante en el punto débil entre el omóplato y el pecho, enviándolo al suelo con un grito.

Erec observó el patio: había cinco cuerpos que no se movían, y por el momento, nadie más para atacarlo.

Él no perdió el tiempo. Corrió a toda velocidad por el patio y llegó rápidamente adentro del pequeño castillo.

Él estaba parado allí, en sus pasillos oscuros y estrechos y miró alrededor, desorientado.

"¡ALISTAIR!" gritó, desesperado.

No hubo ninguna respuesta — excepto por otro atacante, que llegó de una esquina, atacándolo sin parar. Ese hombre arremetió contra Erec desde atrás, con las manos abiertas, agarrándolo por el cuello, prefiriendo el combate cuerpo a cuerpo. Erec agarró la muñeca del hombre, se inclinó y lo volcó sobre su hombro. Luego dio un paso adelante y caminó sobre el cuello del hombre.

Otro atacante llegó por detrás y Erec giró y le dio un codazo en el estómago, y luego lo agarró y lo arrojó de cabeza a la pared. Los dos cuerpos yacían uno encima del otro, en el estrecho pasillo.

Erec no perdió más tiempo. Eligió una dirección y dio vuelta y corrió por el pasillo, hacia el centro del castillo. Él esperaba que tuvieran a Alistair en ese lugar.

"¡ALISTAIR!", se reclinó y gritó otra vez.

"¡Erec!", se escuchó un llanto débil.

Al principio, no podía decir de donde provenía; pero después de un momento, se escuchó otra vez el grito, más fuerte esta vez.

"¡Erec!", se escuchó el llanto de ella. "¡Aquí arriba!".

Erec se dio vuelta, vio un tramo de escaleras de piedra de espiral y corrió hacia ellas, mientras tres soldados fueron hacia ellos, todos con sus armaduras verdes, con las espadas desenvainadas. Erec buscó en su bolsa, agarró un puñado de las rocas pequeñas, lisas, que había reservado para su honda y las arrojó a través de la parte inferior de las escaleras, ante los pies de esos hombres. Ellos no tuvieron tiempo para reaccionar, y los tres tropezaron, dando vueltas, su armadura se estrelló cuando llegaron al suelo ante Erec.

Erec se hizo a un lado y los dejó caer delante de él, sin querer desperdiciar el valioso tiempo y energía en un enfrentamiento cuando no había necesidad, ya que su propio impulso y peso los hizo caer, inconscientes, en la base de las escaleras.

Erec pasó corriendo delante de ellos, hacia las escaleras, piso tras piso. Detrás de él, en la distancia, podía oír la puerta metálica del castillo que comenzaba a estrellarse por el conjunto de soldados. Él no tenía mucho tiempo.

"¡ALISTAIR!", gritó él otra vez.

"¡Erec!", gimió ella a lo lejos.

Luego hubo un grito. El grito de ella. Estaba en peligro.

El corazón de Erec se aceleró y corrió dos veces más rápido.

Llegó al rellano superior y finalmente escuchó de dónde venían los gritos. Se volvió hacia su derecha y corrió hacia el final del pasillo, vio una puerta abierta al final y corrió hacia ella, escuchando los sonidos de la lucha.

Él irrumpió en la habitación y vio a Alistair, con sus manos atadas detrás de ella y vio a su asistente, uno de los hombres del lord, agarrándola con fuerza y empujándola hacia la ventana abierta.

"¡Pagará por lo que le hizo a mi amo!", le dijo el encargado.

El asistente corrió con ella, hacia la ventana abierta, y Erec pudo ver que el hombre se preparaba a arrojarla por la ventana para que muriera. También pudo ver que estaba demasiado lejos dentro de la habitación para llegar a ella a tiempo. Después podría matar al hombre, pero no podría salvarla. Ella iba a morir.

Erec no vaciló. Lo pensó bien y se le ocurrió una idea. Sabía que arriesgaría la vida de Alistair al intentarlo, pero tenía que hacerlo: puso la mano en su cintura, agarró su daga, se reclinó y oró a todos los dioses para no fallar. Si fallaba por un pelo, la daga mataría a Alistair en lugar de a él.

Erec se inclinó hacia adelante y la lanzó y vio, asustado, cómo volaba dando vueltas. Contuvo la respiración.

Para su gran alivio, perforó al hombre en su garganta y no hirió a Alistair.

El hombre la soltó y subió la mano hasta su garganta, gritando, derramando sangre por todas partes, mientras se desplomaba en el suelo.

Alistair se detuvo delante de la ventana, se volvió y enfrentó a Erec. Corrió hacia ella, sacó otro puñal y cortó las cuerdas que ataban sus manos.

Ella lo abrazó, llorando histéricamente, envolviendo sus brazos con fuerza, alrededor de él. Se sentía tan bien tenerla de vuelta en sus brazos.

Erec abrió sus ojos y miró sobre su hombro, y para su sorpresa vio que el asistente de repente se levantaba del piso y volvía a ponerse de pie, sacando la daga de su garganta, y de alguna manera, consiguiendo un segundo aire. Levantó el puñal por lo alto y fue hacia adelante, con el objetivo de dejarla caer en la espalda de Alistair.

Con un segundo de sobra, Erec lo sacó del camino, dio un paso adelante y detuvo el golpe del hombre por la muñeca. Luego tiró del brazo del hombre por la espalda, lo agarró, dio tres pasos hacia adelante y lo lanzó de bruces

por la ventana abierta, enviándolo al destino que él había pensado para Alistair.

El hombre fue lanzando por el aire, gritando, dando tumbos, hasta que finalmente aterrizó en el suelo con un ruido sordo, a pocos metros de su amo.

Mientras Erec miraba por la ventana, vio algo que no le gustó: docenas de caballeros estaban cruzando el puente, hacia el castillo, llegando de todo el campo. Ya empezaban a abrirlo, para entrar. Claramente, este lord tenía vasallos poderosos, y estaban apareciendo, como había jurado.

"Hay otra manera de salir", dijo Alistair, yendo junto a él, siguiendo su mirada. "Lo noté cuando me trajeron aquí. Hay una salida trasera".

"Muéstramela", dijo Erec.

Corrieron por el pasillo hasta el extremo opuesto del castillo, y ella los condujo a una habitación en la esquina, donde miraron hacia abajo por la ventana abierta. Erec vio la parte posterior del castillo, que conducía a un prado abierto, sin caballeros a la vista. Ella tenía razón. La puerta de atrás también estaba bloqueada por una puerta de hierro. Erec se dio cuenta de que si podían conseguir otro camino, más allá de la puerta, podrían huir hacia el campo y evitar una confrontación con los montones de caballeros. Él podría ganar tal confrontación, pero no había manera de que pudiera mantener a Alistair y a él mismo a salvo al mismo tiempo. Tenía que elegir el camino de la menor confrontación, si quería sobrevivir.

Erec puso la mano en su cintura y sacó un largo montón de alambre que mantenía atado. Era un alambre largo, como de seis metros, con un pico al final de él, que guardaba para ocasiones especiales, para hacer tropezar a los caballos de los oponentes. Nunca lo había usado para algo así, y se dio cuenta de que incluso no era lo suficientemente largo para llegar al suelo — sería una larga y dura caída. Pero no tenía otra opción.

Erec examinó los muros de piedra fuera de la ventana y vio un asta de bandera de metal incrustado en la pared. Envolvió la bola de metal alrededor de él y lanzó el alambre. Cayó por el muro del castillo, aterrizando a unos tres metros del suelo, pero en el otro lado del castillo, más allá de la valla metálica. Si la caída no los mataba, podrían irse.

Se escuchó el sonido de los soldados viniendo del pasillo, y sabía que no tenían mucho tiempo.

"¿Pero qué pasa con nuestras manos?", preguntó Alistair. "El alambre las cortará".

Erec había estado pensando lo mismo; analizó la habitación buscando algo,

cualquier cosa, para protegerlos.

"Sujeta esto", dijo Alistair.

Se quitó su capa de piel y Erec la tomó con gratitud y la envolvió alrededor de sus manos, una y otra vez.

"Súbete a mi espalda", dijo él.

Ella saltó sobre él, y con ella en su espalda, él se acercó a la cornisa de la ventana, agarró el alambre, lo probó y bajó por los muros del castillo.

Se deslizó más rápido de lo que podía controlar, demasiado rápido, y no podía evitar el deslizamiento. Salieron volando, hasta el punto donde terminaba el alambre y luego cayeron tres metros por el aire.

Aterrizaron con fuerza en la tierra — demasiado — y Erec se volteó en el último segundo para amortiguar la caída de Alistair y llevar la peor parte. Cuando ella aterrizó encima de él, sintió que se rompía una costilla.

Él estaba sin aliento, y sobre sus manos y rodillas, viendo estrellas y se volvió y la miró.

"¿Estás bien?", le preguntó.

Ella asintió y él se dio cuenta de que estaba aturdida, pero ilesa, para su gran alivio.

Erec escuchó un estallido de metal y se dio cuenta de que el ejército había entrado en el castillo y estaba dentro, yendo hacia las escaleras para ir tras ellos.

Erec se levantó y silbó, de una manera característica, que solo Warkfin conocía y entendía.

Momentos después, Warkfin dio la vuelta por la parte posterior del castillo, y Erec se puso de pie y levantó a Alistair, y montó el caballo. Ella se sujetó fuertemente a su pecho, mientras él pateaba a Warkfin para que galopara.

Se alejaron rápidamente de ese lugar; los sonidos de los guerreros chocando en el castillo se oían cada vez más y más distantes, conforme avanzaban.

Sentir las manos de Alistair envueltas alrededor de su pecho, le dio más consuelo de lo que él había imaginado posible.

Ella estaba a salvo. Finalmente. Ella estaba a salvo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Andrónico sostenía una antorcha llameante mientras galopaba delante de su ejército; después se inclinó y encendió los techos de paja de las casas de McCloud, mientras cabalgaba a través de la aldea. En cuestión de minutos, había logrado prender fuego a todo el pueblo, y él galopaba por las calles, dando vueltas en círculo una y otra vez, a través de las llamas que rugían, mientras los gritos comenzaron a elevarse a su alrededor. Él sonrió con satisfacción. Esto le daría una lección al rey McCloud. Esto le enseñaría a esos aldeanos de McCloud a esconderse en sus casas, a pensar que nunca estarían a salvo de él o de sus hombres. Destruiría a todos y cada uno de ellos antes de que se fuera de esta ciudad. Ni una sola alma iba a sobrevivir. Siempre había sido su lema.

En todos los países, en todos los territorios del mundo que había conquistado, Andrónico siempre había seguido una regla simple: aplastar y matar y destruir a todos y todo lo que estuviera a la vista. No dejar a ningún superviviente. No tomar prisioneros. Quemar todo hasta el suelo, para que no quedara nadie para intentar resucitar la vieja usanza. Sólo habría la nueva forma. La de él.

Y había funcionado. Habían conquistado ciudad tras ciudad, país tras país, y su Imperio había crecido a millones de personas. Sus soldados eran millones de personas, y sus esclavos otros millones más, todos ellos excesivamente obedientes. Él podría enviar ejércitos simultáneamente a cualquier rincón del mundo para aplastar a cualquiera que se atreviera a levantarse en contra de él. Nada le daba más alegría.

Ya era hora de hacer pagar a este rey McCloud. McCloud había cometido el grave error de cruzarse con Andrónico, de negarse a cooperar con él cuando tuvo la oportunidad. Por supuesto, la oferta de Andrónico había sido falsa, y si McCloud le hubiera permitido cruzar el Cañón, habría aprovechado su primera oportunidad para destruir todo lo que había sido de McCloud. Pero al menos, no lo habría hecho enseguida. Le habría dado a McCloud un poco de tiempo para pensar que era libre, antes de emboscarlo y masacrarlo a él y a su familia.

Pero McCloud no le había hecho caso y eso hizo rabiar a Andrónico. Ahora, para enviar un mensaje al resto de su imperio, no sólo destruiría a

McCloud y a sus seres queridos, sino que lo torturaría primero. Sonrió al imaginar desmembrarlo lentamente, llevando las partes de su cuerpo por las cuatro esquinas del imperio. Sí, reduciría sus cabezas y las conservaría, y tal vez incluso reemplazaría su actual collar con la cabeza reducida de McCloud. Él extendió la mano y tocó las cabezas reducidas colgando en la base de su garganta, y disfrutó inmensamente ese pensamiento. Ya empezaba a imaginar el tipo de cadena que portaría con la cabeza de McCloud.

Los hombres de Andrónico lo alcanzaron, cincuenta pasos detrás, arremetiendo con un grito en la aldea que estaba incendiándose y masacraron a los pobladores que salían huyendo de sus hogares. Andrónico miró hacia atrás y sonrió, pues ya podía ver sangre llenando las calles. Parecía que sería un día fabuloso.

Esta era la décima aldea McCloud que habían atacado hoy, y el segundo sol apenas había aparecido en el cielo. Habían llegado temprano por la mañana en la costa de los McCloud, y Andrónico iba al mando de una flota de diez mil naves. En cuanto sus pies habían tocado la arena, él se había sorprendido de estar de regreso en este lugar, en la orilla exterior del Anillo, dos veces, bajo una sola luna. Esta vez, sin embargo, había venido preparado para la guerra, no para hablar. Había traído al prisionero de McCloud que tenía la estrategia para traspasar el Cañón. Esta vez no se encontraría con McCloud. Esta vez llevaría a sus hombres a través del páramo de ochenta kilómetros del territorio externo de los McCloud, cabalgaría el Cañón y utilizaría al prisionero de McCloud para mostrarle cómo traspasarlo. Sus hombres cruzarían el Cañón, en el otro lado, y sorprendería a McCloud y quemaría su corte por completo. Miraría hacia adelante, hacia la cara de sorpresa de McCloud cuando viera a Andrónico en su propio patio trasero, al otro lado del Cañón. Esto sería invaluable.

Y cuando Andrónico terminara destruyendo a los McCloud, se dirigiría a su verdadero objetivo: los MacGil. Una vez dentro del Anillo, cruzaría las Tierras Altas, llevaría a su ejército de millones de hombres al frente de los MacGil y borraría cualquier memoria que existiera de la Corte del Rey. Cuando terminara, sería un recuerdo lejano, quedaría una pila de escombros. Él ya podía ver el humo y las cenizas y los gases en su mente; ya podía ver la tierra de los MacGil, antes tan selecta, terminando siendo una ruina desolada, una señal para todos aquellos que se atrevieron a enfrentarlo. Pensar en eso le hizo sonreír.

Andrónico fue al ataque, sin detenerse más tiempo para aterrorizar a este

pueblo, sino centrándose en el Cañón que estaba frente a él. Sus hombres lo alcanzaron, cabalgando junto a él, y corrieron por el yermo desolado, con escasas aldeas de los McCloud, el tonto colonizador que había sido tan bobo como para vivir fuera del Cañón. Les serviría de lección. Debieron haber vivido dentro del Cañón. ¿Todos realmente pensaron que estarían a salvo del alcance del gran Andrónico?

Cabalgaron hacia el oeste durante horas, acercándose al Cañón, causando estragos en varias aldeas más en el camino. El segundo sol subió mucho en el cielo, finalmente, rodearon una colina y Andrónico lo vio: el gran Cañón. Era tan majestuoso ahora como lo había sido cuando lo vio siendo niño. Lo dejó infinitamente perplejo esta maravilla del mundo, con su escudo de energía mágica que había mantenido a su gente a distancia del Anillo durante muchas generaciones. Era el único lugar del planeta que su ejército no podría traspasar.

Ahora, finalmente, tenía la información que necesitaba para cruzarlo. Él lograría lo que todos sus antepasados antes que él, no habían podido. Entraría en la última parte intacta, prístina del planeta, y haría que sus hombres atravesaran cada centímetro de la tierra. Él lo aplastaría hasta que estuviera enteramente bajo su dominio. Él ya podía saborear la sensación de poder que sentiría cuando lo lograra. No habría ningún lugar que no hubiera conquistado.

Los hombres de Andrónico cabalgaron junto a él y todos se detuvieron cuando llegaron a la orilla del Cañón. Se apearon y Andrónico dio varios pasos adelante, mirando hacia abajo a la enorme brecha. Era enorme, impresionante, incluso para él, que había estado en todas partes del mundo, que había visto todo, cada maravilla natural. Éste era único. Una neblina inquietante, amarilla, colgaba en el Cañón, que parecía estirarse para siempre, y desde aquí, Andrónico podía sentir la gran energía de la fuerza del escudo. Extendió una mano, en el aire, hacia el borde y la sostuvo ahí. Él sabía que estaba protegido por un muro invisible y que si él extendía su mano un poco más, lo aniquilaría. Era como una burbuja invisible que los bloqueaba.

Si no fuera por el escudo, él y sus hombres podrían simplemente matar a los guerreros de McCloud apostados en el puente del Cruce Oriental, o caminar hasta el fondo de él, o construir su propio puente. Imaginó mil maneras en que podrían traspasarlo. Pero recordó cuando lo habían intentado en el pasado, cuando habían establecido un campamento para un ciclo de luna llena y habían intentado todas las formas imaginables. Cada vez, en cuanto cruzaban el umbral, el escudo de energía los aniquilaba, matando a sus

hombres al instante y no dejando manera de cruzarlo.

Esta vez sería diferente.

"Tráiganmelo", gruñó Andrónico, sin volverse atrás mientras estiraba una mano, mostrando sus tres largas garras.

Momentos más tarde sus hombres se acercaron rápidamente y él vio al prisionero de los McCloud, atado, retorciéndose, con miedo en sus ojos, mientras lo empujaban para estar al alcance de Andrónico. Andrónico estiró la mano y lo agarró por la camisa con sus tres garras y lo acercó.

"Ahora es tu oportunidad, humano", dijo él. "Juraste mostrarnos cómo traspasar el Cañón. Aquí estamos. ¿Qué pasa?"

El humano se quedó allí, con los ojos bien abiertos, mirando a Andrónico hacia el abismo del Cañón, temblando. Andrónico empezó a presentir que algo andaba mal, y no le gustaba lo que estaba sintiendo.

"¡Lo siento!", gritó el ser humano. "¡Mentí! No tengo idea de cómo cruzarlo. Sólo quería salir de la cárcel. Me tuvo allí durante muchos años. No podía soportarlo. Estaba desesperado. Diría lo que fuera. ¡Lo siento!, dijo él, llorando. "¡Lo siento!"

Andrónico miró al humano con incredulidad; luego su incredulidad cambió a furia, una furia más allá de lo que había sentido alguna vez. Había sido engañado. Por un ser humano. Él había reunido a su ejército, había cruzado el mar Ambrek, había esperado y se había deleitado con este momento — todo para que le mintiera un pequeño humano patético.

Andrónico soltó un grito sobrenatural, estiró la mano, levantó al humano por encima de su cabeza, y usando su increíble fuerza, lo partió en dos. Brotó sangre a chorros por todos lados, sobre la cabeza y la cara de Andrónico, sobre su pecho, mientras el humano, dividido en dos mitades, gritaba y gritaba. Todavía estaba vivo, las dos mitades de su cuerpo seguían retorciéndose, mientras Andrónico extendió la mano hacia atrás y los arrojó, lanzando las partes del cuerpo hacia el abismo del Cañón.

El humano gritó, mientras su cuerpo dividido daba tumbos — pero entonces todos callaron mientras él cruzaba la línea invisible del escudo de energía. Él se desintegró en cenizas.

Andrónico se inclinó de nuevo y gritó, con un grito de desesperación, de frustración, que sacudió a todo el reino del Anillo. Él encontraría algún modo, aunque fuera lo último que hiciera.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Thor caminó con Gwendolyn por el camino que llevaba hacia la Corte del Rey, a través de la Puerta Norte arqueada y hacia el camino que conducía hacia los acantilados Kolvian; Krohn caminaba felizmente al lado de ellos. Había sido un torbellino desde que habían abandonado el Salón de Armas, y Thor todavía estaba tratando de procesar todo lo que había sucedido. Estaba el asunto sorprendente de la nueva fuerza de combate de Gareth, solamente leal a él; la sorpresa de Los Plateados separándose, teniéndose que quedar en los cuarteles normales del ejército; la brecha entre el reino, que él podía sentir que crecía con el tiempo; el traidor, Forg; Gwen siendo nombrada la siguiente gobernante en caso de que Gareth cayera; y sobre todo, los Nevaruns que habían llegado a intentar robarse a Gwen. Thor trataba de no pensar qué habría pasado si él y los otros hombres no hubieran estado allí cuando habían llegado. ¿Gwen se habría ido de su lado? ¿No había un límite en el cual su hermano Gareth no se rebajaría para alejarla?

Thor estaba muy agradecido de haber estado allí para detenerlos, y tan agradecido de haber tenido el apoyo de sus compañeros soldados. Él se sentía tan orgulloso de ella porque todos querían que ella gobernara, y sin duda, él sentía que no habría ningún gobernante mejor que ella.

Pero también sentía que su tiempo juntos era muy valioso ahora; con La Legión preparándose para ser enviada nuevamente para ayudar a reconstruir las ciudades devastadas por la incursión de los McCloud. Él sabía que era sólo una cuestión de tiempo hasta que fuera convocado, enviado con los otros, y él quería estar cada minuto que pudiera con Gwen.

Sobre todo, estaba la cuestión que seguía inquietándolo en el frente y centro de su mente: ¿ella se casaría con él? Mientras caminaban por los campos, abriéndose camino lentamente más allá de los acantilados, tomados de la mano, el corazón de Thor latía acelerado, tenía la garganta seca. Él estaba dispuesto a preguntarle; quería preguntarle; y en cada vuelta, se preguntaba a sí mismo si éste era un buen lugar para hacer la pregunta que cambiaría sus vidas para siempre. Se sintió avergonzado de no tener una joya o un anillo o algo de valor para darle; todo lo que tenía era su amor. Y aún temía que ella pudiera decir que no. Entonces, ¿qué pasaría con su relación? ¿Se estaba extralimitando? ¿Todavía pensaba ella que él estaba por debajo de ella, de

alguna manera? ¿Realmente ella creyó eso alguna vez?

Thor quería pensar que no era así, que le contestaría que sí, pero una parte de él estaba todavía inseguro.

Pero, había llegado el momento de preguntarle, y en cada vuelta, él quería hacerlo. Pero no podía saber cuándo era el momento perfecto.

"Pareces preocupado", dijo Gwen, mientras caminaban.

Thor reaccionó.

"¿Eso crees?", preguntó.

"Sí", dijo ella.

"Lo siento", dijo él. "Dime a dónde me estás llevando".

"Ya te dije", dijo ella, con una sonrisa en la comisura de sus labios. "Sigues ausente, ¿verdad?".

Él se ruborizó.

"Lo siento. Por favor, dímelo otra vez".

"Yo quería llevarte a un lugar que es importante para mí. Dijiste que querías saber más acerca de mí. Y este lugar lo dice todo. Es donde paso la mayor parte de mi tiempo cuando tú no estás. Significa todo y más, para mí. Y quiero compartirlo contigo".

"Me siento honrado", dijo él. ¿Qué pasa?", la sonrisa de Gwen se amplió.

"Lo verás cuando llegemos allí".

Ella apretó la mano de él más fuerte, y caminaron a su ritmo, Krohn aullando junto a ellos, mientras continuaban yendo a través de los campos y hacia el suave terreno de una gran colina, cubierta de flores.

"Nuestro tiempo juntos es corto", dijo Thor, aclarando su garganta, sudando, mientras empezó a preparar su declaración. "Pronto, seré enviado, con el resto de los de La Legión, a ayudar en la reconstrucción".

"Lo sé", dijo ella, con su cara ensombreciéndose. "Pero la reconstrucción no tomará mucho tiempo. Regresarás en cuestión de días".

"Cuando regrese, espero que las cosas cambien", dijo, casi tartamudeando.

"¿Cómo es eso?", preguntó ella.

Él aclaró su garganta varias veces, ruborizándose. Se sentía como tonto por estar tan avergonzado, tan temeroso en esta arena.

"Hay una pregunta que quería hacerte", logró decir finalmente.

La sonrisa de ella se amplió.

"¿Y?", preguntó ella. "¿Qué podría ser?".

Thor abrió la boca para hablar varias veces, pero cada vez, su garganta se secaba. Él se ruborizó, avergonzado. Nunca le había pedido antes a una chica

casarse con él, y no sabía la manera correcta de hacerlo.

"Pues...", dijo él y comenzó otra vez, "pues... Me preguntaba..."

Gwen finalmente se rió.

"Nunca te había visto quedarte sin palabras desde que te conocí", dijo riendo y riendo.

Thor se ruborizó aún más, ahora no estaba seguro si él debía proceder. Sentía que había arruinado el momento.

Llegaron a la cima de la colina en ese momento, y al hacerlo, apareció un edificio ante ellos. Ambos se detuvieron, mirándolo, y Thor quedó como de piedra, perplejo. Era una de las estructuras más bellas que jamás había visto. Tenía la forma de un círculo perfecto, construido bajo la tierra, tal vez de sólo tres metros con sesenta y cinco centímetros de altura y construido de piedra antigua, desgastada, blanco brillante. Su techo estaba completamente plano, cubierto de una placa de oro brillante que reflejaba el sol. Su puerta era baja y arqueada, compuesta por el mismo oro reflectante.

"Es hermoso", dijo Thor. ¿Qué pasa?"

"Nunca habías estado aquí antes?"

Thor meneó la cabeza, sintiéndose avergonzado, ignorante.

"Es la Casa de los Eruditos", explicó ella. "Contiene los volúmenes más valiosos y raros de nuestro reino. Alberga la Biblioteca Real — que son, en mi opinión, los mayores tesoros que tiene nuestro reino".

Gwen tomó su mano y lo condujo hacia la puerta, y al hacerlo, él sabía que había pasado el tiempo para preguntarle. Él ahora se daba de cabezazos; tendría que preguntarle más tarde.

Llegaron al edificio y Gwen abrió la puerta naturalmente, como si fuera la dueña del lugar. Thor entró, Krohn iba detrás de él.

Cuando entraron, Thor quedó perplejo. Aunque el muro exterior estaba hecho totalmente de piedra, la pared interna estaba hecha enteramente de vidrio y adentro había un patio circular de hierba, con un solo árbol, un raro árbol frutal al centro. La luz del sol inundaba el vidrio, iluminándolo desde el patio interior.

A lo largo de las paredes interiores, hasta donde la mirada llegaba, había lomos de libros — libros antiguos, grandes, gruesos, con cuero y plata y encuadernados de oro, eran los más exóticos y preciosos volúmenes que había visto en su vida. Brillaban, parecían obras de arte.

"Este lugar es magnífico", dijo Thor. "¿Has leído todos estos libros?", preguntó con asombro.

Gwen echó la cabeza hacia atrás y rió.

"Eso quisiera", dijo ella. "Por supuesto que lo he intentado. Es donde paso la mayor parte de mis días. Mis hermanos siempre se burlaron de mí por ser una ratona de biblioteca. "Pero es una gran parte de mi vida".

De repente, algo se le ocurrió a Thor.

"Es por ello que tu padre te eligió para gobernar", dijo él. "Pensó que eras la más inteligente".

Gwen miró hacia atrás, parpadeando, como si escuchara eso por primera vez. Ella se encogió de hombros.

"No lo sé. Mis hermanos también son muy inteligentes".

Pero Thor sabía que ella solo estaba siendo modesta. Al verla en este lugar, lo cómoda que se sentía aquí, él vio en ella una nueva luz; vio por primera vez lo estudiada que era, podía ver la inteligencia brillando en sus ojos y de repente, todo tenía sentido. Él pudo ver que Gwendolyn tenía su propia fuente de poder. El conocimiento. Sabiduría más allá de lo que Thor podría llegar a alcanzar. Era inspirador. Y nunca lo habría esperado de ella, dado lo hermosa que era, y dado que las mujeres rara vez recibían tal educación académica en este reino.

"Llegas tarde para la lección del día", se escuchó una voz.

Thor se volvió para ver a un hombre caminando hacia ellos, con su rostro cubierto de arrugas, su cabeza cubierta de canas, vistiendo las túnicas de color púrpura real y verde, del Consejo Real. Él caminaba lentamente, con una cojera, un poco encorvado, usando un bastón para ayudarse a sí mismo, con la punta dorada resonando al tocar el suelo de piedra. Sonrió válidamente hacia Gwen, con su rostro plegado en un millón de arrugas.

Gwen aclaró su garganta.

"Thor, te presento a Aberthol. Es el Erudito Real. Era asesor de mi padre y de su padre antes que él".

"Y de su padre antes que él", agregó Aberthol con su voz ronca, sonriendo. "Pero no del nuevo rey MacGil", añadió, poniéndose serio. "Ahora ya no, de cualquier manera".

Gwen lo miró, perpleja.

"¿En serio?", preguntó ella.

Él asintió.

"No desde ayer. Fue demasiado. No podía sufrir más con su humillación. Él se ha rodeado de un nuevo Consejo, de todos modos. Gente joven. Todos ellos parecen ser desacertados con él. Todavía me siento en las reuniones del

Consejo, pero ahora es sólo una formalidad".

Aberthol movió la cabeza tristemente.

"Tu padre se estaría revolcando en su tumba", dijo él. "Esto no augura nada bueno para el Anillo. Eso no augura nada bueno en absoluto. Cuando el conocimiento y la sabiduría se sustituyen con la ignorancia y la soberbia, es cuestión de tiempo para que la corte se derrumbe — y el reino junto con él. Después de todo, ¿cómo está construida la corte y el reino, sino en el conocimiento y la sabiduría? Todo lo demás — armas y soldados y riqueza y poder — todo lo demás le sigue a eso. La sabiduría es el fundamento de cualquier reino. Nunca olvides eso, Gwendolyn".

Ella asintió, y él la analizó.

"Dicen que tú gobernarás", añadió.

Gwen abrió sus ojos de par en par, por la sorpresa.

"¿Cómo lo sabes?", preguntó ella.

Él sonrió.

"No estoy sin recursos", dijo, "incluso para ser un hombre viejo. La voz se corre rápidamente en la Corte del Rey. Demasiado rápido. Sin embargo en este caso, es un rumor que me agrada recibir. Siempre supe que serías una gran gobernante. Incluso mejor que tu padre".

Gwen se sonrojó y miró hacia el piso.

"Todavía no soy gobernante de nada", dijo ella. "Mi hermano sigue imperando. Y no hay señal de que vaya a renunciar".

Aberthol se encogió de hombros.

"Una manzana con el centro podrido, no puede durar mucho tiempo", dijo él. "O cae o el reino lo hará primero. Ambos no pueden durar. Desecha tu humildad. Comienza los preparativos. Nuestro Anillo te necesita. Ahora no es el momento de ser humilde. Ahora es el momento para una demostración de fuerza. Acepta tu papel. Permite que tus compatriotas tomen la fuerza de ti. Haz lo que tu padre deseaba que hicieras. Ya no se trata de ti. Se trata de *ellos*. De la gente. De los que no tienen un gobernante".

Gwen asintió con la cabeza.

"Haré lo que pueda para ayudar a nuestra gente", dijo ella.

Aberthol se volvió y miró a Thor. Abrió los ojos con muchas arrugas, solamente lo suficiente como para verlo realmente.

"Y tú eres el recién llegado", dijo. "A MacGil le agradabas. Ya entiendo el motivo. Hay inteligencia en tu mirada. Te servirá. Nunca lo olvides. No creas que solo puedes confiar en tus brazos. O en la hechicería. La *inteligencia* es tu

columna vertebral".

Thor bajó la cabeza.

"Sí, señor", dijo él con calma.

"Estás en desventaja", le dijo a Thor. "Te criaron como aldeano, sin acceso a la Biblioteca Real. Pero, poca gente del Anillo la tiene. Aprende de Gwen. Deja que te enseñe. Acepta lo que tiene que ofrecerte. Da gracias de que encontraste este lugar ahora, y no más adelante en la vida. Contempla todo el conocimiento que hay aquí. Conoce la historia del Anillo y apréndetela bien. Sin conocimiento, sin historia, no eres más que un cascarón vacío".

Con eso, Aberthol se dio vuelta y pasó por delante de ellos, rozándolos con su bastón, golpeando ligeramente al caminar.

"Recuerda siempre, Gwendolyn", dijo él, sin darse vuelta mientras continuaba caminando, "estos libros te salvarán".

Thor se volvió y miró a Gwen, abrumado. Los ojos de ella brillaban en los de él.

Cuando Aberthol se fue, ella dijo suavemente: "lo siento por él — puede ser muy intenso. No pierde el tiempo en trivialidades. Nunca lo ha hecho".

"No lo lamente", dijo Thor. "Dijo lo suficiente en unos pocos minutos para hacerme pensar para toda la vida".

Gwen se rió, tomó la mano de él y lo llevó al final del pasillo. Lo guió hacia el amplio círculo, más allá de los montones de libros, luego a una escalera de piedra estrecha, circular, que conducía, bajo tierra, a las entrañas del lugar.

Thor la siguió, sorprendido de que hubiera otro piso subterráneo. Mientras caminaban, había más escaleras y pasaron piso tras piso de libros, descendiendo más y más, probablemente unos diez pisos. Thor estaba sorprendido. Este lugar era inmenso. Como un laberinto.

"Todos estos libros", dijo Thor, retomando su aliento para continuar, mientras Gwen saltaba por las escaleras como si estuviera en su casa. "Me sentí abrumado por el número de libros que había simplemente en el primer piso. Pero el número de pisos que hay aquí, parece nunca terminar".

Gwen rió.

"Sí, la biblioteca es amplia. Pero recuerda, estamos tratando con setecientos años de reyes MacGil. El conocimiento es tan vasto y profundo como la historia familiar — como el Anillo mismo. Este edificio también alberga los textos antiguos de todos los rincones del Imperio, yendo atrás a miles de años, de los cuales somos los guardianes. Nosotros somos los que

tenemos la antigua verdad. Esta es una de las razones por la cual el Imperio está tan decidido a aplastarnos. Quieren acabar con la historia. Reescribirla. Mientras la preservemos aquí, nunca podrán hacerlo".

Llegaron a la última planta, y Thor siguió a Gwen mientras caminaban por un pasillo de piedra, iluminado cada pocos metros por antorchas. Gwen quitó una de la pared y giró varias veces por varios corredores, hasta que llegaron a una pequeña habitación.

Cuando entraron, ella iluminó varias antorchas a lo largo de las paredes, hasta que el pequeño y acogedor cuarto se iluminó. Ella fijó su antorcha en la pared y condujo a Thor hacia un asiento cómodo, lo suficientemente grande para dos personas, en una antigua mesa de roble en el centro de la habitación, cubierto caprichosamente con pilas de libros. Thor apenas pudo superar este lugar. Había suficientes libros en esa mesa para durarle toda la vida, y por la manera en que Gwen comenzó a organizarlos, parecía como si estuviera familiarizada con todos ellos.

Gwen estiró la mano y abrió un libro de gran tamaño, mostrando mapas antiguos. Thor se inclinó a su lado y pasó su mano a lo largo de las finas páginas arrugadas, de la tinta, trazando las rutas de los ríos, de las montañas. Este mapa era como una obra de arte.

"¿Conoces la antigua lengua?", preguntó Gwen. "¿El lenguaje perdido del Anillo?".

Thor meneó la cabeza, avergonzado.

"No te sientas mal", dijo ella. "No hay ninguna razón por la que deberías conocerlo. La mayoría no lo conoce. Se enseña a la familia real de manera natural. Fuera de eso, a menudo es del dominio de los eruditos y de los reyes. Me gustaría enseñarte, si quieres aprender".

"Me encantaría", dijo Thor, entusiasmado ante la idea. A Thor siempre le había encantado el conocimiento, pero nunca había tenido acceso a él en su humilde aldea; especialmente nunca había tenido acceso a aprender algo como la lengua antigua, que sabía que era el idioma de los reyes desde hacía cientos de años. La idea de aprenderlo, le emocionaba.

"Eso es bueno", dijo ella, "porque la mayoría de estos libros están escritos en esa lengua. Sin eso, es difícil ir más allá de unos cuantos cientos de años. Los tesoros que se descubren son infinitos".

Gwen dio vuelta a las pesadas páginas hasta que llegó a otro mapa. Éste era aún más complicado, dibujado en diferentes colores, con marcas que salían de la página. La tierra que contorneaba parecía muy hermosa. Nunca

había visto un libro como éste en su vida.

"¿Qué es esto?" preguntó él.

"La otra noche, cuando me hablabas de tu madre", dijo Gwen: "sentí curiosidad. No soporto los acertijos; siempre tengo que llegar al fondo de las cosas. Cuando me dijiste que no la conocías, y que no sabías quién era ni dónde estaba, eso despertó mi curiosidad. He estado investigando la Tierra de los Druidas".

El corazón de Thor dio un salto, mientras se acercaba más.

"Encontré estos mapas antiguos", dijo Gwen. "Creo que esta es la tierra donde vive tu madre".

Thor se inclinó, fascinado, mirando los mapas con un nuevo significado. Vio las letras antiguas, y aunque no pudo entender el idioma, él supuso que describía la Tierra de los Druidas. Pasó sus dedos sobre cada línea, el azul del mar, el rojo de los acantilados. Vio en el mapa un castillo azul, azul brillante, en la cima de un acantilado, rodeado de un mar enorme. Había un andador largo, de piedra, que conducía a él, curvo hacia el vacío. Thor pudo sentir la magia saliendo de ese lugar.

"Es el Castillo de Lira", dijo Gwen. "Dicen que es un lugar antiguo y sagrado. Se encuentra en el centro de la Tierra de los Druidas. "Creo que esta es la tierra donde vive tu madre".

Thor pasó el dedo sobre él y sintió una intensa energía corriendo a través de su brazo, y de repente supo que ella tenía razón. Sintió con cada gramo de su ser, que éste era, sin duda, el lugar donde estaba ella. Sintió un ardiente deseo, más fuerte que nunca, de conocerla. *Tenía* que encontrarse con ella.

"¿Qué dice de los Druidas?", preguntó Thor, emocionado.

Gwen tomó otro libro. Éste era corto y grueso y sin fotos. Ella dio vuelta a las páginas, pesadas y arrugadas, leyendo un texto que Thor no entendía, y se detuvo a medio camino, pasando las páginas más rápido de lo que creía posible, deslizando su dedo a lo largo de los bordes hasta que se detuvo.

"Los Druidas son gente amable y gentil", empezó a leer en voz alta. "Pero también pueden ser feroces. Sus poderes no vienen de sus brazos o de su armadura, sino de la hechicería. Sin embargo, los Druidas son diferentes a los otros hechiceros. Sus poderes son más misteriosos y distantes. Vienen de la naturaleza. Es muy común que un Druida atraiga a todo tipo de animales, que serán más que un compañero cercano. Los animales son como una extensión del Druida. Como el Druida está unido a la armonía y a la naturaleza, los Druidas más avanzados pueden controlar a la naturaleza, pueden ordenar a los

animales, insectos, a todas las fuerzas de la naturaleza que les rodea".

Mientras Gwen leía, Thor sentía una sacudida eléctrica, al pensar en la lucha contra los McCloud, su capacidad de convocar a las abejas, sin quererlo. Sintió que era verdad lo que leía.

"El poder de un amo Druida es casi infinito. En el apogeo de su poder, un Druida no puede ser detenido por nadie ni por nada que haya en la naturaleza o en la tierra. Pero pocos Druidas logran llegar a ese nivel de poder".

Thor pensó en eso y se dio cuenta de que su poder era imperfecto. No siempre llegaba cuando lo convocaba, y no siempre funcionaba. Él también parecía cansarse rápidamente después de usarlo. Se preguntó si era porque él también era humano. ¿Eso lo llenaba de imperfecciones? Él sentía que sí.

Cuando Gwen cerró el libro, Thor ya no estaba seguro de quién o qué era, o de cuál era su lugar en el mundo. ¿Era un Druida? ¿Era un humano? Se sentía atrapado entre dos mundos, quizá era un mestizo, no un verdadero Druida, pero tampoco un verdadero ser humano. Se preguntaba si Gwen lo creería inferior por eso.

"Espero que no piensas que soy diferente", le dijo a ella.

Ella meneó la cabeza.

"No, claro que no", dijo suavemente.

"Porque todo lo que quiero es ser como tú", dijo Thor. "Ser humano. Ser normal. Estoy agradecido por lo poderes que tengo, pero nunca los pedí. Sólo quiero luchar limpiamente, como cualquier otro guerrero. Sólo quiero entrenar y ser mejor, basado en mis propios esfuerzos. Siento como si estuviera haciendo trampa cuando convoco a un poder".

Gwen meneó la cabeza.

"No estás haciendo nada malo", dijo ella. "Esto es lo que eres. Debes ser quien eres por una razón. Todos los destinos tienen un propósito. No ser plenamente quien eres — eso estaría mal. Eso sería rechazar el destino. Nacemos con nuestros poderes especiales por un motivo. Y nacemos con nuestras limitaciones por una razón, también. Nos hacen más fuertes".

Gwen estiró la mano y agarró otro libro, un hermoso libro grueso, cubierto con una placa de oro y plata y se lo dio a Thor. Thor lo tomó con ambas manos, vio la increíble artesanía, el emblema del halcón de la familia MacGil, y sintió una tremenda energía saliendo de él.

"¿Qué es?", preguntó él.

"La *Crónica del Anillo*", contestó ella. "Fue escrita hace casi mil años. No sólo registra toda la historia de los MacGil, también cuenta la historia de la

Gran División. Cuando el Anillo era un solo reino. Antes de las Tierras Altas. Antes de los McCloud. Se remonta incluso a antes del Cañón. Cuando el imperio era uno solo. Cuando no había ninguna división".

Thor miró el libro, maravillado.

"Pero también va hacia adelante, hacia el futuro. Dicen que fue escrito por un Consejo de eruditos y místicos y hechiceros. Ese Consejo lo sabía todo, veía todo. Y lo pusieron todo en este libro. Habla de las cosas que suceden, incluso hoy en día. Habla de siete generaciones de Reyes MacGil. Predice que el séptimo traerá un gran mal sobre el Anillo. No mencionan a Gareth por su nombre, pero lo describen en acción".

Thor miró el libro con un nuevo respeto. Él abrió la pesada tapa y le dio vuelta a las páginas, arrugándose al hacerlo, corriendo la mano a lo largo de la antigua escritura manuscrita antigua que no podía entender.

"¿Qué más dice?", preguntó él.

"Habla del octavo gobernador MacGil", dijo ella. "Dice que traerá la destrucción al Anillo, como nunca había ocurrido. Sin embargo, también traerá grandes cambios y la Gran Paz. Es una misteriosa profecía. Todo los demás está claro, pero ésta es vaga. No lo entiendo. Tampoco Aberthol. Si Argon lo entiende, no nos lo está diciendo. He revisado todas las fuentes, y no logro obtener claridad. Lo que creemos es que este libro no se terminó".

Gwen estiró la mano, cerró el libro y miró profundamente a los ojos de Thor, con una intensidad que él nunca había visto. Sus ojos brillaban con erudición.

"¿Entiendes lo que esto significa?", preguntó ella. "Si voy a gobernar, seré la octava gobernante MacGil. Ésa soy yo. No quiero ser el presagio de la destrucción. Esta profecía me asusta. No puedo evitar sentir que soy el engranaje en la rueda del destino, como si estuviera destinada a traer una gran fatalidad a mi pueblo, sin importar cuánto lo intente. A menos que me maten, por supuesto, y que el octavo gobernante MacGil sea alguien más".

Thor se sentó allí, tratando de seguir el ingenio rápido de ella, la manera en que daba saltos entre libros con una destreza como nunca había visto, lo profundo de su conocimiento. Él intentó procesar todo. Iba a hacerle más preguntas, cuando de repente sonó un cuerno desde arriba, desde la planta superior del edificio, haciendo eco por la escalera de caracol, hasta esa habitación.

De repente Gwen se quedó parada, pareciendo alarmada.

"Es Aberthol", dijo ella. "Nunca suena el cuerno, a menos que sea algo

urgente, a menos que alguien haya venido a buscarme".

Ella salió rápidamente del salón, y los dos subieron las escaleras, rodeando todo el camino hasta arriba, luego siguieron por el pasillo y hacia la puerta del frente, Krohn les seguía.

Thor levantó sus manos hacia la luz brillante del sol, entrecerrando los ojos, mientras se daba cuenta de quiénes estaban frente a él. Se sorprendió al ver a sus amigos — Reece, O'Connor, Elden, los gemelos — junto con varios otros miembros de La Legión, a caballo, esperándolo.

"Lamento interrumpir", dijo Reece, "pero son órdenes de Kolk. Tenemos que irnos. La Legión ha sido enviada a la reconstrucción. Los escuadrones ya están empezando a alinearse, y ahora tú eres el capitán. No se irán sin ti".

Thor sintió un nudo en el estómago al pensar en dejar a Gwen, pero asintió con la cabeza hacia los demás.

"Estaré allí en un momento", dijo Thor. "Adelántese sin mí".

Reece asintió con la cabeza en señal de entendimiento, y reunió a los otros, y se volvieron y se fueron galopando, de regreso a la colina.

Thor se volvió hacia Gwen y vio la angustia en sus ojos. Era su momento final, antes de que él se fuera. Él necesitaba hacerle la pregunta. Ahora, más que nunca. Pero vio la tristeza en sus ojos, y no sintió que era el momento adecuado.

"¿Estarás a salvo sin mí, aquí sola?", preguntó Thor.

Ella asintió con seriedad.

"Estaré bien", dijo ella. "No te preocupes por mí".

"Pero no puedes quedarte en el castillo", dijo Thor, preocupado. "Estando Gareth allí, no es seguro".

Ella meneó la cabeza.

"Me quedaré en el castillo de mi madre. Nadie sabe de él. Esperaré ahí a que regreses".

"Cuando regrese, si no has encontrado una forma de deponer a Gareth, huiremos juntos de este lugar. Te llevaré a un lugar seguro".

"No hay de qué preocuparse", dijo ella. "Gareth intentó hacerme salir, y fracasó. No hay manera ahora de que pueda dañarme. Muchos soldados son conscientes de su traición. Estaré bien. Y tú volverás en poco tiempo".

"Permíteme, al menos, dejar a Krohn contigo", dijo Thor.

Krohn, que estaba al lado de ellos, gimió y saltó sobre Gwen, lamiéndola.

"Él te cuidará en mi ausencia", añadió Thor. "Y cuando vuelva, estaremos juntos. Esta vez para siempre".

Thor se inclinó y la besó, y ella lo besó también. Se sintió transportado por ese beso y lo hizo durar lo más que pudo. Llegó una brisa fresca sobre ellos, y él quería que este momento durara para siempre.

Lentamente, él se retiró. Había lágrimas en los ojos de Gwen.

"Te amo", dijo Thor.

"Yo también te amo", contestó ella.

CAPÍTULO VEINTE

Gwen se quedó ahí, afuera de la Casa de los Eruditos y vio como Thor desaparecía una vez más, cabalgando por el horizonte, con sus miembros de La Legión. Una vez más, sintió un nudo en el estómago. Ella no tenía la misma sensación de desesperación que sintió cuando él se había ido a Los Cien; era diferente, puesto que por lo menos esta vez, volvería pronto a casa, y esta vez no estaba arriesgando su vida en un lugar peligroso, sino simplemente ayudando a las aldeas a reconstruir las casas. También estaría rodeado de amigos leales, y ella se sintió segura de que él estaría a salvo; y ella, por su parte, tenía a Krohn a su lado, tenía el castillo de su madre para ocultarse y tenía a los otros soldados detrás de ella, que al menos ahora eran conscientes de la profundidad de la traición de Gareth.

Aun así, no podía evitar sentirse abrumada por una sensación de tristeza, de nostalgia. En cierta forma, era más difícil esta vez. Ella lo amaba más. Más de lo que alguna vez había amado a alguien. Ella lo amaba con un amor que era difícil de explicar, que incluso ella no comprendía. Él era tan amable y sensible y leal y protector y orgulloso. Le dolía que él se fuera. Ella quería estar cerca de él todo el tiempo. Y cuando bajó la mano y tocó su barriga, sintió otra vez que llevaba al hijo de él. Con cada movimiento que ella hacía, con cada gesto, su cuerpo se sentía diferente. Ella sentía una energía manar de ella, era un sentimiento constante, siempre presente. Tenía una sensación de paz. Y eso hacía que lo extrañara más.

Y aunque se iba a una misión pacífica, eran tiempos difíciles, y uno nunca sabía lo que podría pasar, incluso cerca de casa, incluso en una misión pacífica. Una parte de ella temía por él. Y una parte de ella todavía temía por sí misma: había estado muy cerca de ser llevada por el Nevarun, y eso la había sacudido. La traición de Gareth nunca parecía sorprenderle, y aunque se sentía apoyada por el programa de armas de Los Plateados y por los hombres del rey, también temía por su hermano. Ella aún estaba en peligro. Alojarse en el castillo de su madre podría proveerle de una cierta seguridad por ahora — pero no por mucho tiempo. Godfrey y ella tendrían que encontrar una manera legal para expulsar a Gareth pronto — o si no, se dio cuenta ella, tendría que dejar este lugar para siempre.

Más que nunca, Gwen necesitaba ver a Argon, saber lo que podría deparar

el futuro; pero ella sabía que buscarlo sería una pérdida de tiempo. Él aparecía cuando y si él quería, y si no lo hacía, ella nunca lo encontraría.

Así que entonces, Gwen caminó a través de la colina, mirando a Thor desaparecer, cada vez más y más lejos. Krohn gruñó al lado de ella y se inclinó contra su pierna, casi pegado a su lado; ella miró hacia abajo y sonrió, y él lamió su mano mientras le acariciaba la cabeza. Se sentía tranquila más allá de las palabras al tenerlo allí; era como tener un pedazo de Thor con ella. Él fue creciendo hasta ser un leopardo adulto, y aunque para ella seguía siendo un cachorrito, podía ver por el aspecto asustado de los demás, que era una bestia salvaje para los otros.

Ella miró hacia atrás y dejó caer una lágrima al ver desaparecer en el horizonte al contingente de Thor, en una nube de polvo.

"Un horizonte de sueños desvanecidos", dijo una voz.

Gwen no necesitaba darse vuelta para saber de quién era la voz. Ella se sentía llena de alivio. Era Argon.

Gwen se volvió lentamente y lo vio parado allí, al lado de ella, a unos centímetros, vistiendo sus túnicas, sosteniendo su vara, mirando al horizonte como si viera a Thor alejarse con ella; ella no sabía cómo había llegado él ahí. Era un misterio para ella. Pero se sentía reconfortada con su presencia.

Ella se volvió, mirando al horizonte junto a él y sonrió.

"Gracias por estar aquí", dijo ella. "Debes haber intuido mi deseo de verte".

"Siempre respondo cuando un rey me llama", dijo él. "Si es una llamada honesta. Y un verdadero rey.

Ella lo miró, sorprendida por sus palabras, pero continuó mirando el horizonte, inexpresiva.

"¿Estás diciendo que gobernaré?", preguntó ella.

"Ya sabes la respuesta a eso", contestó él.

"¿Qué pasará con mi hermano, Gareth?", dijo ella, presionando.

La cara de Argon se hizo sombría, frunciendo un poco la comisura de sus labios.

"Su reinado parece ser eterno. Pero no lo será. Aquel que toma el trono con sangre, debe pagar su precio con sangre. Todo tiene un precio".

Él se volvió y miró, y la intensidad en su mirada la obligó a apartar la mirada.

"¿Recuerdas cuando hiciste esa promesa?", preguntó él. "¿De dar tu vida por Thor?".

Ella asintió, formándose una lágrima en la esquina de su ojo. Ella no quería morir ahora. Ahora no.

"Las promesas tienen un precio muy alto", le recordó él a ella. "Antes de pagarlo, tienen que suceder muchas cosas. Habrá un gran futuro para ti. Pero primero habrá una pequeña muerte", dijo él. "Prepárate y sé fuerte. Ahora vas a necesitar la fuerza. Más de la que has tenido en tu vida. Si puedes sobrevivir a lo que está por venir, puede sobrevivir a cualquier cosa".

Gwen tembló por dentro y sintió que su piel se estremecía.

"Tus palabras me asustan", dijo ella.

"Pero debes aprender a temer", dijo él. "Los gobernantes deben ser valientes. Pero también deben temer".

"Por favor", dijo ella, "dime a qué debo temer. Dame algún aviso".

"Si lo hiciera, tu destino cambiaría. Eso no puede ser. No, por tu bien. Y no por el bien del Anillo. Tú conoces tu historia. ¿Necesitas que te la recuerde? Los siete ciclos del sol. Las alineaciones de las siete lunas. Sucede una vez cada mil años. ¿Y cuándo volverá a suceder?", preguntó él.

Gwen pensó en todos los volúmenes de historia que había ingerido, en todas las antiguas profecías que había leído.

"El evento del sol y la luna de la que hablas, sucederá en el próximo ciclo de sol", dijo ella. "Pero faltan varias semanas".

Argon asintió, satisfecho.

"Sí, muy bien. Muy bien, sin duda. Serás una gobernante mucho más sabia que tu padre. De hecho, hace muchas generaciones que los MacGil no habían tenido un gobernante como tú. Entonces ya sabes lo que está por venir".

Gwen frunció el ceño.

"Pero creí que esas antiguas profecías eran sólo parábolas, metáforas. No creí que debían ser tomadas literalmente. Me enseñaron que estaban abiertas a la interpretación".

"¿Y quién va a decir que es la correcta?", preguntó Argon.

Los ojos de Gwen se abrieron de par en par.

"¿Estás diciendo que todo eso es verdad? ¿Que el Anillo llegará a su fin en cuestión de semanas? ¿Que las antiguas profecías ocurrirán?".

Argon se volvió y miró hacia el horizonte durante mucho tiempo, después, finalmente, suspiró.

"El Anillo llegará a su fin como lo conocemos. Vivimos en una época de grandes cambios. Más del que puedas imaginar. Todo lo que alguna vez conociste, será diferente. Habrá un tiempo de oscuridad tremenda. Y un tiempo

de gran luz. Si uno puede sobrevivir a la oscuridad".

La mente de Gwen voló al tratar de procesar la seriedad de sus palabras.

"Dependerá de ti liderar a tu gente a través de la oscuridad", dijo él.

"Prepárate para la tarea".

Argon se dio la vuelta para irse, y Gwen extendió la mano y lo agarró del hombro.

"¡Espera!", le dijo ella.

Pero sintió un ardor en la mano y rápidamente la retiró; la energía que provenía de él era tan intensa, que no podía tolerarlo.

"¡Por favor! Antes de que te vayas, dime una cosa".

Él se volvió y miró fijamente a Gwen.

"La respuesta es sí", dijo él, antes de que ella abriera su boca. "Estás embarazada de Thor. Y eso cambiará tu vida".

Antes de que ella pudiera hacerle más preguntas, de repente, desapareció.

Ella se volvió, buscándolo por todas partes, pero no vio nada, excepto a un solo pájaro, chillando en lo alto, volando cada vez más lejos y más lejos.

Gwen se volvió y miró al vacío, sobre la gran extensión del Anillo, y quedó asombrada. Subió la mano y tocó su estómago.

Era el hijo de Thor.

Era real.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Thor cabalgaba con una docena de miembros de La Legión a un trote relajado, por el sendero bien asfaltado, ya había pasado medio día desde que salieron de la Corte del Rey. Cabalgando junto a él estaban Reece, O'Connor, Elden y los gemelos, junto con media docena de miembros de La Legión que Thor acababa de conocer. Habían sido dispersados por Kolk para reconstruir las aldeas alrededor de la Corte del Rey, y La Legión había sido dividida en grupos de diez, y Thor había sido nombrado para dirigir a este grupo a la aldea de Sulpa, que estaba a menos de un día de camino hacia el sur, duramente golpeado por la incursión de los McCloud.

Era una sensación extraña para Thor andar otra vez por este camino conocido, que también lo llevaba a su ciudad natal. Era especialmente inquietante andar por él, después de su discusión con Gwen sobre su madre. Se preguntaba si el universo le daría una señal.

Llegaron a una intersección importante, una bifurcación en el camino y Thor condujo a sus hombres hacia la izquierda, que lo habría conducido directamente a su ciudad natal. Su destino lo llevaba por otra senda. Al alejarse hacia Sulpa, Thor no podía evitar mirar hacia atrás, sobre su hombro, al viejo y conocido sendero. Pensó en su hogar y se preguntó qué estaba haciendo su padre en este momento. Se preguntó si extrañaba a Thor. Probablemente no. Probablemente languidecía por sus otros tres hijos; probablemente él suponía que eran las estrellas de La Legión. Le sorprendería saber lo bien que Thor había actuado. Thor estaba seguro de que ni siquiera lo creería.

Thor alejó eso de su mente; en cambio pensó en Gwendolyn. El toque de ella permanecía en él, y aunque se separaron apenas unas horas atrás, él todavía sentía como si ella todavía estuviera allí con él. Estaba distraído, le resultaba difícil pensar en cualquier otra cosa. Le dolía haber tenido que dejarla, y también sentía la ausencia de Krohn, de quien no se había apartado desde que lo encontró. Thor sentía que había dejado una gran parte de él mismo en la Corte del Rey. Y aunque Krohn estaba con Gwendolyn, no podía evitar sentir temor por la seguridad de ella. Decidió terminar rápidamente con esta misión y volver con ella tan pronto como pudiera.

Thor se odiaba por no haber reunido el valor para hacerle la pregunta. ¿Por qué era tan difícil? Decidió que cuando regresara, lo primero que haría, fuera o no fuera el momento adecuado, se lo preguntaría, sin importar las circunstancias. Sólo tenía que obligarse a hacerlo. Él estaba empezando a darse cuenta de que no hay tiempo perfecto. Si ella decía que no, entonces era no. Pero al menos lo había intentado y habría enfrentado su miedo.

"¿Cuál es el nombre de este lugar, otra vez?", preguntó O'Connor, mientras cabalgaban.

Thor reaccionó.

"Kolk dijo que se llamaba Sulpa", dijo Thor. "Es un pequeño pueblo, pero está en un lugar estratégico, entre los valles".

"Al parecer, fueron duramente golpeados", añadió Reece.

"Pues yo no veo por qué tenemos que ir a limpiar su desastre", dijo Elden. "Sin duda tenemos mejores cosas que hacer. Como entrenar".

"Cada pueblo es un eslabón en la cadena", respondió Reece. "No queremos ningún enlace débil. Además, es nuestra gente. Se lo debemos a ellos".

"No, no", dijo Conval. "Somos guerreros. No constructores de viviendas. Sólo le debemos al reino protegerlo de las amenazas. Y matar a nuestros atacantes".

"Parte de proteger el Reino es mantenerlo fuerte", respondió Reece. "Lo protegemos no sólo para defenderlo de los atacantes, sino para fortalecer nuestros pueblos contra los ataques".

Los chicos subieron en silencio por un tiempo, y al hacerlo, el panorama comenzó a cambiar. Las hermosas colinas verdes dieron paso a un paisaje desolado y polvoriento. Era como caminar por un desierto. El contraste entre los dos terrenos era grande. Arbustos espinosos de tres metros de altura, y pegado a todo. La carretera se desvanecía en la tierra, y llegó a ser difícil mantener la vista de a dónde iban. Thor no me gusta esto.

"¿Éste es el único camino que hay?", preguntó O'Connor.

Thor sostuvo el mapa que Kolk le había dado y lo miró otra vez.

"Eso es lo que dice", respondió él. "Kolk nos lo advirtió. Dijo que habría una franja árida. El pueblo está rodeado por el desierto. Después vuelve a ser fértil otra vez".

Thor miró alrededor, a las caras de aprensión de sus hermanos, que estaban separados entre ellos y se dio cuenta de que ahora era el momento para asumir su papel como líder, de hacerlos sentir como si estuvieran siendo dirigidos

con confianza y hacer que se tranquilizaran.

"Solo manténganse juntos y estaremos bien", ordenó Thor. "Uno nunca sabe lo que podría aparecer en estos lugares".

Los otros, respetando el comando de Thor, lo obedecieron inmediatamente y juntaron la formación, acercándose más unos a otros. Todos ellos estuvieron más alertas, inquietos, mientras un extraño y agudo viento aullaba a través del desierto. Thor había escuchado historias acerca de este páramo. No quería que sus hombres fueran otra víctima de él.

Viajaron durante horas en silencio, y a medida que subía el segundo sol en el cielo, en el horizonte apareció el primer atisbo de tierra fértil otra vez. Thor exhaló con alivio. Habían logrado llegar sin incidentes.

"¿Les importa si me detengo?", preguntó Reece.

Los demás se volvieron y lo miraron y Reece señaló una pequeña cueva, ubicada en una enorme roca en el paisaje vacío.

"Tengo que ir", dijo, "ya no aguanto más".

Thor se encogió de hombros.

"Haz lo que tengas que hacer", dijo él.

Thor se sentó allí, en su caballo, impaciente con el calor del lugar, mientras una grande y espinosa planta rodadora pasaba delante de él, con un ruido fuerte, susurrante. Él se estremeció. Estaba demasiado nervioso. Este lugar era espeluznante. A su alrededor, sus hombres portaban sus armas, en guardia. Se sintió aliviado al ver que no era el único en ser cauteloso.

"¿Qué crees que será del Anillo?", preguntó Elden a Thor. "¿Crees que los hombres de Gareth van a...?"

Se escuchó un grito corto en el aire, y Thor desmontó inmediatamente, igual que los demás, sacó su espada y corrió hacia la cueva. El grito provino de adentro. Era Reece.

Reece corrió a toda velocidad hacia la cueva, y al hacerlo, Thor vio a una extraña criatura pegada en su brazo. Reece se agitaba, gimiendo, y Thor finalmente se dio cuenta de lo que era: una Forsyth, la araña más grande y más mortífera del Anillo. Negra y peluda y cubierta de manchas rojas, tenía doce patas y su cuerpo caminaba sobre el brazo completo de Reece, de su antebrazo a su hombro. Se aferraba a él, sin dejarlo ir, a pesar de los esfuerzos frenéticos de Reece por quitársela.

Thor corrió hacia Reece y agarró al insecto con ambas manos, tirando de sus patas peludas con todas sus fuerzas, intentando quitarla. Pero no sirvió de

nada.

Thor sacó su daga y la sumió en la cabeza de la bestia.

La Forsyth gimió, y soltó un silbido horrible y subió una de sus patas para tratar de sujetar la mano de Thor. Thor partió a la bestia una y otra vez, y sus hermanos de armas llegaron corriendo y también la cortaron. Finalmente, soltó a Reece y se dirigió hacia los demás, abriendo su pequeño hocico y escupiendo un líquido hacia ellos.

Thor lo esquivó, pero la corriente de veneno rozó el brazo de uno de sus hermanos de La Legión, que gritaba y la agarró, saliendo humo de su manga, mientras el ácido lo roía.

La bestia cayó al suelo del desierto y se alejó. Algunos de los miembros de La Legión le lanzaron puñales, pero se fue demasiado rápido para que la golpearan. En unos minutos, se había ido.

Reece agarró su brazo doblado de agonía, y Thor lo tomó de un brazo sobre su hombro.

"¿Estás bien?", preguntó Thor.

Reece mordió el labio y sacudió la cabeza. "No lo creo", dijo él.

Thor miró hacia abajo y vio la herida — y estaba horrorizado. Había una mancha grande, circular, en el brazo de Reece, profundamente arrancado, rezumando pus verde y sangre. O'Connor, que estaba junto a él, arrancó un trozo de lino de su camisa con los dientes y la envolvió alrededor del brazo de Reece para detener el sangrado.

"El veneno de una Forsyth es tóxico", dijo tristemente Elden, analizando la herida. "Se propaga a través de su sistema y lo paraliza. Si no conseguimos ayuda pronto, estará acabado".

Thor miró a Reece, quien se veía cada vez más pálido y empezó a temblar.

Antes de que Thor pudiera reaccionar, de repente hubo un ruido diferente, de un chasquido; miró junto con los demás y su corazón se detuvo.

Afuera de la cueva, se arrastraba poco a poco otra Forsyth, haciendo una pausa en la entrada, luego arrastrándose lentamente hacia ellos.

Thor y sus hermanos lentamente retrocedieron, un paso a la vez; Thor ayudaba a Reece.

"¡A los caballos!", ordenó Thor. "Vámonos de aquí. ¡Ahora!".

Era la primera vez que Thor daba una orden a sus compañeros miembros de La Legión, y curiosamente, le había salido naturalmente. Él no buscaba el papel de liderazgo, pero se sentía cómodo con él, y sintió que podía ayudar a

los demás, que se paralizaron con temor, al acercarse a ellos.

Conforme se arrastraba más cerca, todos ellos montaron sus caballos — todos excepto uno. Un chico de La Legión, un par de años mayor que Thor, a quien no conocía Thor, el que había sido rociado en el brazo. Desobedeció las órdenes de Thor y se quedó quieto.

"¡No huiré de un insecto!", gritó él.

Extrajo una corta lanza de su cinturón y la tiró hacia la bestia.

Pero antes de que pudiera liberar la lanza, la Forsyth entró en acción. Era la cosa más rápida que Thor había visto, y en una fracción de segundo estaba en el aire, arremetiendo hacia el chico.

El chico, a su favor, reaccionó con rapidez — todo su entrenamiento en Los Cien debían haber servido. Saltó sobre su caballo un segundo antes de que la cosa llegara a su pierna; falló, pero seguía volando y se aferró a la pierna de su caballo.

El caballo relinchó y dio cabriolas y pateó, mientras la bestia se envolvía alrededor de él y lo apretaba.

Después de un momento, el caballo soltó un relincho terrible, luego se endureció y cayó a un costado, con el chico montado todavía sobre él.

El chico luchó, pero no pudo desmontar a tiempo; se encontró cayendo con el caballo, y éste cayendo encima de él y machacando su pierna. El chico gritó de dolor.

Thor saltó de su caballo, con el puñal en la mano, listo para hundirlo en la Forsyth, pero antes de que pudiera llegar a ella, pasó una flecha junto a él, en el aire y cayó en el centro de la bestia. Soltó un grito terrible, y roció ácido por todas partes; por suerte, el ácido fue bloqueado por el caballo. Se comió la piel del caballo instantáneamente.

Thor miró hacia atrás para ver a O'Connor sosteniendo su arco.

"Buen trabajo", le dijo Thor. "¡Denme una mano!".

Los demás corrieron hacia él, ayudando a levantar al chico, gimiendo de dolor, de debajo del caballo. Conven lo colgó sobre su hombro, y luego lo cubrió con su propio caballo.

Antes de que ellos pudieran volver a montar, de repente, se escuchó un ruido y el corazón de Thor se detuvo al ver aparecer una docena más de esas cosas en la entrada de la cueva. Todos hicieron una pausa y después, lentamente, comenzaron a acercarse.

Antes de que Thor pudiera dar otra orden, Elden soltó un grito de guerra y

entró en acción. Fue a la carga sin miedo, hacia la boca de la cueva. Thor se preguntaba qué hacía — parecía un suicidio — hasta que lo vio levantar su enorme martillo de guerra con ambas manos, y dejarlo caer en la cima de la entrada de la cueva.

Hubo un gran estruendo, y las piedras rodaron hacia abajo y cubrieron la boca de la cueva, aplastando a varias de las Forsyths, bloqueando a las demás.

Todos miraron a Elden con gratitud y orgullo.

"Buen trabajo", dijo Thor. "Salvaste nuestras vidas".

Elden se encogió de hombros y deslizó el martillo en la silla de montar de su caballo.

Sin esperar otro momento, Thor cubrió a Reece, ahora flácido, sobre el lomo de su caballo, y todos montaron y cabalgaron, decididos a buscar ayuda para Reece — y alejarse lo más posible de ese lugar.

*

Thor y su contingente montaron rumbo a Sulpa, a galope, su viaje tranquilo se había convertido ahora en una carrera contra el tiempo. Con cada segundo que pasaba, Thor sentía aumentar el pánico por Reece, quien montaba con él en su caballo, detrás de él, agarrándose a los hombros de Thor débilmente. Thor oró para que no fuera demasiado tarde para su mejor amigo, cuyas manos estaban ahora heladas al tacto. Se agitó violentamente detrás de él, y Thor sabía cuán tóxico debía ser el veneno, diseminándose a través de su sistema. Confiaba con toda su alma en que alguien en este pueblo tuviera medicamento para ayudarlo.

Al cabalgar, el paisaje desértico dio paso a un pequeño oasis: estaban en las colinas verdes, la arena daba lugar a los campos de hierba, y un camino bien pavimentado apareció, el cual los llevó por un riachuelo que borboteaba, a través de un pequeño puente levadizo, sin personal, y hacia una pequeña aldea. Estaba rodeado por un muro de piedra, demolido en algunos lugares por la incursión de los McCloud, y el pueblo, con sus varias docenas de cabañas, parecía lo suficientemente grande para sólo unos pocos cientos de personas. Thor podría decir desde aquí, que la mayoría de las construcciones habían sido dañadas. Las calles estaban llenas de escombros y de una o dos casas todavía salía humo, ardiendo lentamente.

No había ningún guardia centinela cuando pasaron a través de la puerta abierta — que había sido rota de las bisagras — y se dirigieron a la plaza del pueblo. Pero este pueblo era hermoso: en contraste con la zona contaminada alrededor de él, tenía hierba verde, arroyos borboteando, hermosos árboles

frutales. Sulpa era un idílico oasis en medio de un terreno vasto e implacable. Thor no había viajado mucho; no tenía idea de que existían lugares como éste en el Anillo.

Cuando entraron en la plaza del pueblo, una docena de ancianos de la ciudad salió a recibirlos, con preocupación en sus ojos. Eran personas inteligentes, y vieron el estado en que iba Reece antes de que Thor se detuviera, incluso antes de que tuviera que decir algo. Lo miraron con gran preocupación y parecía que reconocieron inmediatamente lo que padecía.

"¿Hace cuánto tiempo que lo mordieron?", gritó un hombre mayor.

"No hace más de diez minutos", respondió Thor.

"Tal vez todavía haya tiempo. Debe ser llevado a la casa de la curandera y rápidamente. Sígannos".

Los ancianos se volvieron y corrieron por las calles estrechas, y Thor y los demás los siguieron a caballo. El pueblo era pequeño, y después de unas pocas calles, los hombres se detuvieron ante una pequeña cabaña de piedra antigua, con una puerta arqueada. Los ancianos tocaron la aldaba, mientras Thor desmontaba, llevando a Reece en sus brazos. Reece estaba totalmente flácido, y Thor no podía creer lo enfermo que se había puesto en tan poco tiempo.

Abrió la puerta, y una hermosa joven, tal vez de unos dieciséis años, estaba parada en la puerta, vistiendo una túnica blanca, con su cabello negro, lacio y brillantes ojos azules. Sus ojos se fijaron inmediatamente en Reece y se preocupó; ella corrió hacia él sin decir una palabra.

Se acercó, colocó una mano sobre su frente, revisó su cuerpo y vio la mordedura pudriéndose en su brazo.

"¡Entren!", dijo con ansiedad.

Ella se volvió y corrió al interior, y Thor corrió tras ella, llevando a Reece. Detrás de él, los otros miembros de La Legión tomaron posiciones fuera de la puerta; la casa era demasiado pequeña para que cupieran todos.

"¡Déjelo ahí!", ordenó ella, frenética, señalando a una pila de heno en la esquina de la habitación. Thor se apresuró y acostó a Reece, y tan pronto como lo hizo, la muchacha cruzó la habitación con un cuchillo afilado.

"¡Sostenga sus brazos!", ordenó ella, con gran autoridad en su voz, una autoridad que lo sorprendió a él. "¡Sostenga sus muñecas!", añadió ella, "¡y sujételos firmemente! ¿Entiende? Va a luchar. Incluso en su estado debilitado. NO deje que se agite. ¿Entiende?"

Thor asintió con la cabeza, nervioso, y ella no perdió el tiempo. Ella se

inclinó hacia adelante, tomó el cuchillo y con un movimiento rápido, cortó profundamente en la herida que ya estaba supurando, la mitad estaba negra. Cortó en un área pequeña, justo en el centro, y Reece gritó de repente, tratando de sentarse. Se agitó como loco, y Thor, sudando, hizo lo que pudo para sujetarlo. Se necesitó toda la fuerza de Thor. Él nunca había visto a su amigo así.

Ella sostuvo una olla bajo el brazo de él, y un líquido negro comenzó a salir de la herida, llenando casi toda. Gradualmente la supuración se detuvo, y Reece comenzó a calmarse, jadeando, gimiendo de dolor.

Ella echó la olla de supuración negra, por la ventana, soltó el cuchillo, fue rápidamente hacia un estrado, tomó un ungüento rojo y lo frotó rápidamente en la herida. Se oyó un silbido y Reece gritó una vez más. Thor hizo su mejor esfuerzo para retenerlo, aunque no fue fácil.

Ella envolvió una venda alrededor de la herida de Reece varias veces, y después intentó calmarlo, colocando una palma abierta sobre su pecho, para tranquilizarla, aliviándolo lentamente sobre su espalda.

Ella puso la palma de su mano en su frente, le abrió a fuerza los párpados y examinó sus pupilas. Ella lo soltó y sus ojos se cerraron. Esperó pacientemente, y después de varios segundos, sus ojos parpadearon y después los abrió. Thor estaba sorprendido: parecía agotado, pero alerta.

"Me siento mejor", dijo Reece débilmente, con su voz ronca.

"Es el veneno que se está yendo", explicó ella. "Tal vez lo atrapamos a tiempo".

Reece lamió sus labios secos y agrietados.

"¿Estoy viendo visiones o eres la chica más hermosa que he visto?", preguntó, sonando casi delirante.

La chica se sonrojó y apartó la mirada.

"Estás viendo cosas", respondió ella. "O es eso, o te estás burlando", dijo con seriedad.

"Te juro que no, mi lady", dijo él, con los ojos abiertos, más alerta, mirándola con urgencia. "Debo saber tu nombre. Creo que te amo".

Ella se acercó, tomó un frasco pequeño de líquido, abrió la boca de Reece y lo echó adentro.

"Mi nombre es Selese", dijo. "No me amas. Te encanta mi medicina. Ahora bebe", dijo ella, y olvida todo esto".

Reece tragó el líquido y un momento después, sus ojos se cerraron, inconsciente.

Se le miró a Thor.

"Parece que vivirá su amigo", dijo ella. "Pero dudo que vaya a recordar mucho de esto. Estaba delirando".

Pero Thor pensaba diferente. Él nunca había visto a Reece tan embelesado y sabía que no era de los que tomaba el amor a la ligera. Sintió que, a pesar de su enfermedad, los sentimientos de Reece hacia ella, eran genuinos.

"No estaría tan seguro de ello", dijo Thor. "Mi amigo no habla a la ligera. No me sorprendería que él haya encontrado a su amor".

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Godfrey bajaba con Akorth y Fulton, las calles traseras de la Corte del Rey, en guardia, manteniendo una mano cerca de la daga de su cinturón, mientras caminaban. Sus ojos se movían y estaba cada vez más paranoico debido a los acontecimientos de la semana. Godfrey ya no subestimaba la tiranía del alcance de su hermano y sentía que podía ser asesinado en cualquier momento. Se había vuelto más amigo de Akorth y de Fulton que nunca, estaba agradecido con ellos por haberlo ayudado a salvarse, y aunque no eran guerreros, al menos eran dos cuerpos más, dos pares de ojos más para vigilar.

Godfrey dio vuelta a la esquina y vio el cartel de su vieja taberna, colgada chueca, oscilando en la tarde, saliendo bebidas de ella, y sintió repulsión. Sintió una ola de ansiedad. Ya no se sentía a gusto estando ahí, ahora que asociaba este lugar con lo cerca que estuvo de la muerte. Él se había dicho a sí mismo que nunca volvería a atravesar sus puertas otra vez.

Pero él caminó hacia adelante, a pesar de sus temores, a través de la puerta abierta, porque ya estaba decidido. Estaba decidido a derrocar a Gareth, costara lo que costara, sea cual fuera el peligro. Ahora había demasiado en juego para él, demasiada sangre que había sido derramada. Simplemente no podía dejar pasar esto y desaparecer silenciosamente en la noche. Tenía que averiguar quién había intentado envenenarle — no por su propio bien, sino por el bien de todos. Si pudiera probar el complot del asesinato, entonces legalmente sería suficiente para que el Consejo depusiera a Gareth. Todo lo que necesitaba era un testigo. Un testigo con credibilidad.

Pero en esta parte de la ciudad, la credibilidad era un bien muy escaso.

Godfrey y sus amigos entraron en la taberna y varios de sus viejos compatriotas se detuvieron y miraron en dirección a él. Sus expresiones le dijeron que estaban sorprendidos al verlo vivo; parecía como si estuvieran viendo a un fantasma caminando. No les culpó. También se sintió seguro de que iba a morir la noche anterior, y que fue un milagro que hubiera sobrevivido.

Lentamente, el salón volvió a la vida y Godfrey se dirigió hacia la barra, con Akorth y Fulton junto a él, y fueron a sus antiguos asientos. El tabernero miró con recelo a Godfrey, luego se acercó a ellos.

"No esperaba verte aquí tan pronto", dijo con su voz profunda, temblorosa.

"En realidad, no esperaba que vinieras en absoluto. Parecías muerto, la última vez que te vi".

"Lamento decepcionarte", respondió Godfrey.

El tabernero miró alrededor, frotó la barba incipiente en su quijada, y luego esbozó una gran sonrisa, revelando los dientes torcidos. Apretó el antebrazo de Godfrey y Godfrey también lo apretó.

"Hijo de puta", dijo el tabernero. "Realmente tienes nueve vidas. Me alegra que estés de vuelta".

El tabernero llenó los tarros para Akorth y para Fulton.

"¿Para mí no?", preguntó Godfrey, sorprendido.

El tabernero meneó la cabeza.

"Lo prometí a tu hermana. Es muy ruda y no tengo ganas de romperla".

Godfrey asintió con la cabeza. Él entendía. Una parte de él quería la bebida, pero otra parte, estaba feliz por el estímulo de no hacerlo.

"Pero no viniste a beber, ¿verdad?", preguntó el tabernero, poniéndose serio, mirando de uno en uno a los tres hombres.

Godfrey meneó la cabeza.

"He venido a buscar al hombre que trató de matarme".

El tabernero se reclinó, con una cara de seriedad, y aclaró su garganta.

"No dirás que tuve algo que ver con eso", preguntó, de repente, a la defensiva.

Godfrey meneó la cabeza.

"No. Pero ves cosas. Serviste las bebidas. ¿Viste a alguien anoche?".

"¿A alguien que no debería haber estado aquí?", añadió Akorth.

El camarero negó con la cabeza, vigorosamente.

"Si lo hubiera visto, ¿no crees que lo habría detenido? ¿Crees que querría que te envenenaran en mi negocio? Me molestaría más que a ti. Y es malo para el negocio. No muchas personas quieren entrar y ser envenenados, ¿verdad? La mitad de mis clientes no han regresado desde que te desplomaste como caballo".

"No te estamos acusando", intervino Fulton. "Godfrey simplemente está preguntando si viste algo diferente. Cualquier cosa sospechosa".

El cantinero se reclinó de nuevo y frotó su barbilla.

"No es fácil decirlo. El lugar estaba lleno. No puedo recordar una serie de caras. Entran y salen tan rápido, y la mitad del tiempo, estoy de espaldas. Incluso si alguien vino a hurtadillas, es posible que no me habría dado cuenta".

"Estás olvidando al muchacho", dijo una voz.

Godfrey se volvió y vio a un anciano borracho, encorvado, sentado solo, en el extremo de la barra, que los miraba con recelo.

"¿Dijiste algo?", preguntó Godfrey.

El hombre estuvo callado durante un tiempo, miró a la barra, murmurando consigo mismo y Godfrey pensó que no hablaría nuevamente. Luego, finalmente, habló, sin mirarlos.

"Había un chico. Un chico diferente. Vino y se fue, realmente rápido".

Godfrey reconoció al viejo borracho; él era un cliente habitual. Habían bebido en el mismo bar durante años, pero nunca intercambiaron palabra alguna.

Godfrey y Akorth y Fulton intercambiaron una mirada de curiosidad, y entonces todos se levantaron y caminaron hacia el extremo de la barra. Tomaron asiento a cada lado del viejo, y él no se molestó en mirarlos.

"Díganos más", dijo Godfrey.

El viejo lo miró e hizo una mueca.

"¿Por qué yo?", respondió. "¿Por qué debería yo meter mi nariz en los problemas? ¿De qué me serviría?".

Godfrey se agachó, sacó una bolsa de monedas de oro gruesas de su cintura y las puso en la barra.

"Puede hacerte mucho bien", respondió Godfrey.

El viejo levantó un dedo con escepticismo, se estiró y abrió el saco. Miró dentro al alijo de oro, que probablemente era mucho más de lo que había visto en su vida, y silbó.

"Es un precio muy alto. Pero no me servirá de mucho si no tengo mi cabeza. ¿Cómo sé que tu hermano no va a enviar a sus hombres aquí a envenenarme también?".

Godfrey se agachó y puso un segundo saco de oro al lado del primero. Los ojos del viejo se abrieron de par en par, con verdadera sorpresa, por primera vez.

"Eso es suficiente dinero para que te vayas muy lejos de aquí — lejos del alcance de mi hermano — y nunca volverás a preocuparte", dijo Godfrey. "Así que ahora dime. No preguntaré otra vez".

El hombre aclaró su garganta, su mirada se detuvo ante las dos bolsas de oro, y después, finalmente, las agarró, las acercó a él y se dirigió a Godfrey.

"El era un plebeyo", dijo el anciano. "Un mensajero. Ya conoces los de su tipo. Lo vi antes, una o dos veces, en el salón de apuestas. Si le pagas a ese chico, hará cualquier diligencia que quieras. Esa noche estuvo aquí. Entró y se

fue. Nunca lo había visto aquí, ni antes ni después".

Godfrey analizó al viejo con cuidado, preguntándose si estaba mintiendo. El viejo también lo vio, sosteniendo su mirada, y Godfrey concluyó que no mentía.

"¿Dijiste en el salón de apuestas?", preguntó Godfrey.

El viejo asintió con la cabeza, y Godfrey, sin gastar tiempo, se dio vuelta y se fue rápidamente de la taberna; Akorth y Fulton le siguieron.

En un momento estaban afuera, corriendo por la calle, dando vuelta por los estrechos callejones, mientras se dirigían al salón de apuestas que estaba a unas cuantas calles. Godfrey sabía que era un lugar de pecado, con cretinos de todo tipo. Últimamente, la gente que acudía ahí era peor, así que se mantenía lejos, por miedo a involucrarse en otro pleito.

Godfrey y sus amigos abrieron la puerta chirriante del salón de apuestas, y de inmediato fue golpeado por el ruido. La pequeña sala debe haber tenido un centenar de personas, todas participando afanosamente en juegos de azar, encorvados sobre las mesas, apostando con monedas extrañas, con todo tipo de monedas. Godfrey buscó entre la multitud, a un chico, a alguien menor de edad, pero no vio a nadie de su edad o menor. Todos eran mayores, la mayoría de pocos recursos, jugadores de toda la vida, con toda esperanza perdida en sus ojos.

Godfrey se apresuró a buscar al administrador, un hombre gordo, de corta estatura, moviendo los ojos y que no lo miraría a la cara.

"Estoy buscando un chico", dijo Godfrey: "el mensajero".

"¿Y para qué lo quieres?", le contestó el hombre.

Godfrey se agachó y empujó un saco de monedas de oro en la mano del hombre. El hombre lo analizó, sin mirar aún a Godfrey a los ojos.

"Se siente ligera", dijo el hombre.

Godfrey empujó otro saco sobre la mano del hombre, y finalmente él sonrió.

"Gracias por el oro. El chico está muerto. Encontraron su cuerpo anoche, en las calles, con el resto de las aguas residuales. Alguien lo mató. No sé quién. O por qué. No significa nada para mí".

Godfrey intercambió una mirada de desconcierto con Akorth y con Fulton. Alguien había matado al chico que fue enviado para matarlo. Fue Gareth, sin duda alguna, cubriendo sus huellas. Godfrey se sintió descorazonado. Eso significaba otro callejón sin salida. Godfrey se devanaba los sesos.

"¿Dónde está el cadáver?", preguntó Godfrey, queriendo estar seguro que

este hombre no estaba mintiendo.

"En la fosa común", dijo el hombre. "No lo quería frente a mi negocio. Si quieres puedes ver atrás, pero estás perdiendo el tiempo". El hombre lanzó una carcajada. "Está tan muerto como la muerte".

Todos se volvieron y salieron apresuradamente del lugar; Godfrey ansioso por escapar de ese hombre, de ese lugar, y salieron rápidamente por la puerta de atrás, hacia el camino, hasta que llegaron a la fosa común.

Godfrey analizó las docenas de montículos de tierra fresca, palos y marcadores en el suelo con las formas de diferentes tipos de dioses a los que oraban. Buscó una reciente — pero había muchas que parecían recientes. ¿Muchas personas mueren en la Corte del Rey diariamente? Era abrumador.

Mientras caminaba Godfrey, dando vuelta a una hilera de tumbas, vio a un niño arrodillado frente a una de ellas. La tumba que estaba ante él, era más reciente que la mayoría. Mientras Godfrey se acercaba, el muchacho, de tal vez unos ocho años, se dio vuelta y lo miró, después, repentinamente se puso de pie, con miedo en sus ojos y salió corriendo.

Godfrey miró a los demás, perplejo. No tenía idea de quién era ese chico o de qué hacía aquí, pero él sabía una cosa: si corría, tenía algo que ocultar.

"¡Espera!", gritó Godfrey. Empezó a perseguir al muchacho, tratando de atraparlo, cuando desapareció en la esquina. Tenía que encontrarlo, fuera cual fuera el costo.

De alguna manera, él sabía que este muchacho tenía la clave para encontrar a su asesino.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Thor se sentó junto a sus hermanos de La Legión, alrededor de una fogata rugiente en el centro de Sulpa, con sus músculos cansados después de un largo día de trabajo. Habían pasado todo el día ayudando a los aldeanos a la reconstrucción, subiendo las mangas de sus camisas y trabajando tan pronto como se fueron de la casa de Selese. Reece todavía no estaba lo suficientemente fuerte para unirse a ellos, así que había pasado el día durmiendo y recuperándose en la cabaña de ella — el décimo miembro de La Legión, se estaba recuperando de su pierna aplastada. Habían quedado Thor, O'Connor, Elden, los gemelos y algunos otros, y habían trabajado hasta que salió el segundo sol, para ayudar a reforzar las simples defensas que este pueblo tenía, reconstruyendo las paredes, remendando techos, despejando los escombros, apagando incendios, reforzando las puertas. A Thor no le parecía gran cosa, pero para estos pobladores, podía ver que significaba mucho. Thor sintió una gran satisfacción cuando vio sus expresiones de agradecimiento, muchos de ellos finalmente pudieron regresar cómodamente a sus hogares.

El fuego crepitó ante él; Thor miró a su alrededor y vio a sus hermanos igualmente cansados. Estaba muy emocionado de tener de vuelta a Reece, sentado junto a él, un poco débil, pero recuperándose y con buen ánimo. Su día de recuperación había ido bien y parecía haber vuelto a ser él mismo. Había estado cerca.

"Pero cuando desperté, ella ya se había ido", le dijo Reece a Thor. "¿Crees que eso significa que no le agrado?"

Thor suspiró. Reece había estado hablando sin parar acerca de Selese, desde que se había ido de su cabaña. Thor nunca había visto así a su amigo; él estaba obsesionado con esa chica y no hablaba de otra cosa.

"No sabría decirte", dijo Thor. "Ciertamente no parecía que le desagradabas. Parecía más... divertida por ti".

"¿Divertida?", preguntó Reece, a la defensiva. "¿Eso qué significa? Eso no parece bueno".

"No, no quise decir eso", dijo Thor, tratando de dar marcha atrás. "Pero tienes que admitir, que estabas delirando — ni siquiera la conocías y le dijiste que la amabas".

Se oyeron las risitas de O'Connor, Elden y los gemelos, que estaban

escuchando alrededor del fuego, y Reece enrojeció. Thor se sintió mal. No había querido avergonzar a su amigo; sólo estaba diciendo la verdad como la vio.

"Escucha, amigo mío", dijo Thor, poniendo una mano sobre su hombro. "No hay ninguna razón para pensar que no le agradas. Tal vez fuiste muy directo y ahora ella no sabe qué pensar de eso. Tal vez no pensó que estabas siendo genuino. Tal vez deberías volver con ella en la mañana y ver cómo reacciona".

Reece miró hacia la tierra, tocándola con la punta del pie.

"Creo que he arruinado mis posibilidades", dijo él.

"Nunca es demasiado tarde", dijo Thor.

"¿Estás bromeando?", preguntó Elden. "Estamos a mitad del desierto. ¿Qué chica del campo no querría que se la llevaran de aquí?".

"A algunas personas les agradan sus aldeas", dijo O'Connor.

"Este lugar es agradable", dijo Conven, "pero no es la Corte del Rey. Estoy seguro de que ella querría irse contigo".

"¿Estás seguro de que te la quieres llevar?", preguntó Conven. "Esa es la cuestión. Ni siquiera la conoces".

"La conozco lo suficiente", dijo Reece. "Me salvó la vida. Ella es la chica más hermosa que he visto".

Los otros chicos intercambiaron una mirada cautelosa.

"Esa fue la medicina", dijo Elden. "Apuesto a que si la hubieras conocido en otras circunstancias, ni siquiera la mirarías dos veces".

"Eso no es verdad", dijo Reece, enrojeciendo, enojándose más cada vez, decidido.

El grupo se quedó en silencio, y Thor pudo ver en los ojos de Reece, una determinación como nunca había visto antes. Le sorprendió. Pensó que conocía todo acerca de su amigo — pero nunca había visto esta parte de él. Por otra parte, nunca habían tenido mucha oportunidad de estar con las chicas, ya que entrenaban todo el tiempo.

"Tal vez tiene un compromiso con otra persona", dijo Reece suavemente a Thor, mirándolo. "¿Dijo algo más acerca de mí? ¿Después de que me quedé dormido?".

Thor no podía soportarlo más.

"Lo siento", dijo Thor, tratando de añadir en su voz un sentido de finalización de la conversación. "Ojalá que le hubiera hecho más preguntas. Pero me fui rápidamente para ayudar en la reconstrucción. Yo no la he visto desde entonces. Ve a verla en la mañana. Estoy seguro de que responderá a

todas tus preguntas. ¿Cómo puede no hacerlo? Después de todo, eres de la realeza. ¿Realmente crees que te rechazaría?"

Reece miró al suelo y se encogió de hombros. Thor podía ver el miedo y la duda en sus ojos y se dio cuenta de que Reece estaba nervioso. Thor recordó la primera vez que había hablado con Gwendolyn y entendió. Nunca había visto a Reece tener miedo a nada, pero mirándolo ahora, se preguntaba si Reece sería capaz de reunir el valor suficiente para acercarse a ella por la mañana.

Thor entendió muy bien. Era el menos indicado para hablar. Él no había sido capaz de reunir el valor suficiente para pedirle a Gwendolyn casarse con él. De alguna manera, se dio cuenta, de que el valor que se necesitaba para combatir no era nada comparado con el que requería para enfrentar el rechazo de una chica que amaba.

Llegaron más aldeanos, distribuyendo una nueva ronda de palos de goko, una sustancia roja masticable, con largos palos en el extremo, que Thor y los demás ponían sobre el fuego. Siseaban mientras los ponían sobre las llamas, ardían de manera brillante, y luego se quemaban rápidamente. Thor sopló el suyo y se lo comió. Era dulce y delicioso. Ellos habían ayudado a esos aldeanos, pero a cambio, esos aldeanos los habían tratado muy bien. Todavía estaba lleno de la gran comida que les habían dado antes.

Mientras el grupo estaba en silencio, Thor se recargó en un codo y miró al cielo nocturno, a las estrellas brillantes rojas y amarillas, que estaban tan lejos. Sus pensamientos volvieron hacia Gwendolyn. Pensó en su último viaje, en la Casa de los Eruditos, pensó en esos libros. Vio las estrellas distantes y pensó nuevamente en su madre, en ese mapa, en la Tierra de los Druidas. Se preguntaba si alguna vez llegaría allí. Se preguntó por qué tenía que haber un mar entre él y su madre, por qué nunca la había conocido. Se preguntó otra vez acerca de su destino.

Thor sentía que había un misterio, fuera del alcance de sus pensamientos. Sus pensamientos se arremolinaban mientras trataba de llegar al fondo de esto, pensando en su madre, su padre, su educación, los Druidas. Pero había sido un día largo, muy largo, y su mente fue superada con el agotamiento; aunque trató de combatirlo, la brisa fresca de otoño lo fue arrullando para dormir, y antes de que él se diera cuenta, sus ojos se cerraron solos.

*

Thor caminó lentamente por las calles de su ciudad natal, que estaban desoladas, con las puertas abiertas, cada hogar estaba vacío. El viento sopló,

enviando nubes de polvo y enormes plantas rodadoras yendo hacia Thor. Thor levantó sus manos a la altura de sus ojos y las apretó. Él no sabía lo que hacía aquí, pero sentía que necesitaba estar aquí por alguna razón, que había algo que necesitaba ver.

Dio vuelta a la esquina de su antigua calle, y a lo lejos vio su casa, que se acercaba rápidamente. La puerta estaba entreabierta, y entró.

Todo estaba exactamente como lo había dejado. Pero ahora estaba vacía. Su padre se había ido, y Thor sintió que él se había ido hacía mucho tiempo.

Thor salió por la puerta de atrás, hacia el cobertizo donde solía dormir, y al hacerlo, se sorprendió al ver a una mujer de pie en la puerta. Vestía túnicas azules y llevaba un bastón largo y elaborado, de color amarillo. Una luz azul brilló de su cara, tan intensa que no pudo distinguir sus facciones. Sintió que ella era alguien importante en su vida. Tal vez, incluso, se atrevió a desear que fuera su madre.

"Thorgrin, hijo mío", dijo ella, con su voz tan amable, tan suave, "te espero. Es hora de que vuelvas a casa. Es hora de que sepas quién eres".

Thor se acercó a ella, con la curiosidad de ver su cara, para saber más. Su energía lo atrajo como un imán, pero mientras más se acercaba, más intensa era la luz, y él elevó sus manos y se dio cuenta de que no conseguiría acercarse más.

"¿Madre?", preguntó él. "¿Eres tú?".

"Vuelve a casa, Thorgrin", dijo ella, con ansiedad. "Vuelve a casa ahora".

Ella dio un paso adelante y sujetó sus hombros, y Thor sintió una intensa energía circulando a través de él, sintió que su cuerpo infundía luz. Todavía no podía ver el rostro de ella; se acercó y protegió sus ojos de la luz, que se sentía como si quemara a través de él.

Thor se sentó, jadeando, mirando a su alrededor. Se sorprendió al darse cuenta de que había estado soñando. Había parecido tan real.

Thor se acostó en el suelo, con los demás miembros de La Legión ante el fuego agonizante, donde se había quedado dormido. Los otros todavía dormían. Se volvió para ver el crepúsculo en el horizonte, el primer sol inundaba el cielo de amarillo y púrpura.

Se paró y limpió el sudor de su frente como meditando sobre su sueño. Había sido tan vívido; su corazón aún latía acelerado. Realmente había sentido como si hubiera encontrado a su madre. Y las palabras de ella, seguían resonando en su mente. Parecían ser un mensaje. Más que un mensaje — parecía una orden.

Vuelve a casa.

Thor sintió ansiedad, sintió que había un gran mensaje esperándolo en su ciudad natal. Un gran secreto esperando ser revelado. El secreto de quién era él. De quién era su madre.

Caminó sobre el arroyo borboteando, se arrodilló y salpicó agua fría en su rostro, tratando de sacudirlo. Pero no pudo. Se aferraba a él, con la sensación persistente de que debía ir allí. ¿Lo estaba imaginando? ¿Fue una ilusión? ¿Fue sólo un sueño fantástico? Era difícil saber lo que era un sueño, y lo que era un mensaje. ¿Cuándo intervino su inconsciente para ver un mensaje tan claramente?

"A veces los sueños son más que sueños", se escuchó una voz.

Thor conocía esa voz, y le hizo sentir un escalofrío por su columna.

Se volvió lentamente para ver a Argon allí de pie, sosteniendo su vara, vestido con sus túnicas blancas, mirando el amanecer. Ni siquiera dirigió su mirada hacia Thor.

Thor se sentía aliviado de verlo; fue como ver a un viejo amigo.

"Argon", dijo Thor. "Dime, por favor. ¿Todo fue verdad? ¿El sueño? ¿Mi madre me está esperando?"

"Sí y no", respondió él.

Thor quedó perplejo.

"¿Debo regresar a mi ciudad natal?", preguntó presionando.

"Ya sabes la respuesta".

Thor lo sabía. Lo sentía. Tenía que ir.

¿"Pero ella me está esperando ahora? ¿Cómo llegó ella ahí? ¿Qué hace ella allí?"

"Algunas cosas tienes que averiguarlas por tu cuenta", dijo Argon.

"Depende de ti hacer el viaje".

De repente, Argon desapareció. Thor miró a todos lados, buscándolo, pero se había ido.

Thor frotó su cara varias veces, preguntándose si había imaginado todo.

Pero él estaba seguro de que no era así. Primero fue el sueño. Después, Argon. Thor creyó que era una señal que ya no podía ignorar. Se sentía de la misma manera como el día fatídico cuando dejó su aldea y se embarcó por primera vez hacia la Corte del Rey. El universo le estaba diciendo algo. Tenía que volver a su ciudad natal. Algo le aguardaba allí. Había un secreto que necesitaba descubrir. ¿Era por eso que el destino había enviado a Thor aquí, a este pueblo lejano, que compartía el mismo camino que la de su ciudad natal?

Se preguntaba eso. ¿El universo le había estado dando señales todo el tiempo?

Thor se irguió, pasó sus manos mojadas por su cabello y decidió. Debía ir. Necesitaba respuestas. Su ciudad natal estaba apenas a un día de viaje de aquí, y él podía ir y regresar antes de la puesta del sol. Sus hermanos de La Legión estarían bien sin él, por un día. Era arriesgado, porque dejaría su puesto, y si los comandantes de La Legión se enteraban, podría ser castigado. Pero no había mucho que hacer aquí hoy, de todas formas, aparte de más reconstrucción. No estaban en guerra, y Thor estaba convencido de que sus amigos estarían a salvo.

Thor se volvió y se dirigió a su caballo, preparándose para salir antes de que el sol se elevara más alto.

De repente, se escuchó una voz.

"¿Adónde vas?"

Thor se volvió y vio a Reece, allí de pie, mirando mucho más recuperado, totalmente vestido. Thor se detuvo y se volvió hacia él.

"Reece", dijo. "Te ves bien. Me alegra ver que te sientes mejor".

"Lo estoy", dijo él, su energía había regresado. "Mucho mejor. De hecho, voy a ir ahora a visitar a la chica que me ayudó".

Thor sonrió.

"No pierdes el tiempo, ¿verdad?", Thor señaló, mirando el amanecer. "Me alegro por ti".

Thor admiró su valor. Él sabía lo que costaba.

Reece sonrió tímidamente.

"¿Y tú?", preguntó, mirando al caballo de Thor. "Parece como si fueras a algún lugar".

Thor aclaró su garganta, preguntándose cuánto podría decir. No podía confiar en nadie más que en Reece, y decidió decirle.

"Tuve un sueño", respondió Thor. "Parecía una señal. Tengo que visitar mi ciudad natal. Voy a regresar antes de la puesta del segundo sol. ¿Puedes cubrirme?"

Reece asintió solemnemente.

"Haz lo que te diga el destino", dijo él.

Reece dio un paso adelante y apretó el antebrazo de Thor con firmeza.

"Me salvaste la vida ayer. Nunca lo olvidaré".

Al apretar sus brazos, Thor sintió más que nunca que Reece era su verdadero hermano, que estaba más cerca de él que de cualquier otra persona. Y cuando pensó en regresar a casa, al lugar donde fue criado con tres

hermanos que lo odiaban, Thor se sintió más agradecido con Reece de lo que él imaginaba.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Luanda estaba encadenada a un muro de piedra en la mazmorra de McCloud, con cada una de sus muñecas y tobillos atados con cadenas de hierro. Su cuerpo se estremeció de agotamiento, de miedo y de hambre. Ella se preguntaba cómo siendo una princesa real, primogénita de los MacGil, se había encontrado en esa posición, había llegado tan bajo. Era difícil de creer. Hacía apenas unos meses, ella había imaginado su vida con mucha alegría. Ella se había imaginado casada con un príncipe McCloud, se había imaginado en convertirse en reina del Reino McCloud. Y ahora, aquí estaba, prisionera en su propia cancha, tratado como un criminal común — y peor.

El mayor de los McCloud era una criatura malvada, lo más bajo de la humanidad. Ella nunca había encontrado a un hombre más grosero, más vil, más despiadado, en su vida. Él aterrorizaba a todos y a todo a su alrededor y aunque ella había tomado la oportunidad y había fallado y terminó donde estaba, no se arrepentía de su intento por acabar con su vida en esa casa, de regresar a su ciudad natal, cuando ella había intentado salvar a esa pobre chica del ataque. Había sido un error pensar que podría matarlo, como le había advertido Bronson. Y en retrospectiva, había sido una estupidez. Aun así, ella no se arrepentía.

Luanda cerró los ojos y pasó por su mente la horrible imagen de Bronson siendo atacado por su propio padre, de verlo perder su mano en su intento por salvar su vida. Se sintió abrumada por las oleadas de culpa. Ella amaba más que nunca a Bronson, lo admiraba por haber adoptado finalmente una postura contra su padre, y admiraba y apreciaba su sacrificio más de lo que él podría imaginar. También sintió una repulsión reciente por su padre, más fuerte que nunca.

Ella tenía que salir sola de esta mazmorra y tenía que rescatar a Bronson, quien iba a ser ejecutado, antes de morir a manos de su propio padre. Y ella tenía que sacarlos de esta ciudad, fuera del territorio de McCloud, volver, de alguna manera a las Tierras Altas, a la seguridad al lado de los MacGil. Tenía que volver a la Corte de su padre, y esperaba que no le dieran la espalda.

Pero ahora, todo eso parecía muy lejano. Bronson podría ya estar muerto, hasta donde sabía, y si seguía ahí, encadenada, no había ninguna esperanza a la vista para evadir sus carceleros. De hecho, ella tenía cosas más urgentes en su

mente: sus carceleros, dos cretinos, habían tomado turnos para atormentarla toda la noche. Uno agarraba su cabello, el otro tiraba de su blusa; uno le amenazaba con una cuchilla, otro con un hierro caliente. Todavía no la habían violado o torturado. Pero sus amenazas habían continuado durante horas, e iban en aumento. Sentía como si ellos estuvieran gestando algo, y si sus amenazas eran verdaderas, sabía que sería violada y torturada y abandonada a morir antes de que el sol saliera. Eran dos hombres de corta estatura, repugnantes, sin afeitar, con cabello grasoso, vistiendo el uniforme de los McCloud, y sintió que cumplirían con su palabra. Sus horas estaban contadas. Tenía que encontrar una salida y rápido. Era hora de entrar en acción. Pero no sabía qué hacer.

"Yo digo que la cortemos lentamente", le dijo uno al otro, con una sonrisa malvada en su rostro, revelando los dientes podridos.

"Yo diría que primero la quememos", dijo el otro.

Ambos rieron, divertidos con sus propios chistes y Luanda trató de pensar rápido, más rápido que nunca en su vida. Siendo una mujer, nadie le había reconocido nunca su inteligencia — pero era lista, por lo menos tan inteligente como su padre, tan inteligente como cualquiera de los otros hijos de MacGil. A lo largo de su vida, ella había logrado encontrar la salida de casi cualquier cosa.

Ella convocó a su fuerza interior, a toda la astucia que había tenido en su vida — la astucia de generaciones de Reyes MacGil, cuya sangre corría a través de sus venas. Ella cerró los ojos y pensó, buscando una solución adecuada para ella.

Y entonces, llegó una.

Era exagerada y probablemente no funcionaría, pero tenía que intentarlo.

"¡Haré cualquier cosa que digan!", gritó ella repentinamente, con su voz ronca.

"¡Sabemos que lo harás!", gritó uno de ellos. "¡No tienes elección!".

Ambos rieron a carcajadas.

"Eso es no es lo que quise decir", dijo ella, con el corazón latiendo aceleradamente. "Si me liberan", añadió, "voy a mostrarles los placeres como nunca han conocido en su vida".

Los dos carceleros se miraron mutuamente, con una sonrisa en sus rostros, debatiendo. Ella se preguntó si se lo estaban creyendo.

"¿Qué placeres, exactamente?", preguntó uno de ellos, acercándose a ella, tanto, que ella podía oler su aliento a podrido mientras le ponía una cuchilla

en la garganta.

"Placeres más allá de lo que cualquier mujer les ha demostrado", dijo ella, tratando con todas sus fuerzas de sonar convincente.

"Eso no me impresiona", dijo el otro, despectivamente; "he pasado mi vida en burdeles. ¿Crees que hay algo que me puedas mostrar que una prostituta común no haya hecho?"

Los dos volvieron a reír a carcajadas, y otro tomó su atizador de metal y lo sumergió en el fuego ardiente hasta que la punta brillaba de color naranja.

"Además", dijo él, volviéndose hacia ella. "Prefiero torturarte, de todos modos. Eso me da más placer. El rey dijo que eres nuestra y que hagamos lo que queramos. ¡Y por supuesto que lo haremos!"

Los ojos de Gwen se abrieron de par en par, de terror, mientras el atizador se acercaba a su rostro; estaba tan caliente que la hacía sudar a treinta centímetros de distancia. Ella vio la sonrisa maliciosa en la cara del hombre, y sabía que en un momento, su cara quedaría marcada para siempre.

"¡Esperen!", gritó ella. "¡No solo les ofrezco placer! ¡También riquezas! ¡Soy la hija de un rey, para que no lo olviden! ¡Les daré más dinero de lo que pueden imaginar! ¡Sin duda, más dinero del que McCloud tendrá jamás!"

Sus carceleros se detuvieron, intrigados por primera vez.

"¿Y cuánto sería, exactamente?", preguntó él.

"Más de lo que puedes cargar. Carretillas completas. Una casa entera, si quieres".

"¿Y cómo harías eso?", preguntó el otro, acercándose.

"Le enviaré un mensaje a mi padre. Él me enviará lo que yo quiera. ¿No vieron nuestra boda? ¿Las joyas que llevaba?"

Los dos atacantes se miraron mutuamente, inseguros.

"Tu padre está muerto", dijo uno.

"Pero perdura su reino", dijo, pensando con rapidez. "Mi madre todavía vive. Igual que mis hermanos. Les enviarán cualquier riqueza que quieran, si escribo una carta".

Uno de ellos se acercó más, sosteniendo la cuchilla más cerca de la garganta de ella.

"¿Por qué no mejor te matamos y ya", dijo él lentamente, "escribimos una carta con tu nombre y tomamos las riquezas, de todos modos?"

"Porque no conocen mi caligrafía", dijo ella, pensando más rápido que nunca. "Ellos jamás lo creerían, si no está escrita por mí. ¡Entonces no tendrían nada! ¡Sin duda, les valdría más tener todo ese oro, a que yo muera!"

Se miraron el uno al otro, debatiendo.

"¿Qué nos impide obligarte a escribir a la carta, y después matarte? ¡Así conseguimos el oro, te torturamos y te matamos!".

Ella los miró, aterrorizada. Ella pensó rápido y se le ocurrió una solución.

"Haré lo que quieran", dijo ella. "Me pondré a su misericordia. Pero no puedo escribir con las manos atadas. Libérenme y tráiganme una pluma y pergamino, y elegirán lo que quieran hacer conmigo".

Los dos hombres se miraron mutuamente, y después, finalmente, uno asintió con la cabeza al otro, lamiendo sus labios.

"Eres más estúpida de lo que pensé", dijo uno, acercándose unos centímetros detrás de ella y liberando cada uno de los grilletes con una llave donde se unían con la pared de piedra.

"¡Porque ahora tomaremos tu carta, y entonces te soltaré y te violaré y torturaré toda la noche!".

Los dos estallaron en carcajadas estruendosas.

Tan pronto como el hombre terminó de abrir su segundo grillete, Luanda irrumpió en la acción. Cada grillete estaba fijado a la pared por una cadena de hierro de noventa centímetros, con un grillete en la muñeca y el otro en la pared. Mientras su carcelero abrió la que estaba en la pared, dejando su muñeca todavía encadenada y conectada a la cadena; ella sabía que sólo tenía una oportunidad para esto.

Ella giró con la muñeca, todavía atornillada al grillete, hizo girar la pesada cadena de hierro sobre su cabeza, y la bajó con todas sus fuerzas, dirigiéndola a la cara del hombre, mientras él caminaba descuidadamente delante de ella.

Le había subestimado. Ellos no esperaban que ella tendría la reserva de energía que necesitaba, que tenía los medios para usarla, que tenía el conocimiento y la astucia de la hija de un rey, de quien había sido entrenada toda su vida por los mejores guerreros del rey.

Y ese fue su último error.

Luanda convocó cada habilidad que tenía, cada onza de valor, mientras giraba la cadena alrededor y la hacía caer en la cara de su carcelero. Tomó puntería, y su objetivo fue cierto.

La cadena salió volando, con el pesado grillete de hierro en el extremo, justo hacia la nariz de su carcelero. Fue un golpe perfecto, y ella le había golpeado con fuerza, estrellándolo sobre el puente de la nariz y enviándolo dando tumbos, varios centímetros hacia atrás, aterrizando en el suelo, gritando de agonía. Dejó el atizador de hierro caliente y levantó las manos para tocar

su cara.

Sin dudarle, Luanda giró con la otra mano y apuntó a garganta del otro carcelero, mientras él cometía el error de su darle la espalda a ella y mirar a su amigo. La cadena se enrolló sola alrededor de su garganta, y ella inmediatamente, con la otra mano, tomó el otro extremo y lo apretó.

El hombre se resistió violentamente, y ella lo agarró con todas sus fuerzas mientras resistía, apretando cada vez más y más. Él hizo todo lo que pudo para liberarse, pero ella lo estranguló con todas sus fuerzas. Él se acercó e intentó liberar la cadena de su garganta una y otra vez — pero ella apretaba demasiado fuerte. Ella estaba aguantando como si su vida dependiera de ello. Y así era.

El otro hombre se fue levantando lentamente del suelo, poco a poco se apoyó sobre sus manos y rodillas, y ella esperaba y oraba que tendría tiempo para terminar de asfixiar a este hombre hasta morir, antes de que el otro se acercara a ella.

Ella apretó más y más, mientras el hombre gritaba, gorgoteando, luchando, dando sacudidas como un animal salvaje. En un momento dado, incluso llegó a darle a ella un codazo en el estómago.

Dolía, pero ella no lo soltaba, y no se detenía. Había demasiado en juego.

El otro hombre finalmente se puso de pie, levantó la mano y sujetó el atizador de hierro caliente y la atacó. Ella no tuvo tiempo suficiente. El otro hombre seguía vivo, retorciéndose, a manos de ella. Simplemente no moría.

No podía soltarlo para defenderse. Ella había trasegado su cerebro para lograr una estrategia.

El otro hombre la atacó, con el atizador caliente delante de él; ella esperó hasta el último momento y luego lo esquivó, quitándose del camino, y jalando, en cambio, al hombre que estaba asfixiando frente a ella, usando el cuerpo de él como escudo.

Funcionó. El hombre perforó a su compañero, en vez de a ella, metiendo el atizador por completo hasta el corazón de su amigo, mientras él clamaba, y ella lo asfixiaba. Finalmente, su cuerpo se aflojó en sus manos, con el atizador alojado en su pecho.

El otro se quedó ahí, anonadado, mirando fijamente el cadáver de su amigo.

Luanda no esperó. Ella dejó el cadáver y con el mismo movimiento, giró la mano por lo alto y golpeó al otro atacante con fuerza, en la cara, con el grillete de hierro, una segunda vez. Su objetivo, otra vez, era cierto, y le rompió la nariz una segunda vez, tirándolo de espaldas, gimiendo de dolor.

No quiso arriesgarse. Ella estiró la mano, sacó el atizador caliente del pecho del hombre muerto, luego subió la mano, se inclinó y lo llevó hacia el tórax del otro hombre.

Él se sentó, chillando, con la sangre brotando de su boca, mirando con los ojos bien abiertos hacia el techo, como si no lo creyera.

Entonces, un momento después, se puso rígido, y se desplomó, muerto.

Gwen cayó de rodillas, revisó el cinturón del hombre, encontró la llave y abrió los grilletes de sus pies, y luego los de las muñecas. Los frotó, más dolorida que nunca, con profundas contusiones donde había sido sujeta.

Miró hacia abajo, a sus dos carceleros, muertos, era un verdadero desastre. Llena de rabia, escupió sobre los dos.

Se agachó y tomó una de sus dagas. Iba a necesitarlas, a donde fuera. Ella no podía dejar ese lugar sin su marido. Y ella iba a liberarlo, aunque le costara su vida.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Thor cabalgó solo a través del desierto, yendo al oeste, mientras el primer sol comenzaba a elevarse, y su corazón estaba a la expectativa. Él había estado viajando durante horas, con una sensación de culpa por dejar a sus hermanos allá, pero sintiendo más que nunca que era un viaje trascendental, cabalgar hacia su destino. Después de su sueño y su encuentro con Argon, sintió que un gran secreto lo esperaba en su ciudad natal, y mientras cabalgaba, sintió un hormigueo a través de su cuerpo, se sintió en el precipicio de un gran descubrimiento.

Thor también sintió temor. Él no había visto a su padre ya que él se había ido furioso ese fatídico día, después de su discusión, y nunca había regresado. Se preguntaba qué pensaría su padre de él, ahora. ¿Su padre sentiría remordimiento? ¿Lamentaría que había tratado tan duramente a Thor? ¿Lamentaría haber favorecido tanto a sus hermanos? ¿Echaba de menos tener a Thor alrededor? ¿Le ofrecería disculpas y le daría la bienvenida a Thor? ¿Querría que Thor se quedara? ¿Estaría orgulloso de Thor cuando viera al guerrero en que se había convertido, lo que había logrado, contra todo pronóstico?

¿O sería el mismo padre odioso y envidioso de siempre? ¿Aquel que siempre había estado en competencia con él, que siempre había favorecido a sus hermanos? ¿Quién se había negado a reconocer la individualidad de Thor, sus rasgos positivos, sus talentos únicos? ¿Ese que, a cada momento, intentó con todas sus fuerzas humillar a Thor? Ese era el padre que siempre había conocido. Era el padre, que había llegado a odiar.

Thor había intentado amarlo tantas veces, acercarse a él, pero su padre sólo lo presionaba, encontraba la forma de poner barreras entre ellos. Finalmente, Thor se había rendido.

Mientras Thor pensaba en ello, llegó a la conclusión de que su partida probablemente no había cambiado mucho a su padre, si es que lo había hecho. Probablemente, era la misma persona envidiosa, testaruda, rencorosa. Muy probablemente, no estaría feliz de ver nuevamente a Thor. Probablemente lo compararía, como siempre hizo, con sus tres hermanos, sólo viendo su mayor altura y mayor tamaño, como prueba de que eran superiores a él. Su padre era quién era, y nada podía cambiar eso. Ni siquiera el amor de Thor.

Su padre era víctima de su propia personalidad. Pero eso no era excusa: su padre debió haber sido lo suficientemente fuerte para superar su propia personalidad, al menos lo suficiente para ser amable con Thor. Llegó a un punto, Thor se dio cuenta, en que solamente podría perdonar a su padre, por su personalidad. Después de cierto punto, su padre tenía que tomar alguna responsabilidad personal.

Thor pateó su caballo con más fuerza, mientras cambiaron del páramo a senderos bien pavimentados y pastizales, acercándose más a la casa que conoció una vez. Era raro venir acá, a este camino conocido, yendo a casa — esta vez, en un caballo propio, un fino animal, mejor que cualquier guerrero, que cualquier hombre adulto, en su ciudad natal. Y portar su propio armamento superior, y usando su propia armadura — y sobre todo, el emblema de La Legión. El pequeño alfiler negro del halcón en el pecho, brillando en el sol, del cual Thor se sentía más orgulloso de que nada. Una parte de él sentía como si regresara un héroe conquistador; sentía como si se hubiera ido de niño, y regresaba hecho un hombre. Igual a su padre. Aunque, por supuesto, su padre nunca reconocería eso.

Thor anduvo por los caminos conocidos, maravillándose de estar de regreso aquí. El día en se fue, nunca imaginó regresar, por ningún motivo. Y cuando había vivido ahí, nunca había imaginado salir. Toda la experiencia de estar aquí, era surrealista.

Thor se volvió hacia la carretera abierta que lo llevaba a su pequeño pueblo, recordándolo como la palma de su mano. Cuando vio la ciudad frente a él, estaba sorprendido: no había cambiado nada. Estaban las ancianas, todavía encorvadas sobre sus calderos, hirviendo su cena. Allí estaban los perros, corriendo, las gallinas, las ovejas... Era como si nadie hubiera cambiado de posición. Reconoció las caras, a las mismas ancianas, a los mismos ancianos, a los mismos chicos, todos con su misma rutina diaria. Era como si nada hubiera cambiado en el mundo para estas personas en todos esos meses que se había ido. Era difícil para él entenderlo. Porque él había cambiado tanto, tan rápido.

Thor había ido a muchos lugares desde que se fue, había pasado por muchas experiencias nuevas que habían cambiado su perspectiva: mientras este lugar una vez había parecido tan grande y tan importante, ahora le parecía pequeño y pintoresco. Incluso insignificante. No podía creer que alguna vez le hubiera parecido importante. Lo que una vez había le hacía sentir conocido y reconfortante, ahora le hacía sentir confinamiento. Thor apreciaba ahora cuán

grande era el mundo allá afuera, y finalmente pudo ver a este pueblo por lo que era: otro pueblo agrícola insignificante en la periferia de la Corte del Rey. Cabalgando por aquí, sentía claustrofobia; sentía un deseo de irse, casi no podía imaginar permanecer aquí para pasar la tarde.

Thor también sentía rabia de estar aquí — incluso un deseo de venganza. En esta ciudad él siempre había sido conocido como el más joven, el más débil, el menos ambicioso de los hijos de su padre; había sido conocido como el menos amado, el menos querido, el que estaba destinado a quedarse en casa, para atender a las ovejas. Él nunca había sido tomado en serio por nadie. Y nadie había esperado que se fuera. Estar aquí le había hecho sentir pequeño, sin valor. Era muy distinto a estar en la Corte del Rey, a la forma en que La Legión le hacía sentir. Ahora, mirando con una nueva perspectiva, tuvo un resentimiento profundo hacia este lugar.

Él desaceleró su caballo mientras se dirigía por la calle principal, hacia todas las miradas de los lugareños. Podía sentir las miradas, pero no se detuvo para hablar con nadie y no miró a nadie a los ojos. En cambio, cabalgó con orgullo hacia el centro, después dio vuelta por la calle de su casa, la que conocía de memoria. La que permanecía en sus sueños. Y en sus pesadillas.

Thor se encontró fuera de su vieja puerta, y bajó de un salto, sus espuelas tintineando, ató a su caballo y se dirigió hacia ella, con las armas sonando en su cadera. Thor notó que la puerta estaba entreabierta, y era extraño verla. Le hizo recordar su sueño con toda la fuerza. Sintió un tremendo calor subir a través de su cuerpo, y eso le dijo que algo importante iba a suceder.

Thor estiró la mano para tocar el llamador de hierro, pero al hacerlo, se oyó un ruido procedente de la parte trasera de la casa y reconoció el sonido: era su padre, golpeando en su forja, probablemente arreglando una de las herraduras del caballo, como lo hacía a menudo. El sonido era constante, y sin duda provenía del trabajo de su padre.

Thor dio la vuelta y caminó por el costado de la casa, preparándose para volver a mirar a su padre. Su corazón latía aceleradamente. Estaba más nervioso que cuando tuvo que cabalgar hacia la batalla. Una parte de él estaba ansioso por verlo, no podía esperar para saber si estaba orgulloso de él, no podía evitar tener la esperanza; pero otra parte de se sentía amedrentado y temía lo peor.

Thor dio vuelta a la esquina y allí estaba: su padre. Él estaba encorvado en su forja, vistiendo la misma ropa que le había visto cuando se había ido, martillando una herradura, como si fuera la cosa más importante del mundo.

Thor estaba parado allí, sintiendo frío de ansiedad, mirando a su padre, recordando su último encuentro. Su corazón latía más rápido mientras se preguntaba cuál sería la reacción de su padre al verlo.

Thor estaba parado, esperando pacientemente, sin querer interrumpirlo — y una parte de él no estaba seguro de qué hacía ahí, después de todo. ¿Había sido un error venir aquí? ¿Había sido un tonto al seguir su sueño?

Finalmente, su padre tomó un descanso. Dejó su yunque, se inclinó hacia adelante y se limpió el sudor que goteaba de su frente, con el dorso de su mano. Entonces se volvió — y al hacerlo, quedó paralizado. Se estremeció al ver Thor, sus ojos se abrieron de par en par, por la sorpresa.

Hubo un momento en que Thor estuvo lleno de esperanza, a la expectativa. ¿Todo sería diferente esta vez? Una parte de él esperaba que así fuera. Tal vez podrían comenzar de nuevo.

Pero mientras observaba, el rostro de su padre se ensombreció, y frunció el ceño.

Fruncir el ceño le dijo a Thor todo lo que necesitaba saber. Su padre no estaba arrepentido. Su padre no iba a perdonarlo. Su padre no quería empezar de nuevo. Era su mismo viejo padre.

"Y miren quién viene arrastrándose de vuelta a casa", dijo su padre, mirando a Thor de arriba a abajo, como si fuera un insecto. "Usando toda tu armadura sofisticada, ¿no? ¿Creíste que eso iba a impresionarme?".

Thor sintió que temblaba por dentro. Había olvidado lo malo, lo cortante que podía ser su padre; él no habría querido que pasara esto.

"Bueno, pues eso no me impresiona", continuó diciendo su padre. "En lo más mínimo. El día que te fuiste, moriste para mí. ¿Cómo te atreves a regresar?".

Thor sintió que le faltaba el aliento por la dureza de las palabras de su padre. Le hizo darse cuenta, en comparación, lo amable que las nuevas figuras paternas en su vida habían sido — MacGil, Kendrick, Erec. Ninguno de ellos era pariente suyo, pero todos habían sido mucho más amables con Thor. Le hizo comprender finalmente lo cruel y pequeño que era su padre — especialmente en comparación con otros padres — y qué mala suerte había tenido en ser su hijo. Era extraño para Thor, porque durante la mayor parte de su vida había idolatrado a su padre, había pensado que era el hombre más grande e importante que había en el mundo. Pero ahora que se había ido de ese lugar, ahora que había conocido a los otros, se dio cuenta de que todo había sido una ilusión.

Él estaba empezando a tener una nueva sensación: que su padre ya no era nada para él ahora. Empezaba a sentir que era un conocido lejano, al que le desagradaba encontrar de nuevo.

"No he vuelto a tu lado, padre", dijo Thor fríamente y con calma; temblando por dentro, pero respetuoso, como siempre había sido. "No he venido aquí para quedarme".

"¿Entonces para qué?", dijo su padre. "¿Dejaste algo? ¿O has venido a darme noticias de tus hermanos? Más vale que no sean malas. Ellos eran mejores hombres de lo que tú serás".

Thor trató de mantener la calma, intentó mantenerse valiente. Ahora se sentía nervioso alrededor de su padre, como siempre se había sentido, y no podía pensar tan claramente como lo había hecho antes. Siempre había tenido dificultad para enfrentarse a él, le costaba trabajo expresarse en el calor del momento. Pero esta vez decidió que las cosas serían diferentes.

"No, no he venido a traerte noticias de tus amados hijos", dijo Thor. Se sentía bien al pronunciar las palabras, y escuchó en su propia voz una nueva fuerza que nunca antes había sentido al hablar con su padre. Era la fuerza de un guerrero. La fuerza de quien se había hecho independiente, su propia persona.

Su padre debe haberlo intuido, porque se puso de pie, agitado, le dio la espalda a Thor y comenzó a jugar con sus herramientas, como si Thor no existiera.

"¿Entonces qué?", dijo él, sin mirar hacia Thor. "Porque si vienes a pedir perdón, no lo conseguirás. El día que te fuiste, perdiste a tu padre. Es imperdonable. Supe que entraste sin invitación en La Legión. ¿Crees que eso te hace un hombre? Robaste tu posición. Tuviste suerte. No te la merecías. Tal vez creas que eres un guerrero. Pero no eres nada. ¿Me entiendes?", preguntó, con la cara roja, enfrentando a Thor con rabia.

Thor se quedó en su lugar, empezando a sentir rabia él mismo. Había visto en su mente que esto sería diferente. Él había venido aquí con planes para hacer ciertas preguntas a su padre — pero ahora, en el momento, todas esas preguntas huyeron de él. En cambio, se le ocurrió otra pregunta.

"¿Por qué me odias?", preguntó Thor con calma, sorprendiéndose a sí mismo por tener la valentía de formular la pregunta.

Su padre se detuvo y lo miró, perplejo por primera vez desde que lo conoció. Entornó sus ojos hacia Thor.

"¿Qué clase de pregunta es esa?", preguntó. "¿Quién te dijo que te odio? ¿Eso es lo que te enseñan en La Legión? No te odio. Como dije, ya no eres

nada para mí ahora".

"Pero no me amas", Thor insistió.

"¿Y por qué debería hacerlo?", respondió. "¿Alguna vez hiciste algo para merecer mi amor?"

"Yo soy tu hijo", respondió Thor. "¿No es eso suficiente?"

Su padre lo miró, durante mucho tiempo y con intensidad, finalmente se dio la vuelta. Antes de hacerlo, Thor detectó una expresión diferente, que nunca había visto antes. De confusión.

"Los hijos no merecen el amor, sólo por ser hijos", dijo su padre. "Ellos deben ganárselo. Todo se debe ganar en este mundo".

"¿En serio?", contestó Thor, no dejándolo ir esta vez. En el pasado siempre se había rendido ante los argumentos de su padre, ante la forma abrupta de su padre de terminar una conversación, de decir la última palabra y negarse a escuchar nada más. Pero esta vez no. "¿Y qué debe hacer un hijo exactamente para ganarse el amor de su padre?"

Su padre se ruborizó, a punto de explotar, claramente aventajado y harto. Se volvió y fue hacia Thor, estirando la mano para agarrarlo por los hombros con sus manos fuertes y callosas, como había hecho tantas veces en la vida de Thor.

"¿Qué es lo que estás haciendo aquí?", gritó en la cara de Thor. "¿Qué es lo que quieres de mí?"

Thor podía sentir la ira de su padre pasando de las manos de él, a sus hombros.

Pero los hombros de Thor eran más grandes y anchos ahora, que cuando se había ido, y sus manos y antebrazos eran más poderosos, también, muchas veces más fuertes de lo que habían sido. Su padre siempre pensó que podría terminar una discusión por el acaparamiento de los hombros de Thor, agitándolo, infectarlo con su enojo, pero ya no. Tan pronto como las manos de su padre tocaron sus hombros, Thor las levantó entre las suyas y las retiró; después, con el mismo movimiento, empujó a su padre con la palma de sus manos, en su pecho, lo suficientemente fuerte como para enviarlo tropezando a una distancia de metro y medio, tan fuera de balance, que casi se cae.

Su padre miró a Thor, sorprendido, como preguntándose quién era él. Parecía como si lo hubiera mordido una serpiente. Su rostro seguía estando rojo de rabia, pero esta vez, se mantuvo una sana distancia y no se atrevió a acercarse a Thor — por primera vez en la vida de Thor.

"Nunca vuelvas a ponerme una mano encima", dijo Thor tranquilamente y

con firmeza. "No es una advertencia".

Thor era genuino. Algo dentro de él ya no toleraría ese tratamiento; algo dentro de él le advirtió que si su padre volvía a ponerle una mano encima, no sería capaz de controlar su reacción.

Algo tácito ocurrió entre ellos, y su padre parecía entenderlo. Se quedó ahí parado y bajó sus hombros sólo un poco, lo suficiente para que Thor se diera cuenta de que él no lo intentaría otra vez.

"¿Entonces has venido aquí para molestarme?", preguntó su padre, sonando quebrado, sonando viejo, en ese momento.

"No", dijo Thor, recordando finalmente. "He venido aquí a buscar respuestas. Respuestas que solo tú me puedes dar".

Su padre lo miró, y Thor respiró profundamente.

"¿Quién era mi madre?", preguntó Thor. "¿Mi *verdadera* madre?".

"¿Tu madre?", repitió su padre, tomado desprevenido. "¿Y por qué quieres saber eso?".

"¿Por qué *no querría* saberlo?", preguntó Thor.

Su padre miró hacia el suelo, y suavizó su expresión.

"Tu madre murió en tu parto. Eso ya te lo había dicho".

Pero no miraba a Thor cuando lo decía, y Thor presintió que no estaba siendo sincero. Thor era más sensible ahora, podía sentir las cosas más profundamente, y sintió que su padre estaba mintiendo.

"Ya sé lo que me dijiste", contestó Thor, con firmeza. "Ahora quiero la verdad".

Su padre lo miró, y Thor pudo ver que su expresión cambió una vez más.

"¿Con quién has hablado?", preguntó su padre. "¿Qué te dijeron? ¿Quién te ha metido ideas?".

"Quiero la verdad", exigió Thor. "De una vez por todas. No más mentiras. ¿Quién era mi madre? ¿Y por qué lo escondiste de mí?".

El padre de Thor lo miró, largamente y con hostilidad, y finalmente, después de varios momentos de silencio, cedió. Sus ojos cayeron y se veía como un anciano.

"Supongo que no tiene caso ocultártelo más", respondió. "Tu madre no murió en el parto. Era una historia que yo inventé, para que no hicieras preguntas. Tu madre está viva. Ella vive lejos de aquí".

Thor se sintió energizado. Él sabía que era cierto, pero escucharlo de su propio padre lo hacía realidad.

"¿En la tierra de los Druidas?", presionó Thor.

Los ojos de su padre se abrieron de par en par, por la sorpresa.

"¿Quién te dijo?" preguntó él.

"Ella es una Druida, ¿no?", preguntó Thor. "¿Eso significa que soy mitad Druida? ¿No soy completamente humano?"

"Sí", admitió su padre. "No era información que quería que se supiera en este pueblo".

"¿Y es por eso que siempre te avergonzaste de mí?", preguntó Thor.

"¿Porque mi madre era de otra raza?"

Su padre alejó la mirada, frustrado.

"Dime, entonces", presionó Thor, "¿cómo la conociste? ¿Por qué te divorciaste de ella? ¿Por qué no me crié con ella? ¿Por qué me criaste tú?"

Su padre sacudió la cabeza, una y otra vez.

"No entiendes", dijo él. "Es más complicado que eso".

"¿Dime!", Thor exigió, gritó, agrupando sus puños de rabia, utilizando una voz más feroz que nunca en su vida, con su padre.

Por primera vez en su vida, vio que su padre tenía miedo.

Su padre miró hacia atrás y finalmente, lentamente, dijo:

"No eres mío".

Thor lo miró, temblando de rabia, tratando de entender sus palabras.

"No soy tu padre", añadió. "Nunca lo fui. Yo sólo te crié como si fueras mío".

El corazón de Thor se aceleró en su pecho mientras captaba las palabras, las palabras de este hombre de quien una vez pensó que era su padre. Sintió que su mundo temblaba a su alrededor. Y de repente, todo tenía sentido. Por primera vez en su vida, todo tenía sentido.

Este hombre no era su padre.

"Entonces, ¿quién es?", preguntó Thor.

"Honestamente, no lo sé", dijo. "Nunca lo conocí. Sólo vi a tu madre una vez. Brevemente. Te dejó, siendo un bebé, te puso en mis brazos. Yo había estado con el rebaño, en la cima de la montaña. Y ella apareció, sosteniéndote en sus brazos. Ella dijo que yo tenía que criarte, que tú tendrías un gran destino, y que yo estaba destinado a ser tu cuidador. Ella era la mujer más hermosa y poderosa que había visto. Ella no era de este mundo. Fui débil al verla. Yo habría hecho cualquier cosa que ella me hubiera solicitado. Te tomé en mis brazos. Y luego desapareció.

"Me quedé abrazándote, solo en la cima de la montaña, y tan pronto como ella se fue, me pregunté por qué te había recibido. Cuando ella se fue,

recuperé mis sentidos. Pero me quedé contigo".

Le dolió a Thor escuchar esas palabras, pero al mismo tiempo, por primera vez en su vida, todo parecía verdadero.

Pero eso todavía no explicaba quién era su verdadero padre. O por qué este hombre había sido elegido para criarlo.

"Antes de que ella se fuera, me dio una orden. Ella me dijo que el día que te enteraras de ella, tenía que darte algo".

Se volvió y caminó por el pequeño patio hacia un cobertizo, y Thor lo siguió adentro.

Él se arrodilló en su piso de madera, utilizó su gran palma carnosas para quitarle el polvo y reveló un compartimiento oculto. Sopló en él, revelando un cerrojo, luego lo giró y lo subió con toda su fuerza. De treinta centímetros de espesor, lo levantó lentamente, y salió aire de antaño, junto con una pequeña nube de polvo. Parecía como si no hubiera sido abierto en años.

Subió los brazos hasta el codo, revisó alrededor, y después agarró algo y lo sacó. Thor, se arrodilló frente a él, y sostuvo un pequeño saco de cuero en la palma de su mano, cubierta de polvo. Sopló en él y lo entregó a Thor.

Thor suavemente abrió el saco y metió la mano en él. Sintió un pedazo de pergamino, enrollado, y lo sacó y lo desenrolló.

No lo podía creer. Era la letra de su madre. Sintió una emoción al leerlo.

Mi querido Thorgrin:

El día que leas esto, ya serás un hombre. Lamento haberte dejado. Pero fue por una buena razón. El destino tiene su propia forma de desplegarse y el día en que nos encontremos, lo entenderás.

Dentro de este saco hay dos joyas — las cuales necesitarás para salvar tu vida. La primera es un anillo, que debes dar a la persona que amas. La segunda es un collar que debes usar. Éste te conducirá a tu padre. Y a mí. Te amo con todo lo que soy, y lloro cada día que no te veo.

Tu madre.

Con las manos temblorosas, Thor metió la mano en el saco y primero sacó un anillo. Se quedó sin aliento: era un anillo de diamante grande, impecable, con rubíes y zafiros alrededor. Era la pieza de joyería más espectacular que

jamás había visto. Luego metió la mano y sacó el collar. La cadena tenía diamantes y zafiros y rubíes y de él colgaba el emblema de un halcón, tallado en negro amatista.

Thor sacó el collar y se lo puso, y pudo sentir su energía inmediatamente, a través de su pecho. Se sintió reconfortado por él. Protegido. Sintió, por primera vez, como si estuviera cerca de su madre.

Thor metió el pergamino y el anillo de diamantes dentro de su camisa, y al guardarlo, su pensamiento se dirigió a una sola persona.

Gwendolyn.

Dáselo a la persona que amas.

"Eso es todo lo que tengo para ti", dijo el padre de Thor, estando ahí parado.

Thor estaba parado, también.

"¿Ya ves?", continuó diciendo su padre, "ya no tienes nada más que hacer aquí. Has recibido lo que has venido a buscar".

Thor miró a este hombre patético, a quien alguna vez vislumbraba tan grande. Sintió una profunda tristeza.

"Antes de irme, dime una cosa", dijo Thor. "¿Alguna vez sentiste algo de amor por mí? ¿Nada en absoluto?".

Thor necesitaba saberlo. Por su propio bien. Por alguna razón, era importante para él.

Lentamente, tristemente, el hombre negó con la cabeza.

"Ojalá pudiera decir que sí", dijo solemnemente. "Pero mi vida eran mis tres hijos. Ellos eran los que me importaban. Siempre fuiste una carga para mí. Para toda esta familia. Si quieres saber la verdad, ahí está".

Lentamente, tristemente, Thor asintió con la cabeza, al darse cuenta que era la verdad y agradecido, al menos por eso. Si este hombre no podía darle algo más en la vida, al menos podría darle eso.

"No te preocupes", dijo Thor, preparándose para salir. "Nunca volveré a molestarte — jamás".

Thor se dio vuelta y abandonó el cobertizo, a través del patio del hombre, hacia su caballo.

En cuanto lo montó y empezó a cabalgar fuera de esta aldea, por última vez en su vida, podría haber jurado que escuchó algo detrás de él, podría haber jurado que escuchó al hombre gritando. Él hubiera jurado que escuchó al hombre decir su nombre, con nostalgia, como disculpándose, una última vez.

Pero conforme crecía el ruido de los cascos de caballos, Thor no podía

estar totalmente seguro.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El corazón de Reece latía acelerado al llegar a la pequeña aldea de Sulpa, al ir a ver a Selese. Él limpió en sus pantalones las palmas de sus manos que sudaban otra vez y se dio cuenta de que no había estado tan nervioso en su vida. Había demorado en verla durante la mayor parte de la mañana, al unirse a sus hermanos para reconstruir las puertas de la ciudad. Como el primer sol ya estaba en lo alto del cielo, había continuado en la línea de la cadena, entregando grandes bloques de piedra, pasándolos por la línea y luego ayudando a sus hermanos a argamazarlos en la pared. Para cuando el segundo sol había despuntado, el muro había crecido casi un metro veinte de altura, gracias al trabajo de todos, y cuando por fin tomaron un descanso, se dio cuenta que había llegado el momento. Ya no podía posponerlo. Había estado distraído todo el tiempo pensando en ella, y tuvo que enfrentarse a su miedo.

Reece finalmente se separó del grupo y se dirigió a las calles polvorientas del pueblo; sus palmas sudaban mientras él se acercaba a la cabaña. Ella había hecho su trabajo con maestría — ya casi no le dolía la herida en el hombro, y sintió como si nunca hubiera sido infectado. Pero necesitaba una excusa para acercarse a ella, y pensó que tal vez, de alguna manera, ésa podría ser. Después de todo, él podría decir que iba para un chequeo. Y si las cosas no iban bien entre ellos, tendría una excusa para irse.

Reece respiró profundamente, duplicando su ritmo y fortaleció su determinación. Sabía que no debía tener nada que temer. Después de todo, él era un príncipe, hijo de un rey, y ella era una simple plebeya en una remota aldea en la periferia del Anillo. Ella debía sentirse emocionada por las insinuaciones de él. Pero incluso cuando deliraba, él había sentido algo en la mirada de ella. Ella era decidida. Noble. Orgullosa. Independiente. Así que una parte de él se preguntaba cómo reaccionaría ella.

Reece se detuvo ante la puerta de ella, y vaciló. Respiró profundamente y se dio cuenta de que estaba sudando y se volvió a limpiar las palmas. Su corazón latía aceleradamente mientras estaba ahí parado, y una parte de él no quería seguir con esto. Pero él sabía que si no lo hacía, no pensaría en otra cosa.

Reece se preparó, subió la mano y tocó la aldaba. Varios transeúntes se dieron vuelta y lo miraron y él se sintió cohibido, especialmente cuando la

aldaba resonó muy fuerte.

Se quedó allí, vacilante, sin saber qué hacer consigo mismo, mientras esperaba y esperaba. Justo cuando decidió que ella no estaba en casa, cuando estaba a punto de darse la vuelta e irse, de repente se abrió la puerta.

La garganta de Reece se secó. Ella se quedó allí parada, orgullosa, confiada, mirándola con sus ojos azules brillando en los rayos del segundo sol. Él se quedó sin aliento. Era aún más hermosa de lo que él había recordado. Su cabello negro caía a ambos lados de su cara, enmarcándola; tenía pómulos prominentes, la barbilla imponente y tenía el porte de alguien de una corte real. No pudo entender lo que una chica como ella estaba haciendo aquí, en este pueblo humilde. Ella parecía demasiado grande para este lugar.

Reece se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente, y aclaró su garganta y vaciló, cuando la miró, esperando. Ella era inexpresiva, tal vez estaba un poco divertido. No le estaba facilitando esto.

"Yo... este... Yo", comenzó a decir Reece, se detuvo y comenzó, mirando hacia abajo, luego hacia arriba; "he venido a ver cómo estás".

Ella soltó una carcajada.

"¿A ver cómo estoy yo?", preguntó con curiosidad.

Reece se sonrojó.

"Quiero decir... este... a ver cómo estoy yo".

Ella rió con más ganas.

"¿Qué?!", preguntó. "¿Has venido a ver cómo estás?".

"Quiero decir... este...", dijo él, enrojándose, "para que me revises. Es decir... a mi herida".

Ella lo miró, sus ojos brillaban con la risa y sonreía de oreja a oreja. Se sentía como un idiota. Ya había complicado las cosas.

"¿En serio?", preguntó ella, con escepticismo, obviamente, no le creía. "¿Y por qué hiciste eso? Ayer te dije que tu herida había sanado".

Reece enrojó aún más, pateando el polvo, mirando hacia abajo, sin saber qué decir. Estando toda su vida el centro de la Corte del Rey, había conocido a miles de personas y se había sentido cómodo hablando con quien fuera. Las chicas siempre lo buscaban, y él siempre había tenido que disuadir sus avances — y nunca se había sentido nervioso antes. No estaba acostumbrado a perseguir chicas. Y esta vez fue diferente. Había algo en ella que lo mantenía desconcertado.

"Yo, este... Yo... Supongo que... Bueno, me estaba doliendo un poco, "dijo él, sin saber qué más decir".

Ella volvió a sonreír traviesamente.

"¿Un poco?", preguntó ella. "Bueno, si la herida estuviera infectada, te dolería mucho. Y está sanando, así que un poco de dolor es normal. ¿No eres un guerrero fuerte de La Legión?", preguntó ella con una sonrisa.

Reece estaba nervioso, no imaginaba que las cosas salieran de esta manera.

Se dio la vuelta para irse, avergonzado, cuando de repente ella salió y puso las dos manos en su brazo. Ella levantó su brazo y lo examinó con una mirada profesional, estudiando la herida. Ella pasó la mano a lo largo del brazo, después enrolló su manga.

A pesar de todo, la sensación de la mano de ella en su brazo, le había electrificada. Eso le dificultó pensar con claridad.

"Tu herida está bien", dijo ella. "Me siento orgullosa de mi trabajo, en realidad".

"Vine a agradecerte", dijo Reece con suavidad. "Por salvar mi vida".

"Pensé que habías venido porque te dolía la herida", preguntó ella, sonriendo; sus ojos brillaban, obviamente, estaba disfrutando esto.

Reece se sonrojó.

"No te salvé la vida", agregó ella finalmente, rescatándolo. "Fueron tus amigos. Te trajeron aquí rápidamente. Si hubieran esperado un poco más, nada te habría salvado".

Reece asintió con la cabeza, sin saber qué más decir. Él estaba perplejo — y quedó impresionado por su humildad.

"¿Querías alguna otra cosa?", preguntó ella, aun sonriendo.

No iba a facilitarle las cosas a él. La miró a los ojos, juguetón, inteligente, y sintió que ella era demasiado lista para él. Vio que él era transparente — desde el segundo en que él llegó a su puerta. Ella obviamente quería que él le dijera lo que tenía en mente y no lo iba a dejar en paz hasta que lo hiciera.

"Bueno", dijo él, tragando saliva. Esto no fue fácil. No recordaba que antes fuera difícil hablar con las chicas. "Supongo que hay algo más", dijo él. "Creo que... Me pregunto... ¿Qué piensas de mí? Quiero decir... de nosotros".

"¿De nosotros?", preguntó ella, riéndose.

Reece se sonrojó. Simplemente no sabía cómo actuar con ella.

"Quiero decir — Creo — Me preguntaba — si — ¿tienes novio?".

Reece finalmente lo dijo, se sintió aliviado al hacerlo. No se sentía así de ansioso desde hacía años. Él prefería estar combatiendo con la Forsyth que enfrentándose a esta tortura.

Pero ahora que estaba ahí, levantó la vista y se encontró con la mirada de

ella — ahora era su turno para estar nerviosa.

Se lese parpadeó varias veces y alejó la mirada, luego miró hacia abajo y jugueteó con sus manos.

"¿Y qué negocio es el que traes?", preguntó ella.

"Lo digo sin ofender, mi lady", dijo él. "Me preguntaba si..."

"No tengo novio", dijo.

Reece la miró con renovada esperanza. Pero ella todavía lo miraba con orgullo, poco amigable.

"Ni quiero tener uno", agregó.

Él la miró, desconcertado.

"¿Y por qué no?", preguntó él.

"Porque no he encontrado a un hombre adecuado para mí en este pueblo".

"¿Y de fuera de tu pueblo?"

"Rara vez pasan viajeros por aquí. Y cuando lo hacen, yo estoy muy ocupada con mis artes curativas".

"Bueno..." Yo iba pasando por aquí", dijo Reece.

Ella lo miró a los ojos, sonriendo.

"¿Y qué?", dijo ella.

Reece la miró, parecía nervioso. ¿Por qué estaba haciendo esto tan difícil? ¿No estaba interesada? Parecía como si no lo estuviera. Él ya se estaba cansando.

"Soy hijo de un rey", dijo él, y se arrepintió inmediatamente. Odiaba jactarse; él no era así. Pero estaba desesperado y se encontró perdiendo el control, y no sabía qué decir. Se le salió.

"¿Y qué?", dijo ella incitándolo. "¿Y eso qué tiene que ver?"

Reece no la entendía.

"Para la mayoría de las mujeres de ese reino, tendría todo que ver", dijo él. "Haría toda la diferencia del mundo".

Lentamente, ella meneó la cabeza.

"No soy como la mayoría de las mujeres", dijo. "No me impresionan los títulos, tierras o riquezas. Dejaré eso para las demás mujeres".

Él la analizó, tratando de entenderla.

"¿Qué te impresiona entonces?", preguntó.

Ella parecía estar pensando, por un momento.

"La honestidad", dijo ella. "La lealtad. Y tal vez... la perseverancia".

"¿La perseverancia?", preguntó él.

Ella sonrió tímidamente.

"¿Y qué hay de tu vida amorosa?", preguntó ella.

Reece tambaleó.

"Actualmente no estoy comprometido con alguna mujer", respondió Reece, tratando de sonar amable y correcto. "Si lo estuviera, no estaría hablando contigo ahora".

"¿No?", preguntó ella, sonriendo, claramente disfrutando esto. "Y entonces, ¿por qué será que el hijo de un rey se interesa por una simple aldeana?".

Reece respiró hondo. Ya era hora de que le dijera cómo se sentía.

"Porque cuando veo en tu mirada, mi lady, hay mucho más que una simple aldeana. Siento algo que nunca había sentido por una mujer. Cuando te miro, no puedo dejar de hacerlo. Y me deja sin aliento verte. Mi lady, estoy enamorado".

Estaba sorprendido y orgulloso de sí mismo. Por primera vez, él había dejado de tambalear y había logrado sacarlo todo, decir cómo se sentía. No podía creer que las palabras se le habían escapado. Pero eran verdad. Y ahora que habían salido, era el turno de ella reaccionar como quisiera.

Por primera vez en su conversación, parecía verdaderamente atrapada con la guardia baja. Ella parpadeó varias veces y vaciló, y él pudo ver que sus mejillas se sonrojaban.

"Lo que dices son palabras mayores", dijo ella. "¿Cómo voy a saber si son verdaderas?".

"Mi lady, nunca miento", respondió Reece, serio.

Ella miró hacia abajo y pateó con la punta de los pies la arena.

"Las palabras son sólo palabras", dijo ella finalmente. "No significan nada".

"Y ¿qué *sí* significa algo?", preguntó.

Ella se encogió de hombros, silenciosa. Él podría decir que ella estaba siendo precavida, lenta para confiar en alguien.

"Y entonces ¿cómo puedo probar mi amor por ti?", dijo presionando.

Ella se encogió de hombros otra vez.

"Tú tienes tu mundo, y yo tengo el mío", dijo ella. "A veces los mundos deben seguir como están".

Reece se sintió descorazonado, y no pudo evitar sentir que ella le estaba diciendo que se fuera.

"¿Me estás pidiendo que me vaya?", preguntó, con tristeza.

Ella lo miró a los ojos. Eran ojos enternecedores, sagaces, y él sintió que se perdía en ellos. Él no podía describir lo que decía su expresión.

"Si quieres", respondió ella.

Reece se sintió descorazonado.

Se dio la vuelta y se fue, sintiéndose aplastado. Él estaba confundido; no estaba seguro si había sido rechazado — pero sin duda, no había sido acogido. Selese era un misterio para él; se preguntaba si alguna vez la entendería.

Caminó más rápido, dirigiéndose hacia sus hermanos de La Legión, hacia un mundo que comprendía, y deseando nunca haber venido aquí. Si ella era la chica que había salvado su vida, una parte de él deseaba que nunca lo hubiera salvado en absoluto.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Godfrey corrió a través de los callejones de la parte más sórdida de la Corte del Rey, tratando de alcanzar al chico, mientras él se mezclaba entre la muchedumbre, corriendo desde el cementerio. Akorth y Fulton le seguían, luchando para alcanzarlo, respirando con dificultad, no estando en tan buena forma como él — y Godfrey no estaba en buena forma, por lo que no era decir mucho. Demasiados años en la taberna los habían afectado a todos y perseguir a ese chico fue una gran lucha. Mientras Godfrey jadeaba, resolvió dar vuelta a la hoja, dejar de beber para siempre y empezar a ponerse en forma. Esta vez, quería hacerlo realmente.

Godfrey quitó a un borracho de su camino, esquivó a un joven tratando de venderle opio y empujó a un lado a una fila de zorras, ya que esta parte de la ciudad se ponía cada vez peor y los estrechos callejones estaban llenos de aguas residuales y lodo. Ese chico caminaba muy rápido y conocía bien esas calles, serpenteando por atajos, entre vendedores — era obvio que vivía en algún lugar cercano.

Godfrey tenía que atraparlo. Claramente, había una razón por la que ese chico iba corriendo, por la que no se detenía desde que ellos lo vieron en la tumba. Estaba asustado. Era la única esperanza de Godfrey para encontrar la prueba que necesitaba para hallar a su asesino — y derrocar a su hermano.

El niño sabía moverse bien aquí, pero Godfrey no se quedaba atrás. Lo que le faltaba de velocidad a Godfrey lo compensaba en ingenio, y después de haber pasado casi toda su vida bebiendo y con prostitutas de esas calles, después de haber pasado muchas noches aquí huyendo de los guardias de su padre, Godfrey conocía mejor esas calles, incluso, que el niño. Así que cuando vio al niño dar vuelta a la izquierda por una calle lateral, Godfrey inmediatamente supo que esa calle curvaba alrededor, y que había una única salida. Godfrey vio su oportunidad: tomó un atajo entre edificios, preparándose para atrapar al niño al pasar.

Godfrey saltó al callejón justo a tiempo para bloquear el camino del niño, quien, mirando hacia atrás sobre su hombro, nunca se lo esperó. Godfrey lo había abordado desde el costado y lo condujo hacia el fango.

El niño gritó y se agitó y Godfrey lo sujetó de los brazos y lo inmovilizó.

"¿Por qué huyes de mí?", preguntó Godfrey.

"¡Déjeme!", gritó el muchacho. "Suélteme. ¡Auxilio! ¡Auxilio!".

Godfrey sonrió.

"¿Olvidas dónde estamos? No hay nadie para ayudarte, muchacho. Así que deja de gritar y habla conmigo".

El niño jadeó, con los ojos bien abiertos de miedo, y finalmente dejó de gritar. Miró a Godfrey, asustado, pero también desafiante.

"¿Qué quiere de mí?", preguntó el niño, mientras seguía jadeando.

"¿Por qué huiste de mí?".

"Porque no sabía quién era usted".

Godfrey miró hacia abajo, escéptico.

"¿Qué hacías en ese cementerio? ¿Quién fue asesinado? ¿Quién fue enterrado allí?".

El muchacho vaciló, y luego transigió.

"Mi hermano. Mi hermano mayor".

Godfrey, sintiéndose mal por el niño, aflojó su agarre un poco, pero no lo suficiente para dejarlo ir todavía.

"Bueno, lo siento por ti", dijo Godfrey. "Pero no por mí. Tu hermano intentó envenenarme la otra noche. En la taberna".

Los ojos del niño se abrieron de par en par por la sorpresa, pero guardó silencio.

"No sé nada de la trama", dijo el muchacho.

Godfrey entrecerró los ojos y estaba seguro de que este niño estaba ocultando algo.

Mientras Akorth y Fulton llegaban detrás de él, Godfrey se puso de pie, agarró al niño por la camisa y lo levantó.

"¿Dónde vives, muchacho?", preguntó Godfrey.

El chico miró a Godfrey y a Akorth y a Fulton y permaneció en silencio. Parecía asustado para responder.

"Probablemente es un mocoso sin hogar", dijo Fulton. "Apuesto a que no tiene padres. Es huérfano".

"¡Eso no es verdad!", protestó el niño. "TENGO padres".

"Probablemente te odian, no quieren nada que ver contigo", dijo Akorth.

"¡Es un MENTIROSOS!", gritó el muchacho. "¡Mis padres me AMAN!".

"Y entonces, ¿dónde viven esos padres, si existen?", preguntó Fulton.

El niño se quedó en silencio.

"Haré esto muy sencillo para ti", dijo Godfrey. "O nos dices donde vives, o te llevaré arrastrando hasta el Castillo del Rey y haré que te encadenen en la mazmorra, de donde nunca podrás salir".

El muchacho le miró, con los ojos bien abiertos de miedo, entonces, después de varios segundos tensos, bajó su mirada hacia el suelo, levantó un brazo detrás de él y señaló.

Godfrey siguió su dedo para ver una pequeña casa adosada — parecía más como una choza, que se inclinaba hacia un lado, como si se fuera a colapsar en cualquier momento. Era estrecha, apenas de tres metros de ancho y no tenía ventanas. Era el lugar más pobre que había visto.

Agarró el brazo del niño y lo arrastró hacia su casa.

"Vamos a ver lo que tus padres tienen que decir acerca de tu comportamiento", dijo Godfrey.

"¡No, señor!", gritó el muchacho. "¡Por favor no me acusen con mis padres! ¡Yo no hice nada! ¡Ellos se van a enojar!".

Godfrey lo llevó allí, suplicando y protestando, luego abrió la puerta de una patada y se metió, arrastrando al chico; Akorth y Fulton iban detrás de él.

El interior de esta choza era más pequeño que el exterior. Era una casa de una habitación, y cuando ellos entraron, los padres del niño estaban parados a unos centímetros de distancia, se volvieron y los enfrentaron, alarmados. La madre estaba ocupada tejiendo, el padre en curtir una piel, y ambos dejaron de hacer lo que estaban haciendo, se pararon erguidos y miraron a los intrusos; luego miraron hacia su hijo, con preocupación.

Godfrey finalmente liberó al muchacho, quien corrió al lado de su madre, abrazándola firmemente alrededor de la cintura.

"¡Blaine!", le dijo ella al niño, preocupada, abrazándolo. "¿Estás bien?".

"¿Quiénes son ustedes?", preguntó el padre exigente, enojado, acercándose un paso hacia ellos. "¿Qué derecho tienen para entrar así a nuestro hogar? ¿Y qué le han hecho a nuestro hijo?".

"No le hice nada a su hijo", respondió Godfrey. "Sólo lo traje de regreso a su casa, porque quiero respuestas".

"¿Respuestas?", preguntó el padre exigente, más enojado, confundido, caminando amenazadoramente hacia él. Él era un hombre mayor, con una nariz grande, llena de verrugas y de cara agresiva — y no se lo veía contento.

"Su otro hijo me envenenó anoche", declaró Godfrey.

El padre se quedó parado, mientras la madre rompía a llorar.

"Usted se refiere a Clayforth", dijo el padre. Miró hacia el suelo,

tristemente y lentamente movió la cabeza.

"Me persiguieron desde la tumba hasta la casa, mamá", dijo el muchacho.

"Creo que Blaine sabe algo acerca de mi intento de asesinato", le dijo Godfrey a la madre.

Ella lo miró alarmada, protectora de su hijo.

"¿Y por qué dice eso? Usted no sabe nada de nuestro hijo".

"Huyó de nosotros en la tumba. Está ocultando algo. Quiero saber lo que es. No quiero hacerle daño a su hijo. Sólo quiero saber por qué su hermano me envenenó, y quien estaba detrás de esto".

"Mi hijo no sabe nada de esos planes retorcidos", espetó su padre.

"Clayforth era un problema, lo admito. Pero Blaine, no. Él nunca haría una cosa así".

"¿Pero su hermano sí?", preguntó Godfrey.

El padre se encogió de hombros.

"Ahora está muerto. Ha pagado por sus pecados. Así son las cosas".

"Así NO son las cosas", corrigió Godfrey, elevando su voz. "Casi me matan anoche. ¿Entiende? Yo soy el hijo de un rey. ¿Conoce la condena por intento de asesinato sobre la realeza? Clayforth está muerto, pero eso no arregla las cosas. Blaine sabe algo. Eso lo hace cómplice del crimen. Por la Ley del Rey, él puede ser castigado. Ahora me dirás lo que sabes, o voy a traer a aquí a la Guardia Real.

Godfrey estaba ahí parado, con la cara roja, jadeando, tan nervioso como no había estado en mucho tiempo. Ya había tenido suficiente, y quería respuestas.

El padre parecía alarmado, por primera vez, y se volvió y miró a su hijo, ahora inseguro. Blaine se aferró a la cintura de su madre.

"Blaine", le dijo su padre: "¿hay algo que sabes que no nos estás diciendo?".

Blaine miró a su padre y luego a su madre, sacudiendo la cabeza nerviosamente.

Godfrey suspiró, pensando qué hacer. Finalmente metió la mano a su bolsillo, extrajo un saco de oro y lo tiró en el suelo, delante de ellos. Las monedas de oro se desparramaron sobre el piso de la pequeña casa, y la madre y el padre dieron un grito ahogado al ver eso.

"Es oro del rey", dijo Godfrey. "El mejor. Adelante, cuéntenlo. Hay suficiente para que ustedes puedan vivir el resto de sus vidas y nunca tener que volver a trabajar. No quiero nada a cambio. Es suyo para siempre. Todo lo que

quiero, es la verdad. Solo quiero que su hijo me diga lo que vio. Sé que él sabe algo. Sólo quiero saber lo que es. Yo lo protegeré. Lo prometo".

La madre acarició el cabello de su hijo, se agachó y lo besó en la frente.

"Blaine, si tú no viste nada, no tengas miedo. No necesitamos el oro".

Pero el padre caminó con firmeza y sujetó a Blaine de la barbilla.

"Blaine, estos hombres creen que sabes algo. Ese dinero puede cambiar para siempre la vida de nuestra familia. Si tienes algo que decir, dílo. Recuerda, te he enseñado a decir siempre la verdad. No seas como tu hermano. Anda. Sé hombre. No tienes nada que temer".

Blaine tragó saliva nerviosamente, después, finalmente, miró a Godfrey.

"Yo estuve con Clayforth la otra noche", dijo Blaine. "Un hombre que nunca antes habíamos visto, se acercó a él. Él sabía que Clayforth era mensajero de la guarida, y le preguntó si le pondría veneno a la bebida de un hombre. Al principio mi hermano dijo que no. Pero luego le enseñó el oro — más oro del que tienen aquí. Él siguió diciendo que no. Pero él le mostraba cada vez más oro. Y luego cedió".

Blaine respiró hondo.

"Debe entender", agregó él, "que mi hermano nunca había hecho algo así. Pero el dinero — era demasiado para él, para rechazarlo. Dijo que cambiaría nuestras vidas para siempre y que nunca tendríamos que volver a esta parte de la ciudad. Quería comprarle a mamá y papá una nueva casa en algún lugar limpio y seguro".

"¿Viste la cara de ese hombre?", preguntó Godfrey.

El niño asentía con la cabeza, lentamente.

"Era un hombre alto. Más alto que cualquier hombre que haya visto. Y le faltaba un diente.

"¿En el lado derecho?", preguntó Godfrey.

El niño asentía con la cabeza, con los ojos bien abiertos. "¿Cómo supieron?".

Godfrey sabía demasiado bien. Era Afget, el nuevo perro de ataque de Gareth. No había nadie más que se ajustara a esa descripción. Y ahora tenía un testigo. Tenía un testigo que demostraba que el hombre de Gareth intentó asesinar al hijo del rey. Era motivo para derrocarlo. Era la prueba que necesitaban.

"Necesito que su hijo sea testigo", le dijo Godfrey al papá del niño. "Lo que atestiguó es de importancia no solo a mí, sino para el reino mismo, para todos los de la Corte del Rey. Para todo el Anillo. Lo necesito para testificar.

Enmendará las cosas por el intento de su hermano de quitarme la vida. Ninguno de ustedes estará en peligro. Todos tendrán protección, eso lo aseguro. Pueden quedarse con todo este oro y mucho más".

Hubo un gran silencio en la habitación, mientras todos miraban al niño.

"Blaine, tú decides", dijo el padre.

Blaine miró a Godfrey hacia arriba y hacia abajo, y luego miró a sus padres.

"¿Me promete que mis padres estarán a salvo?", preguntó Blaine a Godfrey.

"¿Y que pueden quedarse con todo el oro?".

Godfrey sonrió.

"Todo eso y más", le aseguró. "Y sí, te doy mi palabra. Todos estarán más seguros que nunca".

Finalmente, Blaine se encogió de hombros.

"Entonces no veo por qué no. Después de todo, como dijiste, papá: nunca está de más decir la verdad".

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Thor galopaba a través del desierto, alejándose más de su pueblo natal, de los recuerdos de su encuentro con su padre — o, mejor dicho, del hombre que lo había criado. Había sido un viaje que la había cambiado la vida, fue terrible e inspirador. El encuentro había sido doloroso, pero finalmente también le había dado la claridad que siempre había buscado. Toda su vida había sospechado que era diferente a su padre, a sus hermanos, a su pueblo; que no pertenecía allí; que le escondían un gran secreto sobre su pasado; que estaba destinado para algo, en otro lugar.

Ahora, finalmente, después de escuchar todo lo que su padre tenía que decir — que él no era realmente su padre, que realmente no eran sus hermanos — que su madre estaba viva — que era verdaderamente diferente — todo tenía sentido. A pesar de la confrontación, finalmente se sentía liberado, más que nunca en su vida. Finalmente estaba empezando a pelar las capas del misterio de su verdadera identidad, a entender más acerca de quién era.

Thor no dejó de pensar en todas las cosas que le dijo su padre. Estaba muy contento de saber que su madre estaba viva, que se preocupaba por él; podía sentir su collar en su garganta mientras cabalgaba, y la sensación lo confortaba, le hacía sentir como si su madre estuviera allí con él. Sintió una intensa energía que irradiaba de él y llenaba todo su ser. Ella realmente se preocupaba por él. Él podía presentir eso. Y ella quería verlo. Eso tenía más importancia para él que cualquier otra cosa. Estaba más decidido que nunca a encontrarla.

Pero luego no pudo evitar preguntarse: si ella se preocupaba tanto por él, ¿por qué lo había entregado a otra persona, para empezar? ¿Y por qué a ese hombre que lo crió y por qué en ese pueblo?

Otra pregunta lo dejaba aún más perplejo: ¿Quién era entonces, su verdadero padre? El misterio lo desconcertaba. Ahora, no sólo no sabía quién era su madre, sino que tampoco sabía quién era su verdadero padre. Podría ser cualquiera. ¿También era un Druida? ¿Vivía en el Anillo? ¿Y por qué también su padre lo había abandonado?

Thor sintió el anillo que su madre le había dado y que tenía en el bolsillo de su camisa y su mente se dirigió hacia Gwendolyn. Más que nunca, sabía que ella era la elegida. Presintió que ese anillo había entrado en su vida por una

razón, que estaba destinado a dárselo a ella. No podía esperar para volver y pedirle que fuera suya — y si decía que sí, colocarlo en su dedo. Era el anillo más hermoso que había visto en su vida, y le emocionaba la idea de su aceptación.

Thor pateó su caballo, ansioso por volver con sus hermanos de La Legión, mientras el segundo se ocultaba en el cielo. Quería terminar la reconstrucción y volver a la Corte del Rey para ver a Gwen y a Krohn. Quería volver a la Casa de los Eruditos, a estudiar el mapa más a fondo y determinar cómo podría viajar a la Tierra de los Druidas. Tenía que ver a su madre. Y tenía que saber quién era su padre.

Thor sentía tristeza cuando pensaba en el hombre que lo había criado. Criarse con el que pensaba que era el mundo para él — pero el hombre ahora no era nada para él. Le tomó muchos años a Thor llegar a este día, para finalmente obtener la claridad. También, al mismo tiempo, comenzaba a tener un nuevo sentido de autoestima. Puesto que ese hombre no era su padre, lo que pensaba o lo que sentía por Thor no importaba. Él era solamente un extraño. Thor ahora se sentía libre de llegar a sus propias conclusiones sobre lo que sentía acerca de sí mismo. Al mismo tiempo, podría buscar a su verdadero padre — y Thor esperaba que ese hombre pudiera ser un gran hombre, que haría sentir a Thor un mayor sentido de orgullo por sí mismo. Y ese hombre podría en realidad amarlo por quien era, podría estar orgulloso de todo lo que había logrado.

Mientras Thor corría por el desierto, al acercarse a la aldea, de repente su caballo giró con fuerza hacia la izquierda, sorprendiéndolo. Thor trató de regresarlo al sendero, pero se negó a escuchar. Sacó a Thor del camino, y al pasar alrededor de una pequeña colina, Thor descubrió un arroyo que borboteaba, abriéndose paso a través del desierto, con sus brillantes aguas azules contrastando con el suelo amarillo del desierto. El caballo corrió hasta el arroyo y Thor no tuvo elección sino desmontar, mientras bajaba su cabeza para beber.

Thor se dio cuenta de que debía haber estado sediento. Sin embargo, era un comportamiento extraño — su caballo generalmente era obediente. Thor estaba empezando a preguntarse si el caballo lo llevó a ese lugar por una razón, cuando de repente oyó una voz:

"A veces la verdad es algo pesado de soportar".

Thor conocía la voz, y se volvió lentamente, lleno de alivio al ver a Argon ahí parado, con sus túnicas, sosteniendo su vara, con sus ojos brillando al

mirarlo. Casi parecía una aparición contra el yermo desolado.

"Ese hombre no era mi padre", dijo Thor. "Siempre lo supiste. ¿Por qué no me lo dijiste?"

Argon meneó la cabeza.

"No tenía por qué decírtelo".

"¿Y quién es mi padre, entonces?"

Argon meneó la cabeza otra vez. Permaneció silencioso.

"¿Podrías indicarme, al menos, algo de él?", presionó Thor.

"Es un hombre muy grande y muy poderoso", dijo Argon. "Digno de ti. Cuando sea el momento, lo conocerás".

Thor se emocionó al escuchar eso. Su padre era un gran hombre. Eso significaba todo para él.

"Ahora me siento diferente", dijo Thor, "desde el descubrimiento de las noticias, desde que recibí el mensaje de mi madre. No me siento como el mismo chico que era".

"Porque no lo eres", dijo Argon. "Ese chico quedó muy lejos. Ahora eres un hombre. No hay vuelta atrás. El entrenamiento puede transformarte — pero también el conocimiento. Tú no eres el Thor que solías ser. Ahora estás listo".

Thor lo miró, perplejo.

"¿Listo para qué?"

"Listo para comenzar tu entrenamiento real", dijo Argon. "No tu juego con las espadas y los palos y los escudos — sino el entrenamiento que más importa. Tu formación interna.

"Cierra los ojos", dijo Argon, levantando una mano y su vara, "y dime lo que ves".

Thor se dio cuenta ahora de por qué su caballo lo había conducido aquí. No era para tomar agua. Era para llevarlo con Argon, a ese campo de entrenamiento, en medio del desierto. Thor nunca entendería la manera de actuar de Argon. Aparecía en los momentos más extraños, y en lugares insospechados.

Thor cerró los ojos y respiró hondo, intentando centrarse, para prepararse para lo que Argon le fuera a lanzar.

"Mira hacia el centro del Anillo", ordenó Argon. "Mira todos los tiempos: el pasado, el presente y el futuro. ¿Qué ves?"

Thor cerró los ojos, luchando. Poco a poco, algo se aproximaba a él.

"Veo que son uno", dijo Thor. "Veo que no hay división entre el pasado o el futuro. El tiempo — es como un río que fluye".

"Bien", dijo Argon. "Muy bien. Es correcto. No hay división en el tiempo, excepto dentro de nosotros mismos. Como un río, nunca termina. Sigue ese río. ¿Qué ves?"

Thor hizo un esfuerzo por ver, teniendo una nueva sensación de paz. Ese lugar donde se encontraba, se sentía cargado, sagrado, y usando el collar de su madre, comenzó a sentir una energía más fuerte dentro de él que nunca antes. Vio imágenes en su mente y comenzó a ver visiones del Anillo con más claridad que nunca. Parecía que era real. Ya no era difusa, como solía ser.

Thor se concentró y vio una gran marea de humanidad, un sinnúmero de ciudades; las miró hacia abajo, como si estuviera volando. Vio cambiar las estaciones debajo de él, vio pasar el tiempo, de una década a otra, de un siglo a otro. Vio a toda la gente dividida. Después, vio a toda la gente unida,

"Bien", dijo Argon. "Presiento que puedes sentirlo. La fuerza de la corriente. Ahora, controla el río. Mira hacia el futuro. Dime lo que ves".

Thor cerró los ojos, luchando — pero no vio nada. Luego recordó las lecciones pasadas de Argon y se forzó a sí mismo a dejar de luchar. Respiró profundamente e intentó permitir que acudiera a él.

Thor comenzó a ver visiones cristalinas del futuro. Se estremeció por dentro, se horrorizó cuando vio la Corte del Rey invadida. Vio cómo los invasores la destruían, la demolían, la quemaban por completo. En lugar de la gran ciudad, sólo quedaba un montón de cenizas.

Thor oyó los gritos, vio a miles de personas huyendo; vio que masacraban a miles de personas, y miles más eran encarceladas, eran tomadas como esclavas. Vio cómo se extendía un páramo y se sepultaba en las antes bucólicas colinas del Anillo. Vio cómo caían las frutas de los árboles, vio cómo se llevaban a las mujeres. Vio cómo grandes ejércitos invadían, cubriendo cada centímetro del Anillo. Y vio el cielo oscurecerse.

"Veo una época de gran oscuridad", dijo Thor.

"Sí", dijo Argon.

Mientras Thor cerraba los ojos, vio una luna roja elevarse sobre un desierto desolado. Era de noche, y vio un solo fuego ardiendo en la oscuridad del Anillo.

"Veo un incendio", dijo Thor. "Que se quema en el yermo".

"Ese fuego es fuente de esperanza", dijo Argon. "Es lo que se levantará de las cenizas".

Thor entrecerró los ojos y vio más.

"Veo una espada", dijo Thor. "Una espada reluciente. Brilla en el sol. Veo a

un centenar de hombres asesinados de un golpe fuerte".

"La Espada del Destino", dijo Argon.

Thor se estremeció cuando vio a los dragones volando desde el cielo, echando llamas sobre lo que quedaba del Anillo.

"Veo a una gran cantidad de dragones", dijo Thor, con la voz quebrada. "Atacan como si fueran uno solo".

Thor tuvo que abrir sus ojos — él no pudo aguantar más. Las visiones eran horribles.

Vio cómo Argon lo miraba.

"Eres poderoso", dijo Argon. "Has visto mucho. El poder dentro de ti es fuerte. Más fuerte de lo que yo pensé".

"Pero dime lo que significa", suplicó Thor, molesto. "¿Es cierto? ¿Será destruido el Anillo? ¿Qué será de la Corte del Rey? ¿De La Legión? ¿De Gwendolyn?".

Argon movió la cabeza, tristemente.

"No puedes controlar el futuro", dijo Argon. "Pero puedes prepararte. Debes prepararte".

"¿Cómo?".

"Debes ser más fuerte. El Anillo te necesita. Debes desarrollar los poderes que hay dentro de ti. Debes reclamar la fuente de alimentación de tu madre, una gran Druida; de tu padre, un gran guerrero. Todo se encuentra dentro de ti. Sólo tú impedirás verlo con claridad. Deberás aceptarlo. Desatarlo. Reclamarlo como tuyo".

"¿Pero cómo?". Thor suplicó.

"Deja de resistirte. Dejar de tener miedo a quien eres".

Dijo Argon.

"Esa corriente", dijo él. "Cierra los ojos. Escucha su gorgoteo. *Escúchalo realmente*".

Thor cerró sus ojos y trató de centrarse. Oyó el delicado sonido del agua corriendo sobre las rocas.

"¿Puedes sentirlo?", preguntó Argon. "¿Puedes sentir su corriente?".

Thor escuchó el tranquilo sonido de la corriente, y la sintió moviéndose, sintió su corriente.

"Bien", dijo Argon. "Tú y el agua son uno mismo. Ahora detén el agua. Cambia su rumbo. Envíalo contra la corriente".

Thor se centró en la corriente del agua, que sintió que fluía a través de su propio cuerpo.

Luego, lentamente, Thor extendió una mano y la dirigió hacia el agua. Podría sentir la fuente de energía de la corriente, el cosquilleo en el centro de la palma de su mano. Lentamente, hizo que la corriente cambiara de dirección.

Thor sintió una gran fuerza dentro de él, sintió la resistencia del agua, pesando sobre la palma de su mano; se sintió luchando, como si levantara un objeto físico. Él abrió los ojos y se sorprendió al ver que estaba deteniendo el flujo de la corriente. Estaba creando un pequeño muro de agua, como una presa, independiente en medio de la corriente, revelando el lecho seco debajo de ella.

"Bien", dijo Argon. "Muy bien. Ahora déjala ir".

Thor retiró su mano, y el agua se fue hacia atrás y continuó su flujo.

"Has dominado una porción pequeña de la naturaleza", dijo Argon. "Pero la naturaleza no se limita a la tierra. La naturaleza está a nuestro alrededor. El agua fluye en una corriente — pero también fluye en el cielo. Siente las nubes por encima de ti. Siente lo gruesas que son, la humedad. ¿Puedes sentirlo?".

Thor miró hacia arriba y estaba desconcertado. El cielo estaba despejado.

"Pero está despejado", protestó Thor.

"Mira una vez más", dijo Argon y levantó su vara.

Mientras Thor miraba, de repente el cielo se ensombreció con nubes oscuras, con una recopilación de todos los rincones del cielo. Thor estaba sorprendido del poder de Argon.

"Ahora cierra los ojos", dijo Argon, "y siente las nubes".

Thor cerró los ojos y se sorprendió al darse cuenta de que podía sentir esta nube, colgando encima de él, como una cosa física. Se sentía fuerte, gruesa, húmeda.

"Ábrela", dijo Argon. "Abre esa nube y deja liberar su presión. Deja que nos caiga la humedad de la lluvia. Quiere llover. Permíteselo".

Thor se encontró levantando ambas manos hacia el cielo, reclinándose, y al hacerlo, sintió una gran ráfaga de energía corriendo a través de él.

De repente hubo un trueno, y una gran muralla de agua cayó sobre él. Thor escuchó un retumbo, y un instante después se sintió empapado, el agua cayendo a su alrededor, aterrizando sobre la arena polvorienta, sobre su cabeza, mojándolo.

"¡Bien!", gritó Argon, sobre el sonido de la lluvia, también empapado.

"¡Ahora deténla!".

Thor cerró los ojos, sintió el muro de agua y levantó una mano sobre su cabeza, dirigiéndola a la nube. Inmediatamente, el agua se detuvo.

Thor abrió los ojos y se sorprendió al ver el agua cayendo del cielo, pero deteniéndose a unos centímetros de su cabeza. La estaba sosteniendo ahí — y fue minando su energía. Sintió que sus piernas comenzaban a temblar por el esfuerzo.

"Estás cansado porque te estás esforzando demasiado", gritó Argon.
"¡Desaparece la nube!", ordenó Argon.

"¡No puedo!". Thor gritó, temblando por el esfuerzo de aguantar la lluvia.

"Eso es porque crees que es difícil. ¡No lo es!", dijo Argon.

Impaciente, Argon levantó su vara y la agitó arriba de su cabeza; de repente, desapareció la nube. El día era claro y sin nubes una vez más.

Thor miró alrededor, y no había evidencia de que la nube hubiera estado allí, excepto por el hecho de que sus ropas estaban chorreando. Miró a Argon, desconcertado. Su poder era inspirador.

"Puedo sentir mi poder", dijo Thor. "Pero se siente desigual, inestable".

"Esa es tu parte humana", explicó Argon. "Tienes una parte humana. Es una ventaja y una debilidad. Debes aprender a dominar tus imperfecciones. Nunca podrás ser tan fuerte como tu madre; o podrías ser más fuerte. La clave radica en tu mente, en tu resolución, en el desarrollo de tus habilidades".

Thor estaba luchando por comprender todo esto.

"Pero todo esto — mover el agua, crear la lluvia — todavía no entiendo cómo esto me ayudará en la batalla", dijo Thor.

"¿No?", preguntó Argon.

Argon se volvió de repente, extendió la palma de su mano, se dirigió hacia una roca y después la levantó con su mano.

A quince metros de distancia, una inmensa roca, de diez veces el tamaño de Thor, de repente subió a lo alto, en el aire, y después, mientras Argon movía su muñeca, cayó con gran estrépito, a unos centímetros de Thor.

Thor tambaleó con el impacto, mientras la tierra temblaba, dejando un cráter en la tierra, con los insectos corriendo en todas direcciones.

Thor miró a Argon con asombro — y con miedo. Él lo había subestimado, una vez más.

"Toda la naturaleza está conectada", dijo Argon. "El agua, las rocas, el cielo. Si puedes dirigir el flujo de agua, puedes dirigir cualquier cosa. Incluso a los animales".

Argon miró al cielo.

"¿Ves ese pájaro?", preguntó Argon.

Thor miró hacia arriba y vio un águila dando vueltas a lo alto.

"Dile que venga. Hazlo aterrizar en tu hombro".

Thor cerró los ojos, levantó la mano y trató con todas sus fuerzas de dirigir la energía del ave. Sintió que el pájaro se acercaba cada vez más, pero luego, de repente se fue volando. Hizo el intento todo lo que pudo, pero no podía controlarlo. Abrió los ojos para ver al pájaro desaparecer. Bajó su mano, agotado física y mentalmente.

"Lo siento", dijo Thor. "No pude controlarlo. Fue muy difícil".

"Fue muy difícil porque te esforzaste demasiado", dijo Argon. "No permitiste que llegara a ti. Sigues dependiendo de tu sentido humano de voluntad.

"Pero no veo cómo podemos controlar a todos los animales", dijo Thor.

Argon levantó su bastón, y Thor de pronto oyó un estruendo.

Se dio vuelta y vio a un león caminando hacia ellos, rápidamente, y mientras Argon movía su mano, el león siguió la dirección de la palma de la mano de Argon. Llegó con Argon, se sentó junto a él y miró a Thor. Tranquilo. Obediente.

Thor estaba sin habla.

"No puedo creerlo", dijo Thor.

"Ése es precisamente tu problema", dijo Argon. "Si no puedes creer, no puedes crear. Si no lo ves, no lo manifiestas. Debes aprender a confiar en ti mismo. Sabes más de lo que crees posible".

De repente, llegó un gran destello y Argon desapareció — y el león con él.

Thor buscó en todas direcciones, pero ya no estaban.

Thor se sentía agotado, pero también más fuerte. Sentía como si hubiera entrenado todo el día. Había dado un paso importante, y sintió que sus habilidades se desarrollaban. Pero aún sabía que quedaba mucho por aprender, y se preguntaba si él sería capaz de dominar todo.

¿Cuán vastos eran sus poderes? ¿Cuál era su destino? ¿Cómo podía ayudar al Anillo?

Hasta que conociera a sus padres, de alguna manera, sentía que nunca podría resolver el misterio.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Gwendolyn estaba parada en medio de las colinas ondulantes del hermoso día de otoño; Krohn jugaba a su lado, había flores hasta donde alcanzaba la mirada, el paisaje era un tapiz de morados, amarillos y blancos. Respiró hondo, apuntó con su arco y dejó que la flecha volara.

Pasó zumbando por el aire y apenas rozó el objetivo en el lejano árbol de roble. Ella frunció el ceño. Fue su décimo intento en el mismo objetivo, y cada vez había fallado. Cuando ella era más joven, había pasado años entrenando con el arquero real, y su puntería había sido certera. Aunque no había tomado el arco en años, ella esperaba que su puntería siguiera siendo acertada. Pero no lo era. Tal vez era porque ya era mayor, o tal vez, cualquier habilidad que había tenido ya no estaba con ella.

Gwen dejó el arco e inhaló el aire profundamente, disfrutando de su entorno. Ella había venido aquí para despejar su mente, para intentar ordenar sus pensamientos acerca de Thor. Krohn gritó y saltó en los campos, persiguiendo un conejo, y sonrió al panorama. Él había sido un verdadero compañero desde que Thor se había ido; verlo hacía que ella pensara constantemente en él y le daba un sentido de seguridad. Amaba a Krohn como si fuera suyo; ella podía sentir su protección y estaba muy agradecida por ello. Él crecía cada día ante los ojos de ella y estaba a punto de convertirse en un leopardo adulto. A veces ella lo miraba y tenía miedo, hasta que él la miró y vio el amor en sus ojos.

Gwen veía al hermoso día de otoño, vio la luz cambiar en las nubes, el vaivén distante de los árboles y el campo de flores parecía vivo, cuando el viento empuja los colores de una forma y luego de otra. Mientras ella veía al horizonte, pensaba en Thor. Estaba por ahí, en ese pueblo, reconstruyendo. Se preguntaba qué estaría haciendo él ahora. Ella puso cara de ser fuerte cuando se despidió, pero por dentro, su corazón se había estado desgarrando. Ella deseaba verlo de nuevo; lo extrañaba más allá de lo que podría describir y deseaba más que nada que él estuviera aquí, con ella, ahora.

Gwen también sentía un gran deseo de dejar este lugar. Ella ya no se sentía segura aquí, desde el atentado contra su vida, desde que el Nevarun había aparecido para llevársela. Ella sentía cierta medida de seguridad viviendo en la fortaleza de su madre, lejos del castillo y pasando su tiempo aislada de los

demás, en esas colinas. También sintió que era una medida de seguridad tener a Krohn ahí y saber que Thor volvería pronto. No podía esperar a que regresara e irse los dos de ese lugar para siempre. Entretanto, oró para que Godfrey pudiera encontrar las pruebas que necesitaban para derrocar a Gareth de una vez por todas. Si pudiera, no necesitaría ni siquiera huir; pero Gareth parecía indomable, y tuvo sus dudas de que alguna vez serían capaces de tener éxito en destituirlo.

Gwen vio la cara de Thor en su mente y recordó ese momento cuando parecía como si estuviera a punto de preguntarle algo. Y entonces algo así como un miedo cruzó su rostro. Ella se preguntó qué era. ¿Es que iba a pedirle que se casara con él? Su corazón se hinchó de solo pensar en eso. No había nada que quisiera más. Pero ella no entendía por qué no se lo había pedido todavía. ¿Sus sentimientos no eran tan fuertes como los de ella?

Ella oró para que ése no fuera el caso. Se inclinó y tocó su estómago; recordó las palabras de Argon y no pudo evitar sentirse un poco más fuerte cada día; sintiendo con cada gramo de su cuerpo que ella estaba embarazada de Thor. Un bebé místico y poderoso.

Gwendolyn escuchó un ruido y se volvió, y a la distancia vio a un hombre solo que se apresuraba por los campos, trotando a su manera. Ella miró de cerca su estatura, su espalda encorvada, su cojera pronunciada y recordó: Steffen. Había enviado a uno de sus asistentes a llamarlo, sin saber si vendría. Estaba emocionada de que lo había hecho.

Gwen nunca olvidaba a quienes eran amables con ella — especialmente aquellos que le salvaron la vida — y ella quería pagar a Steffen por su bondad. Odiaba la idea de que él trabajara en el cuarto de los sirvientes, especialmente después de lo que había hecho por ella. Simplemente no era justo. Él era un buen hombre, que fue juzgado mal por su aspecto. Ella tuvo que reconocer que también ella lo había juzgado mal al principio.

Steffen se acercó, se quitó el sombrero e hizo una reverencia ante ella, con su frente empapada en sudor.

"Mi lady", dijo él. "Vine tan pronto como usted me llamó".

Krohn llegó corriendo, estaba protector junto a Gwen y le gruñó a Steffen.

"Krohn, tranquilo", dijo Gwen. "Es de confianza".

Krohn instantáneamente se relajó, el pelo cayó sobre su espalda, sus orejas bajaron, como si entendiera. Él avanzó hacia adelante y mientras Steffen tendía una mano, Krohn la lamió. Entonces saltó y lamió la cara de Steffen.

Steffen rió.

"Es el cachorro de leopardo más cariñoso que he conocido", dijo Steffen.

"Si le agradas", respondió Gwen. "Gracias por venir. No sabía si lo harías".

"¿Por qué no habría de hacerlo?"

"Con Gareth al mando, parece peligroso estar cerca de mí. Después de todo, mira lo que le pasó a Firth. Pensé que tal vez tendrías miedo de volver a involucrarte".

Steffen se encogió de hombros.

"Ya quedan pocas cosas que me asustan, mi lady. Después de treinta años de dormir en un sótano, sinceramente no tengo mucho que perder. No le temo a los reyes. Es a la injusticia a la que le tengo miedo".

Ella analizó a Steffen y pudo ver que estaba diciendo la verdad. Cuanto más tiempo pasaba con él, más respeto tenía para este hombre gracioso y extravagante, que veía el mundo a su manera. Era mucho más sabio y más inteligente de lo que ella creía, y se sintió tan en deuda con él por lo que había hecho por ella. Ella sintió que él era un amigo cercano, uno de los pocos en esta corte en quien realmente podía confiar.

"Te hice venir aquí porque nunca tuve la oportunidad de agradecerte correctamente: gracias", dijo ella.

"No tiene nada que agradecerme, mi lady".

"Pero lo hago. Y siempre pago mis deudas. No me parece justo que sigas siendo un sirviente, cuando has salvado la vida de una persona de la realeza. Tengo una gran deuda contigo, y me gustaría pagarte. Por favor, dime cómo. ¿Quieres tener riqueza? ¿Una nueva posición?"

Steffen meneó la cabeza.

"Mi lady, no tengo necesidad de riqueza. Quizás en mi juventud, pero ahora no. No tengo ningún lugar que pueda llamar hogar. Duermo en un pequeño cuarto adyacente al de los sirvientes. Yo no tengo familia — al menos a nadie que me reconozca como tal. No tengo a nadie ni nada en el mundo. Así que no necesito cosas. Mi vida siempre ha sido así".

Gwendolyn sintió que su corazón se rompía.

"Pero eso es injusto", dijo ella.

Él se encogió de hombros.

"Así es la vida. Algunas personas nacen con mucho y otros con menos".

"Pero nunca es demasiado tarde", dijo ella. "Yo quiero, al menos, elevar tu posición. Quiero darte un trabajo en otro lugar, con más dignidad".

"Mientras su hermano sea el rey, no quiero estar cerca de él. Los sótanos

me parecen bien".

"¿Y si algún día hubiera un nuevo gobernante?", preguntó ella.

Él la miró, entendiéndola al instante. Él era más perceptivo de lo que ella pensaba.

"Mi lady, si *usted* llega a gobernar, y espero que algún día así sea, entonces sería un honor estar en cualquier puesto que usted me dé. "Pero hasta que llegue ese día, estoy contento".

Ella asintió, al darse cuenta repentinamente de lo que haría.

"Si ese día llega", dijo ella, "voy a necesitar muchos consejeros. Habrá pocas personas en las que confiaré tanto, como en ti. Además de que me gusta tu compañía".

Steffen sonrió; era la primera vez que ella lo había visto sonreír. Eso le entristeció; ella podía ver al chico detrás de sus ojos; quien una vez quiso ser amado, pero que solamente había sido rechazado. Ella se dio cuenta de que esta era la primera vez en su vida en que él había sido aceptado, la primera vez ya había ha sido elegido para algo.

"Mi lady", dijo con humildad, con una lágrima en sus ojos, "nada sería un honor tan grande".

De repente dio un paso adelante, se inclinó y recogió el arco de ella.

"Si voy a ser su consejero", dijo él, "si puedo ser tan audaz, tal vez podría empezar ahora, con una lección sobre el arco y la flecha".

Sonrió, apuntando a su objetivo distante.

"Perdóneme, mi lady, pero no pude evitar fijarme en que su puntería necesita corrección, si no le ofende".

Gwen, sonrió, felizmente sorprendido; ella se sentía recelosa de que alguien como él pudiera enseñarle, pero seguiría adelante y decidió ir junto con él y seguirle la corriente. Él era un hombre peculiar.

"Estoy contento de que lo haya notado", dijo ella. "Porque necesita mucha corrección. ¿El tiro con arco es una habilidad suya?".

Sonrió mientras levantaba una flecha y la pesó en la palma de su mano. Ella nunca había visto a alguien manejar así una flecha.

"Tengo pocas habilidades en este mundo, mi lady", dijo, "pero el tiro con arco es uno de ellos. La gente pensaría que no podría — pero algo en mi joroba me ha hecho fácil disparar. Siempre ha sido así. Mis pocos amigos solían decir bromeando que yo nací con la forma de arco. "Pero a veces, creo que es algo bueno.

Steffen de pronto colocó la flecha en el arco, tiró de la cuerda posterior,

luego la soltó, todo mientras miraba a Gwen y le sonreía.

Un segundo después, se oyó el sonido de la flecha pegando en el objetivo, y Gwen, sin aliento, vio que había dado en el blanco perfecto.

Ella suspiró. No podía comprender cómo lo había hecho: él la había estado mirando mientras disparaba. Ella nunca había visto algo así en su vida— ni siquiera de los arqueros reales.

"¿Puedes enseñarme a hacer eso?", preguntó ella, sorprendida.

"Sí", dijo, extendiendo la mano y entregándole el arco.

Lo tomó y colocó una flecha en él, emocionada por primera vez.

"Tire, déjame ver cómo lo hace", dijo él.

Ella jaló la cuerda, con su mano temblando.

"El codo debe ir más arriba. Y debes tener los dedos más cerca de su barbilla. El mentón debe estar abajo, los ojos vacilantes. Elija un ojo. No lo piense demasiado. Y no lo sostenga tanto tiempo — sus manos temblarán".

Gwen dejó volar la flecha, y otra vez rozó el objetivo, aunque esta vez un poco más cerca del centro.

"Hay un viento fuerte hoy", dijo él. "Debe tener eso en cuenta. Además, el terreno donde usted está parada está inclinado. Ambas cosas deben ajustarse. Finalmente, este arco es demasiado pesado para usted. Debe tomar eso en consideración. Para ajustarlo, apunte un poco más arriba y más a la derecha. Y doble sus rodillas sólo un poco: están bloqueadas. Eso le permitirá respirar. Respire hondo y suéltela cuando llegue a lo alto de la respiración".

Gwen hizo todo lo que él le dijo, y cuando dejó volar su flecha, sintió diferente esta vez. Se sintió más en control.

Estaba el sonido de la flecha al golpear el objetivo, y gritó de alegría al ver que ella había dado en un blanco perfecto.

Steffen también sonrió ampliamente, y aplaudió.

"¡Caramba, usted aprende rápido!", dijo él.

"Eres un buen profesor", respondió ella, sonriendo, orgullosa de sí misma.

De repente, al lado de ellos, Krohn comenzó a gruñir. El pelo se levantó de todo su cuerpo, y se volvió, mirando el horizonte vacío, gruñendo.

"Krohn, ¿qué pasa?", preguntó ella.

Krohn continuó gruñendo y Steffen y Gwen intercambiaron una mirada, asombrados. Gwen comenzó a estar ansiosa por el comportamiento de Krohn. Nunca lo había visto así. ¿Estaba viendo algo?

De repente hubo un gran estruendo, como un trueno, y en el horizonte apareció una docena de caballos, montados por hombres en una armadura de

color amarillo y verde. Su corazón se detuvo, al reconocerlos inmediatamente: Eran Nevaruns. Ella había pensado que se habían ido para siempre, después de ser perseguidos en el Salón de Armas. Pero al parecer, habían estado esperando su oportunidad, un momento en que ella no se lo esperara.

Ahora, se dirigieron hacia ella.

Gwen se daba de cabezazos; había sido tan estúpida. Ella no debió haber permitido ser vulnerable, sola en esas colinas, especialmente sin su caballo, un medio de escape. Steffen tampoco tenía caballo, y estaban atrapados, indefensos, no podían hacer nada sino esperar a que se acercaran. De repente deseaba que Thor estuviera allí, junto a ella, mientras su corazón se llenaba de pánico.

Pero su corazón también se inundó de fuerza y sintió una indignidad correr por sus venas. Después de todo, era hija de MacGil, hija de un rey, y ella llevaba el orgullo de un rey. Su padre no huyó de nadie, y ella tampoco lo haría.

Gwen oyó un chillido, y a lo alto vio a Estopheles descendiendo, en círculos; ella sintió a su padre con ella.

"¡Mi lady, corra!", gritó Steffen.

Se adelantó, le arrebató el arco de sus manos y más rápido que cualquier arquero que había visto en su vida, disparó tres tiros rápidos mientras el grupo se acercaba, ahora estaban tal vez a nueve metros de distancia.

El tino de Steffen fue increíble. Le pegó a tres guerreros, cada uno con una precisión perfecta, en sus gargantas, en la base de sus clavículas, entrando las flechas por un lado y saliendo por el otro. Cada uno cayó de su caballo, muerto.

"¡Nunca!", gritó Gwen.

Al mismo tiempo, Gwen agarró un segundo arco y disparó a los hombres, también. Falló su primer tiro. Entonces recordó todo lo que le había enseñado Steffen. Trató de respirar, de relajarse. Y al apuntar otra vez y soltar la flecha, estaba sorprendida al verla navegar y perforar a un guerrero en la garganta. Él subió las manos, gritando, y luego cayó, también.

Estaban tan cercanos ahora, que no hubo tiempo para que Steffen o Gwen dispararan. Los caballos se acercaron con fuerza hacia ellos y en el último segundo ambos se quitaron fuera del camino para no ser pisoteados.

Los soldados saltaron de sus caballos, uno derribando a Gwen y el otro a Steffen, haciéndolos caer y aterrizando encima de ellos, con su armadura. Las costillas de Gwen estaban lastimadas cuando ella cayó al suelo.

El atacante de Gwen estiró la mano hacia atrás con su guantelete, preparándose para darle una bofetada y ella se preparó para el impacto, que sabía que le haría añicos su mandíbula.

Pero entonces un gran gruñido llenó sus oídos, y ante sus ojos, Krohn saltó hacia adelante y hundió sus colmillos en el cuello del soldado. Él clamó, mientras Krohn encontraba el punto débil entre sus placas de armadura y mordió, fijándolo al suelo, negándose a soltarlo.

Gwen salió de debajo de él y, con el mismo movimiento, agarró el puñal de su cinturón y giró justo a tiempo para sumergirlo en el otro soldado que iba hacia ella. Ella lo apuñaló en el vientre bajo y él chilló, tirando su garrote antes de que lo metiera en su cabeza.

Cayó sobre ella, y dolió el impacto. Pero ella aguantó y metió la daga profundamente en él, y pronto dejó de moverse, estaba muerto.

Ella lo empujó.

Otro soldado se acercó a ella con un látigo, a punto de golpear su cara, pero Krohn se dio vuelta y saltó, abalanzándose en el aire y hundió sus colmillos en la muñeca del soldado, arrancando su mano a mitad del aire, y el látigo con ella. El soldado gritó, hundiéndose de rodillas y agarrando su muñón sangriento.

Steffen finalmente logró liberarse de debajo del otro caballero, y al hacerlo, él sacó su espada y cortó la cabeza del caballero sin manos.

Un soldado atacó por detrás a Gwen, agarrándola y tirándola de los pies y sosteniendo una daga en su garganta.

"Espero que siempre recuerdes que te dejé esta cicatriz, princesa", dijo él, con su aliento caliente en la oreja de ella. Luego se acercó y puso la daga en su mejilla.

Gwen se preparó para el corte, sintiendo el metal tocar su piel — cuando de repente oyó un chillido y vio a Estopheles, en bajada, con las garras al frente, dirigiéndose a ella. Agachó su cabeza y el pájaro bajó en picada y arañó el rostro de su atacante.

Él gritó, agarrando sus ojos y dejando caer la cuchilla.

Steffen fue hacia adelante y apuñaló al hombre en el pecho. A continuación, rodó y con el mismo movimiento, cortó a un soldado en el estómago, antes de que bajara hacia Steffen con un martillo de guerra.

Gwen, magullada, temblando, cubierta de sangre, miró a su alrededor a todos los cadáveres y se sorprendió del daño que habían hecho. Era como un mini campo de batalla, y de algún modo habían sobrevivido ella, Steffen y

Krohn.

Pero se relajó demasiado pronto: Krohn empezó a gruñir nuevamente, y Gwen escuchó un gran estruendo.

El horizonte se llenó de soldados, cientos de ellos, todos vistiendo la armadura amarilla y verde de los Nevaruns.

El corazón de Gwen se detuvo, al darse cuenta de que esos pocos caballeros que habían matado, sólo habían ido de expedición, era una pequeña muestra de lo que estaba por venir. Ahora fueron rápidamente hacia ellos, un ejército entero, con toda su fuerza. No había manera de que pudieran defenderse — y no había hacia donde correr.

Steffen dio un paso adelante, sin temor tomó el arco y se preparó para disparar. Ella estaba asombrada por su caballerosidad, su intrepidez, pero sabía que era una batalla perdida.

"¡Steffen!" gritó ella.

Se volvió y la miró, mientras ella ponía una mano sobre su muñeca.

"No", dijo ella. "No podemos ganar. Te necesito en otro lugar. Vete de aquí. Ve a avisarle a Thor, a La Legión. Diles que me busquen, esté donde esté. Eso es lo que necesito".

"Mi lady, no puedo dejarla", protestó, con los ojos bien abiertos; el ejército cada vez más cerca, levantando la voz para ser escuchado.

"¡Debes hacerlo!", insistió ella. "Exijo que lo hagas. Si te preocupas por mí, lo harás. Te necesitamos en otra parte. Sin ti, no podré darle el mensaje a Thor. Tú eres mi última esperanza. Anda. ¡ANDA!", gritó ella, con furia.

Steffen se dio vuelta y corrió a través de los campos, a toda velocidad.

Gwen se quedó ahí parada, enfrentando sola al ejército que se aproximaba, únicamente Krohn estaba a su lado, y aunque ella temblaba por dentro, se negaba a demostrarlo. Irguió su pecho, subió la barbilla y se quedó allí con orgullo, negándose a huir. Krohn gruñó a esos hombres, sin mostrar una pizca de miedo, y ella estaba decidida a tener la misma valentía. Lo que vendría, vendría. Por lo menos caería con orgullo.

En pocos momentos, la alcanzaron. Primero llegó el estampido de los caballos, arremolinándose alrededor de ella; luego llegaron cientos de hombres enojados, dirigiéndose a ella, sosteniendo las cuerdas gruesas de cordel, preparándose para atarla. Krohn, sin inmutarse, valientemente, se abalanzó y arrancó la mano del primer hombre que se acercó a Gwen.

Pero otro soldado levantó un garrote y lo bajó hacia la espalda de Krohn, y Gwen escuchó un tronido horrible. Sonaba como si se rompieran las costillas

de Krohn — sin embargo, de alguna manera, Krohn logró girar y morder también la mano de su atacante.

Krohn saltó hacia otro soldado, hundiendo sus colmillos en su cuello y mordiendo mientras el soldado gritaba. Otro soldado lo golpeó con un mazo, sin embargo, Krohn no lo soltaba — hasta que por fin otro soldado echó una red sobre él, atándolo.

Simultáneamente, los soldados detuvieron sus caballos ante Gwen, y un grupo de ellos desmontó y se pavoneó hacia ella. Uno de ellos se acercó al frente, y cuando ella estuvo cerca, él levantó su visor. Ella lo reconoció de la confrontación afuera del Salón de Armas. Era el hombre a quien ella había sido vendida, el hombre arreglado por Gareth para que fuera su esposo.

"Te dije que volvería", dijo él, con su cara seria. "Tuviste la oportunidad para venir pacíficamente. Ahora, aprenderás por las malas, el poder de los Nevaruns".

Gwendolyn vio sólo débilmente el guantelete, detrás de ella, bajando hacia su rostro, mientras escuchaba un horrible estrépito de metal contra su cráneo, sentía el zumbido en sus oídos, y sentía hundirse, inconsciente, en el campo de las flores.

CAPÍTULO TREINTA

Luanda caminó por las calles de la ciudad de los McCloud, pegada a las paredes, haciendo lo posible para no ser detectada. Ella sólo había viajado a la ciudad brevemente, e hizo su mejor esfuerzo para volver sobre sus pasos, para tratar de encontrar su camino de regreso a donde ella sabía que mantenían a Bronson. Pasó junto a un caballo atado a un poste y por un momento se dio vuelta y miró hacia el horizonte, a la puesta del sol en los campos abiertos, y quería más que nada tomar la daga en su mano y cortar la soga de ese caballo, montarlo e irse de ahí — lejos, muy lejos, de vuelta a las Tierras Altas y a la seguridad de su hogar.

Pero ella sabía que no podía; ella tenía un trabajo que hacer. A pesar de lo despreciable que era su familia, aún amaba a Bronson, y tenía que salvarlo. No podría vivir consigo misma, si no lo hacía.

Luanda mordió su labio y siguió adelante. Caminó a través de la muchedumbre, por las callejuelas sinuosas y estrechas, por las plazas, las tabernas, los burdeles, las calles llenas de lodo y basura, de perros corriendo por todas partes. Una rata pasó entre su pie descalzo — ella la pateó y evitó gritar a último momento. Tenía que ser fuerte. Ella sólo oraba para que su marido estuviera vivo, y para que pudiera encontrar una manera de salir de ahí para siempre.

Antes de que ella hubiera salido de la mazmorra, Luanda había visto a Bronson ser atado en la plaza del pueblo, por su padre, como ejemplo público, para ser el hazmerreír; ella suponía que era donde él estaba todavía. Ella se apresuraba calle tras calle, tratando de recordar el camino, esperando ir en la dirección correcta mientras seguía a la multitud. Ella pensó que las multitudes acudían siempre hacia la miseria y la tortura y el espectáculo.

Hubo una ovación a lo lejos y ella supuso que se acercaba al centro de la ciudad. Pronto se hizo más claro y estridente, y sabía que se estaba acercando.

Caminaba rápido, tratando de mantener su cabeza hacia abajo, para que nadie la notara. Pasó por el puesto de una anciana, que tenía ropa variada y cuando la mujer se dio vuelta para atender a su perro, Luanda bajó y se llevó un manto largo y castaño.

Dio vuelta a la esquina y rápidamente se puso el manto, cubriendo su cuerpo frío y cubriendo su rostro. Miró en todos los sentidos, vio que nadie

había notado que lo había tomado, y se sintió mejor. Metió la daga que había robado en su cintura y siguió avanzando, escabulléndose entre la multitud y sintiendo que iba contra el tiempo. Era sólo cuestión de un momento a otro para que descubrieran que escapó — y cuando lo hicieran, todos los hombres de McCloud irían en busca de ella.

Luanda dio vuelta en la calle, los gritos crecían más fuerte, y al hacerlo, para su alivio, la vio: la plaza de la ciudad. Una enorme multitud presionaba, pululando alrededor de su centro; todos miraban hacia arriba y ella siguió su mirada y estaba horrorizada al ver, arriba en un andamio, a su marido, atado de piernas y brazos en cuatro direcciones, en una enorme Cruz. Le faltaba una de sus manos, que su padre había cortado, y ahora sólo era un muñón carbonizado, y se quedó ahí, colgando de cabeza, con el cuerpo flácido. La muchedumbre le arrojaba verduras y no podía hacer nada, sino sufrir la humillación, mientras ellos lo molestaban de todas las formas posibles.

Luanda estaba roja de rabia con ese tratamiento y se apresuró a ir hacia adelante, frenética por acercarse, a ver si estaba vivo. A esa distancia, ella no podía saberlo.

Mientras Luanda se acercaba, lo vio y momentáneamente levantó su cabeza, solo un poquito, hacia él, como si lo supiera. Su corazón se disparó con alivio al saber que estaba vivo. Había esperanza. Eso era todo lo que necesitaba.

Luanda se dio cuenta de que probablemente la atraparían tratando de liberarlo y morir en el proceso. Pero no le importaba. Tenía que intentarlo. Si iba a morir, que así fuera. Después de todo, era la hija primogénita del rey MacGil, de un largo linaje de reyes MacGil, y no estaba en su naturaleza abandonar a a alguien. Especialmente a su esposo, y especialmente después de que había sido herido tratando de salvar su vida.

Luanda miró su entorno, desesperada por formular un plan. Ella no había decidido lo que haría una vez que lo viera, y ahora que sabía que estaba vivo, su mente voló.

Se dio cuenta que debía esperar hasta que todas estas personas desaparecieran; necesitaba el anonimato de la noche. Ella no sabía si podría esperar hasta entonces, pero no tenía otra elección. No había manera de que ella pudiera intentar sacarlo delante de esa multitud de personas.

Ella se desplazó por la plaza del pueblo, caminando junto a un muro de piedra, buscando por los rincones y grietas en la pared hasta que encontró una que le gustaba, profunda y baja hacia el suelo, incrustada en uno de los antiguos muros de piedra. Ahí se metió. Tenía varios metros de profundidad, y

se sentó, en el suelo y envolvió el manto ajustado a su alrededor. Desapareció totalmente dentro del pequeño rincón, y nadie podía verla. Su única compañía aquí eran las ratas que pasaban.

Se sentó allí y esperó. Se acercaba el crepúsculo, y pronto caería la noche. Al final, todos esos desagradables McCloud regresarían a sus hogares. Finalmente, ella estaría ahí, sola. Y entonces entraría en acción.

*

Luanda abrió los ojos con una sacudida y miró a su alrededor, preguntándose dónde estaba. Ella había dormido y había despertado en medio de pesadillas rápidas, y complicadas. Se reprendió a sí misma, respirando con dificultad. Ella había resuelto estar alerta, mantenerse despierta, pero su cansancio debió haber tomado su energía. Miraba hacia la oscuridad, a la quietud absoluta de la plaza del pueblo y se preguntó qué hora sería. Al menos el sol no había salido todavía. Y ahora la plaza, como ella esperaba, estaba completamente vacía.

Excepto por una sola persona — quien más importaba: su esposo. Todavía estaba en el patíbulo, atado a la cruz, colgando sin fuerzas. Ella no sabía si estaba vivo o muerto. Pero al menos estaba solo.

Ahora era su gran oportunidad.

Lentamente, Luanda salió arrastrando de la grieta, con sus piernas y brazos rígidos de estar encogida tanto tiempo. Se paró, los estiró y revisó su entorno. Bronson estaba tan alto en la cruz, que necesitaba una forma de bajarlo — y una vez que lo hiciera, necesitaba que ambos pudieran irse de ahí.

Pero no vio ningún caballo en algún lugar, no había un medio de escape, y no había tiempo para buscar uno. Era ahora o nunca, ella lo sabía. Sólo tenía que bajarlo y luego decidir qué hacer con él.

Luanda llegó sigilosamente a la plaza, agachándose; alcanzó el andamio y subió los escalones. Cuando ella se acercó, escuchó a Bronson quejarse, y se alegró al escuchar sonidos viniendo de él. Estaba vivo.

Luanda se acercó detrás de él, subiendo hasta la parte superior del andamio, a unos tres metros del suelo y se quedó parada a su lado.

"Bronson", le susurró al oído, mientras él seguía allí, delirando. "Soy yo, Luanda. Estoy aquí".

Bronson levantó la barbilla y la miró con un ojo abierto; ella pudo ver una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios. Pero sus labios estaban agrietados y deliraba mucho para abrir la boca para hablar.

"Voy a sacarte de aquí, ¿me entiendes?", dijo ella.

Lentamente, asintió de nuevo.

Luanda quitó la daga de su cinturón, llegó por detrás de él y cortó la cuerda gruesa que ataba sus brazos a la cruz. Al hacerlo, de repente se desplomó y cayó, aterrizando sobre ella. El peso de él fue algo inesperado e hizo que ella se estrellara en el podio, con un ruido fuerte; la madera hueca reverberando en la plaza del pueblo.

"¡Alto! ¿Quién anda ahí?", gritó una voz ronca.

De repente apareció una antorcha en la oscuridad, y un caballo se dirigió hacia ellos. Luanda miró hacia arriba, aterrorizada, al ver a uno de los hombres de McCloud, de la guardia real, corriendo hacia ellos.

Tenía que pensar rápido.

Luanda se puso de pie, sacó el puñal de la cintura, y mientras el hombre se dirigía hacia ella, estiró la mano y lo lanzó.

Oraba a Dios para atinar a su objetivo. Fue un reflejo, lanzar cuchillos, era algo que había hecho desde que era una niña. Era una habilidad que tenía. Y ahora, oraba para que todos esos años sirvieran de algo.

Se escuchó el ruido de la hoja entrar en la carne, mientras el guardia gritaba; ella vio cómo la cuchilla había perforado su garganta y lo había enviado volando hacia atrás, por encima y fuera de su caballo. El caballo se siguió acercando, hacia ella y Luanda estiró la mano y tomó sus riendas, antes de que pudiera irse de nuevo. Entonces agarró a Bronson, lo arrastró a sus pies con todas sus fuerzas y subió su cuerpo al caballo. Ella subió de un salto al caballo, lo pateó, y se fueron los dos.

Escuchó un coro de voces a lo lejos, detrás de ella, pero no se detuvo a ver quién la perseguía. Se marchó por las calles serpenteantes de esa ciudad, esperando y rezando para que pudiera salir de ahí pronto.

Sus oraciones se hicieron realidad. Después de varias vueltas más, ella se encontró bajo el cielo abierto, en los campos abiertos, dirigiéndose hacia el oeste, en la puesta del segundo sol y la salida de la primera luna. A lo lejos, como una silueta, podía ver las Tierras Altas, y su corazón se aceleró. Atrás de esas montañas, estaba su seguridad. Si lograba llegar, juró que nunca volvería a cruzar hacia el lado de los McCloud otra vez.

Ella casi no podía creerlo.

Eran libres.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Reece despertó al amanecer del otro día, fue el primero en levantarse. Miró a su alrededor, a las brasas de la hoguera moribundas y vio a todos sus hermanos de La Legión durmiendo a cielo abierto. Estaba emocionado cuando Thor regresó la noche anterior, y los dos se quedaron despiertos la mitad de la noche, hablando. En algún momento ellos habían dormido y Reece había estado plagado de pesadillas. Él seguía viendo la cara de Selese. En un sueño, la vio en un bote de remos, a la deriva, en el mar, alejándose de él sobre mareas fuertes; en el otro, la vio colgando sobre el borde de un acantilado, sosteniendo su muñeca. En todos estos sueños ella escapaba de él y seguía tratando de salvarla, pero siempre era demasiado tarde.

Reece había despertado sudando, buscándola frenéticamente. Por supuesto, ella no estaba ahí. Él no había hablado con ella desde que lo había rechazado el día anterior; él había intentado olvidarla, pasando el resto del día metido en su trabajo, ayudando a los aldeanos a reconstruir, tratando de alejarla de su mente.

Con cada piedra que había puesto, con cada parte del trabajo, solamente pensaba en ella. Por alguna razón, él no podía quitársela de la mente. A pesar de sí mismo, se había encariñado con esta pequeña aldea, con este sencillo lugar bajo el cielo abierto, con su gente sencilla, con su manera tranquila de ser. Era un cambio refrescante de la Corte del Rey. Y sin embargo, él sabía que su tiempo aquí casi se había terminado, y que probablemente nunca volvería a ver a Selese otra vez.

Reece caminó a la luz temprana de la mañana, atormentado por eso. Ella había dejado las cosas ambiguas y no podía estar totalmente seguro si le agradaba a ella o no. Sabía que si él no intentaba hablar con ella ahora, una última vez, entonces él nunca regresaría, nunca volvería a tener esa oportunidad. Él sabía que si regresaba a la Corte del Rey sin aprovechar esa oportunidad, sin una conclusión, lo perseguiría siempre.

Reece se sentía atrapado entre dos mundos, necesitaba desesperadamente volver a hablar con ella, pero tenía miedo, no estaba seguro si ella quería verlo. Sus palabras habían sido confusas. Por un lado, había parecido como un rechazo; pero por otro lado, ella no había cerrado completamente la puerta y había hecho esa referencia enigmática de que admiraba la persistencia. Ella

era un misterio — y eso era en parte lo que le gustaba. Él nunca había encontrado a alguien como ella, que lo mantuvo a sus pies, como lo hizo. Finalmente había conocido a alguien a quien no le importaban las riquezas o títulos o estatus, que no le importaba nada quién era, o de dónde era él. Ella era la persona más pura y genuina que había conocido — y eso le hizo amarla más.

No sabía por qué estaba tan obsesionado con ella. ¿Era porque ella lo había resucitado de la muerte? ¿O había algo más? Sintió una intensa conexión con ella, que no poder quitarse de encima y nunca había sentido algo así. No podía ignorarlo, no importaba cuánto lo intentara. Se estaba quemando por dentro.

Reece no podía aguantar más. Ya lo había decidido.

Finalmente se volvió y se apresuró, andando por las calles de la pequeña aldea, marchando con determinación a la casa de Selese. Él estaba lleno de cosas para decirle a ella; necesitaba saber por qué ella lo había despreciado, y lo que realmente sentía por él. Llevaba toda una conversación con ella dentro de su cabeza, y cuando llegó a su puerta y agarró la aldaba, ya lo había preparado todo.

Golpeó su aldaba varias veces, era el único sonido en la aldea soñolienta, reverberando a lo largo de sus calles vacías. Sonaba demasiado fuerte, y ya que un perro comenzó a ladrar a lo lejos, él se sintió conspicuo, como si pudiera despertar a todo el pueblo.

Golpeó el llamador repetidas veces, hasta que finalmente escuchó una voz.

"¡Basta, basta!", se escuchó una voz soñolienta detrás de la puerta.

Reece se quedó parado, dándose cuenta repentinamente de lo que había hecho, al darse cuenta de repente que estaba golpeando a su puerta al amanecer — y se sintió avergonzado. Ahora quería girar y correr — pero ya era demasiado tarde.

Selese abrió la puerta y se quedó allí parada, mirándolo en el sol matutino, envuelta con un chal apretado sobre sus hombros, con cara de sueño y muy molesta.

"¿Qué te pasa?", preguntó ella. "Todavía no amanece y estás tocando a mi puerta como si un ejército estuviera avanzando".

Reece la miró, sin poder hablar.

"¿Y entonces?", dijo ella, molesta.

Reece estaba ahí parado, había olvidado todo lo que había querido decirle.

"Yo, este...", empezó a decir él, luego se detuvo.

¿Por qué tenía ese efecto sobre él?

"Vine a decir buenos días", dijo él.

Los ojos de Gwen se abrieron de par en par.

"¿Buenos días?", repitió, incrédula.

Entonces ella estalló en carcajadas, en su cara.

"¿Te volviste loco?", añadió.

Ahora fue el turno de Reece de enojarse.

"Escucha", comenzó a decir él, ya no pudo contenerse. "No es correcto lo que estás haciendo. Jugando así. Tienes que ser honesta conmigo. No más de esto".

Ella lo miró, desconcertada.

"¿No más de qué?" preguntó ella. "¿Estás soñando?"

"Basta de este juego que estamos jugando. Necesito que me digas la verdad".

"No estoy jugando a nada contigo", dijo ella. "Ni siquiera te conozco".

Él la analizó, frustrado.

"¿Entonces me estás diciendo que no sientes lo mismo que yo?", preguntó Reece, queriendo llegar al punto. Necesitaba saberlo, por salud mental.

Ella parpadeó, sorprendida.

"¿Y qué es lo que sientes?", preguntó ella.

"¿Basta de preguntas!", exigió Reece, harto de eso. "Vine aquí porque te amo. ¿Entiendes? Te *amo*. No estoy enfermo. No estoy delirando. Estoy despierto. Estoy en mis cabales. Y eso es lo que siento. ¡Y eso es todo!", gritó, furioso, elevando su voz.

Ella lo miró, sorprendida, como si estuviera viendo a una persona loca; entonces, lentamente, se formó una sonrisa en la comisura de su boca.

"Pero aún no me conoces", respondió ella. "¿Cómo puedo creer que es verdad? ¿Cómo es eso posible?"

Reece se sintió descorazonado.

"¿Entonces estás diciendo que no me amas?", insistió él.

"No te conozco", respondió ella. "No estoy diciendo que no te quiera. No estoy diciendo que sí te quiero. No es una palabra que usaría a la ligera. Y no con un desconocido".

"Bueno, ¿cómo vas a conocerme, si no me das una oportunidad?", dijo Reece presionando.

Ahora era el turno de ella de ruborizarse.

"Eres de la realeza", dijo ella. "Soy una aldeana. Nosotros no tenemos

futuro juntos".

¿Y cómo puedes estar tan segura?", dijo Reece exigiendo. "Porque yo creo que podría funcionar.

Él lo miró, su mirada se puso seria por primera vez, como si por fin realmente lo escuchara.

"¿Qué me estás preguntando?", dijo ella.

Reece respiró hondo.

"Te estoy pidiendo que vengas conmigo. Estoy diciendo que quiero sacarte de aquí. Estoy diciendo que quiero que tengamos una oportunidad. Digo lo que digo. No soy un transeúnte. Me tomo muy en serio el amor. Y yo sé lo que siento por ti. He estado despierto durante toda la noche — y no puedo pensar en nada más".

Las mejillas de Selese enrojecieron, y ella vaciló, nerviosa.

"Dime", preguntó Reece, calmándose. "¿No piensas en mí en absoluto?".

Selese miró hacia el suelo, ruborizada.

"No he pensado en otra cosa desde que te fuiste ayer", dijo suavemente, mirando hacia abajo, como temiendo admitirlo.

El corazón de Reece se alegró. Tenía ganas de gritarlo a los cuatro vientos. Casi no podía creer que ella sentía lo mismo.

"¿Entonces, por qué te resistías?", le preguntó él.

Ella miró hacia arriba, con sus ojos húmedos.

"Te cansarías de mí en un día", dijo ella. "Yo sólo sería una rareza, la chica del pueblo llevada ante la corte del rey. Todos embobados, mirándome. Te convertirías en otra persona. No me arriesgaré a pasar por eso".

"Nadie se te quedará mirando", insistió Reece. "Y menos yo. Me importa muy poco lo que otros piensan. Te quiero allí. Te quiero conmigo".

Ella lo miró a los ojos, y por primera vez, él realmente podía notar lo que ella sentía por él. Ya no podía esperar una respuesta: él se inclinó, colocó una mano detrás de su cabeza, la acercó y la besó.

Ella no se resistió. Ella no lo besó, pero no se alejó de él, tampoco. La sensación de sus labios en los suyos era estimulante, y la besó mientras pudo, no queriéndola soltar. Al hacerlo, se sintió transportado a otro lugar. Sintió que era la mujer que estaba destinada a estar con él.

De repente, sonó un cuerno, por el cielo de la mañana, y Reece se dio la vuelta, mientras todo el pueblo empezaba a correr, en una dirección. Vio a un hombre solo galopando hacia el centro del pueblo, a toda prisa, procedente de la Corte del Rey. Era un mensajero. Supo al instante que, fuera lo que fuera, no

podría ser bueno.

*

Thor estaba parado en la luz temprana de la mañana, en Sulpa, y se dio la vuelta con el resto del pueblo cuando vio a un mensajero solitario galopando hacia él, montando a caballo a través del desierto desde la senda de la Corte del Rey. Thor entrecerró los ojos a la luz, preguntándose si era una aparición, pero los cuernos sonaban alrededor de él, y sabía que era real. Al principio se sintió en guardia para la batalla, pero luego se dio cuenta de que era sólo un mensajero, y su corazón latió más rápido. Fuera lo que fuera, no podía ser bueno. No por la manera en que ese hombre cabalgaba.

Cuando se acercó el mensajero, Thor corrió a reunirse con él, y su corazón latió con más fuerza al darse cuenta de quién era. Steffen, el jorobado, quien había salvado la vida de Gwen. Cabalgaba con gran rapidez, y su cara estaba ensangrentada y cubierta de sudor y claramente había viajado toda la noche. Thor pudo sentir la urgencia saliendo de él, incluso desde ahí, y cada fibra de su ser le dijo que algo andaba mal.

Thor corrió a encontrarlo, más allá de todos los otros aldeanos, en la puerta de la aldea, y Steffen desmontó, jadeando y se apresuró hasta Thor.

Él hizo media reverencia.

"Mi señor", comenzó a decir, faltándole el aire.

"¡Tráiganle agua!", ordenó Thor, y un aldeano corrió con un cubo de agua. Steffen la tomó, se reclinó y la bebió, tragando saliva rápidamente y luego descargando el resto sobre su cabeza.

Se limpió la cara con la palma de su mano, respiró hondo varias veces y miró a Thor.

"Mi señor, ha ocurrido algo terrible", comenzó a decir. "Es Gwendolyn".

El corazón de Thor se aceleró.

"Fuimos emboscados por los Nevaruns", continuó diciendo. "Al principio, sólo fue un puñado, logramos matarlos. Pero después llegó un ejército mayor. Ellos nos abrumaron. Sólo estábamos Gwen, Krohn y yo, solos en la cima de la colina. No fue nadie a ayudarnos".

Steffen rompió en llanto.

Thor dio un paso adelante, lleno de pánico, agarró al pequeño hombre de los hombros y lo sacudió.

"¡Dime lo que pasó!", dijo exigiendo. "¿Ella está bien?".

Steffen meneó la cabeza.

"Me dijo que lo buscara. Yo quería quedarme y luchar hasta el final. Pero

insistió en que yo viniera a buscarlo. Cuando me fui, se estaban acercando a ella. No había nada que yo pudiera hacer. No sé si está viva".

Steffen lloró, y Thor se quedó allí, abrumado por la culpa. Se odiaba a sí mismo por dejar sola a Gwen, por no haber regresado antes. No podía soportar la idea de que se la llevaran, de que estuviera desprotegida, de que estuviera ella sola. Se sentía hecho pedazos.

Y luego sintió una nueva sensación elevándose en sus venas: un deseo de venganza y un deseo de salvarla, si estaba viva.

No había tiempo que perder.

"¡A LOS CABALLOS!", Thor gritó a sus hermanos de La Legión, que ya estaban reunidos a su alrededor, escuchando cada palabra.

En pocos momentos Thor estaba sobre su caballo, al igual que sus hermanos de armas, y lo pateó con la mayor fuerza que había tenido en su vida. Cabalgó desde ese lugar, con toda su energía hacia el desierto, hacia la Corte del Rey.

Solamente oró para que Gwendolyn aún estuviera viva.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Thor galopaban a la cabeza del pequeño grupo de miembros de La Legión hacia la Corte del Rey, todos ellos exhaustos, por andar todo el día, sin descanso, presionando demasiado a sus caballos. El segundo sol ya hacía tiempo que estaba en el cielo mientras Thor pasaba por el puente levadizo, a través de la Puerta del Rey y más allá de la Guardia Real, sin aminorar el paso. Sus amigos se mantuvieron con él mientras pasaban por debajo del túnel y hacia el otro lado, creando una tormenta de polvo al entrar en la Corte del Rey.

Seguían cabalgando a través de la Corte y saliendo de una puerta en el otro extremo; con Steffen llevándolos al campo donde Gwen había sido rodeada. El corazón de Thor latía aceleradamente en su pecho, mientras oraba más allá de la esperanza para que tal vez, sólo tal vez, la encontrara viva. Y Krohn, también.

Pero por la manera en que Steffen lo describía, sabía que las posibilidades eran escasas. Ella podría estar muerta. Ambos podrían estarlo.

Thor tenía que corroborarlo por sí mismo. Se sintió tan agradecido de que todos sus amigos lo respaldaran y cabalgaran con él en este viaje, negándose a ir a otro lugar. Ninguno de ellos lo dudó, ni por un momento. Realmente sintió como si fueran sus hermanos ahora.

Cabalaron y cabalaron a través de los campos, subiendo y bajando colinas y a través de un inmenso campo de flores. Cuando llegaron a una curva, Thor vio a Estopheles, dando vueltas en círculos en el cielo y sintió que estaban cerca. Rodearon otra colina, y el corazón de Thor se detuvo cuando vio la carnicería ante él. Él continuó hacia adelante, como si fuera una pesadilla.

Allí, en la colina, estaban lo que parecían ser varios cadáveres, cadáveres de los Nevarun, con su distintiva armadura verde y amarilla. Podía ver el derramamiento de sangre incluso desde aquí, y más aún, podía sentirlo, en la estructura del suelo. Una gran calamidad había sucedido aquí. Y se odiaba a sí mismo por no estar para proteger a Gwen.

Thor y sus hombres cabalaron hacia la colina, y cuando llegaron al grupo de cadáveres, todos ellos desmontaron, el caballo de Thor apenas paró cuando él bajó de un salto y corrió, buscando entre todos los cadáveres en el suelo,

desesperado, con lágrimas inundando sus ojos, esperando y rezando para que uno de ellos pudiera ser el de Gwen. Vio los cadáveres de los Nevarun, las flechas perforando sus gargantas, la sangre manchando el campo, y pudo ver que había ocurrido una batalla feroz. Notó a simple vista que todo lo que Steffen le había dicho era verdad, y estaba más agradecido que nunca por hacer su mejor esfuerzo para defender a Gwen.

Analizó las caras desesperadamente, mientras sus hermanos de La Legión corrían de un cadáver al otro; pero su corazón ya le había dicho lo que sabía que era verdad: Gwendolyn no estaba ahí. Se la habían llevado.

Al darse cuenta de eso, lo golpeó como un martillo. Por un lado se sintió aliviado de no encontrar su cadáver. Eso significaba que había por lo menos alguna esperanza de que ella estuviera viva. Pero por otro lado, la imaginó secuestrada, robada de este lugar y todas las cosas terribles que podrían haberle pasado desde entonces, y su cuerpo ardía con un repentino deseo de salvarla — y un deseo de venganza.

Thor continuó buscando entre la hierba manchada de sangre y vio algo que hizo que su corazón se sintiera triste: Krohn, yacía inmóvil, de costado, rezumando sangre de su cabeza. Thor corrió hacia él, cayó de rodillas y pasó una mano a lo largo de piel de Krohn. Lo vio respirar, con dificultad, y se sintió muy aliviado. Vio la sangre en sus colmillos, y echando un vistazo a los cadáveres, supo el daño que había hecho Krohn, y se sintió lleno de gratitud hacia él por proteger a Gwen — pero también abrumado por la culpa.

"Krohn", dijo Thor suavemente, moviéndolo. Su cuerpo estaba aún caliente, pero Krohn no respondía.

"Krohn", dijo Thor, sacudiéndolo. "¡Despierta!". ¡Por favor!

Thor sacudió a Krohn con más y más fuerza, hasta que finalmente abrió un ojo, sólo un poco. Entonces, cerró el ojo otra vez. Thor podía ver que estaba sufriendo, que estaba malherido. Sintió que si no conseguía ayuda pronto, moriría.

Thor no perdió el tiempo. Recogió a Krohn, sorprendido de lo pesado que estaba, lo colgó de su hombro y lo llevó al caballo de Steffen, poniéndolo en la parte trasera. Krohn yacía ahí, sin fuerza, como una alforja.

Thor se dirigió a Steffen.

"Llévalo con la curandera. Ahora mismo. ¡No pierdas tiempo! Dile que utilice todo su poder para salvarlo. ¡ANDA!".

Sin perder un momento, Steffen montó su caballo, Krohn lo puso en la parte trasera y se fue galopando por la colina.

Thor dio vuelta y enfrentó a los miembros de La Legión.

"Tengo que encontrar a Gwen", dijo con tristeza. "Su sangre está sobre mi cabeza. No puedo esperar un minuto más. Si hay alguna posibilidad de que esté viva, cada momento cuenta. No espero que ninguno me acompañe. Seré yo solo contra todo el ejército de los Nevarun y seré ampliamente superado en números".

Reece dio un paso adelante y agarró la empuñadura de su espada.

"Es el tipo de retos que me gustan", dijo.

"A mí también", añadió Elden.

"Y a mí", intervino O'Connor.

"Y a nosotros", dijeron los gemelos.

"Nunca te dejaríamos enfrentarte a un ejército tú solo", dijo Reece. "No después de todo que hemos pasado. Después de todo, Gwen también es mi hermana. Y un día ella será tu esposa".

"Tu sangre es nuestra sangre", agregó Elden.

Thor asintió con la cabeza, comprendiendo y lleno de gratitud. Él habría hecho lo mismo por cualquiera de ellos.

"¿Están seguros de que es un riesgo que desean tomar?", preguntó Thor. "Esta es mi batalla. No quiero arrastrarlos a ella".

"Si alguna vez pensaste que te dejaríamos ir solo", dijo Reece, "estás loco. Así que dejemos de perder el tiempo y traigamos a mi hermana".

Thor miraba las caras de sus hermanos de La Legión, y vio la determinación. En un momento de gran desesperación, nunca había sido tan agradecido.

Como si fueran uno solo, todos ellos montaron sus caballos; Thor pateó al suyo para galopar, corriendo por el campo de flores hacia la carretera distante que lo alejaba de la Corte del Rey. Mientras cabalgaba, Thor inconscientemente revisaba todas sus armas a la cintura, las que estaban atadas a la espalda, en su silla, a lo largo de su caballo. Estaba completamente armado. Eso estaba bien. A donde iba, necesitaría cada una de ellas. Era una misión suicida.

Y si tuviera que morir de esta manera, tratando de salvar la vida de Gwen, entonces así sería.

*

Thor cabalgó más rápido que nunca, con sus hermanos de La Legión a su lado, yendo más y más al sur, hacia la provincia distante de los Nevarun. Había seguido las pistas dejadas por las hordas de guerreros que habían

pisoteado los campos de flores, conduciéndolos hacia la senda principal, dejando la Corte del Rey. Por las marcas dejadas, parecía ser que habían ido por Gwen con un grupo de por lo menos cien guerreros, por el ancho y la amplitud de la hierba machacada, las ramas rotas, las huellas de los caballos en la tierra. Estaba claro qué dirección tomaban, y las marcas aún se veían frescas, dando esperanzas a Thor. Tal vez podría atraparla a tiempo.

Mientras Thor seguía andando, pateando a su caballo una vez más, él oró para atraparlos antes de que entraran en su ciudad fortificada. Tenían que alcanzarlos en el camino, si iba a haber alguna esperanza. Esperaba que el grupo de invasores se frenara en algún momento, dándole a Thor la oportunidad de alcanzarlos. Él supuso que así sería; después de todo, una vez que estuvieran lejos de la Corte del Rey, ¿que podría tener que temer ese ejército de cien Nevaruns salvajes, feroces guerreros? Ellos probablemente irían al trote o incluso caminarían, tomarían su tiempo para volver a su provincia con impunidad. Pensar que Gwen estaba entre ellos quemaba vivo a Thor; era soportar demasiado. Odiaba a Gareth con una intensidad como nunca había sentido y juró tomar venganza.

Thor sabía que Gwendolyn era fuerte, feroz y orgullosa. Él vio el daño que ella había hecho en el campo de batalla, con Steffen y había quedado impresionado, aunque no sorprendido. Rezó para que de alguna manera ella pudiera sacar esa fuerza para mantener la calma mientras se la llevaban, para tener fe en que Thor iría a buscarla. Él supuso que la querían viva, como una esposa trofeo, para restregarla en la cara de los MacGil, toda la vida.

Thor estaba decidido a cambiar eso.

Cabalgaron y cabalgaron, el segundo sol casi se ponía; Thor y sus hombres iban sin aliento, sus caballos jadeando, cabalgando más y más que nunca en su vida — y finalmente, llegaron a una meseta, a lo alto de una colina, desde donde había una imponente vista de la campiña. Thor vio debajo de ellos la amplia gama de las provincias del sur del Anillo, colinas ondulantes y valles contra el impresionante cielo, con nubes de todos los colores, árboles de una gran variedad de matices. Y allí, en el horizonte, vio el enorme séquito de Nevaruns, montar a caballo yendo hacia el sur, atravesando los campos. Thor se animó al ver que habían disminuido su ritmo y ahora iban al trote.

Por primera vez, sabía que podían atraparlos.

Thor pateó y le gritó a su caballo y los demás también lo hicieron, y al unísono, todos bajaron la colina, manteniendo a los Nevaruns a la vista, mientras seguían su rastro. Thor cabalgó más rápido que nunca, por las colinas

ondulantes, sobre caminos de tierra, a través de praderas y a través de un bosque serpenteante. Se acercaron más y más, los Nevarun estaban solo a unos noventa metros.

Cuando estaban a unos pasos, Thor vio por primera vez a Gwendolyn, sólo por un breve momento y se sintió inmensamente aliviado al ver que estaba viva. Ella iba montada en el dorso del caballo del líder, con las muñecas atadas, su cabeza hacia abajo avergonzada, mientras él cabalgaba triunfante frente a ella, con una arrogante sonrisa en su rostro. Cabalgaron a la cabeza del contingente, varios metros por delante de los demás, mientras el hombre llevaba a su victorioso ejército a casa.

Thor no pudo evitar notar que ese ejército había dejado una estela de devastación a su paso, saqueando a las pequeñas aldeas, cuyo humo se elevaba en el horizonte. Técnicamente, esos Nevaruns le debían lealtad a los MacGil, ya que estaban en el lado de las Tierras Altas de los MacGil; Thor estaba seguro de que nunca habrían actuado con tanta impunidad bajo el reinado de su padre. Pero eran separatistas, siempre fueron difíciles de controlar, y ahora Gareth era el rey — y los había invitado a llevarse a su hermana — claramente, hicieron lo que quisieron. Nunca fueron realmente leales ni a los MacGil ni a los McCloud. Parecían no ser leales a nadie que no quisieran matar en ese momento.

Mientras se acercaban a ellos, aún sin ser detectados, Thor se dio cuenta de que necesitaban formular un plan. Después de todo, sólo había nueve miembros de La Legión, mientras que parecía que ahí había por lo menos cien Nevaruns. No sólo eso, sino que los Nevaruns eran guerreros enormes, feroces, mestizos, que vivían para la guerra y las matanzas. Thor recordó las historias de Kolk, de haber ganado sus cicatrices en manos de ellos.

No podrían enfrentarlos de cara. Pese a los erráticos poderes que Thor tenía, sería una batalla perdida. Thor lo sabía. Sus poderes no estaban lo suficientemente desarrollados, y no podía confiar en ellos. Y si así fuera, sería una masacre. Tenía que idear una estrategia.

Mientras iban cabalgando, no dejó de pensar en la mejor manera de atacar a estos hombres.

Thor analizó el paisaje circundante y tuvo una idea. Notó que dando vuelta a la curva, si seguían ese camino, el ejército pasaría a través de una estrecha franja, entre dos acantilados. La franja era como de noventa metros y en esos noventa metros, el ejército sería vulnerable.

Thor miró hacia arriba, a la cima de los acantilados y vio rocas

encaramadas en el borde. Tuvo una idea.

"¡Conval, Conven!", gritó.

Ellos cabalgaron hacia su lado.

"¿Ven la parte superior de los acantilados? Necesito que cada uno de ustedes suba a cada lado de ellos y cuando les dé una señal, suelten esos cantos rodados. Aplastará a los hombres que estén abajo. Mientras tanto, el resto de nosotros iremos por debajo y atacaremos a quienes sobrevivan del grupo. ¡ANDANDO!", ordenó.

Conval y Conven se separaron del grupo, y se fueron hacia las laderas llenas de hierbas, que conducían hacia la cima de los acantilados. Thor llevó a los hombres restantes por el otro lado, tomando el camino más largo para no ser detectados y esperando sorprender a los Nevaruns cuando salieran por el otro lado. Tomaron un camino por el bosque, rodeando todo el camino, y se detuvo en el borde de la línea de árboles, todos sus hombres pararon con él y esperaron.

Thor vio a Conval y a Conven tomar posición en el acantilado superior, a cientos de metros por encima de los Nevaruns, que no sospechaban nada. Thor se quedó ahí sentado sobre su caballo, esperando, observando, tratando de ser paciente. Necesitaba que los cantos rodados hicieran todo el daño posible y necesitaban esperar hasta que los Nevaruns ingresaran a lo más profundo del abismo. Tenía que atrapar tantos de ellos como fuera posible de un solo golpe. Y también tuvo que asegurarse de que Gwen fuera la primera en estar a salvo, del otro lado.

Su caballo hacía cabriolas, Thor observó el extremo opuesto del abismo, con mucho cuidado, esperando la primera señal de la salida de Gwen, con el corazón acelerado. Tenía que ver la cara de Gwen antes de que él diera la señal.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, el líder salió en su caballo, lentamente, con Gwen en él detrás de ellos — y Thor dio la señal.

Thor se dirigió a los bosques, hacia ellos, levantando un gran grito de guerra, todos sus hermanos con él. Al mismo tiempo, Conval y Conven comenzaron a empujar con furia las rocas sobre el borde.

Le siguió un gran estruendo, mientras roca tras roca se venía abajo, a cientos de metros, aterrizando con un poderoso desplome al abismo. Allí surgieron los gritos de docenas de hombres, mientras los cantos rodados caían como granizo, causando un gran estruendo tras otro, y la tierra tembló con el impacto.

Los Nevaruns estallaron en caos. Los que sobrevivieron, esquivando por poco las piedras, salieron del abismo, corriendo hacia adelante, cerca de su líder y de Gwen. Thor esperaba que solo unos pocos sobrevivieran— pero escaparon más de los que habría querido. Parecía que unos treinta seguían vivos, dirigiéndose hacia ellos, como hormigas, fuera del abismo y corriendo a encontrar al grupo de siete de Thor. Les superaban en número por muchos. Pero ya no tenía opción ahora, sino una confrontación de frente. Al menos había matado a docenas de ellos; prefería enfrentar a treinta que a un centenar.

Un cuerno de batalla se escuchó de los Nevaruns y esos feroces guerreros se dirigieron disparados hacia Thor.

Thor escuchó el zumbido de una flecha y vio a O'Connor disparando tres flechas mientras cabalgaba. Thor las veía volar y estaba impresionado con la puntería de su amigo; las tres flechas cayeron en sus objetivos con mortal precisión, tres Nevaruns cayeron de sus caballos. Inspirado, Thor levantó su honda y la lanzó, con cuidado para no golpear a Gwen o su líder y con su puntería perfecta, mató a dos soldados, cayendo en cada lado de la cabeza, golpeando y derribándolos de sus caballos.

Elden siguió su ejemplo y lanzó su martillo y Reece su hacha — mataron a dos soldados más. El número de Nevaruns se redujo rápidamente, ya que todos se prepararon para el impacto, Thor y sus hombres ahora los superaban en sólo tres a uno.

Esos eran todavía de difícil pronóstico, especialmente con guerreros como los Nevaruns, que habían dedicado toda su vida al combate. Ninguno de ellos parecía asustado, y ninguno de ellos había tenido incluso un instante de vacilación, mientras se dirigían hacia Thor y sus hombres, armados con tridentes y hachas y alabardas, como si lo hubieran hecho desde su nacimiento. Soltaron un grito de batalla feroz ellos mismos, y momentos después, los dos grupos se reunieron en el centro de un estruendoso choque de brazos.

La lucha fue feroz. Su líder había señalado a Thor y se dirigió directamente hacia él, blandiendo un hacha de batalla a dos manos con una sola mano y haciéndola caer hacia la cabeza de Thor. Thor tenía que tener cuidado de cómo defenderse, dado que Gwen montaba en el mismo caballo. El líder, por supuesto, sabía eso y sonrió, deleitándose con ello. Thor transigía.

Thor levantó la espada que Kolk le había dado y bloqueó el golpe en el último momento. Fue uno de los más feroces golpes que Thor había recibido en su vida, y pudo sentir la fuerza del guerrero reverberando a través del mango. Hubo un gran sonido de metal, los brazos de Thor se agitaron y cerró

los ojos mientras sostenía su nueva espada, hecha de un material que no conocía, rezando para que no se partiera en dos.

Se sintió aliviado cuando no se partió: detuvo el hacha a pocos centímetros de su cabeza.

Normalmente Thor habría girado y habría golpeado también — pero con Gwen en el lomo del caballo, no podía correr el riesgo. Se vio obligado a seguir cabalgando, delante de él, y al hacerlo, alcanzó a echar un vistazo a los ojos de Gwen, bien abiertos, con miedo, mientras iba sentada, con las manos atadas detrás de ella.

"¡THOR!", gritó ella, frenética.

Pero Thor no tenía tiempo para mirar. Mientras se dirigía al grupo, dos guerreros más fueron hacia él, uno le arrojó un martillo de guerra, hacia sus costillas. Thor se reclinó en el último segundo, y el martillo falló por poco, salvándole de que se le rompieran; luego alzó su espada y la hizo caer sobre el brazo extendido del hombre, cortándolo, y el brazo y el martillo cayeron al suelo, mientras el hombre gritaba.

El otro soldado hizo pivotar su hacha lateralmente hacia la cabeza de Thor, y Thor se agachó en el último momento, cuando pasó zumbando. Luego giró con su espada y cortó la cabeza del soldado; rebotó y rodó hasta el suelo, mientras el cuerpo del hombre continuaba montando, sin cabeza, durante varios metros más, hasta que finalmente se desplomó y cayó al suelo.

Thor no tenía tiempo para descansar: fue atacado en rápida sucesión por Nevaruns por todos los costados y con toda clase de armamento. Sintió un duro golpe en su hombro, resonando contra su armadura y se dio cuenta de que había sido golpeado por una maza, el metal resonaba en sus oídos; por suerte, su armadura había impedido que perforara su piel, pero el dolor de la herida profunda rebotó en su brazo.

Otro soldado se dirigió hacia Thor desde un costado, levantó su escudo y lo usó como un ariete, algo que Thor no esperaba; él le pegó a Thor duro en la cabeza y lo envió tambaleándose sobre el extremo de su caballo, aterrizando con fuerza en el suelo, con un estrépito de metal.

Thor aterrizó en la tierra, sin aliento, mientras los caballos se estampaban alrededor de él, con los gritos de batalla elevándose en todas direcciones. Al rodar, miró a Reece, peleando con dos soldados, aguantando él solo, pero superado en número; vio a O'Connor estirar la mano con su arco para disparar, pero vio cómo un Nevarun derribaba el arco de su mano con un tridente, antes de que él pudiera soltarlo. Vio a Elden empuñar su martillo de guerra con las

dos manos y derribar a un Nevarun de su caballo — sólo para ver que otro Nevarun golpeaba a Elden desde atrás con una jabalina, derribándole de su caballo y cayendo al suelo, de bruces.

Thor vio a los otros tres miembros de La Legión con los que había cabalgado, eran chicos que no conocía bien y los vio luchar gloriosamente. Uno de ellos logró apuñalar a un Nevarun en la garganta, matándolo — pero en el mismo momento, a él le perforaban el pecho con una lanza. Gritó, y Thor sintió su dolor cuando se desplomó de su caballo, hacia el suelo, muerto.

El otro miembro de La Legión apuñaló a un Nevarun con su lanza, en el estómago, hiriéndolo — pero fue atacado por la espalda por otros dos, uno de los cuales le cortó las patas a su caballo, mientras que el otro le aplastaba la cabeza con un martillo, muriendo instantáneamente.

El último miembro de La Legión saltó de su caballo en una valiente muestra de gloria y aterrizó a mitad del aire entre dos Nevaruns, tirándolos al suelo antes de que ellos pudieran girar. Él sacó su daga y apuñaló a uno en la garganta, luego cortó al otro. Pero en el mismo momento, fue perforado en la espalda con un tridente y soltó un gran grito, mientras se desplomaba en el suelo, muerto.

Entonces solo quedaban Thor, Reece, O'Connor y Elden — cuatro de ellos contra dos docenas de Nevaruns que todavía quedaban. Habían hecho mucho daño, habían disminuido considerablemente en número a los Nevaruns, pero todavía los superaban por mucho en cantidad, y a ese ritmo, sus posibilidades no se veían bien.

Thor, sobre sus rodillas, trató de bloquear el golpe de la gran espada de un Nevarun, bajando por su cabeza, y al hacerlo, miró hacia arriba al cielo del atardecer y a lo lejos, Conven y Conval, se dirigieron hacia la montaña, llegando para reforzarlos. Los Nevaruns no les esperaban, y mientras se embarcaban en la batalla, Conven y Conval elevaron cada uno una lanza y la aventaron, matando a dos hombres más por detrás. Continuaron a la carga, subiendo dos lanzas más y aventándolas, matando a otros dos Nevaruns antes de que el grupo se diera cuenta de su avance.

Ahora las probabilidades habían cambiado. Ahora eran seis miembros de La Legión contra veinte Nevaruns, y Thor tuvo un renovado sentido de esperanza.

Thor finalmente logró rodar fuera del camino del atacante, jalándolo, después giró y lo mató. Rodó otra vez, sacó una lanza corta y la lanzó a otro atacante que galopaba hacia él, perforando su garganta antes de que el atacante

podiera lanzar su tridente. El hombre, herido, lanzó su tridente hacia Thor, pero fuera de balance, y el arma voló por el aire y no le pegó por unos centímetros, cayendo en el suelo junto a él.

Otro Nevarun se acercó a Thor, éste empuñando un mayal de tres cabezas, con una larga cadena. Thor se agachó y las tres bolas de hierro pasaron zumbando por la oreja, rozando su casco y fallando el tiro. Mientras el hombre pasaba, Thor cargó su honda y lanzó una piedra, golpeando al atacante en la parte posterior de su cabeza y haciéndolo caer del caballo, soltando el mayal.

Thor se lanzó al suelo mientras pasaba un caballo, evitando ser pisoteado, y agarró el mayal tirado en el suelo, con su larga cadena, después la enrolló, se puso de pie y la lanzó a los dos atacantes que se aproximaban. Se conectó con los dos, derribando los caballos, aterrizando en el suelo con un sonido de metal. La giró otra vez, levantándola por lo alto de su cabeza y antes de que cada uno se pudiera levantar, los volvió a tirar al suelo.

Thor escuchó un chillido sobre su cabeza y al mirar hacia arriba, vio a su viejo amigo, Estopheles; mientras un soldado se dirigía hacia Thor desde atrás, con la jabalina elevada por lo alto; Estopheles bajó en picada y mordió la muñeca del hombre justo antes de que la lanzara. El soldado gritó, soltando su jabalina y cayendo de su caballo con un sonido de metal; Thor agarró la jabalina, la giró y la hundió en el pecho del hombre.

Pero Thor de repente sintió que le faltaba el aire cuando fue abordado con fuerza desde atrás, cayendo de bruces al suelo. Un guerrero cayó encima de él, con la armadura completa, aplastándolo; Thor giró, luchando con el hombre y subiendo la mano y agarrando su muñeca, justo antes de que él le cortara la garganta a Thor, con una daga. Thor sostuvo su muñeca en el aire, con el brazo temblando, después, finalmente levantó su cabeza y le dio un cabezazo al hombre, rompiendo su nariz.

El soldado gritó, y Thor lo lanzó, haciéndolo caer en la trayectoria de otro caballo. Fue aplastado al instante.

Thor estaba más que agotado, luchando para recuperar el aliento, mientras a su alrededor sus seis hermanos estaban luchando por sus vidas; pudo ver que todos ellos comenzaban a perder la batalla. O'Connor gritó mientras un Nevarun lograba cortar el lado de su bíceps, brotando chorros de sangre; Elden recibió un fuerte golpe sobre sus hombros, enviándolo al suelo, dando tumbos; Reece evadió el golpe de una espada, pero Thor podía ver que sus reflejos no eran tan rápidos como deberían, y casi pierde la vida. Thor sabía que tenía que hacer algo rápidamente, o todos sus hermanos morirían.

Thor sintió un calor, una fuerza que surgía de él, y le pidió a Dios que esta vez sí pudiera controlarla. Al menos lo suficiente para sacarlos de eso, para salvar a Gwen.

Por favor, Dios, ayúdame a pasar por esto. Ayúdame a ganar esta batalla.

Dos soldados más se dirigieron hacia Thor, y uno de ellos estiró la mano hacia atrás y le lanzó un cuchillo. Thor lo vio volar dando vueltas en el aire, lo vio venir, demasiado rápido, justo hacia él. No tuvo tiempo de reaccionar. Estaba ahí, indefenso, y levantó la palma de su mano, tratando de invocar su poder para detenerlo.

La cuchilla se congeló en el aire un segundo antes de que lo alcanzara y luego cayó inofensivamente en el suelo.

Thor levantó su otra mano, sintiendo una sobrecarga de energía a través de él, como nunca había sentido y sabía que esta vez algo era diferente. Algo estaba cambiando dentro de él, y se sintió más poderoso que nunca.

Thor convocó a la tierra a obedecerlo. Sentía las grietas en el suelo, sintió el contorno de las rocas y luego movió sus manos en ambas direcciones, tratando de ordenar a la tierra que se abriera.

Hubo un gran ruido retumbante y el suelo comenzó a temblar y un abismo comenzó a abrirse en la tierra. La tierra comenzó a dividirse en dos, separándose, abriéndose varios centímetros, la brecha era cada vez más y más amplia. Varios soldados, que se dirigían hacia él, cayeron al abismo, chillando mientras sus caballos caían a las profundidades. Otro Nevarun, peleando con Elden, tropezó hacia atrás, cayendo en el abismo, antes de que le atestara a Elden un golpe fatal.

Thor miró a un Nevarun elevar un hacha de doble filo, por lo alto de su cabeza y bajarla hacia O'Connor, quien yacía ahí, boca abajo. Iba a matarlo. Thor hizo girar la palma de su mano en dirección a él y le dirigió una bola de energía. El soldado salió volando, hacia atrás, sobre sus pies, dejando caer su hacha y cayendo al abismo, evitando a O'Connor. Thor giró y dirigió su mano hacia otro soldado que estaba arremetiendo su espada hacia la espalda de Reece, y se las arregló para detener el brazo del hombre en el aire, permitiendo a Reece suficiente tiempo para girar y atacar al hombre con su espada.

Thor giró una y otra vez, deteniendo a todos los Nevaruns de atacar a sus amigos, perdonándoles las vidas y dejando que cada uno de ellos prevaleciera y matara a sus atacantes. La batalla comenzó a variar rápidamente, quedando sólo un puñado de Nevaruns.

Thor estaba empezando a sentirse optimista cuando de repente sintió un fuerte golpe en la espalda, como de un martillo, chocando en su armadura y tirándolo hacia el suelo.

Cayó con fuerza al suelo y rodó sobre sus pies para ver al líder de los Nevarun, frente a él, blandiendo un martillo de guerra a dos manos, con una sola mano. En la otra sostenía una larga cadena, colgando de su mano, que giró por encima de su cabeza. Tenía una sonrisa maliciosa. Detrás de él, Thor podía ver a Gwen, atada a su caballo, obligada a observar, indefensa, con los ojos bien abiertos en pánico y desesperación.

"Pensabas que podrías robarme a mi chica", gruñó el hombre a Thor. Giró la cadena por encima de su cabeza, y Thor levantó una mano para utilizar su energía para detenerlo.

Pero por alguna razón, su magia no funcionaba contra este hombre. Thor se puso de pie de un salto, la cadena continuaba girando por el aire, envolviéndose en los tobillos de Thor una y otra vez; el guerrero tiró de ella, y Thor cayó de espaldas, con sus pies atados juntos, indefenso, en el suelo. Thor no sabía qué poder ejercía ese hombre, pero era intenso, a diferencia de cualquier guerrero con el que había luchado.

Mientras Thor estaba ahí, indefenso, sobre su espalda, el guerrero dio un paso adelante, elevó su martillo por lo alto y lo bajó hacia la cara de Thor.

Thor rodó fuera del camino en el último segundo, y el martillo se hundió profundamente en la tierra.

Thor se sentó, con los pies todavía atados y sacó la espada que tenía en su cinturón.

Pero el guerrero le ató las manos antes de que él pudiera sacarla, derribándolo al suelo.

Thor estaba ahí tirado, la cabeza le zumbaba, indefenso en el suelo, mientras el hombre se quedó parado sobre él, extrayendo su martillo de la tierra y levantándolo por lo alto otra vez. Estaba dispuesto a bajarlo hacia la cara de Thor. Thor yacía indefenso, y no había nada que pudiera hacer.

"Di buenas noches, joven", dijo el guerrero, sonriendo ampliamente.

De repente, el martillo se congeló en el aire, mientras los ojos del hombre se abrían de par en par.

Thor al principio estaba confundido; entonces vio una flecha perforar la garganta del hombre, que sobresalía en la parte delantera.

El guerrero se quedó parado en su lugar, congelado, sosteniendo el martillo por lo alto, mientras brotaba sangre de su boca, chorreando por su pecho.

Luego, dejó caer el martillo, cayendo de cabeza y se desplomó sobre la tierra, justo al lado de Thor, muerto.

Thor subió la mirada y vio a Gwendolyn. Ella estaba sentada en el caballo, sosteniendo un arco y una flecha, que recién disparó al hombre. Ella, de alguna manera, había logrado cortar las cuerdas que ataban sus muñecas y sus manos temblaban cuando miró a Thor.

Thor la amaba más que nunca en ese momento. Él se sentó, desató las cadenas de sus pies y corrió hacia Gwen, saltando, montando en el caballo, sintiendo sus brazos alrededor de él, con la cabeza inclinada en su espalda y sintiéndose lleno de alivio. Ella estaba a salvo. Y estaban juntos otra vez.

Thor analizó el campo de batalla y vio a tres Nevaruns a la izquierda. Uno estaba siendo rematado por Elden, el otro por O'Connor, y el último peleaba mano a mano con Reece. Mientras observaba, Reece repentinamente resbaló y el guerrero estaba dispuesto a derribar su espada.

Thor galopó sobre a él, y antes de que el soldado pudiera cortar la cabeza de Reece, Thor tiró una lanza corta de la silla de montar del caballo y la lanzó. Perforó la espalda del hombre, salió por el otro lado, y él cayó de rodillas, muerto.

Thor estaba sentado sobre el caballo, junto a Gwen y miró a su alrededor. El campo era una carnicería, con los cadáveres de treinta Nevaruns, demarcadas por el abismo de la tierra abierta. Había charcos de sangre por todas partes. Había sólo cinco miembros de La Legión, además de Thor: Reece, O'Connor, Elden y los gemelos. Todos estaban heridos, agotados, jadeando. Pero todos eran victoriosos.

Thor levantó una sola espada por lo alto, en el aire, y la emoción de la victoria corría por sus venas.

"¡La Legión POR SIEMPRE!", gritó él.

Los demás se dieron vuelta y levantaron sus espadas, en respuesta.

"¡La Legión POR SIEMPRE!".

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Andrónico montó su caballo lleno de ira, guiando a su enorme ejército a lo largo del borde del Cañón, con dirección al norte, marchando por el Cruce Oriental del Anillo. Mientras marchaba, más y más tropas del Imperio iban detrás de él, llegando en masa desde sus flotas de barcos, desembarcando en las costas. Andrónico había sido profundamente avergonzado por ese prisionero de McCloud que lo había engañado, que le había hecho creer que conocía la manera de pasar el Cañón. Habían pasado muchos años desde que Andrónico había sido engañado por alguien, y se dio cuenta de que su entusiasmo exagerado le había permitido ser débil, dejarse engañar. Su cuerpo todavía se sacudía con ira a la menor provocación, aunque ya había matado al hombre. Él deseaba poder encontrar una manera de localizar a la familia del hombre y matarlos también.

Mientras Andrónico cabalgaba, estaba más decidido que nunca a traspasar el Cañón de alguna manera, a causar estragos en el Anillo, a hacer que todos esos humanos sufrieran. Sin embargo, sin ser capaz de atravesar, había poco que podía hacer. Él sabía que era una misión fútil en este punto, que toda esta movilización había sido en vano. Sin embargo, odiaba la idea de dar marcha atrás y salir de este lugar, de volver a casa deshonorado. Sobre todo ahora que todos sus hombres estaban aquí y llegaban más y más a cada momento.

Pensó que al menos podía llegar al cruce principal de los McCloud, el puente custodiado por todos esos soldados de McCloud y ver si tal vez él podría incitar a cualquiera de ellos para salir de la seguridad del Cañón, si alguno de ellos era tan estúpido. Tal vez podría torturar a uno o dos de ellos. Tal vez incluso podría matar a algunos más. Por lo menos eso podría calmar su estado de ánimo.

Andrónico también podría aprovechar la oportunidad para probar el Cañón otra vez, por si acaso había una brecha en alguna parte. Podía enviar a algunos de sus propios soldados por el borde y ver si morían. ¿Quién sabe? Tal vez, sólo tal vez, podría encontrar una grieta en el blindaje, en algún lugar.

Andrónico cabalgó lentamente, con el sonido de miles de botas marchando detrás de él al unísono, mientras caminaba a lo largo del borde del Cañón. Finalmente, dieron vuelta en una curva y vio su objetivo ante él: ahí estaba el Cruce Oriental del Cañón, cientos de soldados de los McCloud alineados

junto al puente, hasta el lado de los McCloud. Lo que Andrónico daría por estar en ese lado del Anillo. Él podía saborearlo desde aquí.

Andrónico vio que las tropas de los McCloud se tensaban cuando su ejército se acercó a la entrada principal del puente. Lideró el camino hasta el borde del Cañón, parado, pero a metros de distancia.

Un tenso silencio se cernía sobre los dos ejércitos. Los soldados de McCloud, sabiamente, se quedaron en el puente, en su lado de la fuerza de la energía, sin atreverse a salir de la protección del Cañón.

Andrónico asintió con la cabeza hacia uno de sus comandantes, y el comandante empujó hacia adelante a varios soldados, que se dirigieron hacia los hombres de McCloud, con las espadas desenvainadas. Los diez soldados desafortunados fueron directamente al puente — pero en cuanto cruzaron la línea, hacia el puente, entrando en el aire místico del Cañón, los diez fueron eviscerados, quemados vivos y cayeron, solo quedaron las cenizas, a los pies de los soldados de McCloud.

Andrónico frunció el ceño. Nada había cambiado. Todavía no había manera de entrar.

"¡Ven aquí, a este lado del Cañón y nos enfrentaremos en batalla como verdaderos hombres!", dijo Andrónico, con su voz resonando a lo largo del Cañón, mientras los cientos de hombres de McCloud seguían atentos en el puente, todos en perfecta disciplina, ninguno de ellos se atrevía a moverse. Eran demasiado inteligentes para eso.

Los dos ejércitos estaban parados en silencio. Andrónico se sentía desesperado.

"Déjenme cruzar este puente", dijo Andrónico, intentando otra táctica, "y les daré riquezas más allá de lo que pueden imaginar. Se convertirán en los soldados del Imperio. Tendrán diez veces el oro. Cada uno de ustedes se convertirá en general en mi ejército. Todo lo que deseen será suyo".

Una vez más, su proclamación fue recibida con nada más que un tenso silencio, mientras todos los soldados estaban parados en perfecta posición de firmes, ninguno de ellos se movía. No había nada más que un inquietante silencio y el aullido del viento. La niebla del Cañón soplaba sobre ellos en olas, envolviéndolos, yendo y viniendo miraban.

Andrónico estaba perplejo. De repente, arrebató un arco y una flecha de manos de uno de sus soldados, tiró de la cuerda hacia atrás y la disparó al soldado más cercano de los McCloud.

Pero en cuanto la flecha golpeó el escudo invisible del Cañón, se

desintegró.

Andrónico agarró un puñal de su cinturón y lo lanzó.

Se desintegró, también.

Se recostó y rugió, con rabia, no sabiendo cómo cruzar. Era el lugar que quedaba en el mundo que lo dejaba perplejo, lo que quedaba que no podía tener.

Andrónico no tenía elección. Tuvo que regresar a casa. Había sido engañado, y tuvo que admitirlo. Tendría que encontrar otro camino, otro momento para cruzar el Cañón, para dominar el Anillo. Mientras más tiempo esperara aquí, más tiempo desperdiciaba.

Pero antes de irse, Andrónico tuvo que sacar su mal humor con alguien. Así que antes de que se volviera para irse, agarró a uno de sus soldados plebeyos, lo levantó por encima de su cabeza con las dos manos, luego corrió hacia el Cañón y lo arrojó al precipicio. Cuando su cuerpo cruzó el borde del Cañón, Andrónico esperaba que el hombre que se desintegrara, que se desmoronara en cenizas, como los demás.

Pero Andrónico quedó sorprendido cuando vio volar el cuerpo de ese hombre a través del aire, sobre el borde del Cañón, perfectamente intacto, después se sumergió por debajo, gritando y agitándose, hasta el fondo, hasta morir.

Andrónico se quedó ahí, parpadeando varias veces, sin entender lo que había sucedido. Era como si el escudo repentinamente se hubiera apagado.

Andrónico agarró a otro soldado y lo empujó, esta vez por el centro, hacia el puente. El hombre estaba aterrorizado, viendo lo que había sucedido con sus compañeros, pero Andrónico lo empujó por su nuca con una lanza, y el hombre corrió obedientemente, protegiéndose con sus manos la cara, mientras corría hacia el puente, esperando morir.

Pero esta vez, algo diferente sucedió: el soldado siguió corriendo hacia el puente, sin desintegrarse, como los demás. Se quedó allí, en medio de los soldados de McCloud, vivo.

Los soldados McCloud parecían sorprendidos, también. Saltaron a la acción y atacaron al soldado solitario, matándolo en el acto.

Entonces se volvieron y vieron al ejército del imperio con un nuevo respeto — y miedo. Ya no había una barrera entre ellos. Algo había sucedido.

Cientos de soldados McCloud caminaron lentamente hacia atrás, comenzaron a retirarse, pareciendo nerviosos, sin entender lo que estaba sucediendo.

Andrónico no podía entenderlo tampoco. El escudo estaba abajo. Realmente estaba abajo. ¿Qué había pasado?

No esperaría a averiguarlo.

"¡A LA CARGA!", gritó él.

Miles de sus hombres corrieron hacia adelante, hacia el puente, en estampida, matando a los hombres de McCloud al pasar. Los soldados McCloud restantes, se dieron vuelta y corrieron.

Andrónico observaba, esperando ver qué pasaría, si el escudo de alguna manera volvía a subir.

Pero para su sorpresa, sus hombres estaban bien. Siguieron a la carga, cruzando al otro lado del puente y hacia el lado del Anillo de los McCloud. Ellos continuaron a la carga, firmemente de pie, en terreno McCloud.

A salvo.

El escudo estaba abajo.

Andrónico sonrió, más feliz que nunca en su vida. Él sacó su espada y fue a la carga con ellos. Se mezcló con la estampida y mató a algunos de sus propios hombres en el camino a través del puente, sólo por diversión. Se sentía como niño, otra vez.

En cuestión de momentos se hallaba en el lado del Anillo de los McCloud, sintiendo el suelo del Anillo debajo de él, por primera vez. Fue un momento que soñó toda su vida. No lo podía creer.

Él estaba aquí.

Andrónico se arrodilló y sintió el suelo con sus palmas, mientras todos sus hombres corrían delante de él, luego se inclinó y besó la tierra.

Él miró hacia arriba y vio, en el horizonte, la ciudad de McCloud.

Sonrió, más ampliamente que nunca en su vida.

Era hora de hacer que McCloud pagara.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Mientras Thor cabalgaba hacia la Corte del Rey, Gwen en el caballo detrás de él, Reece, O'Connor, Elden y los gemelos cabalgaban junto a ellos; él estaba agotado pero desbordante de gratitud. El segundo sol se estaba poniendo y todos cabalgaron al trote hacia el magnífico cielo. Thor se sintió más que cansado, cada músculo de su cuerpo le dolía, como si hubiese estado en una guerra.

Pero teniendo a Gwen con él — sintiendo sus manos acariciando su pecho, su mejilla apoyada en su espalda — se llevó todo su cansancio. Tenerla con él le hizo sentir que todo estaba bien en el mundo. Estaba más que agradecido de que ella estuviera viva, que no estuviera lesionada, que el líder Nevarun nunca hubiera tenido la oportunidad de tenerla a la fuerza. Él estaba agradecido de que habían sobrevivido al encuentro, y que había sido capaz de salvarla — y que ella había salvado su vida. Sentía como si todas sus oraciones habían sido contestadas.

Mientras cabalgaban hacia la Corte del Rey, Thor sentía el triunfo, pero también el aguijón de la tragedia, al pensar en sus tres hermanos de La Legión que habían muerto en la batalla, cuyos cadáveres trajeron a casa ahora, colgando en los lomos de sus caballos. Y mientras por un lado se sentía como un héroe que retorna, también tuvo una sensación de inquietud, ya que no sabía a lo que volvían. Después de todo, era Gareth, el aún rey legítimo quien había hecho los arreglos para que se llevaran a Gwen — y era a la corte de Gareth a donde regresaban. Gareth estaba cada vez más trastornado, eso quedaba claro, y ahora que hubo una ruptura plena entre Los Plateados y esos nuevos hombres que Gareth habían traído, la tensión nunca había estado tan alta. Se sentía como si la Corte del Rey estuviera al borde de una guerra civil, y que todo lo que se necesitaba era una chispa. Y mientras Thor se dirigía hacia el lugar con Gwendolyn, desafiando las órdenes de Gareth, no pudo evitar sentir que tal vez él llevaba esa chispa.

Thor se preparó. Ahora estaba demasiado cansado para otra batalla. Pero eso podría ser justamente en lo que se estaba metiendo.

Thor sabía que Gwendolyn y los otros tenían que encontrar una manera para deponer a Gareth, o que todos tenían que huir de la Corte del Rey para siempre y encontrar un nuevo hogar, establecer una nueva corte en otro lugar.

Aquí ya no era seguro.

Mientras se acercaban a la Corte del Rey, Thor sabía que el primer lugar a donde tenían que ir era al Salón de Armas, para reunirse con La Legión y ver qué soldados estaban actualmente ahí. Él sabía que muchos de ellos, como Kendrick, todavía estaban en el campo, en la reconstrucción y reforzamiento del Anillo. Pero varios buenos guerreros, incluyendo a Kolk y a Brom, todavía estaban estacionados aquí — y Godfrey estaba aquí también, su mejor esperanza era encontrar la prueba que necesitaban para acusar a Gareth.

Mientras Thor y sus hombres trotaban por la plaza abierta de la plaza de la Corte del Rey, la multitud de curiosos se reunió, viendo al grupo heterogéneo maravillado y Thor podía sentir las miradas, sentir los rumores que ya empezaban a extenderse. Él sabía que era sólo cuestión de tiempo para que el rumor de su arribo llegara a oídos de Gareth y de sus hombres, y se volvió bruscamente hacia el pasillo y duplicó su ritmo. Debía encontrarse con ellos antes de que algo ocurriera.

Thor y los demás entraron en la plaza antes del Salón de Armas, y varios miembros de La Legión y Los Plateados merodeaban afuera de él y los miraron sorprendidos mientras el grupo cabalgaba en sus caballos, cubiertos de sangre, heridos en la batalla. Uno de los miembros de La Legión gritó y pronto muchos más vinieron corriendo, como Thor y los demás, desmontando.

Thor escuchó un lloriqueo, y su corazón saltó al mirar hacia abajo y ver a Krohn, siendo llevado hacia él por Steffen. Él se arrodilló, eufórico al verlo bien, y abrazó a Krohn mientras él saltaba a sus brazos, cojeando y pareciendo débil, pero todavía muy vivo. Gwen se arrodilló y abrazó a Krohn, también.

"Illepra cuidó muy bien de él", dijo Steffen, sonriendo.

Krohn lamizó a Thor y a Gwen por todas partes, y ellos lo besaron.

La puerta se abrió y varios miembros de Los Plateados entraron, arremolinándose emocionados alrededor de Thor, Gwen y los demás; se dejaron llevar entre en la multitud y los hicieron pasar adentro del salón, y las puertas se cerraron rápidamente detrás de ellos.

Cuando Thor entró en el Salón pudo sentir cientos de ojos sobre él. El Salón estaba lleno de gente, de Los Plateados y miembros de La Legión, quienes llegaron corriendo al grupo. A la cabeza estaban Kolk y Brom, junto con Atme y varios otros guerreros famosos, a quien Thor reconoció.

Kolk y después Brom, abrazaron a Thor, luego a los demás, y Thor pudo ver el alivio en sus rostros.

"Has vuelto", dijo Kolk. "Supimos, demasiado tarde, de la captura de

Gwen, de tu expedición. Debiste haber venido con nosotros primero. Nosotros te habríamos acompañado”.

“No había tiempo que perder”, dijo Thor.

“¡Gwendolyn!”, se escuchó una voz.

Godfrey corrió y la abrazó, con cara de alivio.

“Estás viva”, dijo él, asombrado.

Todos los soldados vieron a Thor y a los miembros sobrevivientes de La Legión con un nuevo respeto, con una mirada de asombro. Thor se sintió orgulloso. Rodeado de estos hombres, sintió que finalmente podía respirar hondo y bajará la guardia.

“No todos logramos regresar”, dijo Thor, con su voz cada vez más ronca, más autoritaria. “Tres de los miembros de nuestra Legión murieron, lamento decirlo. Éramos nueve”.

“Contra cien Nevaruns”, añadió Reece.

“¿Y dónde están estos cien guerreros ahora?”, Brom preguntó, avanzando, poniendo una mano sobre la empuñadura de su espada. “¿Los están persiguiendo?”.

Thor meneó la cabeza, con seriedad.

“Todos están muertos, mi señor”, dijo.

Los ojos de Brom se abrieron de par en par con una nueva mirada de respeto, mirándolos de arriba a abajo.

“¿Están diciendo que ustedes seis mataron a un centenar de los guerreros más feroces del Anillo?”, preguntó Brom.

“Éramos nueve, mi señor”, corrigió Thor. “Tres murieron. Pero sí”.

Kolk dio un paso adelante y puso una mano de aprobación en el hombro de Thor.

“Has enorgullecido a La Legión”, dijo él.

Thor aclaró su garganta.

“Temía que se molestaría”, dijo Thor. “Hemos rescatado a la hija del rey, pero hemos roto la Ley del Rey para hacerlo, como le fue dada a ella legalmente. Quizá también hemos detonado una guerra con Gareth. Estoy seguro de que no dejará esto en paz”.

“¡Pues que lo intente!”, gritó Brom. “No tememos a nadie. Y no, no estamos molestos. Nos sentimos orgullosos de sus acciones. Quienquiera que venga aquí a llevarse a la hija del rey en contra de su voluntad, se merece la muerte”.

“¡SÍ!”, gritaron todos en la habitación.

“¿Aunque fuera un mandato legal del rey?”, preguntó Reece.

"¿Qué rey?", gritó Kendrick.

"¡SÍ!", repitieron todos en la habitación.

"¡Y tengo la prueba de la traición de Gareth!", gritó Godfrey con entusiasmo.

La sala se volvió hacia él, captando la atención.

"Hay un muchacho que fue testigo del crimen. Accedió a testificar contra Gareth, por su intento de asesinato contra mí".

Hubo un jadeo en el salón, dejando salir un murmullo de emoción.

"El niño está en resguardo y a salvo en el castillo. Yo estaba esperando el regreso de los guerreros — y ahora que están todos aquí, y estamos listos, podemos ir todos al Consejo y traer al niño y presentar las pruebas. Con un testigo, el Consejo no tendrá más remedio que declarar legalmente depuesto a Gareth".

"¿Y si no lo hacen?", preguntó Kolk.

"Si el Consejo no toma medidas", dijo Brom, "entonces está claro que Los Plateados, La Legión y los hombres del rey, ya no tenemos un lugar en la Corte del Rey. ¡Si es así, entonces vamos todos a dejar este lugar y establecer una nueva corte en otro lugar!".

"¡SÍ!", repitieron todos en la habitación.

"Mi lady", dijo Brom, volviéndose hacia Gwen, "estamos dispuestos a luchar hasta la muerte por usted, al igual que lo hicimos por su padre, para hacerla gobernante". Cuando el Consejo vea nuestra prueba, depondremos legalmente a Gareth. Y luego la vamos a convertir en reina. Le pregunto de nuevo: ¿es un honor que va a aceptar?".

Gwen miró al suelo, y luego miró hacia arriba..

"Es hora de acabar con el gobierno de mi hermano Gareth", dijo ella. "Y si ser reina es lo que se necesita, entonces que así sea".

La sala estalló en una ovación.

"Y si nos vemos obligados a abandonar este lugar", dijo Kolk, "entonces Gwendolyn, usted será nuestra gobernante en absentia. Vamos a establecer nuestra propia Corte del Rey en otro lugar".

"¡SÍ!", repitieron todos en la habitación.

"¡Podemos aventurarnos en Silesia!", se escuchó una voz. Todos se volvieron a ver Srog que estaba ahí parado, con la armadura roja distintiva del oeste. "Todos pueden ir a mi ciudad. ¡Está fortificada con mil hombres, y podemos establecer una nueva Corte del Rey ahí! ¡Gwen puede gobernar allí hasta que caiga Gareth y regresemos!".

"¡SÍ!", repitieron todos en la habitación.

"Esperemos que ese niño sea un testigo fiel", dijo Kolk, volviéndose hacia Godfrey, "y que no necesitemos ir a ningún lado. Godfrey, ¿estás seguro de que será honesto?".

Godfrey asintió con la cabeza.

"Incluso nos está esperando ahora. El tiempo es valioso. ¡Vamos a acabar con el reinado de Gareth de una vez y para siempre!".

"¡SÍ!", gritaron todos los hombres en la habitación.

Al unísono, todos voltearon, se dirigieron fuera del salón y caminaron hacia el castillo de Gareth. Thor sintió la emoción y la expectativa en el aire, como algo palpable, y él sabía que en pocos minutos las cosas nunca serían las mismas en la Corte del Rey, otra vez.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Thor marchó con el nutrido grupo de soldados, con Gwendolyn a su lado; Godfrey liderando el camino con el niño, mientras el enorme grupo de hombres se dirigía hacia el Castillo del Rey, pasillo tras pasillo; sus pasos hacían eco cuando caminaban hacia la sala del Consejo. Thor pudo sentir la trascendencia del día, la gran expectativa que estaba en el aire, mientras se acercaban a la sala del Consejo. Finalmente, tenían lo que necesitaban: Godfrey tenía un testigo, el Consejo estaba en sesión, y con un testigo, legalmente, el Consejo tenía que deponer a Gareth. Una vez que lo hicieran, su reinado acabaría de una vez por todas; Gwendolyn podía instalarse como gobernante y la vida podría volver a la forma en que había sido en la Corte del Rey.

Pero por otra parte, conociendo a Gareth, Thor también tenía un sentimiento de temor en el fondo de su estómago, sabiendo que parecía tener una salida para casi todo; siempre estaba un paso por delante de todo el mundo. Thor miró a su alrededor, a todos los guerreros formidables y se preguntó qué pasaría si Gareth encontraba, de alguna manera, una salida de esto. ¿Habría una guerra civil? ¿Todos ellos dejarían la Corte del Rey, para no volver jamás?

Thor trató de no pensar en esas cosas mientras daban vuelta por el pasillo final y marcharon, docenas de ellos, todos armados, hacia las enormes puertas de la sala del Consejo. La guardia real frente a la puerta se puso en firmes, con los ojos bien abiertos de miedo, al ver al pequeño ejército.

"¡Abran las puertas de inmediato!", ordenó Brom.

Los guardias se miraron unos a otros, dudando por un momento; entonces deben haberse dado cuenta de que no tenían elección. Se acercaron, abrieron las enormes puertas de un tirón y entraron.

Thor marchó con los demás dentro de la enorme sala de Consejo; el ruido de sus botas al dar el paso, hizo eco en los techos abovedados. Todos llenaron la sala. Las cabezas voltearon y el Consejo se detuvo.

Ante ellos había docenas de miembros del Consejo, sentados en la amplia mesa semicircular, todos de frente a Gareth, que estaba sentado en su plataforma, en su trono, agarrando sus brazos y mirando hacia abajo a toda la habitación. Había una mirada frenética en sus ojos, y parecía más desesperado

que nunca.

Detrás de Gareth estaban parados docenas de soldados armados, hombres de Kultin, su fuerza de combate privado, todos con las manos sobre sus espadas, como si esperaran que ocurriera una calamidad. Salvajes, todos ellos.

Los miembros del Consejo estaban parados y se dieron vuelta cuando el grupo entró, con miedo en sus rostros.

"¿Qué significa esto?", preguntó Aberthol, de pie, mirándolos a la cara. "Gwendolyn", añadió él, "usted más que nadie sabe que va contra la ley interrumpir una reunión del Consejo".

"Perdóname", respondió ella. "Pero les traemos noticias dignas de interrumpir estos procedimientos. De hecho, traemos noticias que cambiarán para siempre el destino del Anillo".

Gwendolyn miró fríamente a su hermano, y él la miró con odio. Él parecía sorprendido de verla con vida; había supuesto que probablemente ya estaría muy lejos de ahí, en manos de los Nevaruns. La cara de Gareth tenía los pómulos hundidos en estos últimos días, y parecía estar más loco que nunca.

Godfrey dio un paso adelante.

"Traigo conmigo a un niño", dijo Godfrey, "que será testigo de la traición de mi hermano Gareth. Gareth contrató a un hombre para asesinar me — ¡a mí, un miembro de la familia real!".

En la sala se escuchó un murmullo de indignación.

"Este muchacho fue testigo. ¡Proclamará de una vez por todas lo que ha hecho Gareth, y ustedes, el Consejo, tendrán que tomar acción legal y deponer a nuestro rey!".

El murmullo en la sala continuó, mientras muchos concejales y lores se miraron unos a otros. Gareth siguió mirando hacia abajo con frialdad, inexpresivo.

Aberthol se dio vuelta y miró a Gareth.

"¿Esos cargos son verdaderos, mi señor?", preguntó lentamente.

Gareth sonrió a todos en la habitación.

"Por supuesto no", dijo. "Godfrey es un hijo intrigante que siempre ha querido el trono de su padre. Inventaría cualquier cargo en mi contra para destituirme".

"No busco el trono", contraatacó Godfrey. "No tengo ningún deseo de gobernar. Gwendolyn será la próxima gobernante".

Gareth aspiró.

"No, no lo haré", dijo él, "yo soy el gobernante. Por ley. Y lo que diga un niño, no va a cambiar nada.

"Mi señor", interrumpió Aberthol, "si este chico es el verdadero testigo de un intento de asesinato, la ley nos exige escuchar su testimonio y gobernar como Consejo".

Hubo un gran silencio en el aire, mientras Gareth fruncía el ceño, luego finalmente, se encogió de hombros.

"Si quieren escuchar al niño, escúchenlo", dijo despreocupadamente. "Que venga".

El niño miró a Godfrey y Godfrey movió la cabeza hacia él y luego suavemente le dio un empujoncito. El muchacho caminó tentativamente hacia adelante, hacia el centro de la sala, en un rayo de luz que brillaba abajo del techo. Parecía asustado, mientras miraba hacia arriba, viendo a Aberthol y a Gareth.

"Dinos la verdad, muchacho", dijo Aberthol. "¿Qué fue lo que viste?".

El niño se quedó ahí parado, vacilante para hablar. A continuación, después de varios largos segundos, gritó.

"¡No vi nada!".

En la sala se escuchó un grito de sorpresa.

"¿Qué quieres decir, muchacho?", gritó Godfrey, conmocionado, indignado. "¡Diles lo que me dijiste! ¡Diles lo que viste! No tengas miedo. ¡Sé honesto ahora!".

El niño miró otra vez a Gareth, que parecía asentir con la cabeza hacia él.

"¡No vi nada!", gritó el niño otra vez. "¡No tengo nada que decir!".

Godfrey analizó al niño con una expresión de confusión, mientras que Gareth sonreía, satisfecho.

"¿Qué decías, mi querido hermano?", preguntó Gareth.

Godfrey frunció el ceño hacia Gareth.

"¿De alguna manera llegaste al niño!", gritó Godfrey.

Gareth se reclinó y rió.

"Hay un testigo inútil", dijo Gareth. "Tu patético plan para expulsarme, falló. Sigo sentado como verdadero y legítimo rey. Y no hay nada que puedas hacer".

"Aberthol, ¡tienes que hacer algo!", dijo Godfrey. "Es obvio que él ha conseguido hablar con el testigo. Este niño vio lo que vio. ¡Mi hermano intentó matarme!".

Aberthol movió la cabeza tristemente.

"Me temo que sin pruebas, la ley es la ley. No importa lo que pueda haber pasado, Gareth debe permanecer siendo rey, si no hay prueba de lo contrario".

"¡Eres un mentiroso!", Godfrey gritó por el pasillo a Gareth, con la cara roja, sacando su espada, mientras se acercaba con fuerza hacia él.

El sonido de la espada siendo arrastrada hizo eco a través de la cámara, y tan pronto como lo hizo, de repente llegó el sonido de docenas de espadas siendo sacadas, ya que todos los feroces guerreros detrás de Gareth entraron en acción.

Los Plateados y La Legión respondieron, sacando también sus espadas.

Hubo un enfrentamiento tenso en la sala, las filas de soldados a ambos lados, estaban de pie con las espadas desenvainadas, unos frente a los otros. La habitación estaba llena de tensión.

"La ley está de mi lado", dijo Gareth lentamente, deliberadamente. "Puedo encarcelarlos a todos hoy, a cada uno de ustedes".

"Tú solamente puedes encarcelarnos por la ley de la Corte del Rey", dijo Gwendolyn, avanzando. "Pero a partir de hoy, ya no somos miembros de la Corte del Rey. Ninguno de nosotros. Yo y este ejército dejaremos este lugar para siempre. Puedes sentarte allí y gobernar ilegalmente en el trono de nuestro padre y nosotros gobernaremos en nuestra propia corte, en rebeldía. Y si intentas enviar a más hombres a llevarme otra vez, lo consideramos un acto de guerra y te aseguro que vamos a luchar. Tienes lores fieles a ti. Nosotros también tenemos lores leales a nosotros. A partir de este día, ya no te serviremos. Si el Consejo no te depuso por ley, como corresponde, entonces dejaremos este lugar y formaremos nuestro propio Consejo".

"Pueden irse de la Corte del Rey, si lo desean", dijo Gareth, "pero desde ahora se les conocerá como herejes y traidores. Están violando la ley del rey. Si alguna vez los encuentro en el campo, los mataré a todos. "Y si vuelven a venir a la Corte del Rey, todos serán asesinados".

Gwendolyn meneó la cabeza.

"Eres un ser humano patético", dijo ella. "Maldigo el día en que te convertiste en mi hermano. Papá te mira desde lo alto con oprobio".

Gareth echó la cabeza hacia atrás y se carcajeó con ganas.

"Papá no mira a nadie. Está muerto, querida. ¿No lo recuerdas? Alguien lo mató".

Gareth gritó y gritó carcajeándose.

Ya había sido suficiente para todos. Todos voltearon al unísono y salieron furiosos de la sala, la docena de ellos marchando, hacia el pasillo, fuera de

ese lugar. Mientras se preparaban para salir por las puertas y nunca volver a ver la Corte del Rey otra vez, fueron acompañados hasta el final por el sonido de la risa de Gareth, haciéndose eco en las antiguas murallas.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Erec cabalgaba sobre Warkfin por el camino del bosque, hacia el norte, por fin, después de todos estos meses, rumbo a su casa, de vuelta a la Corte del Rey; esta vez con su futura esposa, Alistair. Ella iba detrás de él, agarrándolo, como había estado haciendo durante horas desde que entraron en el espeso bosque. Erec no había dejado de galopar desde que la había rescatado del castillo de ese lord, queriendo ganar distancia, de ese lugar, como fuera posible.

Erec reconocía este bosque: ahora estaba en las afueras de Savaria, apenas a un día de viaje de distancia, y mientras cabalgaba entre los gruesos árboles, se volvió y comprobó sobre su hombro una vez más, queriendo asegurarse de que no los estaban siguiendo. No los seguían. El horizonte estaba ahí, vacío, igual que cada vez que lo había comprobado ese día, y por primera vez, cuando entraron en la cobertura arbórea, sintió que podían relajarse.

Él aminoró el paso del caballo. La pobre de Alistair se había estado sujetando del pecho de él durante tantas horas, que él estaba seguro de que necesitaba descansar. Y él también. Estaba más que agotado por la intensa batalla y por montar a caballo sin parar. Él no había dormido en días, y éste parecía ser un buen lugar para parar.

Erec encontró un lugar apartado, bien abrigado, junto a un lago, protegido por altos árboles meciéndose, y se detuvo ante él y desmontó y tendió una mano para ayudar a Alistair a bajar. La sensación de la mano de ella, su suave piel, le electrificó cuando le ayudó a bajar del caballo; ella se veía agotada, pero tan bella y noble como siempre. Estaba encantado de estar a su lado, después de todos esos días de luchar por ella, después de todos los días de estar separados — y después de casi perderla. Habían escapado por un pelo. Estaba encantado por haberla salvado de un destino terrible y determinó que los dos nunca debían apartarse otra vez.

Mientras los dos estaban ahí parados, ella se volvió y lo miró; las aguas del lago se reflejaban en sus ojos conmovedores. Ella lo miró con tal amor y devoción, que él sintió que su corazón se derretía. Él sabía en lo más profundo de su ser, que había hecho la elección correcta. No había ninguna mujer mejor

con la quien querría estar.

"Mi señor", dijo ella, mirando al suelo, con suavidad, "no sé cómo agradecértelo. Me salvaste la vida".

Él se agachó, colocó un dedo debajo de la barbilla, se inclinó y la besó. Se besaron durante mucho tiempo, y sus labios eran las cosas más suaves que alguna vez él había sentido. Ella se inclinó, besándolo con firmeza, pasando una mano en su mejilla, mientras él acariciaba la mejilla de ella. Él se acercó y cepilló hacia atrás su cabello con suavidad, contorneando la curva de su hermoso rostro. Nunca había visto a alguien tan hermosa, de cualquier rincón del reino, y apenas podía creer su suerte al estar con ella.

"No tienes nada que agradecerme", contestó él. "Eres tú quien me ha salvado. Me salvaste de una vida vacía, de la búsqueda de mi amor".

Ella lo tomó de la mano y lo condujo hacia la parte musgosa junto al lago. Se sentaron junto a las aguas cristalinas y el segundo sol comenzaba a ponerse, ella se inclinó hacia él, descansando su cabeza sobre su hombro, y él puso una mano sobre el de ella, sujetándola firmemente.

"Esperé por ti cada día con la respiración contenida", dijo ella, "mientras competías en tus torneos. Cuando me vendieron como esclava, luché con todas mis fuerzas. Pero eran demasiado poderosos para mí. Lloré y lloré durante días, sólo pensaba en ti".

El pensamiento hizo que Erec se sintiera desgarrado por dentro.

"Lo siento, mi lady", dijo él. "Debí haber sabido que el tabernero te negociaría de esa manera. Debí haber estado ahí antes, para protegerte".

Ella le sonrió.

"Me estás protegiendo ahora", dijo. "Eso es lo único que importa".

"Te protegeré con todas mis fuerzas, por el resto de mis días", dijo él.

Ella se acercó y se besaron otra vez, manteniéndolo durante mucho tiempo.

Ella retrocedió, y él miró sus ojos y estaba extasiado.

"Mi lady", dijo él, "veo en tus ojos que eres de cuna diferente. ¿No me dices tu secreto?".

Ella se dio vuelta y alejó la mirada, con tristeza en su rostro.

"No quiero ocultarte nada, mi señor", dijo ella. "Pero prometí nunca revelar mi origen".

"¿Pero por qué prometer eso?", preguntó. "¿El lugar era tan terrible?".

"El lugar era hermoso, mi señor", dijo ella. "Más hermosa que cualquier cosa que haya visto. No es por eso qué me fui".

"Entonces, dímelo", dijo él, intrigado. "Dime al menos una cosa de tu

pasado. ¿Me equivoco? ¿Procedes de la realeza?".

Ella miraba al lago, suspiró, hizo una pausa prolongada y luego lo miró.

"Si te digo una cosa", dijo ella, "¿me prometes no volver a preguntar?".

Erec asintió con la cabeza.

"Lo prometo", dijo solemnemente.

Ella lo miró a los ojos, y finalmente, dijo:

"Yo soy hija de un rey".

Erec, a pesar de sí mismo, quedó sorprendido por la noticia. Él lo había presentido, pero escucharla decir las palabras, lo sorprendieron. Ahora él sentía un ardiente deseo de saber de qué rey provenía ella; por qué se había ido; por qué ella había elegido convertirse en una sirvienta; qué había sucedido en su pasado; por qué el secreto. Se estaba muriendo por saber más.

Pero lo había jurado, y como hombre de honor, no rompería su voto.

"Muy bien, mi lady", dijo él. "No volveré a preguntarte. Pero escucha esto: no importa lo que haya en tu pasado, yo estoy aquí para protegerte y te amo más de lo que mi corazón puede decir. Tú y yo vamos a empezar una nueva vida juntos. Una de la cual estarás orgullosa de hablar por el resto de tus días".

Ella esbozó una amplia sonrisa.

"Eso me gustaría", dijo ella. "Me gustaría tener una vida nueva".

Alistair se inclinó y le besó, y mantuvieron el beso durante mucho tiempo, mientras una ligera brisa los acariciaba.

"Cada noche", dijo ella, "en mi esclavitud, recé por tener un hombre como tú. Alguien que apareciera y me rescatara de todo esto. Pero nunca imaginé que alguien tan maravilloso como tú, llegaría. Cada oración que he tenido ha sido contestada contigo, y pasaré el resto de mi vida dedicada a ti".

Se besaron nuevamente, y al llegar el crepúsculo, se acostaron sobre la hierba, besándose abrazados. Y por primera vez desde que podía recordar, Erec sentía como si todo estuviera bien en el mundo.

*

Erec despertó al amanecer, sintiendo que algo no estaba bien. Miró alrededor, en alerta. Todavía sostenía a Alistair en sus brazos, como había hecho durante toda la noche y podía ver la sonrisa de alegría de ella en su cara. Se sentía profundamente relajado a su lado. Los árboles estaban quietos, el lago apacible, y todo lo que podía oír era el sonido de las primeras aves empezando a despertar.

Sin embargo, aun así, el instinto de guerrero dentro de Erec le decía que

algo andaba mal.

Se puso de pie de un salto, se puso su cota de malla, y caminó hasta Warkfin, que estaba haciendo cabriolas, con sus orejas inclinadas hacia atrás. Warkfin, lo presintió también: algo no estaba bien.

Mientras Erec estaba ahí parado, comenzó a sentir un pequeño temblor en la tierra, y él sabía que algo estaba pasando. Rápidamente fue a despertar a Alistair.

"¿Qué pasa, mi señor?", preguntó ella, despertando con preocupación en sus ojos.

"No lo sé", respondió él. "Pero debemos movernos rápido".

Él la levantó y la montó en la parte trasera del caballo, luego saltó encima y montó en la parte delantera y lo pateó.

Viajaron por el sendero del bosque, a la cima de una colina, donde había un mirador ventajoso. Cuando llegaron a la cima, se detuvo y se sorprendió por lo que vio.

Cientos de hombres con armadura montaban rumbo a él, usando la armadura verde brillante distintiva del Lord de Baluster. Habían seguido su rastro. No lo dejarían ir: querían venganza. Este señor era más poderoso de lo que Erec había pensado: incluso en la muerte, sus hombres no iban a olvidarlo.

Erec se había dado cuenta en un instante que tenía una guerra en sus manos. Desmontó, se volvió y miró a Alistair.

"Escúchame con atención", le instruyó, con seriedad. "Tienes que irte muy lejos de aquí, antes de que llegue el ejército. Toma el sendero hacia el bosque y quédate en el norte. Te llevará a Savaria. Busca al duque y a mi viejo amigo Brandy. Ellos se encargarán de ti. Estará a salvo allí".

Ella se sentó allí, en el caballo que hacía cabriolas y lo miró con terror.

"Pero, ¿qué será de ti, mi señor?", preguntó.

"Debo quedarme aquí y enfrentar a este ejército", dijo.

Ella abrió bien los ojos, llena de pánico, mientras veía a Erec y al horizonte.

"Pero mi señor, te superan infinitamente en número", dijo ella. "¿No vas a sobrevivir".

Él movió la cabeza, con tristeza.

"Si sobrevivo o no, hace poca diferencia", dijo. "Lo que importa es que tú sobrevivas. Si me matan hoy, aquí, se sentirán satisfechos y darán marcha atrás; y si llegas a salvo a las puertas de Savaria, no te perseguirán. Pero si te

quedas aquí conmigo, vas a morir — o peor aún, a ser capturada. Si muero, moriré contento, sabiendo que estás a salvo".

Ella lo miró, con lágrimas rodando por sus mejillas.

"Mi señor, ¡por favor, no hagas esto!", le suplicó. "¿Por qué no podemos huir juntos?".

Erec meneó la cabeza.

"Hice un juramento de honor", dijo. "Como miembro de Los Plateados, el honor es mi insignia. Yo nunca huyo, de ningún enemigo, por ningún motivo. Lo siento, pero me obliga mi honor".

Se le acercó, con su corazón destrozado por ver la angustia de ella.

"Entérate de cuánto te amo", dijo él. "¡Ahora vete!", gritó, y le dio una fuerte palmada a Warkfin, haciendo que éste se sorprendiera y lo forzara a arrancar; con Alistair sujetándose a las riendas, pero mirando hacia atrás sobre su hombro, llorando.

"¡Mi señor!", gritó.

Warkfin estaba bien entrenado — sabía lo que Erec quería y no se detendría hasta que se la llevara lejos de aquí, al Palacio del Duque. Erec se sintió relajado al verla marcharse, sabiendo que estaría lejos de la batalla.

Erec se volvió, miró a la colina y analizó al ejército, que se acercaba más y más. El estruendo podía escucharse incluso desde aquí, y se preparó para la batalla.

Sacó su espada, el sonido metálico se escuchó en las colinas. A lo alto escuchó el chillido de un pájaro. Era para días como éste, que él había nacido. Podría morir en este día, él lo sabía. Pero por lo menos moriría enfrentando al enemigo, sin temor, en un gran choque de honor.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Thor estaba con el enorme séquito de La Legión y de Los Plateados mientras terminaban de reunir sus armas del Salón, tomando sus pertenencias de los cuarteles y preparándose para salir de la Corte del Rey para siempre. Era una fuerza enorme y creciente; Reece, O'Connor, Elden y los gemelos se unieron a Thor, Gwendolyn y Godfrey mientras todos pasaban sus momentos finales reuniendo todo lo podían llevar. Juntos, todos caminaron desde el pasillo, por la gran puerta, por última vez, Krohn llorando a su lado.

El enorme grupo armado, se dirigió a la plaza de la Corte del Rey, hacia la Puerta del Rey; más allá estaba el puente levadizo y el camino que les llevaría lejos de la Corte del Rey para siempre. Mientras caminaba el pequeño ejército a lo que sería la nueva Corte MacGil, las personas se reunieron alrededor y les vieron marcharse con los ojos bien abiertos, con asombro y miedo. Se había extendido el rumor, y mientras caminaban, algunas personas los vieron con asombro, mientras otros se unieron a su grupo, decidiendo abandonar la Corte de Gareth e ir con ellos. Fue desgarrador. Thor sintió como si el reino se dividiera en dos, con cada paso que daban.

Mientras se acercaban a la puerta de piedra, a la salida final, Thor echó un último vistazo sobre su hombro, a la Corte del Rey, a ese lugar que había aprendido a amar, a considerarlo su casa. Odiaba que Gareth estuviera gobernando, que hubiera arruinado este lugar para todos ellos, lo había usurpado como suyo, este lugar que había sido gobernado por los MacGil desde hacía siete siglos. No había nada que pudiera hacer el respecto.

Gwen apretó su mano, y Thor la miró a los ojos y pudo ver su alivio al salir y estar con él. Él sentía lo mismo. Al menos, ella estaba a salvo. Caminaban juntos, tomados de la mano, con orgullo, por el pasaje abovedado.

"¿Crees que alguna vez regresaremos?", le preguntó a Gwendolyn.

Ella lo miró con tristeza.

"No sé", contestó ella.

"No con este rey", intervino Reece. "Si alguna vez volvemos, será en nuestros términos".

De repente sonó un cuerno y estalló un pandemonio a su alrededor.

Thor giró con los demás y vio gente pululando en todas direcciones, mientras un zumbido se propagaba por las calles. Varios mensajeros, sin

aliento, se dirigieron corriendo hacia Thor y los demás.

"¡La Espada!", gritó uno de ellos, frenético. "¡La han robado!".

Un grito furioso se propagó a través de la multitud, seguida por un largo murmullo.

"Habla claramente, hombre", le gritó Kolk. "¿Qué quieres decir?".

"¡La Espada del Destino! ¡Desapareció! ¡Y el Cañón! — ¡Bajó El Escudo!".

Se escuchó un grito de indignación por las calles, un grito de pánico, mientras todos los soldados se dieron vuelta y se miraron unos a otros. Thor podía ver el miedo en sus rostros, y él también lo sintió.

El escudo estaba abajo. Todos estaban vulnerables e indefensos. Todo el Anillo. Ya no había nada que se interpusiera entre el Imperio y ellos. El ejército del Imperio de un millón de hombres podría entrar, podría atacar en cualquier momento.

"¿Pero cómo es posible?", preguntó Reece.

"¡La Espada del Destino ha permanecido en el Castillo del Rey durante siete generaciones!", dijo Godfrey.

"¡Se necesitaban al menos diez hombres para levantarla!", gritó Brom. "¿A dónde pudo haber ido? ¿Quién pudo haberla tomado?".

"¡Han atrapado a los ladrones!", gritó un mensajero. "¡Están en la plaza de la ciudad ahora, a punto de ahorcarlos!".

Al unísono, Thor y los demás corrieron hacia la plaza, dando vuelta por una calle que llevaba a la gran plaza abierta en el centro de la Corte del Rey.

Una enorme multitud pululaba alrededor del andamio, en el cual cuatro hombres estaban parados, con las sogas sobre sus cuellos. Los hombres parecían asustados, desesperados, mientras miraban a cientos de personas.

Al otro lado de la plaza estaba parado Gareth, con Kultin y su fuerza de combate, mirando a los criminales. Thor y los hombres entraron al otro lado de la corte, y fue un caos total. Por último, un cuerno sonó, y hubo silencio en el grupo.

"¡Admitan lo que han hecho!", gritó un verdugo.

"¡Somos parte de un grupo que robó la Espada del Destino!", gritó uno de ellos.

La multitud estalló en un murmullo de indignación y finalmente se quedaron en silencio.

"¡Y díganos dónde está la Espada!", gritó el verdugo.

"El resto de nuestro grupo se la ha llevado muy lejos de aquí. La han estado

cargando toda la noche. Ellos ya están en el Cruce Occidental del Cañón y ya han abordado una embarcación. Ellos están tomando el Imperio. En este momento, ya está al otro lado del mar, en una tierra extranjera y hostil. ¡Nunca la van a recuperar!".

La multitud gritó otra vez, con un murmullo indignado.

"¡Silencio!", gritó Gareth.

Lentamente, la multitud se calmó.

"¿Y cuál fue su razón para robar la Espada?", preguntó Gareth. "¿Cuál es su destino?".

Los delincuentes se quedaron callados esta vez, negándose a hablar.

Finalmente, uno de ellos levantó la cabeza.

"¡Prometimos no decirlo nunca!".

La multitud estalló en otro murmullo, hasta que finalmente Gareth dio un paso adelante, con su séquito de hombres, y enfrentó a los verdugos.

La multitud se quedó en silencio.

"¡Mata a esos hombres!", ordenó al verdugo.

La multitud estalló en una ovación.

"Pero mi señor, usted prometió...", uno de los delincuentes comenzó a llorar.

Gareth asintió con la cabeza, y antes de que el hombre pudiera terminar de hablar, cayó el piso y los ahorcaron a todos.

La multitud aplaudió satisfecha, mientras los cadáveres colgaban en el aire.

La multitud comenzó a dispersarse en un agitado revuelo.

"Robaron La Espada del Destino", susurró O'Connor.

"Es impensable", dijo Elden.

"El Escudo se abrió", dijo Conval.

"Estamos indefensos", agregó Conven.

Kolk, Brom y los hombres se apiñaron alrededor de Thor, Gwendolyn, Godfrey y todos los demás.

"Debemos salir pronto de este lugar", dijo Kolk. "Debemos alejarnos lo más que podamos de la Corte del Rey, y fortalecer nuestro nuevo hogar".

"Eso es inútil ahora", dijo Brom. "Si el escudo está abajo, no estamos seguros en ningún lugar. Si el Imperio invade, el Anillo será invadido por un millón de hombres. Nada los detendrá."

"Lo que necesitamos es volver a subir el escudo", dijo Kolk. "Y para eso, necesitamos la Espada".

"Pero ya oíste a los ladrones", dijo Reece. "Ya está muy lejos de aquí."

Dentro del Imperio".

"Entonces debemos ir a recuperarla", dijo Brom.

Con sus palabras, el enorme grupo de caballeros se quedó en silencio, mirándose unos a otros con tristeza. Por primera vez, Thor pudo ver el miedo en sus rostros.

"¿Hay alguien entre ustedes que se ofrezca como voluntario para ir al Imperio a buscar la Espada?", preguntó Brom, enfrentado a Los Plateados.

El grupo de caballeros de Los Plateados, los mejores guerreros que Thor había conocido, todos se quedaron ahí, callados. Ninguno de ellos dio un paso adelante.

"Mi señor, sería inútil", dijo uno de ellos. "Eso ya lo sabe. Un pequeño grupo de guerreros nunca sobreviviría a tan profunda incursión en el Imperio. Nunca se ha hecho antes en la historia del Anillo".

"¡Y ni siquiera sabemos dónde está la espada!", dijo otro. "La Selva tiene millones de kilómetros. ¡Podría estar en cualquier lugar!".

"Sería una misión suicida", dijo otro. "No hay nada que podamos hacer, sino prepararnos para un ataque".

"Yo iré", dijo Thor, dando un paso adelante en el gran círculo de hombres.

Todos quedaron callados, tan callados, que se podía oír caer un alfiler.

Thor podía sentir todas las miradas, y se sintió con energía, se sintió más vivo que nunca. Sabía que era una locura y que era temerario, que las posibilidades eran imposibles. Pero también sintió que esto era para lo que él había nacido, se sentía orgulloso de sí mismo por no ceder ante su temor. No se trataba de sobrevivir. Era cuestión de honor.

"Tienes un gran corazón, Thorgrinson", dijo Kolk. "Y enorgulleces a La Legión. Pero no sobrevivirías. Ni siquiera tú".

"No se trata de sobrevivir", dijo Thor. "Se trata de hacer lo correcto. Por nuestro reino. Por todos nosotros".

Los hombres se quedaron callados.

"Pero nadie más se ofreció para ir contigo", dijo Brom. "Incluso entre estos valientes y finos guerreros. Y no puedo culparlos".

"Entonces iré solo", dijo Thor, decidido. Estaba determinado.

"¡Me uniré a él!", se escuchó una voz.

Thor se volvió para ver a Reece dar un paso adelante, al lado de él.

"¡Y yo!", dijo O'Connor.

"¡Y yo!", dijo Elden.

"¡Y nosotros", dijeron los gemelos.

Thor se sintió envalentonado ya que todos sus amigos dieron un paso adelante, el grupo de seis de pie como si fueran uno solo, listos para enfrentar a la muerte juntos.

Kolk meneó la cabeza.

"Están locos todos ustedes", dijo Kolk. "Y los más valientes que he visto".

Brom dio un paso adelante, colocó una mano sobre el hombro de Thor y lo miró a los ojos.

"Quienquiera que seas, muchacho", dijo, "enorgullece a tus antepasados".

Examinó a Thor profundamente, como si estuviera tomando una decisión.

"Vayan entonces", dijo Brom, finalmente. "Encuentren la Espada. Tráiganla a casa. El destino de nuestro reino está en sus manos".

"Dejaremos la Corte del Rey y viajaremos a Silesia y formaremos una nueva corte en su ausencia", dijo Godfrey. "Esperaremos su regreso. Dense prisa. Y no se mueran.

Los hombres se dispersaron, y Thor se quedó allí, sintiendo su mundo cambiar, tambaleándose alrededor de él. Luego sintió una mano en la muñeca.

Thor miró a Gwendolyn de pie junto a él, con lágrimas en sus ojos. Su corazón se rompió al verla.

"Antes de que te vayas, habla conmigo", dijo ella.

Thor caminó con ella, alejándose de la multitud, y buscaron su privacidad detrás de un muro de piedra. Ella lo miró, y una lágrima rodaba por su mejilla.

"No quiero que te vayas", dijo. "Por favor. No después de todo que hemos pasado".

"Pero si no lo hago, el Escudo se quedará abajo", dijo Thor. "El Imperio atacará. Acabarán con todos nosotros".

Ella meneó la cabeza.

"Ya estamos acabados, de todos modos", dijo ella. "La Espada desapareció. El escudo nunca volverá a subir otra vez. Nunca lo encontrarán. Morirán ahí solos. Si vamos a morir, prefiero que sea juntos".

Thor meneó la cabeza.

"Entonces tu muerte, todas nuestras muertes, quedarán en mi mente, porque no intenté encontrar la Espada. Tengo que hacer esto, Gwendolyn. Tú, más que nadie, debes comprenderlo. Por favor. No quiero dejarte. Sabes cuánto te amo. Nada me gustaría más que quedarme a tu lado. Pero debo hacerlo. Por nuestro reino. Por el Anillo. Por el honor. ¿No entiendes?"

Ella asintió lentamente, mirando hacia el suelo, limpiando sus lágrimas.

Thor sintió el anillo que su madre le había dado, quemando su camisa, y en

ese momento, él quería más que nada arrodillarse y pedirle a Gwendolyn que se casara con ella, pedirle que fuera su esposa. Una parte de él sentía que era el momento.

Pero otra parte de él sentía que no sería justo para ella, ofrecerle matrimonio. Estaba a punto de irse, de dirigirse a lo que parecía una muerte probable. Si iba a casarse con él, dejaría una viuda, para siempre. No sería justo para ella.

Thor decidió dejar el anillo donde estaba, y tan pronto como regresara — si volvía — entonces le pediría ser su esposa. Entonces, podrían vivir juntos para siempre.

Se agachó, levantó la barbilla de ella y la miró a los ojos. Le sonrió, enjugando sus lágrimas y se inclinó y la besó.

"Te amo, Gwendolyn", dijo. "Más de lo que puedo expresar".

Ella rompió en llanto, y lanzó sus brazos alrededor de él y lo abrazó fuertemente.

"Te odio por irte", dijo.

"Esta vez estarás a salvo", dijo Thor, con el corazón destrozado. "Estarás con todos estos hombres. Gobernarás en tu propia Corte. Un ejército entero te va a proteger. Ya nadie puede hacerte daño ahora".

"No temo por mí", dijo ella. Sino por ti".

Finalmente Thor la retiró y la miró profundamente a los ojos.

"Volveré a tu lado, mi amor", dijo él; "ni la luna ni las estrellas ni los cielos pueden alejarme de ti".

Ella sonrió débilmente, con una lágrima corriendo por su mejilla.

"Me gustaría poder creer eso", respondió.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

El Rey McCloud salió de su castillo cuando el segundo sol se estaba poniendo en el cielo y atravesó corriendo la plaza de su corte real, lleno de rabia. Subió de un salto sobre su caballo, seguido por docenas de sus hombres leales, y lo pateó, saliendo al galope a través de su pequeña ciudad, a través de una de las puertas arqueadas y hacia la polvorienta carretera que conducía a la montaña. Pateó la bestia más y más, con la indignación quemando sus venas. Acababa de recibir la noticia de que su hijo había escapado, su esposa con él, había liberado sus manos, antes de que él hubiera tenido la oportunidad de torturarla y matarlos a los dos y hacer una exhibición pública de ellos.

McCloud ardía de humillación. No podía creer que la brujita le había burlado. Había estado de mal humor desde su regreso a casa, y ahora estaba furioso por completo. Si era la última cosa que iba a hacer, los cazaría a los dos, los encontraría antes de que pudieran llegar a la seguridad del lado de los MacGil y los torturaría y mataría a los dos, él mismo.

McCloud galopó, con docenas de hombres siguiéndolo, desesperado por llegar a la cima de la colina afuera de su corte, donde podría tener una buena ventaja, de ver exactamente dónde estaban y determinar cuál era la mejor forma para cazarlos.

Muchacho desagradecido, pensó. Se dio cuenta de que había cometido un error al dejar a Bronson vivir todos estos años. Él sabía desde el momento en que nació que debió haberlo matado — debió haber matado a todos sus hijos — para que ninguno pudiera amenazarlo con destituirlo. Había sido demasiado blando. Ya había pagado el precio.

Él también había sido un tonto al mantener viva a esa chica MacGil tanto tiempo. Él sabía por experiencias pasadas que siempre fue una buena idea matar a las mujeres tan pronto como fuera posible y no arriesgarse con ellas. Otra vez había sido demasiado blando en su vejez, y decidió ser más cruel y más feroz que nunca.

McCloud gritó y azotó su caballo una y otra vez, hasta sangrar; el caballo relinchaba, mientras cabalgaban y finalmente llegaron a la cima de la colina.

Desde este punto, la puesta de sol inundaba el cielo escarlata, emparejando su estado de ánimo; McCloud podía ver en el horizonte a su hijo, Bronson, con Luanda, montando a caballo por las montañas. Su ira se renovó. Parecía que

tenían un día de viaje de ventaja sobre él, y atraparlos no sería fácil. No importaba. Los perseguiría, y haría un deporte de eso. Cabalgaría toda la noche, si fuera necesario, y no descansaría hasta que saltara sobre ellos y los aplastara a morir con sus propias manos.

McCloud se quedó ahí, sentado en su caballo, mirando, jadeando y estaba a punto de azotar a su caballo otra vez, a ir tras ellos, cuando de repente, surgió algo a la vista que lo dejó confundido. Pestañeó varias veces, inseguro de lo que estaba viendo.

Ante él aparecía un ejército de caballos. Era el ejército más grande que jamás había visto, diferente a todo lo que conocía. Parecían ser un millón de hombres, cubriendo todo el campo, dirigiéndose hacia él, como un enjambre de hormigas.

Se volvió, y en todas direcciones estaban allí, millones de hombres, ennegreciendo su tierra con sus cuerpos, sus caballos, acercándose a él desde todas las direcciones. No entendía lo que estaba sucediendo. Por su vestuario, parecían ser los hombres del Imperio. Pero no era posible: estaban dentro del Anillo. A través del Cañón.

¿Había fallado el Escudo?, se preguntó de repente, su corazón latía acelerado.

Antes de que McCloud pudiera procesar todo, de repente estaban en la colina, justo delante de él, mil hombres, a pocos metros de distancia — y a la cabeza iba Andrónico, sobre un caballo, del doble del tamaño del suyo.

Andrónico estaba ahí sentado, en su caballo, a pocos metros de McCloud, sonriendo hacia él, con una sonrisa malvada, sus colmillos sobresaliendo, sus afilados dientes brillando en la puesta del sol. Sus ojos amarillos demoníacos le dijeron a McCloud todo lo que necesitaba saber: había sido derrotado.

McCloud se sintió repentinamente lleno de pánico, y se volvió y miró detrás de él, como para huir — pero un instante más tarde, miles de hombres del Imperio cerraron el paso por detrás.

Estaba completamente rodeado. No había a dónde escapar.

McCloud tragó saliva. Por primera vez en su vida, sintió temor. Él sabía lo que era estar totalmente derrotado.

McCloud lamió sus labios secos mientras miraba a Andrónico, preguntándose si había alguna forma de salir de ésta.

"Mi señor", le dijo a Andrónico, con una voz temblorosa, su confianza había desaparecido.

"Tuviste tu oportunidad para hacer un trato conmigo", gruñó Andrónico, con

una voz ronca, antigua, retumbando de su pecho. "Y te negaste".

"Lo siento, mi señor", dijo McCloud, con la voz atorada en la garganta.

"Estaba a punto de enviarle a algunos hombres para enviarle un mensaje: que yo quería dejarlo entrar".

"¿En serio?", dijo Andrónico.

Se reclinó y rugió con una carcajada.

"Sin embargo, lo dudo mucho", contestó Andrónico. "Eres un pobre mentiroso. Pero no habría importado de todos modos. En mi mundo, no hay segundas oportunidades".

Se recostó de nuevo y sonrió ampliamente.

"Ahora aprenderás lo que significa desafiar al gran Andrónico".

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Thor se sentó en su caballo y montaron despacio, llevando al pequeño contingente de sus seis amigos mientras se separaban de la enorme fuerza de combate de Los Plateados y La Legión, que había ido a despedirlos. Los seis se detuvieron ante el puente principal del Cruce Occidental del Anillo; Krohn a su lado y antes de poner un pie sobre el puente, Thor y sus hermanos giraron y vieron a cientos de miembros de La Legión, de los Plateados allí de pie, marchándose. Todos los miraban con sus rostros solemnes, con sus rostros llenos de admiración y respeto. Lo que haya pasado, lo que hubiera delante de ellos, él sentía como si hubiera encontrado un hogar. Una familia. Una *verdadera* familia. Y él sabía que era una cosa muy rara. Por eso, estaría eternamente agradecido.

Kolk levantó un puño a lo alto, en el aire, y luego lo puso al revés, un saludo del más alto honor y respeto. Todos los demás hombres lo siguieron, saludando a Thor y a sus amigos — y ellos les devolvieron el saludo. Thor entendía lo sagrado de la búsqueda ante él, y decidió hacer lo necesario para salvar a su reino.

Thor vio la cara de Gwendolyn, parada entre ellos, llorando, y se miraron a los ojos. Podía ver el amor en sus ojos, y también le envió su amor. Él se preocupaba más por la seguridad de ella que por la propia, y rezó con fuerza para que ella estuviera a salvo en medio de estos grandes guerreros. Cuando la miró, podía ver a MacGil en ella, podía ver a la gran lideresa en que se convertiría. Él se llenó de orgullo por ella.

Thor sabía que si ahora no se iba, nunca lo haría. Tenía que prepararse.

Se volvió, sus amigos con él, y como si fueran una sola persona, montaron sus caballos lentamente hacia el puente.

Alineados a un costado del puente, estaban cientos de soldados de los MacGil, y todos estaban en posición de firmes cuando ellos se fueron. Mientras Thor y sus amigos pasaban, todos los soldados levantaron sus puños en señal de saludo. Cientos de hombres en ambos lados los saludaron, mientras pasaban.

Mientras avanzaban más allá del puente, empezando a cruzar el Cañón, con Krohn a su lado, más y más lejos de la seguridad del Anillo, la misteriosa niebla del lugar comenzó a levantarse y a envolverlos. Thor no sabía lo que

les esperaba. Sabía que sería peligroso. Sabía que podría tomar meses, años. No imaginaba las tierras que verían, los monstruos que encontrarían, las batallas que enfrentarían. Sabía que sus posibilidades eran escasas. Y sabía que no podrían encontrar la Espada. No era una búsqueda de la luz del corazón. Era una misión de héroes.

Mientras Thor caminaba, estaba empezando a darse cuenta que no era el objetivo el que hacía a un héroe — era el viaje, la búsqueda de sí mismo. La voluntad de aceptarla. La vida era corta. Se dio cuenta de eso, ahora. No se trataba de cómo terminaría. Se trataba de cómo la vivía.

Y al mirar hacia arriba, a la gran extensión de desierto ante él, sabía que, por primera vez en su vida, iba a vivir de verdad.

¡YA ESTÁ DISPONIBLE!

UNA PROMESA DE GLORIA (A VOW OF GLORY)

(Libro #5 de El Anillo del Hechicero)



En UNA PROMESA DE GLORIA (A VOW OF GLORY) - [libro #5 de El Anillo del Hechicero], Thor se embarca con sus amigos de La Legión en una búsqueda épica en la vasta selva del Imperio para intentar encontrar la antigua Espada del Destino y salvar al Anillo. Las amistades de Thor se profundizan mientras viajan a nuevos lugares, enfrentan monstruos inesperados y luchan en una batalla inimaginable. Encuentran tierras exóticas, criaturas y personas más allá de lo que podrían haber imaginado, a cada paso de su viaje aumenta el peligro. Tendrán que convocar todas sus habilidades si quieren sobrevivir, mientras siguen el rastro de los ladrones, más y más profundamente en el Imperio. Su búsqueda les llevará hacia el corazón del Inframundo, uno de los siete reinos del infierno, donde los No Muertos gobiernan, y los campos se alinean con los huesos. Mientras Thor debe invocar sus poderes, más que nunca, se esfuerza por comprender su naturaleza.

De regreso al Anillo, Gwendolyn debe guiar a la mitad de la Corte del Rey al bastión occidental de Silesia, una antigua ciudad encaramada en el borde del Cañón que ha resistido por mil años. Las fortificaciones de Silesia le han permitido sobrevivir todos los ataques a lo largo de cada siglo — pero nunca ha enfrentado el asalto de un líder como Andrónico, de un ejército de un millón de hombres. Gwendolyn aprende lo que es ser reina, cuando toma el papel de lideresa, Srog, Kolk, Brom, Steffen, Kendrick y Godfrey a su lado, preparándose para defender la ciudad de la guerra masiva que está por llegar.

Mientras tanto, Gareth desciende más profundo a la locura, tratando de defenderse de un golpe de estado que haría que lo asesinaran en la Corte del Rey; mientras, Erec lucha por su vida para salvar a su amor, a Alistair y a la ciudad del Duque, Savaria, mientras el escudo caído permite la invasión por las criaturas salvajes. Y Godfrey, revolcándose en la bebida, tendrá que decidir si está listo para deshacerse de su pasado y convertirse en el hombre que su familia espera que sea.

Mientras todos luchan por sus vidas y las cosas parecen que no podrán empeorar, la historia termina con dos giros impactantes.

¿Gwendolyn sobrevivirá el asalto? ¿Thor sobrevivirá el Imperio?
¿Encontrarán la espada del Destino?

Con su mundo sofisticado y caracterización, UNA PROMESA DE GLORIA (A VOW OF GLORY) es un relato épico de amigos y amantes, de rivales y pretendientes, de caballeros y dragones, de intrigas y maquinaciones políticas, de llegar a la mayoría de edad, de corazones rotos, de decepción, ambición y traición. Es una historia de honor y valor, de destino, de hechicería. Es una fantasía que nos lleva a un mundo que nunca olvidaremos, y que gustará a gente de todas las edades y géneros. Son 75.000 palabras.

UNA PROMESA DE GLORIA (A VOW OF GLORY)
(Libro #5 de El Anillo del Hechicero)



THE SORCERER'S RING



THE SURVIVAL TRILOGY



the vampire journals





[Escuche](#) la saga de “EL ANILLO DEL HECHICERO) THE SORCERER’S RING en formato de
;audio libro!

Ya disponible en:

[Amazon](#)

[Audible](#)

[iTunes](#)

Libros de Morgan Rice

EL ANILLO DEL HECHICERO (THE SORCERER'S RING)

- LA SENDA DE LOS HÉROES (A QUEST OF HEROES) - (Libro #1)
- LA MARCHA DE LOS REYES (A MARCH OF KINGS) - (Libro #2)
- EL DESTINO DE LOS DRAGONES (A FATE OF DRAGONS) (Libro #3)
- EL GRITO DE HONOR (A CRY OF HONOR) (Libro #4)
- UNA PROMESA DE GLORIA (A VOW OF GLORY) (Libro #5)
- UN DEBER DE VALOR (A CHARGE OF VALOR) (Libro #6)
- UN GRITO DE ESPADAS (A RITE OF SWORDS) (Libro #7)
- UNA SUBVENCIÓN DE ARMAS (A GRANT OF ARMS) (Libro #8)
- UN CIELO DE HECHIZOS (A SKY OF SPELLS) (Libro #9)
- UN MAR DE ESCUDOS (A SEA OF SHIELDS) (Libro #10)
- UN REINADO DE HIERRO (A REIGN OF STEEL) (Libro #11)
- UNA TIERRA DE FUEGO (A LAND OF FIRE) - (Libro #12)
- EL DECRETO DE LAS REINAS (A RULE OF QUEENS) - (Libro #13)

LA TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA (THE SURVIVAL TRILOGY)

- ARENA UNO: TRATANTES DE ESCLAVOS (SLAVERSUNNERS) - (Libro #1)
- ARENA DOS (ARENA TWO) - (Libro #2)

DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS)

- TRANSFORMACIÓN (TURNED) (Libro #1)
- AMORES (LOVED) (Libro #2)
- TRAICIÓN (BETRAYED) - (Libro #3)
- DESTINADO (DESTINED) (Libro #4)
- DESEO (DESIRED) (Libro #5)
- PROMETIDO (BETROTHED) (Libro #6)
- PROMESA (VOWED) (Libro #7)
- ENCUENTRO (FOUND) (Libro #8)
- RESURRECCIÓN (RESURRECTED) (Libro #9)
- ANSIAS (CRAVED) (Libro #10)
- DESTINO (FATED) (Libro #11)

Acerca de Morgan Rice

Morgan Rice es la escritora del bestseller #1: DIARIO DE UN VAMPIRO (THE VAMPIRE JOURNALS), una saga que comprende once libros (y siguen llegando); la saga del bestseller #1: TRILOGÍA DE SUPERVIVENCIA (THE SURVIVAL TRILOGY), thriller pos apocalíptico que comprende dos libros (y siguen llegando); y la saga de fantasía épica, bestseller #1: EL ANILLO DEL HECHICERO, que comprende trece libros (y contando).

Los libros de Morgan están disponibles en audio y edición impresa, y la traducción de los libros está disponible en alemán, francés, italiano, español, portugués, japonés, chino, sueco, holandés, turco, húngaro, checo y eslovaco (próximamente en otros idiomas).

[TRANSFORMACIÓN](#) - (Libro #1 de Diario de un Vampiro) y [LA SENDA DE LOS HÉROES](#) - (Libro #1 del Anillo del Hechicero) están disponibles para ser descargados en Amazon!

A Morgan le encantaría tener comunicación con usted, así que visite www.morganricebooks.com para unirse a la lista de correo electrónico, recibir un libro gratuito, recibir regalos gratuitos, descargar una aplicación gratuita, obtener las últimas noticias exclusivas, conectarse a Facebook y Twitter, y ¡mantenerse en contacto!